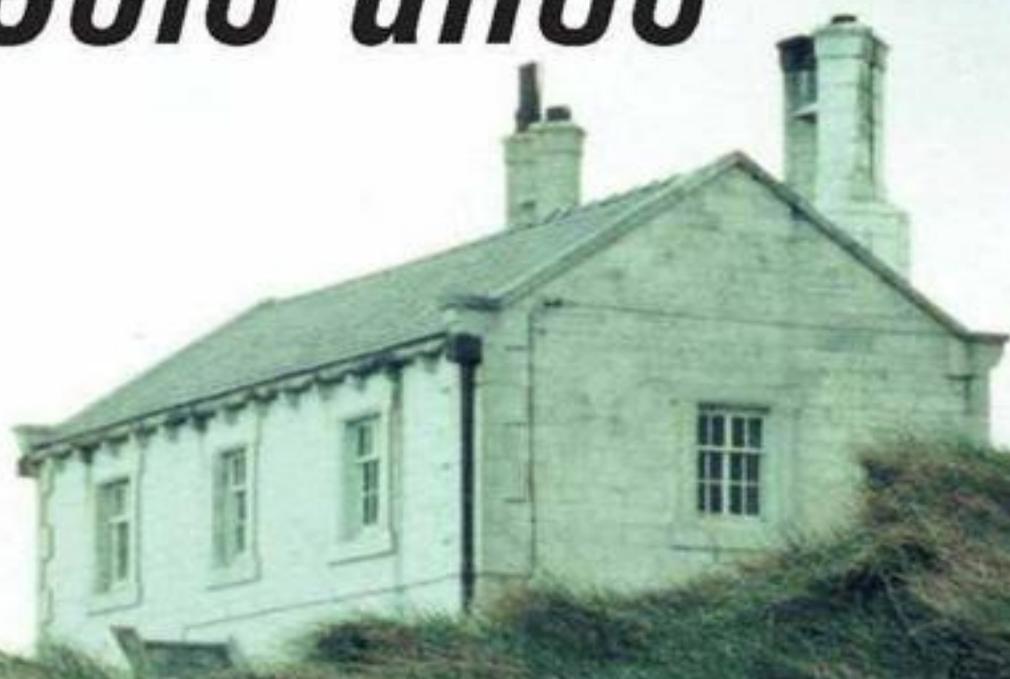


HARLAN COBEN

Seis años



Lectulandia

Han pasado seis años desde que Jake Fisher vio como Natalie, el amor de su vida, se casaba con otro hombre, Todd. Seis años sin saber nada de Natalie, porque así se lo prometió a ella. Seis solitarios años como profesor de universidad, imaginándola feliz con su marido...

Todo esto cambia cuando Todd fallece y Jake decide acudir al funeral. Lo que no se espera es que la mujer que dejó hace tantos años no será la misma. Los recuerdos de su pasado romántico se tornarán contra él, empezando a cuestionar su propia salud mental... Para descubrir de pronto que todo ha sido una gran farsa y que, buscando la verdad, su vida está en peligro.

Lectulandia

Harlan Coben

Seis años

ePub r1.0

Titivillus 03.07.15

Título original: *Six Years*
Harlan Coben, 2013
Traducción: Jorge Rizzo Tortuero

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A BRAD BRADBEER
SIN TI, AMIGO MÍO, NO HABRÍA VICTORIA

1

Me senté en el último banco y me quedé mirando cómo el amor de mi vida se casaba con otro hombre.

Natalie vestía de blanco, claro, y, por si aquello fuera poco, estaba más espléndida que nunca. Su belleza siempre había tenido algo de fragilidad y de fuerza contenida, y allá arriba parecía un ser etéreo, como de otro mundo.

Se mordió el labio inferior. Recordé aquellas mañanas en la cama, cuando hacíamos el amor y luego se ponía mi camisa azul y bajábamos. Nos sentábamos en nuestro rincón a desayunar y leíamos el periódico. Alguna vez sacaba su cuaderno y se ponía a hacer bosquejos. Mientras me dibujaba, se mordía el labio inferior, igual que ahora.

Dos manos se hundieron en mi pecho, me agarraron el corazón por los lados y lo partieron en dos con un chasquido.

¿Por qué habría ido allí?

¿Creéis en el amor a primera vista? Yo tampoco. Pero sí creo en una atracción no solo física a primera vista. Creo que en ocasiones —una vez, o quizá dos en toda la vida— te sientes atraído por alguien de un modo tan profundo, tan básico y tan inmediato que la atracción es casi magnética. Así fue con Natalie. A veces no es más que eso. Pero otras veces crece, prende y se convierte en una llama inmensa, de la que no tienes dudas y que sabes que durará para siempre.

Y a veces te engañas y piensas que lo primero es lo segundo.

Yo, en mi ingenuidad, había pensado que aquello era para siempre. Yo, que nunca había creído realmente en el compromiso y que había hecho todo lo posible por huir de él, supe de inmediato —bueno, en menos de una semana— que aquella era la mujer con la que iba a despertarme cada mañana de mi vida. Aquella era la mujer —sí, ya sé que suena cursi— sin la cual no era capaz de hacer nada, que hacía que lo más mundano se convirtiera en algo emocionante.

Ya; patético, ¿no?

El sacerdote, que llevaba la cabeza perfectamente afeitada, no dejaba de hablar, pero el flujo de sangre en mis oídos me hacía imposible distinguir lo que decía. Me quedé mirando a Natalie. Quería que fuera feliz. Lo pensaba en serio, no era la típica mentira que nos decimos porque, en realidad, si la persona a quien queremos no nos quiere, preferimos que sea desgraciada. En este caso lo sentía de verdad. Si lograba convencerme de que Natalie sería más feliz sin mí, podría dejarla marchar, por doloroso que me resultara. Pero no creía que fuera a ser más feliz, pese a todo lo que me había dicho o hecho. O quizás ese sea otro mecanismo de defensa interno, otra mentira que nos contamos.

Natalie no llegó a mirarme, pero yo vi que se le tensaban las comisuras de los labios. Sabía que yo estaba allí. No le quitaba ojo al que iba a ser su marido. Por lo que había descubierto poco antes, se llamaba Todd. Odio ese nombre. Todd. Todd.

Probablemente le llamaban Toddy, o ToddMan, o Toddster.

Todd llevaba el pelo demasiado largo, y lucía esa barba de tres días que a algunos les parece tan moderna y que a otros, como a mí, les parece de puñetazo. Barrió con la mirada a los asistentes de una manera un tanto petulante, hasta que se atascó... bueno, conmigo. Se quedó allí un segundo, evaluándome, antes de decidir que no valía la pena perder más tiempo.

¿Por qué había vuelto Natalie con él?

La dama de honor era Julie, la hermana de Natalie. Estaba de pie en la tarima, con un ramo cogido entre las manos y una sonrisa inerte y robótica en los labios. No nos conocíamos personalmente, pero había visto fotos suyas y les había oído hablar por teléfono. Julie también parecía anonadada ante aquel acontecimiento. Intenté cruzar la mirada con ella, pero estaba muy concentrada y procuraba poner la clásica mirada perdida en el infinito.

Volví a fijar la vista en el rostro de Natalie, y fue como si una serie de ráfagas de explosivos detonaran en el interior de mi pecho. Bum, bum, bum. Desde luego, aquello había sido mala idea. Cuando el padrino sacó los anillos, se me empezaron a cerrar los pulmones. Me costaba respirar.

No podía más.

Supongo que había ido para verlo por mí mismo. La experiencia me había enseñado que lo necesitaba. Mi padre había muerto de un infarto cinco meses antes. Nunca había tenido problemas de corazón, y gozaba de buena salud. Recuerdo cuando esperaba en aquella sala, cuando el médico me hizo pasar a su consulta y me dio la terrible noticia, y cuando me preguntaron, tanto en el hospital como en el tanatorio, si quería ver el cadáver. Dije que no. Supongo que no quería recordarle tendido en una camilla o en un ataúd. Prefería recordarle tal como era.

Pero, con el paso del tiempo, empezó a costarme aceptar su muerte. Siempre estaba lleno de vida. Dos días antes de su muerte, habíamos ido a ver jugar a los New York Rangers —papá estaba abonado— y había habido prórroga, habíamos gritado, jaleado... Bueno, ¿cómo podía ser que estuviera muerto? Una parte de mí había empezado a preguntarse si no habrían cometido un error, o si todo aquello no sería un gran montaje y mi padre aún seguía vivo de algún modo. Sé que no tiene sentido, pero la desesperación puede acabar jugando contigo. Y, si le dejas sitio a la desesperación, esta siempre encuentra respuestas alternativas.

Otra parte de mí estaba obsesionada con el hecho de que nunca había visto el cuerpo de mi padre. En esta ocasión no quería repetir el mismo error. Pero —siguiendo con esta triste metáfora— ahora ya había visto el cadáver. No había motivo para tomarle el pulso o hurgarlo con el dedo más de lo necesario.

Intenté desaparecer de allí de la manera más discreta posible. Eso no es fácil cuando mides 1,96 y tienes la constitución «de un leñador», como solía decir Natalie. Tengo las manos grandes. A Natalie le encantaban. Las cogía con las suyas y me reseguía las palmas. Decía que eran manos de verdad, manos de hombre. También las

había dibujado porque, según decía, mis manos contaban mi historia: mi educación en un barrio humilde, mis ímprobos esfuerzos para estudiar en la Universidad de Lanford hasta encontrar trabajo de gorila en una discoteca local y, de algún modo, también el hecho de que ahora fuera el profesor más joven de su departamento de Ciencias Políticas.

Salí de la pequeña capilla blanca casi a trompicones y aspiré el aire cálido del verano. Verano. ¿Habría sido eso nada más? ¿Una historia de verano? No éramos dos chavales calientes que buscaban marcha en un campamento; éramos dos adultos buscando soledad para nuestras actividades —ella para su arte, y yo para escribir mis disertaciones sobre ciencias políticas— que se habían conocido y se habían enamorado perdidamente, y ahora, que se acercaba septiembre, bueno... Todo lo bueno se acaba. Toda nuestra relación tenía ese aire irreal, ambos apartados de nuestras vidas habituales y de todas las cosas mundanas que la componían. Quizás eso fuera lo que la hacía tan estupenda. Quizás el hecho de que viviéramos en aquella burbuja alejada de la realidad hacía mejor aún nuestra relación, más intensa. O a lo mejor todo eran tonterías mías.

Al otro lado de la puerta oí vítores y aplausos. Aquello me despertó de mi estupor. El servicio había acabado. Todd y Natalie eran ya el Señor Barba de Tres Días y Señora. No tardarían en recorrer el pasillo y salir. Me preguntaba si les tirarían arroz. Seguro que a Todd no le gustaría. Le estropearía el peinado y se le pegaría a la barba.

No, no necesitaba ver más.

Me dirigí hacia la parte trasera de la capilla y desaparecí justo en el momento en que las puertas de la capilla se abrían. Miré hacia el espacio que había delante. Nada, solo..., bueno, espacio. Había árboles a lo lejos. Los bungalows estaban al otro lado de la colina. La capilla formaba parte del lugar de retiro para artistas donde se alojaba Natalie. Yo vivía en otro para escritores, más allá. Ambos establecimientos eran antiguas granjas de Vermont que aún cultivaban algunos productos ecológicos.

—Hola, Jake.

Me giré hacia la voz familiar. Allí, a apenas diez metros, estaba Natalie. La vista se me fue a su dedo anular izquierdo. Como si me leyera el pensamiento, levantó la mano y me enseñó su nueva alianza.

—Felicidades. Me alegro mucho por ti.

Pasó por alto mi comentario.

—No me puedo creer que hayas venido.

—Es que he oído que habría unos aperitivos espléndidos —respondí, abriendo los brazos—. Ya sabes que no me pierdo una ocasión así.

—Muy gracioso.

Me encogí de hombros, mientras mi corazón se convertía en polvo arrastrado por el viento.

—Todo el mundo me aseguró que no vendrías —dijo Natalie—. Pero yo sabía que lo harías.

—Te sigo queriendo.

—Lo sé.

—Y tú me sigues queriendo.

—Yo no, Jake. ¿Lo ves? —respondió, y me puso el anillo delante de las narices.

—¿Cariño? —Todd y su vello facial aparecieron por la esquina. Me miró y frunció el ceño—. ¿Y este quién es? —preguntó, aunque estaba claro que lo sabía.

—Jake Fisher —me presenté—. Enhorabuena.

—¿Dónde nos hemos visto antes?

Aquella se la dejé a Natalie. Ella le puso una mano sobre el hombro y respondió:

—Jake ha hecho mucho de modelo para nosotros. Probablemente te suena de alguna de nuestras piezas.

Él seguía frunciendo el ceño. No me moví. No me eché atrás. No aparté la mirada.

—Vale —respondió, a regañadientes—. Pero no tardes.

Me echó una última mirada malcarada y regresó hacia la capilla. Natalie se giró de nuevo hacia mí. Señalé al lugar por donde había desaparecido Todd.

—Parece divertido —observé.

—¿Por qué has venido?

—Necesitaba decirte que te quiero —dije—. Necesitaba decirte que siempre te querré.

—Ya se acabó, Jake. Pasarás página. Te repondrás.

No dije nada.

—¿Jake?

—¿Qué?

Ladeó la cabeza ligeramente. Sabía el efecto que tenía ese gesto sobre mí.

—Prométeme que nos dejarás en paz.

No reaccioné.

—Prométeme que no nos seguirás, ni llamarás, ni nos mandarás correos electrónicos.

El dolor del pecho fue en aumento. Se convirtió en algo intenso y afilado.

—Prométemelo, Jake. Prométeme que nos dejarás en paz —repitió, mirándome fijamente a los ojos.

—De acuerdo —accedí—. Lo prometo.

Sin decir más, Natalie se alejó y regresó a la puerta de la capilla, junto al hombre con quien se acababa de casar. Yo me quedé allí un momento, intentando recuperar el aliento. Intenté enfadarme, quitarle hierro al asunto, no darle importancia y decirle que ella se lo perdía. Lo intenté todo, e incluso asumirlo con madurez, pero sabía que todo aquello no era más que un artificio para no afrontar el hecho de que me pasaría la vida desconsolado.

Me quedé allí, detrás de la capilla, hasta que di por hecho que todo el mundo se había ido. Entonces volví a la parte delantera. El sacerdote de la cabeza afeitada

estaba de pie sobre los escalones. También Julie, la hermana de Natalie, que me puso una mano sobre el brazo.

—¿Estás bien?

—Estupendo —le respondí.

El sacerdote me sonrió.

—Un día precioso para una boda, ¿no cree?

—Supongo que sí —dije yo, parpadeando para protegerme del sol, y luego me fui.

Cumpliría lo que me había pedido Natalie. La dejaría sola. Pensaría en ella cada día, pero nunca la llamaría, ni me acercaría, ni la buscaría en internet. Mantendría mi promesa.

Seis años.

SEIS AÑOS MÁS TARDE

Aunque yo no podía saberlo en aquel instante, el mayor cambio de mi vida llegaría en algún momento entre las 3.29 y las 3.30 de la tarde.

Mi clase de primero sobre la política del razonamiento moral acababa de terminar. Estaba saliendo del Bard Hall. Era un día perfecto para pasarlo al aire libre. El sol brillaba con fuerza, y el aire era fresco en Massachusetts. En el patio interior iba a jugarse un partido de *frisbee*. Los estudiantes se habían distribuido por el campo, como si los hubiera esparcido una mano gigante. Sonaba música a todo trapo. Era como un folleto sobre la vida en el campus hecho realidad.

Me encantan los días así. Como a cualquiera, supongo.

—¿Profesor Fisher?

Me giré. Había siete estudiantes sentados en un semicírculo sobre la hierba. La chica que me hablaba estaba en el centro.

—¿Quiere sentarse con nosotros? —preguntó.

Sonreí y negué con la mano.

—Gracias, pero estoy en horario de despacho.

Seguí caminando. Tampoco me hubiera quedado, aunque me habría encantado sentarme con ellos en un día tan espléndido como aquel. Una fina línea separa a profesores de alumnos, y lo siento, pero, por insensible que pueda parecer, no quería ser *ese tipo* de profesor, el profesor que sale quizá demasiado con los estudiantes y que asiste de vez en cuando a una fiesta de las fraternidades, o quizás incluso invita a cervezas después del partido de fútbol. Un profesor debería mostrarse accesible y dar apoyo al alumno, pero no puede convertirse ni en un colega ni en su padre.

Cuando llegué a la Clark House, la señora Dinsmore me saludó frunciendo el ceño, como siempre. La señora Dinsmore era una mujer de armas tomar, y tal vez llevase de recepcionista en el departamento de Ciencias Políticas desde tiempos del presidente Hoover. Debía de rondar los doscientos años, pero, a juzgar por su impaciencia y su trato desagradable, bien podría pasar por la mitad.

—Buenas tardes, belleza —le dije—. ¿Algún mensaje?

—Sobre su mesa —respondió. Hasta en el tono de voz se le notaba el ceño fruncido—. Y frente a la puerta tiene una cola de alumnas, como siempre.

—Vale, gracias.

—Ni que les hiciera pruebas para coristas.

—Ya.

—Su predecesor nunca se mostró tan accesible.

—Venga ya, señora Dinsmore. Yo venía a verle constantemente, cuando era estudiante.

—Sí, pero al menos sus pantalones cortos le cubrían algo de pierna.

—Y eso siempre le decepcionó un poco, ¿no?

La señora Dinsmore hizo todo lo que pudo para contener una sonrisa.

—Quítese de en medio, ¿quiere?

—Admítalo.

—¿Quiere que le dé una patada en el culo? Salga de aquí.

Le lancé un beso y entré al despacho por la puerta de atrás para evitar la fila de alumnas que se habían apuntado a la tutoría del viernes. Tenía dos horas de visitas «abiertas», los viernes de tres a cinco de la tarde. No había lista, eran nueve minutos por alumno, sin horario ni cita previa. Solo había que presentarse: el orden de llegada era el de atención. Respetábamos estrictamente los tiempos. Nueve minutos, ni más ni menos, y un minuto para salir y dejar que el estudiante siguiente se acomodara y entrara en materia. Si alguno necesitaba más tiempo, o si yo le dirigía la tesis o lo que fuera, la señora Dinsmore le programaba una visita más prolongada.

Exactamente a las tres en punto hice pasar a la primera alumna. Quería discutir las teorías de Locke y Rousseau, dos politólogos más conocidos últimamente por sus reencarnaciones en la serie *Lost* que por sus teorías filosóficas. La segunda alumna no tenía otro motivo para estar ahí —si se me disculpa la crudeza— que la de hacerme la pelota. A veces me entraban ganas de ponerme en pie y decir: «Más vale que me hagas unas galletitas», pero lo entiendo. La tercera alumna había acudido para suplicarme un poco. Es decir, pensaba que su nota de notable alto debía ser más bien un sobresaliente justito, cuando en realidad probablemente tendría que haberle puesto un notable pelado.

Así era. Había quien acudía a mi despacho a aprender; otros, a impresionarme; otros, a suplicar; otros, a charlar... Todo eso me parecía bien. No hago juicios de valor basándome en esas visitas. No estaría bien. Trato a cada estudiante que pasa por esa puerta igual que a los demás, porque estamos aquí para *enseñar*, si no ya ciencias políticas, quizás sí algo sobre pensamiento crítico e incluso —¡glups!— sobre la vida. Si los estudiantes nos llegaran completamente formados y sin inseguridades, ¿qué sentido tendría?

—Se queda en notable alto —dije cuando acabó su alocución—. Pero estoy seguro de que en el próximo trabajo podrás sacar mejor nota.

Sonó el zumbido del reloj. Sí, como decía, soy muy estricto con los tiempos. Eran exactamente las 15.29. Por eso supe, cuando repasé todo lo sucedido, cuándo había empezado todo: entre las 15.29 y las 15.30.

—Gracias, profesor —dijo ella, mientras se ponía en pie para marcharse. Yo también me puse en pie.

Mi despacho no había cambiado un ápice desde que me nombraron jefe del departamento, cuatro años antes, momento en que ocupé el que había sido el

despacho de mi predecesor y mentor, el profesor Malcolm Hume, secretario de Estado en un gobierno y jefe de gabinete en otro. Aún conservaba aquel magnífico desorden que le daba un aire nostálgico: antiguos globos terráqueos, volúmenes enormes, manuscritos amarillentos, pósteres despegándose de la pared, retratos enmarcados de hombres con barba... No había ningún escritorio, solo una gran mesa de roble a la que podían sentarse doce personas, el número exacto de mi clase de tesis de grado.

No había ni un rincón despejado. No me había molestado en redecorar la sala, y no tanto por respeto a mi mentor, como muchos pensaban, sino porque, en primer lugar, me daba pereza y no encontraba el momento; en segundo lugar, lo cierto era que no tenía un estilo personal, ni fotografías de familia que colocar, y en realidad no me importaba mucho esa tontería de que «el despacho es el reflejo del hombre» o, si me importaba, entonces es que yo era así; y en tercer lugar, porque siempre me había parecido que el desorden propiciaba la expresión individual. La esterilidad y la organización tiene algo que inhibe la espontaneidad en un estudiante. El caos parece ayudar a mis estudiantes a expresarse: «Si el entorno ya es tan caótico y desordenado —deben de pensar—, ¿qué daño pueden hacerle mis ridículas ideas?».

Pero sobre todo era porque me daba pereza y no encontraba el momento.

Una vez en pie, ambos nos dimos la mano junto a la gran mesa de roble. Ella sostuvo la mía un segundo más de lo necesario, así que yo la retiré rápidamente. No, eso no ocurre todo el tiempo. Pero ocurre. Ahora tengo treinta y cinco años, pero cuando empecé, con veintitantos, ocurría más a menudo. ¿Recordáis aquella escena de *En busca del arca perdida* en que una estudiante se escribía las palabras «Te quiero» en los párpados? Algo así me sucedió a mí el primer semestre. Solo que en ese caso la segunda parte de la primera palabra era «ME», y empezaba por «F» y no hablaba de amor. No me vanaglorio de ello. Los profesores ocupamos una posición de poder enorme. Los hombres que acceden a esas cosas o que de algún modo se creen dignos de esas atenciones (no es por ser sexista, pero casi siempre son hombres) suelen ser más inseguros y estar más desesperados que cualquier jovencita de las que hacen proposiciones a sus profesores.

Mientras esperaba sentado la llegada del siguiente alumno, le eché un vistazo al ordenador situado a la derecha de la mesa. Se había activado el salvapantallas de la facultad. Era una página típica de universidad, supongo. A la izquierda, había un pase de diapositivas de la vida en la universidad, con alumnos de diferentes sexos, razas, credos y religiones disfrutando del ambiente académico, interactuando unos con otros, con los profesores, en actividades extracurriculares, esas cosas. La cabecera de la página mostraba el logo de la facultad y sus edificios más reconocibles, como la prestigiosa Johnson Chapel, una versión ampliada de la capilla donde había visto casarse a Natalie.

A la derecha de la pantalla había un recuadro con noticias de la facultad, y en aquel momento, mientras entraba el siguiente estudiante de la lista, Barry Watkins, y

saludaba con un «Eo, profe, ¿cómo va eso?», vi una necrológica en la pantalla de noticias que me dejó de piedra.

—Hola, Barry —dije, sin apartar la vista del ordenador—. Siéntate.

Lo hizo y puso los pies sobre la mesa. Sabía que no me importaba. Barry venía cada semana. Hablábamos de todo un poco, y de nada en particular. Sus visitas eran más una especie de terapia que algo académico, pero aquello tampoco me parecía mal.

Miré la pantalla más de cerca. Lo que me había sorprendido era la fotografía del fallecido, del tamaño de un sello. No lo reconocía —al menos, de lejos—, pero parecía joven. Tampoco es que aquello fuera raro en las necrológicas. Muchas veces la facultad, en lugar de ir a buscar una fotografía reciente, escaneaba la fotografía de la orla del difunto, pero en este caso, incluso a primera vista, estaba claro que no era así. El peinado no era, digamos, de los años sesenta o setenta. La fotografía tampoco era en blanco y negro, como las de los anuarios hasta 1989.

Aun así, nuestra facultad era pequeña, de unos cuatrocientos alumnos por curso. La muerte no era algo infrecuente, pero, quizá por el tamaño del centro o por mi estrecha relación con él, primero como alumno y luego como parte del profesorado, siempre sentía que la muerte de cualquier alumno o profesor me afectaba directamente.

—¡Eooo, profe!

—Un segundo, Barry.

Ahora el que estaba incumpliendo el horario era yo. Siempre llevo un cronómetro portátil de sobremesa, de esos que se ven en los gimnasios donde se juega al baloncesto, con unos números digitales rojos enormes. Un amigo me lo había regalado, quizá pensando que, por mi altura, debía de jugar al baloncesto. No jugaba, pero me encantó el reloj. Como estaba programado para hacer una cuenta atrás desde los nueve minutos, pude ver que en aquel momento estábamos en 8.49.

Hice clic en la pequeña fotografía. Cuando apareció la versión ampliada, tuve que hacer un esfuerzo para contener una exclamación.

El nombre del difunto era Todd Sanderson.

Había borrado el apellido de Todd de mi memoria —la invitación a la boda solo decía «¡Todd y Natalie se casan!»—, pero desde luego no me había olvidado de la cara. No había ni rastro de la barba de tres días. Estaba perfectamente afeitado, y llevaba el cabello casi rapado. Me pregunté si aquello habría sido cosa de Natalie —ella siempre se quejaba de que mi barba le irritaba la piel—, y luego me pregunté por qué me planteaba siquiera esas tonterías.

—El reloj está en marcha, profe.

—Un segundo, Barry. Y no me llames profe.

Allí decía que Todd tenía cuarenta y dos años. Eso era algo más de lo que me esperaba. Natalie tenía treinta y cuatro, uno menos que yo. Me imaginaba que Todd tendría una edad más próxima a la nuestra. Según la necrológica, Todd había sido un

jugador destacado en el equipo de fútbol de la universidad y finalista de la beca Rhodes para estudiar en Oxford. Impresionante. Se había licenciado con honores en historia, había fundado una organización benéfica llamada Fresh Start y, en su último año de estudios, había sido presidente de mi fraternidad, la Psi U.

Todd no solo había sido alumno de mi universidad, sino que ambos habíamos pertenecido a la misma fraternidad. ¿Cómo es que yo no sabía nada de eso?

Había más, mucho más, pero me fui directo a la última línea:

El funeral se celebrará el domingo en Palmetto Bluff (Carolina del Sur), cerca de Savannah (Georgia). El señor Sanderson deja esposa y dos hijos.

¿Dos hijos?

—¿Profesor Fisher? —La voz de Barry tenía un tono extraño.

—Lo siento, estaba...

—No, hombre, no pasa nada. ¿Pero está bien?

—Sí, estoy bien.

—¿Está seguro? Parece pálido. —Barry bajó los pies al suelo y apoyó las manos en la mesa—. Puedo venir en otro momento, si quiere.

—No —respondí.

Aparté la mirada de la pantalla. Ya me ocuparía más tarde. El marido de Natalie había muerto joven. Aquello era triste, sí, quizás incluso trágico, pero no tenía nada que ver conmigo. No era motivo para cancelar compromisos laborales ni para causarles molestias a mis alumnos. Me había pillado por sorpresa, claro, no solo la muerte de Todd, sino también el hecho de que hubiera ido a mi universidad. Aquello era una casualidad muy curiosa, supongo, pero no exactamente una revelación trascendental.

A lo mejor es que a Natalie le gustaban los hombres de Lanford, nada más.

—Bueno, ¿qué hay? —le pregunté a Barry.

—¿Conoce al profesor Byrner?

—Claro.

—Es un capullo integral.

Lo era, pero yo no iba a decirlo.

—¿Cuál es el problema?

No había visto la causa de la muerte en la necrológica. En las del campus no solían publicarla. Ya investigaría más tarde. Si ahí no lo ponía, quizá podría encontrar una necrológica más completa en internet.

Por otra parte, ¿para qué iba a querer más información? ¿Qué cambiaría eso?

Más valía no meter mucho las narices.

En cualquier caso, tendría que esperar a que acabara el turno de visitas. Acabé con Barry y seguí adelante. Intenté apartar la necrológica de mis pensamientos y concentrarme en los alumnos que quedaban. Estaba distraído, pero ellos no se dieron

cuenta. Los alumnos no se pueden imaginar que los profesores tengan una vida propia, del mismo modo que no se pueden imaginar que sus padres tengan relaciones sexuales. En cierto modo, mejor para mí. Por otra parte, les recordaba constantemente que miraran más allá de su propio ombligo. La condición humana supone, entre otras cosas, que todos pensamos que somos los únicos seres complejos, mientras que todos los demás tienen una interpretación más simple. Eso no es cierto, por supuesto. Todos tenemos nuestros propios sueños y esperanzas, deseos e ilusiones. Todos tenemos nuestros puntos de locura.

La cabeza me iba de una cosa a otra. Observé el lento avance del reloj como si fuera el estudiante más aburrido en la clase más aburrida. Cuando dieron las cinco, volví a fijar mi atención en la pantalla del ordenador y leí la necrológica completa de Todd Sanderson.

No, no decían la causa de la muerte.

Qué curioso. A veces se daba una pista en el apartado de donaciones sugeridas. Por ejemplo, «En lugar de enviar flores, por favor, hágase una donación a la Sociedad Estadounidense de Lucha contra el Cáncer», o algo así. Pero no se decía nada. Tampoco se mencionaba la ocupación de Todd, pero, una vez más, ¿qué más me daba?

La puerta del despacho se abrió de golpe y apareció Benedict Edwards, profesor de humanidades y mi mejor amigo. No se molestó en llamar antes, pero nunca lo había hecho, ni le parecía que hubiera motivo. Solíamos quedar los viernes a las cinco y nos íbamos a un bar donde yo había trabajado de portero en mis tiempos de estudiante. En aquellos tiempos era nuevo, estaba impecable y era lo último. Ahora era un local viejo y descuidado, y estaba tan de moda como el Betamax.

Físicamente, Benedict era más bien opuesto a mí: afroamericano, pequeño y de huesos finos. Unas gafas gigantes de Hombre Hormiga que parecían más bien las gafas de seguridad del departamento de Química le magnificaban los ojos. Tal vez Apollo Creed le había servido de inspiración para dejarse aquella cabellera afro y aquel enorme bigote. Tenía dedos finos de pianista y unos pies que serían la envidia de cualquier bailarina, y desde luego no tenía pinta de leñador.

A pesar de eso —o quizá precisamente por eso—, Benedict tenía un éxito brutal y ligaba más que un rapero tras conseguir un éxito de ventas.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

Evité las respuestas habituales —«Nada» o «¿Por qué tiene que pasar algo?»— y fui directamente al grano:

—¿Has oído hablar de un tal Todd Sanderson?

—No creo. ¿Quién es?

—Un exalumno. Han publicado su necrológica.

Giré la pantalla en su dirección. Benedict se ajustó las enormes gafotas.

—No lo reconozco. ¿Por qué?

—¿Te acuerdas de Natalie?

Una sombra le recorrió el rostro.

—No te oía pronunciar su nombre desde...

—Ya, ya. Bueno, pues este es (o era) su marido.

—¿El tío por el que te dejó?

—Sí.

—Y ahora está muerto.

—Eso parece.

—Bueno... —dijo Benedict, arqueando una ceja—. Pues vuelve a estar soltera.

—Muy delicado.

—¿Vas a llamarla?

—¿A quién?

—A Condoleezza Rice. ¿Tú qué crees? A Natalie.

—Sí, claro. Y le digo algo así: «Oye, el tío por el que me dejaste ha muerto.

¿Quieres ir al cine?».

Benedict estaba leyendo la necrológica.

—Espera.

—¿Qué?

—Dice que tiene dos hijos.

—¿Y bien?

—Eso complica las cosas.

—¿Quieres parar?

—O sea, dos hijos. Ahora quizás esté gorda. —Benedict me miró con sus ojos magnificados—. ¿Qué aspecto tendrá ahora? Tío, dos hijos. Probablemente estará rolliza, ¿no?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Hummm, pues como todo el mundo. Google. Facebook, esas cosas.

Negué con la cabeza.

—Eso no lo he hecho nunca.

—¿Qué? Todo el mundo lo hace. Oye, yo lo hago con todas mis exparejas.

—¿Y la red admite todas esas búsquedas?

—La verdad es que tengo que usar mi propio servidor —dijo Benedict, con una sonrisa.

—Tío, espero que eso no sea un eufemismo.

Sin embargo, tras su sonrisa entreví alguna cosa más. Recordé aquella vez en un bar, cuando Benedict estaba especialmente mamado y le pillé contemplando una vieja fotografía que llevaba escondida en la cartera. Le pregunté quién era. «La única chica a la que querré nunca», me respondió, arrastrando las palabras. Entonces la guardó tras su tarjeta de crédito y, a pesar de mis insinuaciones, nunca más me dijo ni una palabra de ella.

Aquella vez tenía la misma sonrisa en el rostro.

—Se lo prometí a Natalie —le aclaré.

—¿El qué?

—Que les dejaría en paz. Que nunca les investigaría ni les molestaría.

Benedict se quedó pensando.

—Bueno, pues parece que has cumplido tu promesa, Jake.

Yo no dije nada. Benedict me había mentido antes. No usaba Facebook para investigar a sus exnovias o, si lo hacía, no le ponía demasiado entusiasmo. Pero una vez, al entrar en su despacho sin avisar —al igual que él, yo nunca llamaba—, le vi consultando Facebook. Eché una mirada rápida y vi que la página que estaba contemplando pertenecía a la misma mujer cuya foto llevaba en la cartera. Benedict cerró el navegador enseguida, pero habría jurado que consultaba esa página muy a menudo. Cada día, quizá. Apuesto a que miraba cada nueva fotografía de la única mujer a la que había amado. Apuesto a que en aquel mismo momento estaba pensando en su vida, en su familia, en el hombre que compartía su cama y que contemplaba todo aquello del mismo modo que solía mirar la fotografía de su cartera. No tengo pruebas de todo eso, es solo una impresión, pero no creo que vaya especialmente desencaminado.

Como decía antes, todos tenemos nuestras propias locuras.

—¿Qué intentas decirme? —le pregunté.

—Solo digo que todo ese rollo de «ellos» ya se ha acabado.

—Hace mucho tiempo que Natalie no forma parte de mi vida.

—¿De verdad crees eso? ¿También te hizo prometer que te olvidarías de tus sentimientos?

—Tú sigue así, y te quedas sin compañía para salir por ahí.

—Me buscaré a otro. Tampoco eres tan guapo.

—Cerdo asqueroso.

Se puso en pie.

—Los profesores de humanidades conocemos a la gente.

Benedict me dejó solo de nuevo. Me puse en pie y me acerqué a la ventana. Eché un vistazo al patio. Observé a los estudiantes que pasaban por allí, como solía hacer cuando me enfrentaba a una decisión importante, y me pregunté qué le aconsejaría a uno de ellos si se encontrara en mi situación. De pronto, sin aviso previo, me volvió todo a la mente: aquella capilla blanca, el tocado de su cabello, el modo en que me mostró el anillo, todo el dolor, el deseo, las emociones, el amor, la herida. Me temblaban las rodillas. Pensaba que ya la había dado por perdida. Me había destrozado el corazón, pero había recogido los pedacitos, me había recompuesto y había seguido con mi vida.

Qué estúpido pensar en aquello en aquel momento. Qué egoísta. Qué inapropiado. Aquella mujer acababa de perder a su marido, y yo, capullo de mí, me ponía a pensar en lo que implicaba para mí.

«Déjalo —me dije—. Olvídalo y olvídala. Pasa página».

Pero no podía. Sencillamente, no estaba hecho así.

La última vez que había visto a Natalie había sido en una boda. Ahora la vería en un funeral. A algunos les parecería una ironía, pero a mí no.

Volví a sentarme ante el ordenador y reservé un vuelo a Savannah.

3

La primera señal de que algo iba mal llegó durante el sermón del funeral.

Palmetto Bluff, más que una población, era una enorme urbanización cercada. El «pueblo», de reciente construcción, era un lugar bonito, limpio, bien conservado y con muchísimas referencias a su pasado histórico, y todo ello le daba un aspecto estéril y artificial, como de parque temático. La capilla, blanca y reluciente —sí, una más—, se erguía en lo alto de una loma tan pintoresca que parecía más bien un cuadro. El calor, no obstante, era muy real: una atmósfera viva y cargada de humedad, tan densa como una cortina de cuentas.

En otro momento de efímera lucidez me pregunté por qué había ido, pero enseguida aparté el pensamiento de mi mente. Estaba allí, así que la pregunta ya no tenía sentido. El bar The Inn de Palmetto Bluff parecía un decorado de cine. Me acerqué a la barra y le pedí un *whisky* a una camarera muy mona.

—¿Ha venido por el funeral? —me preguntó.

—Sí.

—Una tragedia.

Asentí y me quedé mirando mi copa. La camarera mona pilló el mensaje y no dijo nada más.

Me considero un hombre racional. No creo en el destino, ni en ninguna de esas tonterías y supersticiones. Sin embargo, ahí estaba yo, justificando mi conducta impulsiva precisamente con eso. «Tenía que venir», me decía. Estaba obligado a tomar aquel vuelo. No sabía por qué. Había visto con mis propios ojos cómo Natalie se casaba con otro hombre, y aun así, incluso ahora, no podía aceptarlo. Aún necesitaba poner un cierre al asunto. Seis años atrás, Natalie me había dejado con una nota en la que me decía que iba a casarse con su antiguo novio. Al día siguiente me llegó la invitación de la boda. No era de extrañar, pues, que aún me sintiera... incompleto. Y ahora estaba ahí, con la esperanza no ya de poner fin a la historia, sino al menos de cerrarla.

Me sorprenden los razonamientos que podemos hacer cuando deseamos algo de verdad.

Pero ¿qué buscaba yo, exactamente?

Me acabé la copa, le di las gracias a la camarera mona y me dirigí hacia la capilla. Manteniendo las distancias, por supuesto. Sería un monstruo desalmado y egoísta, pero no tanto como para incordiar a una viuda en el entierro de su marido. Me situé tras un gran árbol —una palmera enana, como las que daban nombre al complejo—, sin atreverme siquiera a mirar a los asistentes.

Cuando oí el himno inicial, me imaginé que el terreno estaría despejado, y así fue. Un vistazo rápido me sirvió para confirmarlo. Todo el mundo estaba en el interior de la capilla. Me encaminé hacia allí. Se oía cantar a un coro de góspel. Eran magníficos. No estaba muy seguro de qué hacer. Tanteé la puerta de la capilla,

encontré que estaba abierta (sí, bueno), empujé y pasé. Agaché la cabeza al entrar, y me llevé una mano al rostro, como si me picara y necesitara rascarme.

Tampoco hacía falta.

La capilla estaba hasta los topes. Me coloqué atrás, de pie, con otros asistentes de última hora que no habían encontrado sitio. El coro acabó el sentido himno, y un hombre —una especie de sacerdote, supongo— subió al púlpito. Empezó a hablar de Todd como un «médico atento, un buen vecino, un amigo generoso y un hombre de familia magnífico». Médico. Eso no lo sabía. El hombre sacó brillo a todas las virtudes de Todd: su dedicación a obras de beneficencia, su personalidad arrolladora, su espíritu generoso, su habilidad para hacer que todo el mundo se sintiera especial, su disposición para arremangarse y echar una mano a cualquiera, amigo o extraño. Por supuesto, descarté todo aquello como la típica retórica de los funerales —tenemos una tendencia natural a ensalzar a los difuntos—, pero en los ojos de los presentes vi lágrimas mientras asentían al escuchar las palabras, como si fuera una canción que solo ellos podían oír.

Desde mi posición intenté ver a Natalie, pero había demasiadas cabezas entre los dos. No quería que se me viera demasiado, así que lo dejé. Además, había entrado en la capilla, había observado y había escuchado las palabras de elogio al fallecido. ¿No bastaba con eso? ¿Qué más podía hacer?

Era hora de marcharse.

—Nuestro primer panegírico —anunció el hombre del púlpito— lo pronunciará Eric Sanderson.

Un adolescente pálido —supuse que tendría unos dieciséis años— se puso en pie y se acercó al púlpito. En un principio se me ocurrió que debía de ser el sobrino de Todd Sanderson (y, por extensión, de Natalie), pero la primera frase que dijo me demostró que estaba muy equivocado.

—Mi padre era mi héroe...

¿Padre?

Tardé unos segundos en reaccionar. La mente humana, cuando sigue una dirección, a veces no puede salirse del camino trazado. Cuando era niño, mi padre solía plantearme un acertijo que pensaba que me desconcertaría. «Un padre y un hijo tienen un accidente de coche. El padre muere. Al niño se lo llevan corriendo al hospital. La persona que debe operarle dice: “No puedo operar a este chico. Es hijo mío”. ¿Cómo puede ser?» Eso es lo que quería decir con lo del camino trazado. Para la generación de mi padre, supongo que aquel acertijo resultaba algo difícil de resolver, pero para los chicos de mi edad, la respuesta —que la cirujana en realidad es su madre— era tan evidente que recuerdo que me reí en su cara. «¿Qué más, papá? ¿Ahora vas a ponerte a escuchar música con una gramola?»

Esto era algo parecido. ¿Cómo podía ser que un hombre que solo llevaba seis años casado con Natalie tuviera un hijo adolescente? Respuesta: Eric era hijo de Todd, no de Natalie. Si Todd no había estado casado con anterioridad, por lo menos

había tenido un hijo con otra mujer.

Intenté de nuevo ver a Natalie, en el primer banco. Estiré el cuello, pero la mujer que tenía al lado soltó un suspiro de exasperación por invadir su espacio. En la tarima, el hijo de Todd, Eric, estaba arrasando. Hizo un discurso precioso y conmovedor. No quedaba un ojo seco en la capilla salvo, bueno, los míos.

¿Y ahora qué? ¿Me quedaba ahí? ¿Le presentaba mis respetos a la viuda? ¿Para qué? ¿Para confundirla o para alterarla en su duelo? Y yo, viejo egoísta, ¿qué quería? ¿Quería verle de nuevo el rostro, verla llorar por la pérdida del amor de su vida?

Ni hablar. Miré el reloj. Había reservado un vuelo de regreso para aquella misma noche. Sí, acción rápida. Nada de líos, ni hoteles, ni gastos. Barato y efectivo.

Entre mis amigos había quien me solía recordar lo obvio, que yo había idealizado mi relación con Natalie de un modo irracional. Lo puedo entender. Siendo objetivos, le veo sentido al argumento. Pero el corazón no es objetivo. Yo, que rindo culto a los grandes pensadores, teóricos y filósofos de nuestro tiempo, nunca me rebajaría a usar un axioma tan tópico como el de «Simplemente lo sé». Pero es que *lo sé*. Sé lo que éramos Natalie y yo. Se lo veía en los ojos. No había ni el rastro de una sombra, y precisamente por eso no puedo entender lo que nos sucedió después.

En resumen, aún no lo entiendo.

Cuando Eric acabó y volvió a sentarse, lo único que se oía en la blanca capilla era el ruido de la gente limpiándose la nariz y sollozando discretamente. El sacerdote volvió al púlpito e indicó con las manos que nos pusiéramos en pie. En aquel momento aproveché la distracción general para salir. Crucé el sendero y volví a atrincherarme tras la palmera enana. Me apoyé en el tronco, lejos de la vista de cualquiera que saliese de la capilla.

—¿Está bien?

Me giré y vi a la camarera mona.

—Estoy bien, gracias.

—Un gran tipo, el doctor.

—Sí —asentí.

—¿Eran íntimos?

No respondí. Unos minutos más tarde, las puertas de la capilla se abrieron. El ataúd brillaba a la luz del sol. Cuando llegó cerca del coche fúnebre, los portadores —entre ellos Eric, el hijo— rodearon el féretro. Detrás iba una mujer con un gran sombrero negro. Rodeaba con un brazo a una niña de unos catorce años. Había un hombre alto a su lado. Ella se apoyó en él. El hombre se parecía un poco a Todd. Supuse que sería su hermano y ella, su hermana, pero no tenía la certeza. Los portadores levantaron el féretro y lo metieron en el coche fúnebre. A la mujer del sombrero negro y a la niña las condujeron al coche de acompañantes. El posible hermano alto les abrió la puerta. Eric entró tras ellas. Me quedé observando, mientras el resto de los asistentes salía de la capilla.

Aún no había ni rastro de Natalie.

Aquello no me pareció tan raro. A la luz de mi experiencia, podía tratarse de dos cosas: a veces la viuda era la primera en salir, junto al féretro, a veces incluso apoyando una mano encima. Y otras veces era la última, pues esperaba que la capilla se vaciara para recorrer el pasillo. Recuerdo que mi madre no había querido hablar con nadie en el funeral de mi padre. Llegó incluso a salir por una puerta lateral para evitar tener que atender a todos los familiares y amigos.

Vi cómo salían. Su dolor, como el calor sureño, se había convertido en algo vívido y palpitante. Era genuino y tangible. Aquellas personas no estaban ahí por pura cortesía. Le tenían cariño a aquel hombre. Estaban conmovidos por su muerte, pero... ¿Qué me esperaba? ¿O es que pensaba que Natalie me iba a cambiar por un perdedor? ¿No era mejor que me hubiera dejado por ese médico tan querido que por un indeseable?

Buena pregunta.

La camarera seguía allí de pie, a mi lado.

—¿De qué murió? —le pregunté.

—¿No lo sabe?

Meneé la cabeza. Silencio. Me giré hacia ella.

—Asesinado.

La palabra se quedó flotando en el aire húmedo, negándose a marcharse. La repetí.

—¿Asesinado?

—Sí.

Abrí la boca. La cerré. Volví a intentarlo.

—¿Cómo? ¿Por quién?

—Le pegaron un tiro, creo. No estoy segura de eso. La policía no sabe quién lo hizo. Creen que fue un robo que salió mal. Ya sabe, un tipo que entró en la casa sin saber que había alguien dentro.

Me quedé en blanco. De la capilla ya no salía más gente. Me quedé mirando la puerta, esperando que Natalie hiciera su aparición.

Pero no lo hizo.

El sacerdote salió y cerró las puertas tras de sí. Se situó frente al cortejo. El coche fúnebre se puso en marcha, con el coche de acompañantes tras él.

—¿Hay una puerta lateral? —pregunté.

—¿Qué?

—La capilla. ¿Tiene alguna otra puerta?

Ella frunció el ceño.

—No. Solo esa puerta.

El cortejo ya se había puesto en marcha. ¿Dónde demonios estaba Natalie?

—¿No va a ir al cementerio? —me preguntó la camarera.

—No.

—Me da la impresión de que no le iría mal una copa —observó, y me puso una

mano en el brazo.

Aquello era difícil de rebatir. La seguí con paso vacilante hasta el bar y me dejé caer sobre el mismo taburete de antes. Me sirvió otro *whisky*. Yo no apartaba la vista del cortejo, de la puerta de la capilla, ni de la pequeña placita.

Ni rastro de Natalie.

—Me llamo Tess, por cierto.

—Jake.

—¿De qué conocía al doctor Sanderson?

—Fuimos a la misma universidad.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Por qué?

—Usted parece más joven.

—Lo soy. Nos conocimos ya como exalumnos.

—Ah, vale. Eso cuadra.

—¿Tess?

—¿Sí?

—¿Conocías a la familia del doctor Sanderson?

—Su hijo, Eric, salió con mi sobrina. Un buen chaval.

—¿Cuántos años tiene?

—Dieciséis, quizá diecisiete. Qué tragedia. Eric y su padre estaban muy unidos.

No sabía cómo abordar el tema, así que lo solté tal cual:

—¿Conoces a la esposa del doctor Sanderson?

—¿Usted no?

—No —mentí—. No llegamos a coincidir. Solo nos conocíamos de unos cuantos actos celebrados en la universidad. Él iba solo.

—Pues parece muy afectado para conocerlo solo de unos cuantos actos.

A eso no sabía cómo responder, así que hice una pausa y me tomé un buen trago.

—Bueno, es que... no la he visto en el funeral.

—¿Cómo lo sabe?

—¿El qué?

—Acaba de decirme que no la conocía. ¿Cómo lo sabe?

Desde luego, aquello no se me estaba dando nada bien.

—He visto fotos.

—Pues no debían de ser muy buenas.

—¿Qué quieres decir?

—Que estaba ahí. Ha salido justo detrás del féretro, con Katie.

—¿Katie?

—Su hija. Eric era uno de los portadores. Luego salió el hermano del doctor Sanderson con Katie y Delia.

Los recordaba, por supuesto.

—¿Delia?

—La esposa del doctor Sanderson.

La cabeza empezaba a darme vueltas.

—Pensaba que se llamaba Natalie.

Ella se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—¿Natalie? No, se llama Delia. Ella y el doctor salían desde el instituto. Creció aquí mismo. Llevaban casados una eternidad.

Me la quedé mirando, pasmado.

—¿Jake?

—¿Qué?

—¿Está seguro de que no se ha equivocado de funeral?

Volví al aeropuerto y cogí el vuelo siguiente de regreso. ¿Qué otra cosa podía hacer? Supongo que podría haberme acercado a la doliente viuda, en el mismo cementerio, y preguntarle por qué su difunto marido se había casado con el amor de mi vida seis años antes, pero en aquel momento me pareció poco apropiado. Y yo soy un tipo sensible.

Así que, teniendo en cuenta lo caro que me había costado el billete, que no admitía cambios y que al día siguiente tenía clases y citas con mis alumnos, me metí a regañadientes en uno de esos aviones de bajo coste, demasiado pequeños para tipos de mi tamaño, doblando las piernas hasta el punto de que las rodillas casi me tocaban la barbilla, y volé de regreso a Lanford. Vivo en una residencia impersonal del campus, hecha toda de ladrillo. Siendo generoso, la decoración podría calificarse de «funcional». Era limpia y confortable, supongo, con uno de esos sofás con *chaise longue* que se ven anunciados en los centros comerciales de carretera por seiscientos noventa y nueve dólares. El efecto general es, supongo, más anodino que desagradable, pero quizás eso sea lo que me digo yo para consolarme. La pequeña cocina tiene un microondas y un hornillo eléctrico auxiliar —también tiene un horno de verdad, pero no creo que lo haya usado nunca—, y el lavavajillas se avería a menudo. Como habréis supuesto, no recibo muchas visitas.

Eso no quiere decir que no saliera con mujeres, o que no tuviera relaciones sentimentales. Las tenía, aunque la mayoría de ellas tenían fecha de caducidad de tres meses. Algunos lo atribuían al hecho de que Natalie y yo hubiéramos durado poco más de tres meses, pero yo no. No, no sigo sufriendo por ello. No me duermo cada noche entre lágrimas, ni nada de eso. Lo he superado, o eso me digo a mí mismo. Pero sí siento un vacío, por cursi que suene eso. Y —me guste o no— aún pienso en ella todos los días.

¿Ahora, qué?

El hombre que se había casado con la mujer de mis sueños aparentemente estaba casado con otra mujer, por no mencionar que estaba..., bueno, muerto. Por decirlo de otro modo, Natalie no estaba en el funeral de su marido. Eso parecía legitimar algún tipo de respuesta por mi parte, ¿no?

Recordé mi promesa de seis años atrás. Natalie me había dicho: «Prométeme que nos dejarás en paz». A nosotros. No a él o a ella. A riesgo de parecer frío o quizás estricto, ese «nosotros» ya no existía. Todd estaba muerto. Eso significaba —yo al menos lo creía firmemente— que la promesa, en caso de que mantuviera la vigencia, dado que el «nosotros» ya no existía, debía considerarse nula y carente de valor.

Encendí el ordenador, esperé a que arrancara —sí, era viejo— e introduje «Natalie Avery» en el buscador. Apareció una lista de enlaces. Empecé a examinarlos, pero enseguida me desanimé. La página de su antigua galería aún presentaba alguna de sus pinturas. Pero no habían añadido nada en..., bueno, seis

años. Encontré algunos artículos sobre inauguraciones de exposiciones y cosas así, pero también eran viejos. Apreté el botón de «Más resultados». Había dos enlaces a las páginas blancas, pero en uno la tal Natalie Avery tenía setenta y nueve años y estaba casada con un hombre llamado Harrison. La otra tenía sesenta y seis y estaba casada con un tal Thomas. Luego estaban las típicas páginas que salen con cualquier nombre: sitios de genealogía, redes sociales de exalumnos de instituto y de universidad, ese tipo de cosas.

Pero lo cierto es que nada de eso parecía relevante.

¿Qué le había pasado a mi Natalie?

Decidí buscar a Todd Sanderson, a ver qué encontraba. En efecto, era médico (y, en concreto, cirujano). Impresionante. Tenía la consulta en Savannah (Georgia), y estaba afiliado al Memorial University Medical Center. Su especialidad era la cirugía estética. Eso podía significar tanto que rectificara paladares como que pusiese tetas. Tampoco me parecía que aquello fuera una información relevante. El doctor Sanderson no estaba muy metido en las redes sociales. No tenía cuenta de Facebook, de LinkedIn ni de Twitter. Nada de eso.

Había unas cuantas referencias a Todd Sanderson y su esposa, Delia, en varias funciones benéficas para una organización llamada Fresh Start, pero tampoco aquello explicaba nada nuevo. Intenté combinar su nombre con el de Natalie. Cero. Me tumbé y pensé un momento. Luego volví a acercarme a la pantalla y probé con su hijo, Eric Sanderson. Era solo un chaval, así que no esperaba encontrar mucho, pero me imaginaba que tendría perfil en Facebook. Empecé por ahí. Los padres a menudo deciden no tener página de Facebook, pero no conocía a ningún estudiante que no la tuviera.

Unos minutos más tarde, obtuve premio. Eric Sanderson, de Savannah (Georgia).

La fotografía del perfil resultaba emotiva: era Eric con su difunto padre, Todd. Ambos sonreían sosteniendo un gran pescado de algún tipo, no sin esfuerzo, pero encantados. Una excursión de pesca con padre e hijo, pensé, con la comezón de un hombre que desea ser padre. El sol se ponía tras ellos, tenían el rostro a la sombra, pero irradiaban una satisfacción que atravesaba el monitor de mi ordenador. Me sacudió un pensamiento extraño.

Todd Sanderson era un buen hombre.

Sí, no era más que una fotografía y, sí, era consciente de que la gente puede fingir una sonrisa o toda una vida, pero en este caso percibía la bondad.

Eché un vistazo al resto de las fotografías de Eric. La mayoría eran de Eric y sus amigos —al fin y al cabo era un adolescente— en el colegio, en fiestas y en acontecimientos deportivos. Lo normal. ¿Por qué todo el mundo pone morritos o hace gestos con las manos en las fotos últimamente? ¿Qué significa? Pensar en eso carecía de interés en aquel momento, pero la mente va donde va.

Había un álbum titulado simplemente «Familia», con fotos de diferentes años. En algunas Eric era un bebé. Luego aparecía su hermana. Luego estaba el viaje a Disney

World, otras vacaciones de pesca, cenas en familia, la confirmación en la iglesia y partidos de fútbol. Las repasé todas.

Todd no llevaba el cabello largo. En ninguna. Y en todas estaba perfectamente afeitado.

¿Qué significaba eso?

Ni idea.

Hice clic en el muro de Eric, o lo que sea que se llame la página inicial. Había decenas de mensajes de condolencia.

«Tu padre era el mejor. Lo siento un montón».

«Si puedo hacer algo, ya sabes».

«RIP, Dr. S. Molaba mogollón».

«Nunca olvidaré cuando tu padre ayudó a mi hermana».

Entonces vi uno que me hizo detenerme:

«Una tragedia sin sentido. Nunca comprenderé la crueldad de los seres humanos».

Seleccioné «*Posts antiguos*». Allí, seis más abajo, encontré otro que me llamó la atención:

«Espero que pillen al &&brón que lo ha hecho y lo frían».

Abrí una página de búsqueda e intenté encontrar algo más. No tardé mucho en dar con un artículo:

HOMICIDIO EN SAVANNAH

Cirujano asesinado

Todd Sanderson, conocido cirujano involucrado en labores humanitarias, fue asesinado anoche en su casa en lo que la policía cree que debió de ser un intento de robo fallido.

Alguien intentó abrir la puerta de mi habitación, pero estaba cerrada con llave. Oí que arrastraban el felpudo —en un alarde de originalidad, escondía la llave de repuesto debajo— y entonces que metían la llave en la cerradura. La puerta se abrió y entró Benedict.

—¡Eh! —dijo—. ¿Surfeando en busca de porno?

—Ya nadie dice «surfear» —respondí, frunciendo el ceño.

—Soy de la vieja escuela. —Benedict se fue hasta la nevera y sacó una cerveza—. ¿Qué tal el viaje?

—Sorprendente.

—Cuenta.

Lo hice. A Benedict se le daba muy bien escuchar. Era uno de esos tipos que escuchan cada palabra de lo que dices y que mantienen la atención, sin ponerse a hablar de otras cosas. Eso tampoco es fingido, y no lo hace solo con sus mejores

amigos. Le fascina la gente. Yo diría que es su mayor virtud como profesor, pero probablemente sería más acertado decir que es su mayor virtud como donjuán. Las mujeres solteras tienen defensas contra casi todas las técnicas de ligue, pero ¿un tío que se preocupa de verdad por lo que dicen? Aprendices de gigoló, tomad nota.

Cuando acabé, Benedict echó un trago a su cerveza.

—Caray. O sea..., caray. Es todo lo que puedo decir.

—¿Caray?

—Sí.

—¿Estás seguro de que no eres profesor de lengua?

—Ya sabes —dijo, lentamente— que tal vez haya una explicación lógica para todo esto, ¿no?

—¿Como cuál?

Se frotó la barbilla.

—Quizá Todd sea uno de esos tíos con varias familias, solo que unos no saben de los otros.

—¿Eh?

—Mujerriegos que tienen varias mujeres, e incluso niños, y unos viven en Denver, pongamos por caso, y los otros en Seattle, y él reparte su tiempo entre unos y otros, y ellos no saben nada del asunto. En *Dateline* salen casos así continuamente. Son bígamos. O polígamos. Y mantienen esa situación durante años.

Hice una mueca.

—Si esa es tu explicación lógica, me gustaría oír tu explicación descabellada.

—Me parece bien. ¿Qué tal si te doy la más obvia?

—¿La explicación más obvia?

—Sí.

—Adelante.

Benedict abrió los brazos.

—No es el mismo Todd.

No dije nada.

—Tú no recuerdas el apellido del tipo, ¿no?

—No.

—¿Y cómo estás seguro de que es el mismo tío? Todd no es el nombre más raro del mundo. Piénsalo, Jake. Ves una foto seis años más tarde, tu mente te juega una mala pasada y, ¡voilà!, piensas que es tu archienemigo.

—No es mi archienemigo.

—No *era* tu archienemigo. Está muerto, ¿recuerdas? Eso lo pone en pasado. Ahora en serio, ¿quieres la explicación más evidente? —Se acercó—. Es un simple caso de identificación errónea.

Eso, por supuesto, ya me lo había planteado. Incluso había considerado la posibilidad de que fuera un farsante bígamo. Ambas tenían más sentido que... ¿que qué? ¿Qué otra opción había? ¿Qué otra explicación —obvia, lógica o descabellada

— podía tener aquello?

—¿Y bien? —preguntó Benedict.

—Tiene sentido.

—¿Lo ves?

—Este Todd (el doctor Todd Sanderson) tenía un aspecto diferente del Todd de Natalie. Tenía el cabello más corto. E iba bien afeitado.

—Pues ahí lo tienes.

Aparté la mirada.

—¿Qué?

—No estoy muy convencido.

—¿Por qué no?

—Primero, porque al hombre lo han asesinado.

—¿Y qué? Si acaso, eso refuerza mi teoría del polígamo. No sabía con quién se la jugaba, y ¡zasca!

—Venga, hombre. Ni tú te lo crees.

Benedict se reclinó en la silla y empezó a tirarse del labio inferior con dos dedos.

—Te dejó por otro hombre.

Esperé a que dijera algo más. No lo hizo, y respondí:

—Oh, sí, Capitán Obvio. Ya lo sé.

—Fue duro para ti. —Ahora sonaba triste, melancólico—. Lo entiendo. Lo entiendo más de lo que tú te crees. —Pensé en la fotografía, en el amor que había perdido, en la cantidad de personas que vamos por ahí con algún dolor en el corazón que nunca mostramos en público—. Estabas enamorado. Así que no puedes aceptarlo: ¿cómo iba a dejarte por otro hombre?

Fruncí el ceño de nuevo, pero sentía una punzada en el pecho.

—¿Estás seguro de que no eres profesor de psicología?

—Lo deseas tanto, deseas tanto esta segunda oportunidad, esta oportunidad de redención, que te niegas a ver la verdad.

—¿Y cuál es la verdad, Benedict?

—Que se ha ido —dijo, simple y llanamente—. Que te dejó tirado. Nada de esto cambia esos hechos.

Tragué saliva e intenté afrontar aquella realidad cristalina.

—Creo que hay algo más.

—¿Como qué?

—No lo sé —reconocí.

Benedict se lo pensó un momento.

—Pero no vas a cejar en tu empeño y querrás descubrirlo, ¿verdad?

—Exacto —respondí—. Pero no hoy. Ni, probablemente, mañana.

Benedict se encogió de hombros, se puso en pie y cogió otra cerveza.

—De acuerdo. ¿Cuál es el paso siguiente?

Para eso no tenía respuesta, y se estaba haciendo tarde. Benedict sugirió ir a un bar y luego de marcha. A mí me parecía un plan estupendo, pero tenía ejercicios que corregir, así que tuve que declinar la oferta. Conseguí corregir unos tres antes de darme cuenta de que no estaba concentrado y de que puntuar ejercicios en aquel estado no sería justo para mis estudiantes.

Me hice un bocadillo e intenté buscar de nuevo el nombre de Natalie, esta vez haciendo una búsqueda en «Imágenes». Vi una vieja fotografía suya de un currículum. La imagen me impresionó tanto que tuve que cerrarla. Encontré algunas de sus antiguas pinturas. Varias de ellas representaban mis manos y mi torso. Aquello no solo me trajo recuerdos dolorosos, sino que además me los plantó delante como una bofetada. El modo en que ladeaba la cabeza, la luz del sol que entraba por la claraboya de su estudio, aquella mirada concentrada en su rostro, la sonrisa juguetona cuando hacía una pausa. Los recuerdos casi me hicieron doblarme en dos del dolor. La echaba muchísimo de menos. La echaba de menos con un dolor que era físico y algo más. Lo había bloqueado de manera intermitente durante seis años, pero de pronto la nostalgia había vuelto como una marea, tan intensa como el último día que hicimos el amor en la cabaña de aquel refugio.

A la mierda todo.

Quería verla, y no me importaban las consecuencias. Si Natalie podía mirarme a los ojos de nuevo y darme puerta otra vez, ya lo afrontaría llegado el momento. Pero no en ese momento. No esa noche. Lo único que quería en ese instante era encontrarla.

Vale, poco a poco. Las cosas hay que pensarlas. ¿Qué iba a tener que hacer? Primero, tendría que descubrir si Todd Sanderson era el Todd de Natalie. Había muchos indicios que hacían pensar, tal como había planteado Benedict, que aquello no era más que un caso de identificación errónea.

¿Cómo podría demostrar una cosa o la otra?

Tenía que descubrir algo más de él. Por ejemplo, ¿qué podía estar haciendo el doctor Todd Sanderson, felizmente casado y padre de dos hijos en Savannah, en un refugio de artistas de Vermont seis años antes? Tenía que encontrar más fotos suyas. Tenía que buscar más información de fondo, empezando...

Empezando por allí mismo. Por Lanford.

Eso era. La universidad conservaba los archivos de todos los alumnos, aunque solo eran accesibles para el alumno, o con permiso del alumno. Yo había visto los míos hacía unos años. En general no había encontrado nada digno de mención, salvo que mi profesor de español de primero, asignatura que acabé dejando colgada, sospechaba que yo tenía problemas de «adaptación» y quizá me fuera bien ver al psicólogo de la universidad. Aquello era una gilipollez, por supuesto. Se me daba fatal el español —las lenguas extranjeras eran mi talón de Aquiles—, y en primero se

puede dejar una asignatura sin que ello afecte a la media académica. La nota estaba escrita a mano por el profesor, y de algún modo aquello lo empeoraba todo.

¿De qué serviría?

Podía ser que hubiera algo en la ficha de Todd —si es que encontraba el modo de llegar a ella— que me dijera algo de él. Alguien podría preguntar: «¿Como qué?», a lo que yo respondería: «No tengo ni la menor idea». Aun así, me pareció un punto de partida.

¿Y qué más?

Lo evidente: investigar a Natalie. Si descubría que seguía felizmente casada con Todd, dejaría todo eso de inmediato. Aquel era el camino más directo, ¿no? La pregunta era: ¿cómo?

Seguí con mi búsqueda por internet, esperando dar con una dirección o alguna pista, pero no había absolutamente nada. Sé que hoy en día se supone que vivimos toda nuestra vida en línea, pero resultó no ser el caso. Si una persona quería mantenerse en la sombra, podía hacerlo. Le costaría lo suyo, pero la verdad es que se podía vivir fuera de la red.

La pregunta, más bien, era: ¿merecía la pena el esfuerzo?

Me planteé llamar a su hermana, si es que podía encontrar su número, pero... ¿qué le diría exactamente? «Eh, hola... Soy Jake Fisher, el antiguo..., esto..., rollo de tu hermana. Hum. ¿Sabes si ha muerto el marido de Natalie?»

Quizá fuera una táctica poco diplomática.

Recordé haber oído una conversación telefónica entre las dos hermanas en la que Natalie, emocionada, le decía a Julie: «Espera a conocer a mi novio...». Y sí, por fin nos conocimos. Más o menos. En la boda de Natalie con otro hombre.

Su padre estaba muerto. Su madre... Bueno, el problema sería el mismo que con su hermana. Los amigos de Natalie... Eso también sería complicado. Natalie y yo habíamos vivido juntos en sendos refugios en Kraftboro, en Vermont. Yo estaba en uno para escribir mi tesis de ciencias políticas. Natalie hacía sus piezas en una granja-refugio cercana. Se suponía que yo tenía que quedarme seis semanas. Al final me quedé el doble: en primer lugar, porque conocí a Natalie, y en segundo lugar, porque no me concentraba en mi tesis después de conocerla. Nunca había visitado su ciudad natal, en el norte de Nueva Jersey, y ella solo había acudido al campus en una visita breve. Nuestra relación se había desarrollado en aquella burbuja de Vermont.

Casi puedo ver vuestras cabezas asintiendo. Ah, pensaréis, eso lo explica todo. Era un romance de verano, construido en un mundo irreal, sin responsabilidades ni contacto con la realidad. En esas condiciones es fácil que nazcan el amor y la obsesión, pero sin que arraiguen, marchitándose y muriendo después, con la llegada del frío en septiembre. Natalie, que era la más sensata de los dos, veía y aceptaba aquella verdad. Yo no.

Entiendo ese planteamiento. Lo único que puedo decir es que es erróneo.

La hermana de Natalie se llamaba Julie Pottham. Hacía seis años, Julie estaba

casada y tenía un bebé. La busqué por internet. Esta vez no me llevó mucho tiempo. Julie vivía en Ramsey, en Nueva Jersey. Apunté el número de teléfono en un papel — al igual que Benedict, también tengo cosas de la vieja escuela— y me lo quedé mirando. Al otro lado de la ventana oía las risas de los estudiantes. Era medianoche. Demasiado tarde para llamar. Además, quizá fuera mejor consultar una decisión así con la almohada. Mientras tanto, tenía exámenes que corregir. Y una clase que preparar para el día siguiente. Tenía una vida que vivir.

No tenía sentido intentar dormir. Me concentré en los trabajos de mis alumnos. La mayoría eran aburridísimos y previsibles, escritos como para cumplir las instrucciones de un profesor de instituto. Eran estudiantes modelo que sabían escribir redacciones de matrícula de honor para el instituto, con su párrafo de presentación, sus frases introductorias, su desarrollo y todas esas cosas que hacen que una exposición sea sólida y absolutamente tediosa. Tal como he mencionado antes, mi trabajo consiste en que desarrollen un pensamiento crítico. Yo siempre le había dado más importancia a eso que al hecho de que recordaran las doctrinas filosóficas específicas de Hobbes o Locke, por ejemplo. Eso siempre se podía consultar. Lo que yo esperaba era que mis estudiantes aprendieran al mismo tiempo a respetar y a mandar al carajo a Hobbes y a Locke. Quería no solo que salieran de la caja para pensar, sino también que al salir de la caja la hicieran añicos.

Algunos lo iban consiguiendo. La mayoría, aún no. Pero por otra parte, si todos lo consiguieran a la primera, ¿qué sentido tendría mi trabajo?

A eso de las cuatro de la mañana me fui a la cama con la esperanza de conciliar el sueño. No fue así. Hacia las siete ya estaba decidido: llamaría a la hermana de Natalie. Recordé la sonrisa de autómatas en la capilla blanca, el rostro pálido, el modo en que me preguntó si estaba bien, como si me entendiera de verdad. Quizás encontrara en ella una aliada.

En cualquier caso, ¿qué podía perder?

La noche anterior había sido demasiado tarde para llamar. Ahora era demasiado pronto. Me di una ducha y me preparé para mi clase sobre el imperio de la ley, a las ocho en el Vitale Hall. Llamaría a la hermana de Natalie en cuanto acabara la clase.

Yo me esperaba una clase fácil. Obviamente yo estaba distraído y, afrontémoslo, las ocho de la mañana era demasiado pronto para la mayoría de los estudiantes. Pero no ese día. Ese día los alumnos estaban de lo más animados, levantando la mano y haciendo planteamientos y contraplanteamientos con energía, pero sin animosidad. Yo, por supuesto, no me alineé con ninguna posición. Hice de moderador, y me quedé maravillado. La clase estaba enchufadísima. Por lo general, en la primera clase del día, el minutero del reloj se movía como si estuviera untado de melaza. Esta vez me daban ganas de levantar la mano, agarrar esa estúpida manija y pararla para que no avanzara tan rápido. Disfruté de cada momento. Los noventa minutos me pasaron

volando, y me di cuenta, una vez más, de lo afortunado que era por tener aquel trabajo.

Afortunado en el trabajo, desgraciado en amores. O algo parecido.

Me dirigí a mi despacho en la Clark House para hacer la llamada. Me paré junto a la mesa de la señora Dinsmore y le regalé mi sonrisa más irresistible. Ella frunció el ceño y dijo:

—¿Hoy en día eso funciona con las solteras?

—¿El qué? ¿La sonrisa encantadora?

—Sí.

—A veces.

Ella sacudió la cabeza.

—Y dicen que no hay que preocuparse por el futuro... —dijo la señora Dinsmore, con un suspiro, mientras ordenaba unos papeles—. Vale, finja que me ha puesto caliente y nerviosísima. ¿Qué quiere?

Intenté quitarme de la mente la imagen de aquella mujer caliente y nerviosísima. No era fácil.

—Necesito encontrar la ficha de un alumno.

—¿Tiene el permiso del alumno?

—No.

—De ahí la sonrisa encantadora.

—Exacto.

—¿Es uno de sus alumnos actuales?

Recuperé la sonrisa.

—No. Nunca ha sido alumno mío.

Ella arqueó una ceja.

—De hecho, se licenció hace veinte años.

—Está de broma, ¿no?

—¿Tengo pinta de estar de broma?

—De hecho, con esa sonrisa, tiene pinta de estar estreñado. ¿Cómo se llama el alumno?

—Todd Sanderson.

Se recostó en la silla y se cruzó de brazos.

—¿No acabo de leer su obituario en la página de exalumnos?

—Exactamente.

La señora Dinsmore me escrutó el rostro. La sonrisa había desaparecido. Unos segundos más tarde, volvió a ponerse las gafas de leer y dijo:

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias.

Entré en mi despacho y cerré la puerta. Se habían acabado las excusas. Eran casi las diez. Saqué el papel y miré el número que había apuntado la noche anterior. Cogí el teléfono, apreté el botón de la línea exterior y marqué.

Había ensayado lo que iba a decir, pero no había encontrado nada que pudiera sonar juicioso, así que pensé que más valía improvisar. El teléfono sonó dos veces, luego tres. Probablemente Julie no respondería. En realidad, ya nadie responde al teléfono, sobre todo cuando la llamada procede de un número desconocido. La identificación de llamada diría «Lanford College». No sabía si eso animaría a responder o no.

Lo cogieron al cuarto tono. Apreté el auricular con fuerza y esperé.

—¿Diga? —respondió la voz de una mujer.

—¿Julie?

—¿Quién es, por favor?

—Soy Jake Fisher.

Nada.

—Salía con tu hermana.

—¿Cómo dice que se llama?

—Jake Fisher.

—¿Nos conocemos?

—Más o menos. Quiero decir que ambos estábamos en la boda de Natalie...

—No entiendo. ¿Quién es usted, exactamente?

—Antes de que Natalie se casara con Todd, esto..., salíamos juntos.

Silencio.

—¿Oye?

—¿Es una broma?

—¿Qué? No. En Vermont. Tu hermana y yo...

—No sé quién es usted.

—Hablabas mucho con tu hermana por teléfono. Incluso os oí a las dos hablando de mí. Después de la boda, me pusiste la mano en el brazo y me preguntaste si estaba bien.

—No tengo ni idea de qué está hablando.

Tenía el auricular agarrado con tanta fuerza que temí que pudiera romperlo en pedazos.

—Como te decía, Natalie y yo salíamos...

—¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué me llama?

Vaya, esa era una buena pregunta.

—Quería hablar con Natalie.

—¿Qué?

—Solo quería asegurarme de que está bien. He visto la necrológica de Todd, y pensé en llamar para, no sé, darle mi pésame.

Más silencio. Lo aguanté todo lo que pude.

—¿Julie?

—No sé quién es usted ni de qué está hablando, pero no vuelva a llamar a este número. ¿Me entiende? Nunca.

Y colgó.

6

Volví a llamar, pero Julie no respondió.

No lo entendía. ¿De verdad se había olvidado de mí? Me resultaba difícil de creer. ¿La había asustado con mi llamada inesperada? No lo sabía. Toda la conversación había sido surrealista y algo misteriosa. Una cosa habría sido que me dijera que Natalie no quería saber nada de mí o que me equivocaba, que Todd seguía vivo. Lo que fuera. Pero es que ni siquiera sabía quién era yo.

¿Cómo podía ser?

¿Y ahora qué? En primer lugar, tenía que calmarme inmediatamente. Respirar hondo. Y seguir con mi ataque por dos flancos: en primer lugar descubrir el misterio del difunto Todd Sanderson y después encontrar a Natalie. Lo segundo, por supuesto, resolvería la primera duda: en cuanto encontrara a Natalie, lo descubriría todo. Lo que no sabía era cómo hacerlo. La había buscado en internet y no había encontrado nada. Con su hermana parecía que también había llegado a un callejón sin salida. ¿Qué podía hacer ahora? No lo sabía, pero tampoco podía ser tan difícil encontrar datos de ella, ¿no?

Se me ocurrió una idea. Entré en la página web del campus y comprobé los horarios de los profesores. La profesora Shanta Newlin tenía clase en una hora.

Llamé a la señora Dinsmore por el citófono.

—¿Qué? No esperará que consiga esa ficha con tanta rapidez, ¿no?

—No, no es eso. Me preguntaba si conocía a la profesora Newlin.

—Bueno, bueno. El día se va animando cada vez más. Ya sabe que está prometida, ¿verdad?

Una respuesta así era de esperar.

—Señora Dinsmore...

—Tranquilo, no se lance. Está desayunando con sus alumnos de tesis en Valentine.

Valentine era la cafetería del campus. Crucé el patio interior a la carrera, algo raro en mí. Un profesor universitario siempre tiene que estar atento. Tienes que tener la cabeza bien alta y sonreír o saludar a cada alumno que te encuentras. Tienes que recordar cada nombre. Pasear por el campus era como cobrar cierto protagonismo. Yo sostenía que no me importaba en absoluto, pero confieso que me gustaba la atención recibida y que me lo tomaba bastante en serio. Así que incluso en aquel momento, mientras corría, con los nervios y la cabeza en otra parte, me aseguré de que ningún alumno se sintiera ignorado.

Evité los dos comedores principales. Eran para alumnos. Los profesores que en ocasiones decidían unirse a ellos me parecían algo desesperados. Había líneas, y admito que a veces son demasiado estrictas y arbitrarias, pero yo seguía trazándolas y me mantenía en mi lado. La profesora Newlin, siempre impecable, hacía lo mismo, motivo por el que estaba convencido de que la encontraría en uno de los comedores

privados de atrás, reservados para esa interacción entre profesorado y alumnado.

Estaba en el comedor Bradbeer. En el campus, cada edificio, sala, silla, mesa, estante o azulejo lleva el nombre de alguien que ha dado dinero. A algunos eso les pone de los nervios. A mí me gusta. Esta institución cubierta de hiedra ya está lo suficientemente aislada. No le hace ningún daño ponerla en contacto con la fría realidad del mundo y del dinero de vez en cuando.

Eché un vistazo por el cristal. Shanta Newlin me vio y levantó un dedo, indicándome un minuto. Asentí y esperé. La puerta se abrió cinco minutos más tarde y los alumnos salieron uno tras otro. Shanta se situó en el umbral. Cuando los alumnos se fueron, me dijo:

—Vamos caminando. Tengo que ir a un sitio.

La acompañé. Shanta Newlin tenía uno de los currículos más impresionantes que había visto. Tras licenciarse en Oxford había pasado con una beca Rhodes de posgrado a Stanford, y luego había estudiado derecho en la Universidad de Columbia. Después había trabajado tanto para la CIA como para el FBI, hasta acabar como subsecretaria de Estado para el gobierno anterior.

—¿Qué hay?

Como siempre, era directa. Poco después de que llegara al campus, un día habíamos quedado para cenar. No era una cita. Era una «cita para ver si queríamos una cita». Hay una sutil diferencia. Tras la cita, decidió no seguir adelante, y a mí me pareció bien.

—Necesito un favor —dije yo.

Shanta asintió, invitándome a plantearle mi petición.

—Estoy buscando a alguien a quien hace tiempo que no veo. He usado todos los métodos habituales: Google..., llamar a la familia... Todo. No encuentro ni la dirección.

—Y has pensado que, con mis viejos contactos, podría ayudarte.

—Algo así —admití—. Bueno, sí, eso, exactamente.

—¿Y cómo se llama la chica?

—No he dicho que fuera una chica.

Shanta frunció el ceño.

—¿Nombre?

—Natalie Avery.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste o que sabías dónde vivía?

—Hace seis años.

Shanta siguió caminando con paso militar, muy rápido.

—Es ella, ¿no, Jake?

—¿Cómo dices?

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—¿Sabes por qué nunca quise una segunda cita contigo?

—En realidad, aquello no fue una primera cita. Era más bien una «cita para ver si

queríamos una cita».

—¿Qué?

—No tiene importancia. Supuse que no querrías volver a quedar porque no tenías interés.

—Pues no. Esto es lo que vi esa noche: eres un tipo estupendo, divertido e inteligente, tienes un trabajo estable y unos ojos azules para morir. ¿Sabes cuántos hombres heterosexuales y solteros podía encontrar que cumplieran esos criterios?

No estaba seguro de qué decir, así que callé.

—Pero lo notaba. Quizá sea por mi formación como investigadora. Estudio el lenguaje corporal. Busco los detalles.

—¿Qué es lo que notaste?

—Que tienes tara.

—Vaya, gracias.

Shanta se encogió de hombros.

—Algunos hombres van por ahí con la antorcha de un viejo amor en la mano, y luego hay otros (no muchos, pero los hay) que se dejan consumir completamente por la llama de su antorcha, con lo que no son más que una fuente de problemas constante para las que vienen detrás.

No dije nada.

—Así que esta Natalie Avery a quien de pronto quieres encontrar de manera tan desesperada... ¿Es ella esa llama?

¿Qué sentido tendría mentir?

—Sí.

Se detuvo y me miró a los ojos.

—¿Y te dolió mucho?

—No tienes ni idea.

Shanta Newlin asintió y se puso en marcha de nuevo, dejándome allí.

—A última hora del día tendrás la dirección.

En la televisión, el investigador siempre regresa a la escena del crimen. O, pensándolo mejor, quizá sea el criminal el que lo hace. Yo estaba en un callejón sin salida, así que pensé que quizá valiera la pena volver adonde había sucedido todo.

Los refugios de Vermont.

Lanford estaba a solo tres cuartos de hora de la frontera con Vermont, pero desde allí había dos horas más hasta donde nos habíamos conocido Natalie y yo. El norte de Vermont es una zona rural. Yo me había criado en Filadelfia y Natalie era del norte de Nueva Jersey. Aquel entorno tan rural era nuevo para nosotros. Sí, un observador objetivo podría señalar que un lugar tan apartado de todo el amor se prestaba a que el amor floreciera de un modo poco realista. Yo podría estar de acuerdo, o podría señalar que, en ausencia de otras distracciones —o de cualquier otra cosa—, el amor podría asfixiarse bajo el peso de tanto estar juntos, lo que demostraría que aquello había sido mucho más que un lío de verano.

El sol estaba empezando a caer cuando pasé por delante de mi viejo refugio, en la carretera 14. Aquella «granja autosuficiente» de dos hectáreas y media la gestionaba la escritora residente Darly Wanatick, quien ofrecía críticas del trabajo de los artistas y profesionales alojados. Para quien no lo sepa, una granja autosuficiente es la que practica la agricultura de subsistencia, con la que se obtiene lo necesario para el granjero y su familia, sin excedentes para comerciar. Básicamente, tú te lo cultivas y tú te lo comes, pero no lo vendes. Para quien no sepa qué es un escritor residente o qué le cualifica para criticar los escritos de nadie, eso significaba que Darly era la propietaria de la granja y que escribía una columna semanal sobre comercio local en el periódico gratuito del lugar, el *Kraftboro Grocer*. La granja tenía capacidad para seis escritores. Cada uno disponía de un dormitorio en la casa principal y una cabaña o «casa de trabajo» en la que escribir. A la hora de cenar nos reuníamos todos. Y ahí se acababa la cosa. No había ni internet, ni televisión, ni teléfonos. Luz, sí, pero nada de coches. Ningún lujo. Por la propiedad paseaban las cabras, las ovejas y los pollos. Al principio era relajante, y disfruté de aquella sensación de desconexión y de soledad durante unos... tres días, hasta que mis neuronas empezaron a oxidarse y corroerse. Supongo que el planteamiento era que, si haces que un autor se aburra hasta el aturdimiento, al final buscará la salvación en su libreta o su ordenador portátil y se pondrá a producir páginas como loco. Durante un tiempo funcionó, pero luego fue como si me hubieran condenado a una pena de aislamiento. Pasé una tarde entera observando a una colonia de hormigas que trasladaba un trozo de pan de una punta a otra del suelo de mi «casa de trabajo». Tan encantado estaba con aquel entretenimiento que acabé colocando trozos de pan en varias esquinas, organizando carreras de relevos de insectos.

La cena con mis compañeros de retiro tampoco me suponía un gran alivio. Eran todos seudointelectuales engréidos convencidos de estar a punto de escribir la nueva

gran novela americana, y cuando salía a relucir el asunto de mi disertación no literaria, caía sobre la vieja mesa de la cocina con el mismo ruido sordo con el que cae al suelo una boñiga de burro. A veces aquellos grandes novelistas del futuro hacían lecturas de su propia obra con una gran puesta en escena. Las obras eran pretenciosas, aburridas y egocéntricas, y estaban escritas en una prosa que, siendo generosos, se podía describir como: «¡Miradme! ¡Por favor, miradme!». Yo nunca dije nada de eso en voz alta, claro. Cuando leían, me sentaba con una estudiadísima expresión de arrebató emocional, y asentía de tanto en tanto para dar una imagen de sabiduría e interés, y también para evitar negar con la cabeza en un movimiento reflejo. Un tipo llamado Lars estaba escribiendo un poema de seiscientas páginas sobre los últimos días de Hitler en el búnker desde el punto de vista del perro de Eva Braun. Su primera lectura consistió en diez minutos de ladridos.

—Es para crear el ambiente —explicó, y tenía razón..., si quería crear un ambiente en que vinieran ganas de darle un puñetazo en los morros.

El refugio de artistas de Natalie era diferente. Se llamaba Creative Recharge y tenía un ambiente decididamente más *hippy*, kumbayá, de porro y galleta de avena. Cuando querían desconectar trabajaban en un huerto ecológico donde no solo eran verduras lo que se cultivaba. Se reunían en torno al fuego por la noche y cantaban canciones de paz y armonía que le darían arcadas a la misma Joan Baez. Curiosamente, se mostraban precavidos ante los extraños (quizá por sus «cultivos ecológicos») y parte del personal mostraba una actitud de prevención y desconfianza. La finca tenía más de cuarenta hectáreas, con una casa principal, casitas de verdad con chimenea y porche, una piscina diseñada para que pareciera un estanque, una cafetería con un café fantástico y una amplia variedad de bocadillos que sabían invariablemente a brotes de soja cubiertos de astillas de madera y, en el límite con el pueblo de Kraftboro, una capilla blanca donde uno, si lo deseaba, podía incluso casarse.

Lo primero que observé era que la entrada ya no estaba señalizada. Había desaparecido el cartel «CREATIVE RECHARGE», pintado con vivos colores, que recordaba un poco un campamento de verano juvenil. Una gruesa cadena me impedía entrar en el camino de acceso. Aparqué, apagué el motor y salí del coche. Había varios carteles de «PROHIBIDO EL PASO», pero siempre habían estado allí. Eso sí, con la nueva cadena y sin el cartel de bienvenida, los carteles de prohibido pasar adquirían un tono más grave.

No estaba seguro de qué hacer.

Sabía que la casa principal estaba a unos cuatrocientos metros. Podía dejar allí el coche y caminar, a ver. Pero ¿de qué serviría? Hacía seis años que no iba por ahí. Tal vez los dueños del refugio hubieran vendido el terreno, y el nuevo propietario seguramente querría intimidad. Eso explicaría todo aquello.

Aun así, había algo que no me cuadraba.

Pensé que no haría ningún daño a nadie presentándome en la casa principal y

llamando a la puerta. No obstante, la gruesa cadena y los carteles de «PROHIBIDO EL PASO» no eran precisamente felpudos de bienvenida. Aún estaba intentando decidirme cuando un coche patrulla de la policía de Kraftboro se paró al lado del mío. Salieron dos agentes. Uno era bajo y corpulento, con músculos hinchados de gimnasio. El otro era alto y delgado, con el cabello engominado hacia atrás y un bigotito de película muda. Ambos llevaban gafas de aviador, de modo que no se les veían los ojos.

El bajito fornido se subió un poco los pantalones y dijo:

—¿Puedo ayudarle?

Ambos me miraron con dureza. O al menos eso me pareció. En realidad, no les veía los ojos.

—Tenía interés en visitar el refugio Creative Recharge.

—¿El qué? —preguntó Fornido—. ¿Para qué?

—Bueno, porque necesito una recarga de creatividad.

—¿Se está haciendo el listillo conmigo?

Lo dijo subrayando las palabras más de lo necesario. No me gustaba su actitud. Y tampoco la entendía, salvo porque eran polis de pueblo y probablemente yo era el primero que encontraban con quien meterse, aparte de los menores a quienes pillaban bebiendo alcohol.

—No, agente.

Fornido miró a Flacucho. Flacucho se quedó en silencio.

—Debe de tener mal la dirección.

—Estoy bastante seguro de que es aquí —insistí.

—El refugio Creative Recharge ya no existe. Cerró.

—Entonces, ¿con cuál de las dos respuestas debo quedarme?

—¿Cómo dice?

—¿Tengo mal la dirección, o el refugio Creative Recharge cerró?

A Fornido no le gustó la respuesta. Se quitó las gafas de sol con una mano y las usó para señalarme.

—¿Está intentando quedarse conmigo?

—Estoy intentando encontrar mi refugio.

—Yo no sé nada de ningún refugio. Este terreno es propiedad de la familia Drachman desde hace..., ¿cuánto, Jerry, cincuenta años?

—Por lo menos —corroboró Flacucho.

—Yo estuve aquí hace seis años.

—Yo de eso no sé nada —dijo Fornido—. Lo único que sé es que está en una propiedad privada y que si no sale de aquí, lo meto en el calabozo.

Me miré a los pies. No estaba en el camino de entrada ni en ninguna propiedad privada. Estaba en la carretera.

Fornido se me acercó, invadiendo mi espacio personal. Confieso que me dio miedo, pero en mis años de gorila en los bares había aprendido algo: nunca hay que demostrar miedo. Eso es algo que uno oye siempre relacionado con el reino animal, y

creedme, no hay animales más salvajes que los humanos que se «sueltan» por las noches en los bares. Así que, aunque no me gustaba lo que estaba pasando, aunque no tenía nada a lo que agarrarme y lo único que buscaba era un modo de escapar de todo aquello, no me eché atrás cuando Fornido se me pegó. A él no le gustó. Me quedé donde estaba y bajé la vista para mirarle a los ojos. La bajé mucho. Eso le gustó aún menos.

—Enséñame tu documentación, figura.

—¿Por qué?

Fornido se dirigió a Flacucho:

—Jerry, pasa el número de matrícula por el sistema.

Jerry asintió y se volvió al coche patrulla.

—¿Para qué? —pregunté—. No entiendo. Yo solo vengo buscando un refugio.

—Tiene dos opciones —dijo Fornido—. Una —añadió, y alzó un dedo rechoncho—, te dejas de charlas y me enseñas tu documentación. Dos —sí, otro dedo rechoncho—, te arresto por invasión de propiedad privada.

Todo aquello carecía de sentido. Eché la mirada atrás y, junto a un árbol, vi lo que parecía una cámara de seguridad enfocada directamente hacia nosotros. Aquello no me gustaba. No me gustaba en absoluto, pero ponerme en contra a un poli no me iba a ayudar en nada. Tenía que mantener la boca cerrada.

Me metí la mano en el bolsillo para sacar la cartera cuando Fornido levantó una mano y dijo:

—Espacio. Poco a poco.

—¿Qué?

—Mete la mano en el bolsillo, pero no hagas movimientos bruscos.

—Está de broma, ¿no?

Poco había durado lo de tener la boca cerrada.

—¿Tengo pinta de estar de broma? Usa dos dedos. El pulgar y el índice. Espacio.

La cartera estaba en lo hondo del bolsillo delantero. Sacarla con dos dedos me costó más de lo normal.

—Estoy esperando.

—Deme un segundo.

Por fin cogí la cartera y se la entregué. Empezó a mirar dentro, como una rapaz en busca de carroña. Se paró al ver mi carné del Lanford College, miró la fotografía, me miró a mí y luego frunció el ceño.

—¿Este eres tú?

—Sí.

—Jacob Fisher.

—Todo el mundo me llama Jake.

Volvió a mirar la foto y a fruncir el ceño.

—Ya —dije yo—. En fotografía es difícil distinguir mi irrefrenable magnetismo

animal.

—Aquí tienes un carné universitario.

No era una pregunta, así que no respondí.

—Pareces bastante mayor para ser estudiante.

—No soy estudiante. Soy profesor. ¿Ve donde dice «personal»?

Flacucho regresó del coche. Meneó la cabeza. Supuse que la búsqueda de la matrícula no había dado resultados.

—¿Y qué trae a una eminencia como tú por nuestro pueblecito?

Recordé algo que había visto una vez en la televisión.

—Tengo que volver a meter la mano en el bolsillo. ¿Puedo?

—¿Para qué?

Saqué el *smartphone*.

—¿Para qué quieres eso? —preguntó Fornido.

Apunté hacia él y apreté el botón de grabación de vídeo.

—Esto transmite directamente a mi ordenador de casa, agente. —Era mentira. Solo estaba grabando en el teléfono, pero qué narices—. Todo lo que diga lo pueden ver mis colegas. —Más mentiras, pero buenas—. Me gustaría mucho saber por qué necesita mi documentación y por qué me hace tantas preguntas personales.

Fornido se volvió a poner las gafas como si con aquello pudiera ocultar la rabia. Apretó los labios con tanta fuerza que le temblaban. Me devolvió la cartera y dijo:

—Hemos recibido una llamada informando de que estaba invadiendo una propiedad. A pesar de encontrarle en una propiedad privada y de escuchar una historia extraña sobre un refugio inexistente, hemos decidido dejarle en libertad con tan solo una advertencia. Por favor, abandone esta propiedad. Que pase un buen día.

Fornido y Flacucho volvieron a su coche patrulla. Se sentaron en sus sitios y esperaron a que yo estuviera en el mío. Allí no había nada más que hacer. Me metí en mi coche y me alejé de allí.

No fui muy lejos.

Llegué al pueblo de Kraftboro, al que solo le faltaba una buena inyección de dinero y unas cuantas construcciones para ser un parque temático de la América profunda. Parecía sacado de una película antigua. Casi me esperaba ver un grupo de country con sombreros de paja tocando por la calle. Había un pequeño supermercado (el cartel decía precisamente «supermercado»), un viejo «molino» con un «centro de visitantes» sin nadie dentro, una gasolinera que también albergaba una barbería con una sola silla, y un café-librería. Natalie y yo habíamos pasado muchísimo tiempo en aquel café-librería. Era pequeño, así que no había muchos libros, pero sí tenía una mesita en un rincón a la que nos sentábamos para leer el periódico y tomar café. El local lo gestionaba Cookie, una panadera que había huido de la gran ciudad con su pareja, Denise. Ella siempre ponía *Redemption's Son*, de Joseph Arthur, y *O*, de Damien Rice, discos que —sí, soy patético, lo reconozco— con el tiempo empecé a considerar como «nuestros discos». Me pregunté si Cookie seguiría allí. Cookie hacía unos *scones* que, según Natalie, eran los mejores *scones* de todos los tiempos. Por otra parte, a Natalie le encantaba ese tipo de bollo. Yo, en cambio, aún tengo dificultades para distinguir un *scone* de un panecillo duro.

¿Lo veis? Teníamos nuestras diferencias.

Aparqué a cierta distancia y recorrí a pie el mismo camino por el que había bajado dando tumbos seis años antes. La pasarela de madera que lo cubría se extendía casi cien metros. Al fondo, en el claro, vi la capilla blanca que tan familiar me resultaba, en el límite con la propiedad de la que me acababan de sacar a patadas. Estaba saliendo gente de algún servicio o reunión. Me quedé mirando a la gente, que se protegía del sol al salir. La capilla, por lo que yo sabía, era multiconfesional. Era más utilitaria que unitaria, un lugar de reunión más que un centro de devoción religiosa.

Esperé, sonriendo empáticamente, asintiendo como si fuera el señor Simpático, mientras una docena de personas me pasaban al lado en dirección al pueblo. Observé sus rostros, pero no reconocí a nadie de seis años atrás. No es que fuera una sorpresa.

Una mujer alta con un moño apretado esperaba sobre los escalones de la capilla. Me acerqué, sin dejar de mostrar mi sonrisa de señor Simpático.

—¿Puedo ayudarle? —se ofreció.

Buena pregunta. ¿Qué esperaba encontrar allí? No es que tuviera un plan, precisamente.

—¿Busca al reverendo Kelly? —preguntó—. Porque ahora mismo no está.

—¿Trabaja usted aquí?

—Más o menos. Soy Lucy Cutting, la secretaria. Es un puesto voluntario. Me quedé inmóvil.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—No sé cómo plantearlo... Hace seis años asistí a una boda en esta capilla. Conocía a la novia, pero no al novio.

Sus ojos se entrecerraron un poco, más con curiosidad que con desconfianza. Seguí adelante.

—El caso es que hace poco vi una necrológica de un hombre llamado Todd. Así se llamaba el novio. Todd.

—Todd es un nombre bastante común —dijo ella.

—Sí, claro, pero también había una fotografía del difunto. Parecía... ya sé cómo suena, pero parecía el mismo hombre que se casó con mi amiga. El problema es que nunca supe el apellido de Todd, así que no sé si es él o no. Y si lo es... Bueno, me gustaría darle el pésame.

Lucy Cutting se rascó la mejilla.

—¿Y no puede llamar y ya está?

—Ojalá pudiera, pero no. —En eso estaba siendo sincero. Y me sentí a gusto por ello—. En primer lugar, no sé dónde vive ahora Natalie, que así se llama la novia. Creo que adoptó el apellido de su marido. Así que no puedo encontrarlos. Y por otra parte, para ser sincero, con ella tenía un pasado.

—Ya veo.

—Así que si el hombre que vi en la necrológica no era su marido...

—Puede que dar el pésame quede especialmente fuera de lugar —terminó la frase.

—Exactamente.

Se quedó pensativa.

—¿Y si fuera su marido?

Me encogí de hombros. Ella se rascó la mejilla de nuevo. Intenté poner cara de inocente, incluso de tímido, lo cual no encaja mucho con mi corpulencia. Solo me faltaba mover las pestañas cándidamente.

—Yo no estaba aquí hace seis años.

—Oh.

—Pero podemos consultar el registro de celebraciones. Siempre lo han mantenido inmaculado: cada boda, bautizo, comunión, circuncisión o lo que sea.

¿Circuncisión?

—Eso sería estupendo.

Se puso en marcha, indicándome el camino.

—¿Recuerda la fecha de la boda?

Me acordaba, por supuesto. Le di la fecha exacta.

Llegamos a una oficina pequeña. Lucy Cutting abrió un archivo, buscó dentro y sacó un libro de registro contable. Mientras lo hojeaba, vi que tenía razón. Los registros estaban inmaculados. Había columnas para la fecha, para el tipo de evento, para los participantes, hora de inicio y de final... Todo escrito con una caligrafía preciosa.

—A ver qué encontramos aquí...

Sacó las gafas de ver y se las puso. Se mojó el dedo índice con la ceremonia de una institutriz, pasó unas páginas más y encontró la que quería. Recorrió la página con el dedo, de arriba abajo. Cuando frunció el ceño, pensé: «Oh, oh».

—¿Está seguro de la fecha? —me preguntó.

—Sin ninguna duda.

—Pues no veo ninguna boda ese día. Hubo una dos días antes. Larry Rosen se casó con Heidi Fleisher.

—Esa no es —aseguré.

—¿Puedo ayudarles?

La voz nos sorprendió a los dos.

—Oh, hola, reverendo —dijo Lucy Cutting—. No le esperaba tan pronto.

Me giré, vi a aquel hombre y me entraron ganas de abrazarle de la alegría. Bingo. Era el mismo sacerdote de cabeza afeitada que había celebrado la boda de Natalie. Me tendió la mano para estrechar la mía, con una sonrisa ensayada ya a punto, pero cuando me vio la cara la sonrisa le tembló por un momento.

—Hola —dijo—. Soy el reverendo Kelly.

—Jake Fisher. Ya nos hemos visto antes.

Puso cara de escepticismo y se giró hacia Lucy Cutting.

—¿Qué pasa, Lucy?

—Estaba buscándole un registro a este caballero —explicó ella. Él escuchó con paciencia. Escruté su rostro, pero no estaba seguro de lo que veía; tan solo me pareció que, de algún modo, intentaba controlar sus emociones. Cuando Lucy acabó, se giró hacia mí y levantó las palmas de las manos—. Si no está en el registro...

—Usted estaba allí —dije yo.

—¿Perdone?

—Usted celebró la boda. Allí fue donde coincidimos.

—No lo recuerdo. Lo entenderá... Son muchas ceremonias.

—Tras la boda, usted estaba frente a la capilla, con la hermana de la novia. Una mujer llamada Julie Pottham. Cuando me acerqué, me dijo que era un día precioso para una boda.

El reverendo arqueó una ceja.

—¿Cómo podría haber olvidado algo así?

El sarcasmo no suele quedarles bien a los hombres de la Iglesia, pero al reverendo Kelly le quedaba que ni pintado. Insistí.

—La novia se llamaba Natalie Avery. Era pintora, y estaba en el refugio Creative Recharge.

—¿El qué?

—El Creative Recharge. Son los dueños de este terreno, ¿no?

—¿De qué está hablando? Este terreno es propiedad del municipio.

No quería discutir sobre propiedades y límites en aquel momento. Intenté otra vía.

—La boda. Fue casi improvisada. Quizá por eso no figura en el registro.

—Perdone, señor...

—Fisher. Jake Fisher.

—Señor Fisher, en primer lugar, aunque fuera una boda de última hora, sin duda estaría registrada. En segundo... Bueno, no entiendo muy bien qué es lo que busca.

Lucy Cutting respondió por mí.

—El apellido del novio.

—Esto no es un servicio de información, señorita Cutting —dijo él, echándole una mirada.

Ella bajó la vista, escarmentada.

—Tiene que recordar la boda —insistí yo.

—Lo siento, no la recuerdo.

Me acerqué a él, mirándole fijamente.

—Sí la recuerda. Sé que la recuerda.

Oí la desesperación en mi propia voz, y no me gustó. El reverendo Kelly intentó sostenerme la mirada, pero no lo conseguía.

—¿Me está llamando mentiroso?

—La recuerda —dije yo—. ¿Por qué no quiere ayudarme?

—No la recuerdo —repitió él—. Pero ¿por qué está tan interesado en encontrar a la mujer de otro hombre o, si su historia es cierta, a una viuda reciente?

—Para darle el pésame —dije yo.

Mis palabras, huecas, se quedaron flotando en el aire como gotas de humedad. Nadie se movió. Nadie habló. Por fin el reverendo Kelly rompió el silencio.

—Cualesquiera que sean sus motivos para encontrar a esta mujer, no tenemos ningún interés en formar parte de este asunto. —Se apartó y me mostró la puerta—. Creo que lo mejor será que se vaya de inmediato.

Una vez más, afligido por la traición y el desengaño, recorrí el camino hacia el centro del pueblo. Casi entendía la postura del reverendo. Si recordaba la boda —y yo sospechaba que sí—, no querría darle al novio abandonado de Natalie ninguna información que no tuviera ya. Parecía una hipótesis extrema por mi parte, pero al menos tenía cierto sentido. Lo que yo no podía entender, lo que no tenía ningún sentido, era que Lucy Cutting no hubiera encontrado nada en los registros, puntillosos de puro impecables, sobre la boda de Natalie y Todd. ¿Y por qué demonios nadie había oído hablar del refugio Creative Recharge?

Nada encajaba.

¿Y ahora qué? Había llegado allí con la esperanza de... ¿De qué? En primer lugar, de enterarme del apellido de Todd. Aquello habría aclarado las cosas enseguida. O si no, de alguien que aún siguiera en contacto con Natalie. Aquello también habría arreglado las cosas enseguida.

«Prométemelo, Jake. Prométeme que nos dejarás en paz».

Aquellas habían sido las últimas palabras que me había dirigido el amor de mi vida. Las últimas. Y ahí estaba yo, seis años más tarde, volviendo al lugar donde había empezado todo, para romper mi palabra. Aquel pensamiento podía resultar irónico, pero a mí no me lo parecía.

Al llegar al centro del pueblo, el suave aroma de pastas frescas me hizo parar. El Kraftboro Bookstore Café. Los *scones* favoritos de Natalie. Pensé en ello y decidí que valía la pena intentarlo.

Cuando abrí la puerta, sonó una campanilla, pero aquel sonido enseguida pasó a un segundo plano. Elton John estaba cantando que el niño se llamaba Levon, y que sería un buen hombre. Sentí un escalofrío. Ambas mesas estaban ocupadas; entre ellas, por supuesto, nuestra favorita. Me la quedé mirando, como un tonto, y por un momento tuve la impresión de que oía la risa de Natalie. Un hombre con una gorra de béisbol granate entró detrás de mí. Yo seguía bloqueando el paso.

—Uh, perdone —dijo.

Me eché a un lado para dejarle pasar. Los ojos se me fueron a la barra. Había una mujer con una melena rubia y rizada que llevaba una camiseta teñida de violeta. Estaba de espaldas, pero no había duda. Era Cookie. El corazón me dio un salto. Se giró, me miró y sonrió.

—¿Qué te puedo ofrecer?

—Hola, Cookie.

—Hola.

Silencio.

—¿Te acuerdas de mí?

Ella se estaba limpiando el azúcar lustre de las manos con un trapo.

—Se me dan mal las caras, pero peor aún los nombres. ¿Qué te pongo?

—Yo solía venir por aquí —dije—. Hace seis años. Mi novia se llamaba Natalie Avery. Solíamos sentarnos en la mesa de la esquina.

Asintió, pero no como si recordara. Asintió como quien le da la razón a un lunático.

—Por aquí vienen muchos clientes. ¿Café? ¿Un donut?

—A Natalie le encantaban tus *scones*.

—Pues un *scone*, entonces. ¿De arándanos?

—Me llamo Jake Fisher. Estaba escribiendo mi disertación sobre el imperio de la ley. Tú solías preguntarme por ella. Natalie era una artista, estaba en el refugio para artistas. Solía sacar su bloc de dibujo en aquella esquina. —Señalé hacia aquel lugar, como si aquello importara—. Hace seis años. En verano. ¡Pero si fuiste tú quien hiciste que me fijara en ella!

—Ya —dijo ella, jugando con las cuentas de su collar como si fueran cuentas de un rosario—. ¿Sabes? Eso es lo bueno de llamarse Cookie. La gente no olvida un nombre como Cookie. Se queda en la mente. Pero lo malo es que, como todo el

mundo recuerda tu nombre, se creen que tú también recordarás el suyo. ¿Entiendes?

—Entiendo —asentí. Y luego—: ¿De verdad no te acuerdas?

No se molestó en responder. Paseé la mirada por el café. La gente empezaba a mirar desde las mesas. El tipo con la gorra de béisbol granate estaba mirando las revistas, fingiendo que no oía nada. Me giré hacia Cookie.

—Un café corto, por favor.

—¿No quieres un *scone*?

—No, gracias.

Cogió una taza y empezó a llenarla.

—¿Aún sigues con Denise? —le pregunté.

Se puso rígida.

—Ella también solía trabajar en el refugio en la colina —le expliqué—. Así es como la conocí.

Vi que Cookie tragaba saliva.

—Nunca trabajamos en el refugio.

—Claro que sí. El Creative Recharge, subiendo por el camino. Denise repartía el café y tus *scones*.

Acabó de servir el café y me lo puso enfrente, sobre la barra.

—Mira, lo siento, tengo trabajo que hacer.

Me acerqué más a ella.

—A Natalie le encantaban tus *scones*.

—Ya me lo has dicho.

—Las dos hablabais mucho de ellos, todo el rato.

—Yo hablo con mucha gente sobre mis *scones*, ¿vale? Siento no acordarme de ti. Probablemente habría tenido que ser más educada y fingir que sí, decir: «Ah, sí, tú y tu novia, a la que tanto le gustaban los *scones*, ¿cómo os va?». Pero no lo he hecho. Aquí tienes el café. ¿Puedo ofrecerte algo más?

Saqué mi tarjeta, con todos mis números.

—Si recuerdas algo...

—¿Puedo ofrecerte algo más? —repitió, con la voz algo más crispada.

—No.

—Entonces me debes un dólar con cincuenta. Que pases un buen día.

Ahora entiendo lo que pasa cuando alguien dice que tiene la sensación de que le siguen.

¿Cómo lo supe? Intuición, quizá. La parte reptiliana de mi cerebro no notaba. Lo sentía, casi de un modo físico. Eso sin tener en cuenta que una furgoneta Chevrolet gris con matrícula de Vermont me estaba siguiendo desde Kraftboro.

No podría jurarlo, pero me pareció que el conductor llevaba una gorra de béisbol de color granate.

No estaba seguro de qué hacer al respecto. Intenté leer la matrícula, pero ya estaba demasiado oscuro. Si bajaba la velocidad, él bajaba la velocidad. Si aceleraba, bueno, pues eso. Se me ocurrió una cosa. Me paré en una zona de descanso para ver qué hacía. Vi que reducía la marcha y luego seguía adelante. A partir de entonces, no volví a ver la furgoneta.

Así que a lo mejor no me estaba siguiendo.

Me faltaban unos diez minutos de llegar a Lanford cuando me sonó el móvil. Lo tenía conectado por Bluetooth al coche —algo que me había costado un considerable esfuerzo—, así que en la pantalla de la radio vi que era Shanta Newlin. Me había prometido que me daría la dirección de Natalie aquel mismo día. Respondí a la llamada apretando un botón del volante.

—Soy Shanta —dijo.

—Sí, ya sé. Tengo el identificador de llamadas ese.

—Y yo que pensaba que los años pasados en el FBI me hacían especial... ¿Dónde estás?

—Voy en coche. Estoy volviendo a Lanford.

—¿Volviendo de dónde?

—Es largo de contar —dije—. ¿Has encontrado su dirección?

—Por eso te llamo —respondió, y oí un ruido de fondo, quizá la voz de un hombre—. Aún no la tengo.

—¿Oh? —respondí yo, porque no había otra cosa que pudiera decir—. ¿Hay algún problema?

—Necesito que me des tiempo hasta mañana por la mañana. ¿Vale?

—Claro —dije yo. Y luego repetí—. ¿Algún problema?

Hubo una pausa prolongada, quizá demasiado.

—Tú dame tiempo hasta mañana —insistió. Y colgó.

¿Qué demonios?

No me gustaba aquel tono. No me gustaba el hecho de que una mujer con importantes contactos en el FBI necesitara hasta la mañana para encontrar la dirección de una mujer cualquiera. Mi *smartphone* emitió un tintineo, lo que indicaba que tenía correo nuevo. No hice caso. No soy ningún santo, pero nunca escribo mensajes mientras conduzco. Dos años atrás, un estudiante de Lanford había sufrido

graves heridas en un accidente que había tenido por enviar mensajes al volante. La chica que le acompañaba, de dieciocho años, murió. Era estudiante de primer curso. Iba a mi clase sobre el imperio de la ley. Incluso antes de que ocurriera aquello, y pese a la cantidad de advertencias que recibimos sobre la evidente estupidez —por no decir negligencia criminal— que supone escribir mientras se conduce, tampoco era un gran amante de esta práctica. Me gusta conducir. Disfruto con la sensación de soledad y la música. A pesar de mis antiguos recelos sobre el aislamiento tecnológico, todos necesitamos desconectar más a menudo. Me doy cuenta de que sueño a viejo gruñón cuando me quejo al ver una mesa con «amigos» de la universidad en la que todos están, inevitablemente, escribiendo mensajes a personas no presentes, buscando, siempre buscando, supongo, algo mejor, en una búsqueda tan constante como inútil, intentando oler rosas de otros jardines aunque ello suponga renunciar a las del nuestro propio. Yo raramente me siento más en paz, mejor conmigo mismo, más zen, por llamarlo así, que cuando me obligo a desconectar.

En aquel momento estaba buscando una emisora, para parar por fin en una que ponía música alternativa de los ochenta. Los General Public preguntaban dónde está la ternura. Y, ya puestos, ¿dónde estaba Natalie?

Me estaba empezando a volver chiflado.

Aparqué delante de mi piso. Se había hecho de noche, pero al encontrarme en el campus había abundante iluminación artificial. Comprobé el correo entrante y vi que era de la señora Dinsmore. La línea de asunto decía: «Aquí tiene la ficha del alumno que me ha solicitado».

«Buen trabajo, bombón», pensé. Hice clic en el mensaje y lo leí entero.

Un buen trabajo de síntesis. ¿Qué más había que decir, salvo «Aquí tiene la ficha del alumno que me ha solicitado»?

La respuesta evidente era que nada.

La pantalla de mi teléfono era demasiado pequeña para ver el adjunto, así que subí a la carrera para verlo en el ordenador portátil. Introduje la llave en la cerradura, abrí la puerta de entrada y encendí las luces. Por algún motivo, me esperaba, no sé, encontrar la casa toda revuelta, arrasada. Demasiadas películas. Podía decirse, siendo generosos, que mi apartamento mantenía su aspecto impersonal.

Fui corriendo al ordenador y abrí el correo. Abrí el mensaje de la señora Dinsmore y descargué el archivo adjunto. Como ya he mencionado, años atrás había visto mi ficha de estudiante. Resultó algo inquietante leer comentarios de profesores que no me los habían hecho en su momento. Supongo que en algún instante la facultad había decidido que había demasiado que archivar, de modo que habían escaneado todos aquellos registros en soporte digital.

Empecé por el primer curso de Todd. No había nada especialmente espectacular, salvo que Todd era, bueno, espectacular. Dieces en todas las asignaturas. Ningún alumno de primero sacaba diez en todo. El profesor Charles Powell comentaba que Todd era «un estudiante excepcional». La profesora Ruth Kugelmass lo calificaba de

«un chico excepcional». Incluso el profesor Malcolm Hume, que no solía darse a los halagos, comentaba: «Todd Sanderson tiene un talento casi sobrenatural». Vaya. Me pareció extraño. Yo había sido buen estudiante, y la única nota que había encontrado en mi ficha era negativa. Las únicas que yo había escrito como profesor eran negativas. Si el alumno iba bien, el profesor normalmente no se metía y dejaba que la nota lo dijera todo. La norma básica en las fichas de estudiantes parecía ser: «Si no tienes nada negativo que decir, no digas nada».

Pero no era ese el caso del bueno de Todd.

El primer semestre del segundo curso seguía el mismo patrón —unas notas increíbles—, pero entonces las cosas cambiaban de pronto: junto al segundo semestre había un gran «ACP».

Ausencia con permiso.

Humm. Busqué el motivo, pero solo decía: «Personal». Eso era extraño. Raramente, suponiendo que se haga, indicamos como motivo «personal» en una ficha de estudiante, porque la ficha queda cerrada y es confidencial. O se supone. En la ficha solemos escribir abiertamente.

Así, pues, ¿por qué fueron tan escuetos con el permiso de Todd?

Normalmente el motivo «personal» tiene que ver con algún problema económico o una enfermedad, del estudiante o de un familiar próximo, sea física o mental. Pero este tipo de motivos siempre se indican en la ficha privada del estudiante. Aquí no se indicaba nada.

Interesante.

O no. En primer lugar, probablemente fueran más discretos en cuanto a asuntos personales veinte años atrás. Y en segundo... Bueno, ¿a quién le importaba? ¿Qué podía tener que ver la ausencia de Todd en su segundo año de facultad con el que se casara con Natalie y luego dejara una viuda diferente?

Cuando Todd regresó a la universidad, hubo otro tipo de comentarios de los profesores: no de los que le gustan a los estudiantes. Un profesor lo describía como «distráido». Otro decía que Todd tenía un «carácter amargo» y que «no era el mismo». Otro sugería que Todd debería tomarse más tiempo para afrontar «la situación». Nadie mencionaba cuál era la situación.

Pasé a la página siguiente. Todd había tenido que presentarse ante el comité disciplinario. Algunas universidades hacen que los propios estudiantes se ocupen de los asuntos disciplinarios, pero nosotros tenemos un comité rotatorio de tres profesores. Yo lo hice durante dos meses el año pasado. La mayoría de los casos a los que nos enfrentamos tenían que ver con dos típicas epidemias de los campus: consumo de alcohol en menores de veintiún años y alumnos que copian en los exámenes. El resto fueron algunos hurtos, amenazas de violencia o algún tipo de avance sexual que legalmente no podía considerarse acoso.

El caso que se presentó ante el comité disciplinario se debía a un altercado entre Todd y otro estudiante llamado Ryan McCarthy. McCarthy acabó hospitalizado, con

contusiones y la nariz rota. La facultad solicitaba una expulsión temporal prolongada o incluso definitiva, pero el comité de tres profesores absolvió a Todd por completo. Aquello me sorprendió. No había detalles ni minutaje sobre la vista o las deliberaciones posteriores. Aquello también me sorprendió.

En la ficha se había incluido la decisión, escrita a mano y escaneada:

Todd Sanderson, miembro destacado de la comunidad del Lanford College, ha sufrido un duro golpe de la vida, pero consideramos que está volviendo a ser quien era. Recientemente ha trabajado con un miembro del profesorado en la creación de una organización benéfica para reparar sus acciones. Entiende las consecuencias de lo que ha hecho y, debido a las extraordinarias circunstancias atenuantes del caso, acordamos que Todd Sanderson no debe ser expulsado.

Los ojos se me fueron hasta el final de la página para ver quién había sido el profesor que había firmado la decisión del comité. Eban Trainor. Vaya. Conocía bien a Trainor. No éramos precisamente amigos.

Si quería enterarme de cuál había sido aquel «duro golpe» o el porqué de aquella decisión, tendría que hablar con Eban. Y no me apetecía nada.

Era tarde, pero no me preocupaba despertar a Benedict. Él solo tenía teléfono móvil, y lo apagaba cuando se iba a dormir. Respondió al tercer tono.

—¿Qué hay?

—Eban Trainor —dije yo.

—¿Qué le pasa?

—¿Aún me tiene entre ceja y ceja?

—Supongo que sí. ¿Por qué?

—Necesito preguntarle por mi colega Todd Sanderson. ¿Crees que puedes suavizar la cosa?

—¿Suavizar la cosa? Claro. ¿Por qué crees que me llaman Terciopelo?

—¿Porque eres tan blando que los estudiantes se te duermen?

—Tú sí que sabes hacerle la pelota a un tío cuando le pides un favor. Te llamo mañana por la mañana.

Colgamos. Me recosté en la silla, pensando en qué hacer a continuación, cuando sonó una alerta en mi monitor indicándome que tenía correo electrónico. No iba a hacer caso. Al igual que la mayoría de mis conocidos, recibía demasiados mensajes irrelevantes a todas horas del día. Este, sin duda, sería otro de esos.

Entonces vi la dirección del remitente: «RSdeJA@ymail.com».

Me la quedé mirando hasta que los ojos me lagrimearon. Sentí un zumbido en los oídos. Todo a mi alrededor estaba en silencio e inmóvil. Seguí mirando, pero las letras no cambiaron: «RSdeJA».

No tardé nada en deducir lo que significaban aquellas letras: *Redemption's Son*,

de Joseph Arthur, el álbum que Natalie y yo escuchábamos en el café.

La línea de asunto estaba vacía. Mi mano dio con el ratón. Intenté colocar el cursor sobre el mensaje para abrirlo, pero antes que nada tenía que combatir y frenar aquel temblor. Respiré hondo e hice un esfuerzo por controlar la mano. En la habitación seguía reinando el silencio, un silencio casi de expectación. Moví el cursor, hice clic sobre el mensaje y lo abrí.

Al leerlo se me paró el corazón por un momento.

Ahí, en mi pantalla, había tres palabras. Eso era todo, tres palabras, pero aquellas tres palabras me perforaron el pecho como la daga de un asesino, dejándome sin respiración. Volví a desplomarme sobre la silla, perdido, como si las tres palabras de la pantalla me miraran:

«Hiciste una promesa».

El mensaje no estaba firmado. No hacía falta.

Enseguida apreté el botón de respuesta y escribí: «¿Natalie? ¿Estás bien? Por favor, dímelo. Solo quiero saber eso».

Pulsé «Enviar».

Os explicaría cómo se ralentizó el tiempo, convirtiendo cada segundo en algo eterno mientras esperaba un nuevo mensaje que no llegó, pero no fue eso lo que sucedió. Supongo que no hubo tiempo. Tres segundos más tarde, sonó de nuevo el aviso de correo. El corazón se me disparó, hasta que vi el remitente: MAILDAEMON.

Lo abrí, pero ya sabía lo que me encontraría:

«Esta dirección de correo no existe...».

Estaba casi tan ofuscado que me entraron ganas de dar un tortazo al ordenador, como si fuera una máquina de golosinas atascada que no soltara la chocolatina de turno. De hecho, grité: «¡No puede ser!». No sabía qué hacer. Me quedé allí sentado, sintiendo que me ahogaba. Era como si me estuviera hundiendo y no consiguiera nadar hasta la superficie.

Volví a buscar en Google. Introduje la dirección de correo y diferentes variaciones, pero fue una pérdida de tiempo. Volví a leer su mensaje:

«Hiciste una promesa».

La hice, sí. ¿No? Y, pensándolo bien, ¿por qué había roto la promesa? Había muerto un hombre. Quizá fuera su marido. O quizá no. Aun así, ¿era suficiente motivo como para romper mi promesa? Quizá. Quizá lo fuera al principio. Pero ahora lo había dejado claro. Ese era el objetivo del mensaje. Natalie me estaba llamando la atención. Me estaba recordando mi promesa, porque sabía que no soy de los que hacen promesas sin pensar.

Por eso me había hecho prometérselo el día de la boda.

Pensé en aquello. Pensé en el funeral y en la visita a Vermont y en aquella ficha de estudiante. ¿Qué suponía todo aquello? No lo sabía. Si en un principio justificaba romper mi palabra, ahora estaba claro que ya no. El mensaje de Natalie no podía ser más claro.

«Hiciste una promesa».

Con un dedo tembloroso, toqué las palabras sobre la pantalla. El corazón se me rompió de nuevo en pedazos. Lástima, machote. Tocaba dejarlo, aunque aquello me rompiera el corazón. Me retiraría. Mantendría mi palabra.

Me fui a la cama y me dormí casi de inmediato. Lo sé. A mí también me

sorprendió, pero supongo que todas las impresiones desde la lectura de la necrológica, aquel torbellino de recuerdos y emociones, de tristeza y confusión, me habrían ido desgastando como a un boxeador después de recibir golpes durante doce asaltos. Al final, me hundí.

A diferencia de Benedict, yo a menudo olvido apagar mi teléfono cuando me voy a dormir. Su llamada, a las ocho de la mañana, me despertó.

—Eban ha aceptado a regañadientes quedar contigo.

—¿Le has dicho de qué se trataba?

—Tú no me has dicho de qué se trataba.

—Ah, ya.

—Tienes clase a las nueve. Te esperaré en su casa, cuando acabes.

Sentí un pinchazo en lo más profundo del pecho.

—¿En su casa?

—Sí, ya me imaginé que eso no te gustaría. Insistió.

—Táctica de sabandija.

—No es tan mal tío.

—Es una babosa rastrera.

—¿Y eso por qué es tan malo?

—Tú no haces lo que hace él.

—Tú no sabes lo que hace él. Ve, se agradable y consigue lo que buscas.

Benedict colgó. Comprobé mis buzones de correo y de mensajes. Nada. Todo aquel episodio tan extraño de mi vida había adquirido un aire surreal, onírico. Hice un esfuerzo por no hacer caso. En efecto, tenía una clase sobre derecho constitucional a las nueve. Aquella era mi prioridad una vez más. Sí, pasaría página. De hecho, hasta canté en la ducha. Me vestí y atravesé el campus con una gran sonrisa y la cabeza alta. Caminaba casi dando saltitos. El sol bañaba el campus y le daba un brillo cálido y celestial. Seguí sonriendo. Sonreí al ver los edificios de ladrillo cubiertos de hiedra. Les sonreí a los árboles, a la frondosa hierba, a las estatuas de exalumnos famosos, a los campos de deporte que se extendían colina abajo. Cuando los estudiantes me saludaban, les respondía con un nivel de entusiasmo que podía hacer pensar en una reciente conversión religiosa.

Cuando empezó la clase, me coloqué al frente del aula y exclamé «¡Buenos días a todos!» con el ímpetu de una animadora borracha de Red Bull. Los estudiantes me miraron con curiosidad. Empezaba a darme miedo a mí mismo, así que intenté rebajar el nivel de énfasis.

«Hiciste una promesa».

¿Y tú qué, Natalie? ¿No había una promesa implícita en tus palabras y en tus acciones? ¿Cómo se puede capturar un corazón y aplastarlo así, sin más? Sí, soy un chico grande. Ya conozco los riesgos de enamorarse. Pero dijimos cosas. Sentimos

cosas. No eran mentira. Y aun así, me dejaste tirado. Me invitaste a tu boda. ¿Por qué? ¿Qué necesidad había de ser tan cruel? ¿O es que estabas intentando dejar claro el concepto de que era hora de que yo también siguiera adelante?

Seguí adelante. Tú hundiste la mano en mi pecho, me agarraste el corazón, me lo arrancaste y te fuiste, pero yo recogí los restos y seguí adelante.

Sacudí la cabeza. ¿Recoger los restos? Ecs, eso sonaba horrible. Es el problema de enamorarse. Al final te hace hablar como una canción de *country* cutre.

Natalie me había enviado un mensaje de correo. O, al menos, parecía Natalie. ¿Quién iba a ser si no? En cualquier caso, aunque fuera para decirme que me mantuviera alejado, era comunicación. Un acercamiento. ¿Un acercamiento? Sí, claro. Había usado aquella dirección de correo. RSdeJA. La recordaba. Significaba algo para ella, era algo que aún resonaba en su interior, y aquello me daba..., no sé..., esperanza. La esperanza es cruel. La esperanza me recuerda lo que no llegó a ser. La esperanza hace que vuelva el dolor físico.

Llamé a Eileen Sinagra, una de mis alumnas más brillantes. Empezó a explicar uno de los puntos más destacados de Madison y *Los documentos federalistas*. Yo asentí, animándola a seguir, cuando de repente vi algo por el rabillo del ojo. Me acerqué a la ventana para ver mejor y me quedé inmóvil.

—¿Profesor Fisher?

En el aparcamiento había una furgoneta Chevrolet. Miré la matrícula. Desde mi posición no podía ver el número, pero sí el color y el tipo de placa.

Era de Vermont.

No me lo pensé dos veces. No me planteé que tal vez no significaba nada en absoluto, que las furgonetas Chevrolet grises no son nada raras, que hay muchas matrículas de Vermont en el oeste de Massachusetts. Nada de todo aquello me importaba.

—Volveré enseguida. Quedaos aquí —grité, ya en plena carrera hacia la puerta. Emboqué el pasillo, que acababan de fregar. Esquivé el cartel de «MOJADO» y abrí la puerta de golpe. El aparcamiento estaba al otro lado del jardín. Salté por encima de un seto y corrí por la hierba a toda velocidad. Mis estudiantes debieron de pensar que se había perdido un tornillo. No me preocupaba.

—¡Venga, profesor Fisher! ¡Le paso!

Un estudiante, interpretando mi carrera como un deseo de participar, me había lanzado un *frisbee*. Lo dejé caer al suelo y seguí corriendo.

—¡Colega, tiene que currarse el agarre!

No hice caso de la voz. Estaba acercándome a la furgoneta Chevrolet cuando vi que encendía las luces.

El conductor había arrancado el motor.

Corrí aún más rápido. Un rayo de sol se reflejaba en el parabrisas, impidiéndome ver al conductor. Bajé la cabeza y corrí al límite de mis fuerzas, pero la furgoneta inició la marcha atrás. Estaba demasiado lejos. No iba a llegar.

La furgoneta se puso en marcha hacia delante.

Paré e intenté ver al conductor. No había manera. Demasiado reflejo, aunque me pareció ver...

¿Una gorra de béisbol granate?

No había modo de estar seguro. Lo que sí hice fue memorizar la matrícula — como si aquello fuera a servir de algo— y me quedé allí, jadeando, mientras la furgoneta cogía velocidad.

El profesor Eban Trainor estaba sentado en el porche de una espléndida casa victoriana Segundo Imperio. Yo conocía bien la casa. Durante medio siglo había sido la del profesor Malcolm Hume, mi mentor. Y había sido testigo de muchas ocasiones felices. Catas de vinos, fiestas de profesores de políticas, copas de coñac a última hora, debates filosóficos o literarios..., todo en un ambiente de lo más académico. Pero Dios tiene un curioso sentido del humor. La esposa del profesor Hume falleció tras cuarenta y ocho años de matrimonio, y él había enfermado poco después. Llegó un momento en que no pudo hacerse cargo de aquella casa tan grande por sí solo. Ahora vivía en una residencia en Vero Beach (Florida), y el profesor Eban Trainor, lo más parecido a un enemigo que tenía yo en el campus, había comprado aquella casa tan querida para mí, convirtiéndose en su nuevo señor.

Sentí que el teléfono me vibraba en el bolsillo. Era un mensaje de texto de Shanta: «JUDIE'S. 13.00 h.».

Un poco críptico, pero entendía lo que quería decir. Debíamos encontrarnos en el restaurante Judie's, en Main Avenue, a la una. Vale, bien. Guardé el teléfono y subí los escalones del porche.

Eban se levantó de su silla y me lanzó una mirada condescendiente.

—Jacob. Me alegro de verle.

Me tendió una mano grasienta. Llevaba las uñas perfectas, de manicura. Las mujeres lo encontraban atractivo en plan *playboy* de cierta edad, con aquel cabello largo rebelde y sus grandes ojos verdes. Tenía un brillo ceroso en la piel, como si la cara se le estuviera fundiendo o como si estuviera recuperándose de algún tipo de tratamiento cutáneo. Sospeché que sería Botox. Vestía unos pantalones ligeramente apretados y una camisa a la que no le habría ido mal abrocharle un botón más. Y llevaba una colonia que olía a un montón de ejecutivos italianos apretujados en un ascensor por la mañana.

—¿Te importa que nos sentemos en el porche? —propuso—. Hace un día precioso.

Accedí de inmediato. No quería entrar y ver lo que le había hecho a la casa. Sabía que la había cambiado mucho. Estaba seguro de que las maderas oscuras, el olor a coñac y a puro habrían desaparecido, y en su lugar habría maderas claras y sofás de colores con nombres como «cáscara de huevo» o «crema inglesa» y que se celebrarían reuniones en las que solo se serviría vino blanco y Sprite para no manchar la tapicería.

Como si oyera mis pensamientos, me ofreció vino blanco. Yo decliné la oferta con educación. Él ya tenía una copa en la mano. No era ni mediodía. Ambos nos sentamos en sillas de mimbre con grandes cojines.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti, Jacob? —preguntó.

Eban me había dado clase de teatro de mediados del siglo xx en segundo curso. No era mal profesor. Era a la vez efectivo y afectado, de esos a quienes lo que más les gusta es el sonido de su voz, y, aunque raramente resultaba aburrido —eso sería la muerte para cualquier clase—, sus clases siempre tendían a girar en torno a su persona. Se pasó una semana leyendo *Las criadas*, de Genet, de principio a fin, en voz alta, metiéndose en la piel de cada personaje y disfrutando con su propia interpretación, por no hablar de las escenas de sadomaso. Dio un buen espectáculo, de eso no había duda, pero el único protagonista era él.

—Quería preguntarle por un estudiante —dije.

Eban levantó ambas cejas, como si mis palabras le intrigaran y le sorprendieran a la vez.

—¿Oh?

—Todd Sanderson.

Vi que se ponía rígido. No quería que lo viera. Pero lo vi. Apartó la mirada y se frotó la barbilla.

—Usted lo recuerda.

Eban Trainor se frotó la barbilla un poco más.

—El nombre me suena, pero... —Siguió frotándose la barbilla un poco más y luego se encogió de hombros, como si se rindiera—. Lo siento. Son muchos años, y muchos alumnos.

¿Por qué no le creía?

—No fue alumno suyo —precisé.

—¿Oh?

Otra vez ese «oh».

—Tuvo que presentarse ante el comité de disciplina, y usted formaba parte. Eso fue hace unos veinte años.

—¿Y esperas que aún me acuerde?

—Le ayudó a quedarse en el campus después de un altercado. Déjeme que le enseñe —dije. Saqué el portátil. Eban vaciló, como si el ordenador pudiera contener explosivos. Sacó las gafas de leer y examinó la carta.

—Un momento, ¿de dónde has sacado esto?

—Es importante, Eban.

—Esto es de una ficha confidencial. —Una leve sonrisa apareció en sus labios—. ¿Leer este archivo no supone romper las reglas, Jacob? ¿No dirías que estás rebasando los límites?

Ahí estaba. Hacía seis años, solo unas semanas antes de que me fuera a aquel refugio en Vermont, el profesor Eban Trainor celebró una fiesta de graduación en su casa de entonces. Trainor solía celebrar fiestas en su casa. De hecho, era bastante conocido por las fiestas que celebraba y a las que asistía. Cuando yo era estudiante de segundo curso se había registrado un incidente bastante notorio en el Jones College, una residencia cercana solo para chicas, en la que saltó la alarma de incendios a las

tres de la mañana, lo que obligó a evacuar un dormitorio, y ahí estaba el profesor Trainor, a medio vestir. Es cierto que la estudiante a la que había ido a visitar aquella noche en particular era mayor de edad y no era una de sus alumnas. Pero aquello era típico de Trainor. Era un baboso y un borracho, y no me gustaba.

A la fiesta de graduación de seis años atrás habían asistido sobre todo estudiantes, muchos de ellos de los primeros cursos, que no tenían la edad legal para beber alcohol. Se sirvió alcohol. Mucho. Alguien llamó a la policía del campus. Dos estudiantes acabaron en el hospital por intoxicación etílica, algo que ocurre con una frecuencia cada vez mayor en los campus universitarios. O quizás eso es lo que me digo a mí mismo porque me gusta pensar que «en mis tiempos» no era tan grave.

El profesor Trainor tuvo que responder ante el rectorado por sus actos. Hubo llamadas pidiendo su dimisión. Él se negó. Admitió que había ofrecido alcohol a los asistentes, pero solo a los de los cursos superiores, mayores de veintiún años. Si se habían colado menores en la fiesta, él no se hacía responsable. También sugirió que gran parte del alcohol se había consumido antes de que empezara su fiesta, en una fiesta cervecera de una fraternidad cercana.

Los profesores del campus se gobiernan a sí mismos. Raramente nos damos más que una palmadita en el hombro el uno al otro. Al igual que ocurre con los comités disciplinarios para estudiantes, los de profesores van rotando. La suerte quiso que yo estuviera en el comité cuando ocurrió este incidente. Trainor era fijo y no podía ser expulsado, pero yo creía firmemente que merecía algún tipo de medida disciplinaria. Votamos la posibilidad de quitarle a Trainor la cátedra del departamento de Inglés. Yo voté a favor. La lista de incidentes provocados por este tipo de conducta en el pasado era demasiado larga. Curiosamente, mi querido mentor, Malcolm Hume, no estaba de acuerdo.

—¿De verdad vas a culpar a Eban de que los estudiantes beban demasiado? —me preguntó en aquella ocasión.

—Las reglas sobre la confraternización con los estudiantes, cuando hay alcohol de por medio, existen por algo.

—¿Y las circunstancias atenuantes no te dicen nada?

Quizá me lo habrían dicho, supuse, si no hubiera visto ya la conducta de Eban y sus anteriores decisiones injustificadas. Aquello no era un juzgado, ni una cuestión de derechos; aquel era un gran puesto de trabajo, y un privilegio. Tal como lo veía yo, sus acciones justificarían el despido —expulsamos a estudiantes por mucho menos y con muchas menos pruebas— pero, como poco, merecía una amonestación. A pesar de la insistencia de mi mentor, yo voté a favor de quitarle la cátedra, pero mi moción fue derrotada por un amplio margen de votos.

Aquel proceso había tenido lugar mucho tiempo atrás, pero el resentimiento es algo que dura. Yo había usado aquellos términos exactamente —«romper las reglas» y «rebasar los límites»— durante aquella deliberación, supuestamente privada. No me hacía gracia oír mis propias palabras usadas en mi contra, pero quizá tuviera todo

el derecho a hacerlo.

—Este estudiante en particular... está muerto.

—¿Así que su ficha confidencial ahora es pública?

—No estoy aquí para discutir detalles legales contigo.

—No, no, Jacob. Tú eres un gran hombre, ¿no?

Aquello era una pérdida de tiempo.

—La verdad es que no entiendo tu reticencia.

—Es que sorprende, Jacob. Normalmente eres de los que siguen las reglas al dedillo. La información que me estás pidiendo es confidencial. Yo estoy protegiendo la intimidad del señor Sanderson.

—Pero, como te he dicho, está muerto.

No quería seguir allí un momento más, en aquel porche donde mi querido mentor había pasado tantas horas fantásticas. Me puse en pie y me acerqué para recoger mi ordenador. Pero no me lo devolvió. Volvió a pasarse la mano por la barbilla.

—Siéntate —dijo.

Lo hice.

—¿Quieres explicarme qué importancia puede tener para ti un caso tan antiguo?

—Sería muy difícil de explicar —respondí.

—Pero, evidentemente para ti, es muy importante.

—Sí.

—¿Cómo murió Todd Sanderson?

—Lo asesinaron.

Eban cerró los ojos, como si aquella revelación lo hiciera todo mucho más grave aún.

—¿Quién?

—La policía aún no lo sabe.

—Qué ironía.

—¿El qué?

—Que tuviera una muerte violenta. Recuerdo el caso. Todd Sanderson lesionó a otro estudiante en un altercado violento. Bueno, la verdad es que eso no describe bien lo que pasó. Todd Sanderson casi mata a un compañero.

Eban Trainor apartó la mirada de nuevo y dio un sorbo al vino. Esperé a que dijera algo más. Tardó un poco, pero por fin lo hizo:

—Ocurrió en una fiesta de la cerveza en Chi Psi, un jueves por la noche.

La fraternidad Chi Psi celebraba una fiesta de la cerveza todos los jueves por la noche desde tiempos inmemoriales. Doce años antes, las autoridades del momento habían intentado ponerle fin, pero un alumno rico decidió comprar una casa fuera del campus específicamente para el uso de la fraternidad. Podía haber donado el dinero para alguna causa digna. En cambio, decidió comprar una casa para que sus jóvenes hermanos pudieran celebrar fiestas y emborracharse. De todo hay en el mundo.

—Por supuesto, ambos contendientes estaban borrachos —explicó Eban—. Se

intercambiaron duras palabras, pero no quedaba duda de que Todd Sanderson había convertido un altercado verbal en una violencia física desmesurada. Al final, el otro estudiante —cuyo nombre no recuerdo; quizá fuera McCarthy, o McCaffrey, algo así— tuvo que ser hospitalizado. Tenía la nariz rota y un pómulo aplastado. Pero aquello no fue lo peor.

Volvió a detenerse. Estaba claro que quería que le preguntara.

—¿Qué fue lo peor?

—Todd Sanderson estuvo a punto de ahogar al otro estudiante hasta matarlo. Fueron necesarias cinco personas para tirar de él. El otro estudiante estaba inconsciente. Tuvieron que reanimarlo.

—Vaya.

Eban Trainor cerró los ojos un momento.

—No veo qué importancia pueda tener esto ya. Deberíamos dejarle descansar en paz.

—No se lo pregunto por ningún tipo de interés morboso.

La sonrisa fina volvió a asomar en sus labios.

—Oh, ya lo sé, Jacob. Otra cosa no serás, pero desde luego un hombre recto sí. Estoy seguro de que tu interés en el asunto no puede ser más que sano y bien intencionado.

Evité responder a aquello.

—¿Y por qué no se castigó a Sanderson? —pregunté.

—Ya has leído mi decisión.

—Sí, lo he hecho —dije—. Algo así como «circunstancias atenuantes extraordinarias».

—Correcto.

Esperé de nuevo, ya que la pregunta implícita me parecía evidente. En vista de que Trainor no decía nada, la formulé con todas sus letras:

—¿Cuáles eran esas circunstancias atenuantes?

—El otro estudiante... McCarthy. Así se llamaba. Ahora me acuerdo. —Trainor aspiró profundamente—. El señor McCarthy había hecho unos comentarios despectivos sobre cierto incidente. Cuando Sanderson oyó los comentarios, perdió el control. De un modo exagerado, pero comprensible. —Eban levantó una mano y me la puso delante, como si yo fuera a plantear alguna objeción, que no era el caso en absoluto—. Sí, Jacob, ya sé que no justificamos la violencia bajo ninguna circunstancia. Eso dirías tú, estoy seguro. Pero consideramos este caso inusual a todos los niveles. Oímos a numerosas personas que hablaron en defensa de Todd Sanderson. Una, en particular, lo defendió con gran entusiasmo.

Le miré a los ojos y vi un brillo burlón en ellos.

—¿Y quién era esa persona, Eban?

—Una pista: era el dueño de esta casa.

Aquello me sorprendió.

—¿El profesor Hume defendió a Todd Sanderson?

—¿Cuál es la palabra que siempre usan los abogados? —Volvió a frotarse la barbilla—. «Vehementemente». Incluso le ayudó a montar una organización de beneficencia cuando acabó el proceso.

Intenté recomponer las piezas. Hume detestaba la violencia en todas sus formas. Era una de aquellas personas que sufrían con todo. La crueldad, a cualquier nivel, le daba escalofríos. Si a ti te dolía, a él también.

—Confieso que a mí también me sorprendió —prosiguió Eban—, pero tu mentor siempre entendió las circunstancias atenuantes, ¿no es cierto?

Habíamos dejado de hablar de Todd Sanderson, así que volví a centrar el tema en él.

—¿Y cuáles eran las circunstancias atenuantes en este caso?

—Bueno, en primer lugar, Todd Sanderson acababa de regresar de un largo permiso. Se había perdido el primer semestre por motivos personales.

Ya no podía más.

—¿Eban?

—¿Sí?

—¿No podríamos dejar de marear la perdiz? ¿Qué es lo que le pasó a Todd Sanderson? ¿Por qué dejó los estudios? ¿Cuáles eran las circunstancias atenuantes que hicieron que un enemigo de la violencia como Malcolm Hume defendiera un caso de violencia tan brutal?

—¿No está en la ficha?

—Sabes que no. Salvo la decisión, todo lo demás se mantuvo en secreto. ¿Qué fue lo que le pasó?

—A él, nada —dijo Trainor—. A su padre.

Se giró, cogió una copa y me la puso delante. No preguntó: me la dio sin más. Yo la cogí y le dejé que me sirviera vino. Aún no era mediodía, pero me pareció que no era momento de hacer un comentario sobre horarios de consumo de alcohol. La acepté, esperando que el vino le aflojara la lengua.

Eban Trainor se apoyó en el respaldo y cruzó las piernas. Se quedó mirando su copa de vino como si fuera una bola de cristal.

—¿Recuerdas el caso Martindale, de la liga infantil de béisbol?

Ahora me tocaba a mí mirar el vino. Di un sorbo.

—¿El escándalo de pedofilia?

—Sí.

Debía de haber sido hacía quince o veinte años, pero lo recordaba porque era uno de los primeros casos que recibió amplia cobertura mediática.

—El entrenador o el presidente de un equipo infantil que abusaba de los niños, ¿no?

—Esa era la acusación, sí.

—¿No era cierto?

—No —dijo Eban lentamente, y dio otro sorbo prolongado a continuación—. No era cierto.

Nos quedamos allí en silencio.

—¿Y qué tiene eso que ver con Todd Sanderson?

—No tiene que ver con él —dijo Eban, arrastrando ligeramente las palabras—, pero sí con el entrenador o presidente de aquel equipo, tal como lo has descrito tú.

De pronto lo vi claro.

—¿Era su padre?

Eban me señaló con un dedo.

—Bingo.

No sabía qué decir ante eso.

—Todd Sanderson dejó la universidad aquel semestre para ayudar a su padre. Ayudó a su familia económicamente —su padre, que era maestro de escuela, fue despedido, por supuesto—, les dio apoyo moral, hizo todo lo que pudo.

Estaba sorprendido y confundido, pero todo aquello no hacía más que subrayar la cuestión central de toda aquella línea de investigación: ¿Qué relación podía tener todo aquello con mi Natalie?

—No recuerdo ese caso muy bien —dije—. ¿Cómo acabó? ¿El padre de Todd cumplió condena?

—No. Fue declarado inocente.

—¿Oh?

—La sentencia no tuvo tanta resonancia mediática. Así funcionan las cosas. La acusación sale en primera página. La exculpación, no tanto.

—¿Así que dictaminaron que no era culpable?

—Correcto.

—Hay una gran diferencia entre no ser culpable y ser inocente.

—Es cierto —concedió Eban—, pero no es ese el caso. Durante la primera semana de juicio, salió a la luz que el padre de un niño se lo había inventado todo porque el de Todd no dejaba que su hijo jugara de *pitcher*. La mentira fue hinchándose como una bola de nieve. Pero al final el padre de Todd quedó libre de todos los cargos.

—¿Y Todd volvió a la universidad?

—Sí.

—Y supongo que el comentario despreciativo tenía algo que ver con las acusaciones contra el padre de Todd.

Eban levantó una mano no muy firme, haciendo ademán de brindar.

—Sí, señor. Lo que pasa es que, a pesar de las pruebas, muchos creían, como te ha pasado a ti, que donde hay humo hay fuego. El señor Sanderson tenía que haber hecho *algo*. Quizás aquello no. Pero algo. Sobre todo, después de lo sucedido tras el juicio.

—¿Qué pasó tras el juicio?

Volvió a mirar su copa. Le estaba perdiendo.

—¿Eban?

—Voy.

Esperé, le di tiempo.

—Todd Sanderson procedía de una pequeña ciudad sureña. Su padre había vivido allí toda su vida. Pero ahora, bueno, puedes imaginártelo. No podía encontrar trabajo. Sus amigos no le hablaban. En realidad, nadie le creía del todo. Hay caminos que no se pueden desandar. Eso lo enseñamos aquí, ¿no, Jacob? Solo había una persona que creyera en él.

—Todd.

—Sí.

—¿No tenía más familiares? ¿La madre de Todd?

—Había fallecido hacía un tiempo.

—Su padre estaba destrozado, por supuesto, pero insistió en que Todd volviera a clase. ¿Has visto el boletín de notas de Todd?

—Sí.

—Entonces ya lo sabes. Todd era un estudiante magnífico, uno de los mejores que habíamos tenido en Lanford. Tenía un futuro brillante. Su padre también lo sabía. Pero Todd no quería volver. Le parecía que era abandonar a su padre en el momento en que más lo necesitaba. Se negó rotundamente a volver hasta que la situación mejorara en su casa. Pero, por supuesto, todos sabemos que una situación así no mejora. Así que el padre de Todd hizo lo único que se le ocurrió para acabar con su dolor y para liberar a su hijo y que pudiera proseguir con sus estudios.

Nuestras miradas se cruzaron. La suya ya estaba brillante.

—Oh, no —dije yo.

—Oh, sí.

—¿Cómo...?

—El hombre irrumpió en la escuela donde trabajaba antes y se pegó un tiro en la cabeza. No quería que fuera su hijo quien encontrara su cuerpo.

Tres semanas antes de que Natalie me abandonara, cuando estábamos locamente enamorados, nos escapamos de nuestros refugios de Kraftboro para visitar Lanford.

—Quiero ver ese lugar que tanto significa para ti —dijo.

Recuerdo cómo se le iluminaban los ojos al caminar conmigo por el campus. Íbamos cogidos de la mano. Natalie llevaba un gran sombrero de paja que era a la vez adorable y raro, y gafas de sol. Parecía una estrella de cine disfrazada.

—Cuando estudiabas aquí —me preguntó—, ¿adónde llevabas a tus ligues?

—Directamente a la cama.

Natalie me golpeó el brazo, divertida.

—En serio. Tengo hambre.

Así que nos dirigimos al Judie's, un restaurante de Main Avenue. Judie hacía unos bollos con jarabe de manzana impresionantes. A Natalie le encantó. Me la quedé mirando mientras lo observaba todo: la decoración, las obras de arte, las jóvenes camareras, la carta, todo.

—¿Así que aquí es adonde llevabas a tus novias?

—A las elegantes.

—Un momento, ¿y adónde llevabas a las, hum, menos elegantes?

—A Barsolotti's. El antro de al lado —respondí, sonriendo.

—¿Qué?

—Solíamos jugar a la ruleta del condón.

—¿Cómo?

—No con las chicas. Eso era broma. Iba allí con mis amigos. En el baño de hombres había una máquina de condones.

—¿Un dispensador?

—Exactamente.

Natalie asintió.

—Qué clase.

—¿Verdad que sí?

—¿Y cómo se juega a la ruleta del condón?

—Es un poco tonto.

—Ahora no te libras. Quiero oírlo —dijo, con aquella sonrisa que me desmontaba.

—Bueno... Pues juegan cuatro tíos... En realidad es tan tonto...

—Sigue. Me encanta. Juegan cuatro tíos —dijo, indicándome que siguiera con un gesto.

—Los condones son de cuatro colores —expliqué—. Negro medianoche, rojo cereza, amarillo limón y naranja naranja.

—Esos dos últimos te los has inventado.

—Algo así. El caso es que los había de cuatro colores, pero nunca sabías cuál te

iba a tocar. Así que poníamos tres pavos en el bote y escogíamos un color. Entonces uno de nosotros iba al dispensador y traía el condón con su envoltorio. No podías saber el color hasta quitarle el envoltorio. Uno hacía el redoble de tambor. Otro hacía la locución, como si fuera una final olímpica. Por fin se abría el envoltorio y quien hubiera acertado el color se quedaba el dinero.

—Vaya, es impresionante.

—Sí, bueno... En realidad, el ganador tenía que comprar la siguiente jarra de cerveza, así que no era una gran ganancia. Al final Barsity —el propietario del local— lo convirtió en un juego oficial, con normas y una liguilla y tablero de clasificaciones.

Natalie me cogió de la mano:

—¿Por qué no jugamos?

—¿Qué? ¿Ahora? No.

—Por favor.

—De ningún modo.

—Después del juego —susurró, echándome una mirada sugerente—, podríamos usar el condón.

—Yo me pido negro medianoche —dije, sin pensármelo dos veces.

Se rio. Aún oía aquel sonido mientras entraba en Judie's, como si su risa siguiera allí, resonando entre las cuatro paredes, riéndose de mí. No había vuelto a Judie's desde hacía..., bueno, seis años. Miré hacia la mesa en la que solíamos sentarnos. Estaba vacía.

—¿Jake?

Me giré hacia la derecha. Shanta Newlin estaba sentada en una mesa tranquila, junto a los ventanales. No hizo ningún gesto con la cabeza. Su lenguaje corporal, que solía mostrar una gran confianza en sí misma, parecía alterado. Me senté enfrente. Apenas levantó la cabeza.

—Hola —saludé.

Sin apartar la mirada de la mesa, Shanta dijo:

—Cuéntame toda la historia, Jake.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Levantó los ojos, que me atravesaron, como en un interrogatorio, y delante me encontré a la agente del FBI que era antes.

—¿De verdad es una exnovia?

—¿Qué? Sí, claro.

—¿Y por qué quieres encontrarla tan de repente?

Vacilé.

—¿Jake?

Volví a pensar en el correo electrónico:

«Hiciste una promesa».

—Te pedí un favor —dije.

—Lo sé.

—Así que puedes contarme lo que has descubierto o podemos olvidarnos de todo y ya está. No estoy muy segura de por qué necesitas saber más.

La joven camarera —Judie siempre contrataba universitarias— nos dio la carta y nos preguntó si queríamos pedir algo de beber. Ambos pedimos té helado. Cuando se fue, Shanta volvió a mirarme con dureza.

—Estoy intentando ayudarte, Jake.

—A lo mejor deberíamos dejarlo.

—Estás de broma, ¿no?

—No —dije—. Me pidió que la dejara en paz. Quizá debería haberle hecho caso.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo, qué?

—¿Cuándo te pidió que la dejaras en paz? —preguntó Shanta.

—¿Qué importa eso ya?

—Tú dímelo, ¿vale? Podría ser importante.

—¿Por qué? —pregunté, pero pensé que aquello no cambiaba nada y respondí—.

Hace seis años.

—Me dijiste que estabas enamorado de ella.

—Sí.

—¿Así que fue cuando rompisteis?

Negué con la cabeza.

—Fue durante su boda con otro hombre.

Aquello la hizo parpadear de perplejidad. Mis palabras fundieron aquella mirada de hielo, al menos por un momento.

—A ver si me aclaro: fuiste a su boda. ¿Aún estabas enamorado de ella? Pregunta idiota. Claro que lo estabas. Aún lo estás. ¿Así que fuiste a su boda y, una vez allí, Natalie te dijo que la dejaras en paz?

—Algo así, sí.

—Pues debió de ser toda una escena.

—No es lo que parece. Acabábamos de romper. Al final eligió a otro tipo en mi lugar. Un antiguo novio. Se casaron unos días más tarde —dije, intentando quitarle importancia—. Estas cosas pasan.

—¿Tú crees? —dijo Shanta, ladeando la cabeza como un estudiante de primero aún impresionado—. Sigue.

—¿Que siga con qué? Fui a la boda. Natalie me pidió que respetara su elección y que les dejara en paz. Yo le dije que lo haría.

—Ya veo. ¿Has tenido algún contacto con ella durante los últimos seis años?

—No.

—¿Ninguno en absoluto?

De pronto vi lo bien que se le daba aquello a Shanta. Yo había decidido que no

hablaría, pero en ese momento no había manera de hacerme callar.

—Exacto, ninguno en absoluto.

—¿Y estás seguro de que se llama Natalie Avery?

—Eso no es algo en lo que sea fácil equivocarse. Ya basta de preguntas. ¿Qué has encontrado, Shanta?

—Nada.

—¿Nada?

La camarera volvió con una gran sonrisa y nuestros tés helados.

—Aquí tenéis unos bollos de manzana recién hechos por Judie —dijo, con la voz fresca y alegre de la juventud. El aroma de los bollos me transportó a mi última visita a aquel local, sí, seis años antes.

—¿Tienen alguna pregunta sobre la carta?

Yo no podía responder.

—¿Jake? —preguntó Shanta. Tragué saliva.

—No, no tengo preguntas.

Shanta pidió un sándwich de setas con queso. Yo pedí un bocadillo de pavo y beicon con tomate en pan de centeno. Cuando la camarera se fue, eché la cabeza adelante, por encima de la mesa.

—¿Qué quiere decir que no has encontrado nada?

—¿Qué parte de «nada» no entiendes, Jake? No he encontrado nada sobre tu ex: nada, *nothing*, *zilch*. Ninguna dirección, ninguna declaración de la renta, ninguna cuenta bancaria, ninguna tarjeta de crédito. Nada, nada en absoluto. No hay la más mínima prueba de la existencia de tu Natalie Avery.

Intenté asimilar aquello.

Shanta apoyó las manos en la mesa.

—¿Sabes lo difícil que es vivir así, fuera de la red?

—No, en realidad no.

—¿Hoy en día, con los ordenadores y toda esta tecnología? Prácticamente es imposible.

—A lo mejor hay una explicación razonable —aduje.

—¿Como cuál?

—A lo mejor se ha trasladado al extranjero.

—Entonces no hay ningún registro de su viaje. Ningún pasaporte emitido. Ninguna entrada ni salida en el sistema informático. Como te he dicho...

—Nada —dije yo, acabando la frase por ella.

Shanta asintió.

—Es una persona, Shanta. Existe.

—Bueno, existía. Hace seis años. Esa es la última vez que figura una dirección a su nombre. Tiene una hermana llamada Julie Pottham. Su madre, Sylvia Avery, está en un geriátrico. ¿Todo eso lo sabes?

—Sí.

—¿Con quién se casó?
¿Debía responder? No veía qué mal podía hacer.
—Todd Sanderson —dijo. Shanta tomó nota.
—¿Y por qué la buscas ahora?
«Hiciste una promesa».

—No importa —respondí—. Lo mejor será que lo deje.
—¿Lo dices en serio?
—Sí. Ha sido un impulso. Quiero decir... Han pasado seis años. Se casó con otro hombre y me hizo prometer que la dejaría en paz. Así que... ¿qué espero encontrar?
—Pero eso es lo que me inquieta, Jake.
—¿El qué?
—Que mantuviste esta promesa seis años. ¿Por qué la has roto de pronto?
No quería responder a aquello, y había algo más que me remordía por dentro.
—¿Por qué te interesa tanto?
Shanta no respondió.
—Te he pedido que me buscaras datos de una persona. Podías haberme dicho simplemente que no habías encontrado nada. ¿Por qué me haces todas estas preguntas sobre ella?

Aquello la pilló a contrapié.
—Solo pretendía ayudarte.
—Hay algo que no me estás contando.
—Y tú también —dijo Shanta—. ¿Por qué ahora, Jake? ¿Por qué estás buscando de pronto a este antiguo amor?

Me quedé mirando los bollos. Pensé en aquel día en aquel restaurante, seis años atrás. El modo en que Natalie arrancaba pedacitos de su bollo, la mirada concentrada mientras lo untaba bien, el modo en que disfrutaba de cada pequeña cosa. Cuando estábamos juntos, hasta la cosa más nimia adquiría significado. Cada contacto nos daba placer.

«Hiciste una promesa».

Incluso en aquel momento, después de todo lo sucedido, era incapaz de traicionarla. ¿Estúpido? Sí. ¿Cándido? Eso y mucho más. Pero no podía hacerlo.

—Cuéntame, Jake.

Sacudí la cabeza.

—No.

—¿Por qué demonios no?

—¿Quién ha pedido uno de beicon?

Era otra camarera, esta menos risueña y con pinta de agobiada. Levanté la mano.

—¿Y el sándwich de setas con queso?

—Envuélvemelo para llevar —dijo Shanta, poniéndose en pie—. He perdido el

apetito.

La primera vez que vi a Natalie, llevaba gafas de sol. Bajo techo. Y, para colmo, era de noche.

Puse la mirada en el cielo, pensando que sería un esnobismo. Me imaginé que sería una de esas que se denominan a sí mismas «Artistas», con la A mayúscula. Estábamos en un acto conjunto, en que la colonia de artistas y el refugio de escritores ponían sus trabajos en común. Era la primera vez que asistía a algo así, pero muy pronto supe que se trataba de una reunión semanal. Las obras de arte se exponían en la parte trasera del cobertizo de Darly Wanatick, y había unas sillas preparadas para los asistentes a las lecturas.

La mujer de las gafas de sol —a quien aún no conocía— estaba sentada en la última fila, con los brazos cruzados. A su lado había un hombre con barba y cabello oscuro y rizado. Me pregunté si serían pareja. ¿Os acordáis de Lars, el fantasma que escribía poesía desde el punto de vista del perro de Hitler? Pues empezó a leer. Leyó un buen rato. Yo cada vez estaba más nervioso. La mujer de las gafas de sol no se movía ni un pelo.

Cuando ya no pude más, decidí que me daba igual si era de mala educación o no, pero me dirigí a la parte trasera del cobertizo y me puse a mirar las diversas obras de arte expuestas. La mayoría de las obras, bueno..., seré amable y diré que no las entendía. Había una instalación llamada *Desayuno en América* hecha con cajas de cereales esparcidos sobre una mesa de cocina. Y ya está. Había cajas de Cap'n Crunch, de Cap'n Crunch con mantequilla de cacahuete (una persona comentó: «¿Os habéis fijado en que no hay Cap'n Crunch con frutas del bosque? ¿Por qué? ¿Qué querrá decir el artista?»), Lucky Charms, Cocoa Puffs, Smacks e incluso los favoritos de mi infancia, Quisp. Observé los cereales esparcidos que cubrían la mesa. No me decían nada, aunque mi estómago gruñó levemente.

Cuando una persona me preguntó: «¿Qué te parece?», estuve a punto de decirle que faltaba un poco de leche.

Seguí adelante, y solo había un artista cuya obra me hizo detenerme. Me paré frente a una pintura de una casita de campo en lo alto de una colina. Una suave luz matinal la iluminaba por un lado, con ese tono rosa del amanecer. No sabría decir por qué, pero me impactó. Quizá fueran las ventanas oscuras, como si la casita en otro tiempo hubiera sido un lugar cálido pero ahora estuviera abandonada. No sé. El caso es que me quedé frente a la pintura y me sentí absorbido, conmovido. Pasé lentamente de un cuadro al siguiente. Todos me impactaron de algún modo. Algunos destilaban melancolía. Otros me ponían nostálgico, caprichoso, apasionado. Ninguno me dejó indiferente.

Os ahorraré la «gran revelación» de que todas las pinturas eran obra de Natalie.

Una mujer sonrió al ver mi reacción.

—¿Te gustan?

—Mucho —respondí—. ¿Eres la artista?

—Cielos, no. Yo soy la dueña de la panadería-cafetería del pueblo —dijo, mientras me tendía la mano—. Me llaman Cookie.

Se la estreché.

—Un momento. ¿Cookie, y tienes una panadería?

—Sí, ya. Una combinación perfecta, ¿no?

—Quizá sí.

—La artista es Natalie Avery. Está ahí mismo. —Cookie señaló a la mujer de las gafas de sol.

—Oh —dije yo.

—¿Oh, qué?

Con el aire sofisticado que le daban las gafas de sol, yo había pensado más bien que sería la creadora de *Desayuno en América*. Lars acababa de poner fin a su lectura. El público aplaudió con desgana, pero Lars, que llevaba un pañuelo al cuello, hizo una reverencia como si se acabara de llevar una fragorosa ovación.

Todo el mundo se puso en pie enseguida, salvo Natalie. El hombre de la barba y el cabello rizado le susurró algo mientras se ponía en pie, pero ella no se movió. Se quedó con los brazos cruzados. Aparentaba seguir sumergida en el personaje del perro de Hitler.

Me acerqué a ella. Ni me vio.

—La casita de tu cuadro, ¿dónde está?

—¿Eh? —dijo, sobresaltada—. En ningún sitio. ¿Qué cuadro?

Fruncí el ceño.

—¿No eres Natalie Avery?

—¿Yo? —Parecía desconcertada ante la pregunta—. Sí, ¿por qué?

—La pintura de la casita. Me ha encantado. Me ha..., no sé, me ha conmovido.

—¿Casita? —Irguió la espalda, se quitó las gafas de sol y se frotó los ojos—. Sí, claro, la casita.

Fruncí el ceño de nuevo. No estaba seguro de qué reacción me esperaba, pero sin duda algo más efusivo. La miré. A veces no soy el más espabilado de la clase, pero cuando volvió a frotarse los ojos, caí en la cuenta.

—¡Estabas durmiendo!

—¿Qué? —respondió—. No.

Pero se frotó los ojos un poco más.

—¡Vaya por Dios! Por eso llevas gafas de sol. Para que nadie se dé cuenta.

—Shh.

—¡Has estado durmiendo todo el rato!

—Baja la voz.

Por fin me miró a los ojos y recuerdo que pensé que tenía un rostro precioso, dulce. No tardaría en darme cuenta de que Natalie tenía lo que yo llamaría una «belleza lenta», de esas que no notas en un primer momento, pero que luego te

impacta y va creciendo dentro de ti, hasta el punto de que cada vez que la ves no puedes creerte que alguna vez hayas pensado que no fuera absolutamente impresionante. Cada vez que la veía, todo mi cuerpo reaccionaba, como si fuera la primera vez, o aún mejor.

—¿Tan evidente era? —me preguntó, en un susurro.

—En absoluto —respondí—. Yo solo había pensado que eras una cretina pretenciosa.

Arqueó una ceja.

—¿Qué mejor disfraz para pasar desapercibida entre esta gente?

Meneé la cabeza.

—Y yo que pensaba que eras un genio, al ver tus pinturas.

—¿De verdad? —respondió, aparentemente sorprendida ante el cumplido.

—De verdad.

Se aclaró la garganta.

—¿Y ahora que ves lo maquiavélica que puedo ser...?

—Creo que eres un genio *diabólico*.

A Natalie le gustó aquello.

—No me eches la culpa. Ese tal Lars es como un somnífero. A la que abre la boca, caigo redonda.

—Me llamo Jake Fisher.

—Natalie Avery.

—¿Quieres ir a tomar un café, Natalie Avery? Da la impresión de que no te iría mal.

Ella vaciló, escrutándome el rostro hasta el punto de hacerme ruborizar un poco. Se colocó un mechón de cabello negro tras la oreja y se quedó allí, inmóvil. Luego se acercó y recuerdo haber pensado que era de una menudez exquisita, más pequeña de lo que había imaginado al verla sentada. Me miró levantando la cabeza y una pequeña sonrisa asomó en sus labios. Debo decir que fue una gran sonrisa.

—Sí, claro, ¿por qué no?

La imagen de aquella sonrisa se quedó en mi cerebro el tiempo que dura un latido, hasta que por fin se disolvió.

Estaba en el Library Bar, con Benedict. El Library Bar era, como su propio nombre indica, una antigua biblioteca del campus, con sus muebles de madera oscura, recién convertida en un bar de copas retro pero moderno. Los libros seguían en los estantes de roble en el mismo orden alfabético u ordenados con el sistema decimal Dewey, lo que fuera que habían usado los bibliotecarios en su tiempo. El «bar» era el antiguo mostrador de préstamos. Los posavasos eran antiguas fichas plastificadas. Las luces eran lámparas verdes de biblioteca.

Las jóvenes camareras llevaban el cabello recogido en moños clásicos y vestían

con ropa muy conservadora y, por supuesto, lucían gafas con montura de pasta. Sí, la clásica bibliotecaria de las fantasías sexuales. Una vez cada hora, por encima de la música se oía un «shhhh» muy fuerte de alguna de las bibliotecarias, que se quitaban las gafas, se soltaban los moños y se abrían los primeros botones de la blusa.

Manido, pero funcionaba.

Benedict y yo nos estábamos agarrando una buena curda. Le pasé un brazo alrededor de los hombros y me incliné hacia él.

—¿Sabes lo que deberíamos hacer? —le pregunté.

Benedict hizo una mueca.

—¿Despejarnos?

—¡Ja! Muy buena. No, no. Deberíamos montar un torneo de ruleta del condón. Eliminación directa. Con sesenta y cuatro equipos, por ejemplo. Como nuestra propia liguilla.

—No estamos en Barsolotti's, Jake. Este local no tiene ni máquina de venta de condones.

—¿Ah, no?

—No.

—Qué lástima.

—Sí —dijo Benedict, quien luego susurró—: Un par de buenorras de escándalo a las tres en punto.

Estaba a punto de girarme a la izquierda, luego a la derecha, y de pronto el concepto de las tres en punto no significaba nada para mí.

—Un momento —dije—. ¿Dónde dices que tengo las doce?

Benedict suspiró.

—Las doce las tienes delante.

—¿Entonces las tres serían...?

—Tú gírate a la derecha, Jake.

Lo habéis adivinado: no tolero bien el alcohol. Eso sorprende a la gente. Cuando ven a alguien de mi tamaño, esperan que beba a litros. No puedo. El alcohol me hace el mismo efecto que a un estudiante de primero en su primera fiesta.

—¿Y bien?

Sabía qué tipo de mujeres serían antes incluso de ponerles los ojos encima. Sentadas a la barra vi a dos rubias que tenían un aspecto entre notable y sobresaliente a la luz tenue del Library Bar y que seguro que estarían entre lo ordinario y lo espantoso a la luz del sol. Benedict se les acercó y empezó a charlar con ellas. Benedict era capaz de hacer hablar a un archivador. Las dos mujeres nos miraban a uno y al otro alternativamente. Benedict me hizo señales para que me uniera a ellos.

¿Por qué no?

«Hiciste una promesa».

Vaya si la hice. Gracias por el recordatorio. Así que bien podía mantener la

promesa e intentar zumbarme a una rubia, ¿no? Me acerqué a ellas con paso incierto.

—Señoritas, les presento al legendario profesor Jacob Fisher.

—Vaya —se sorprendió una de las rubias—. ¡Qué grandullón!

Benedict no podía dejar pasar la ocasión, me guiñó el ojo y dijo:

—No tienes ni idea, cariño.

Contuve un suspiro, saludé y me senté. Benedict usó todos sus trucos de ligón, recurriendo a frases adaptadas al local: «Como esto es una biblioteca, ¿me sancionarán si te saco de aquí y te devuelvo con retraso?». A las rubias les encantaba. Intenté participar, pero nunca he sido muy ocurrente. El rostro de Natalie se me aparecía una y otra vez. No dejaba de apartarlo de mi mente. Pedimos más copas. Y más aún.

Al cabo de un rato, los cuatro nos dejamos caer en los sofás, cerca de la antigua sección infantil. La cabeza me daba vueltas, y puede que me hubiera dormido un momento. Cuando me desperté, una de las rubias se puso a hablar conmigo.

—Me llamo Windy —dijo.

—¿Wendy?

—No, Windy. Con una i en lugar de la e.

Lo dijo como si lo hubiera explicado un millón de veces antes, lo cual supuse que sería cierto.

—¿Como la canción? —pregunté.

—¿Conoces la canción? —se sorprendió ella—. No parece que tengas edad para eso.

—*Everyone knows it's Windy...* —canté—. A mi padre le encantaban los Association.

—Vaya. A mi padre también. Por eso me llamaron así.

Para mi sorpresa, la charla se convirtió en una conversación de verdad. Windy tenía treinta y un años y trabajaba en un banco, pero estaba estudiando para obtener el diploma de enfermería pediátrica, que era lo que le gustaba de verdad, en un centro comunitario, no muy lejos de allí. Además, cuidaba a su hermano discapacitado.

—Alex tiene parálisis cerebral —dijo Windy, y me enseñó la fotografía de su hermano en silla de ruedas. El chico tenía una mirada radiante. Me lo quedé mirando, como si de algún modo la bondad de aquella persona pudiera salir de la foto y pasar a formar parte de mí. Windy lo vio, lo sintió, y dijo con una voz muy suave—: Es la luz de mi vida.

Pasó una hora. Quizá dos. Windy y yo charlamos. En noches así, siempre llega un momento en que sabes que vas a tener que, bueno, que cerrar el chiringuito (o, para seguir con las metáforas de la biblioteca, que va a haber que decidir si te llevas el libro o no). Estábamos en aquel momento, y estaba claro que la respuesta era sí.

Las chicas fueron a empolvase la nariz. Yo llevaba una tajada de campeonato. Una parte de mí se preguntaba si sería capaz de dar la talla. Pero al resto de mí no le importaba lo más mínimo.

—¿Sabes lo que me gusta de estas chicas? —me preguntó Benedict, mientras señalaba una estantería—. ¡Que cada una tiene dos buenos volúmenes! ¿Lo pillas? ¡Biblioteca! ¡Libros! ¡Volúmenes!

Protesté con un quejido lastimero.

—Patético.

—Qué gracioso —respondió Benedict—. Por cierto, ¿dónde estuviste anoche?

—¿No te lo dije?

—No.

—Fui a Vermont. Al viejo refugio de Natalie.

—¿Y para qué? —respondió él, girándose hacia mí.

Era algo raro, pero cuando Benedict bebía demasiado, le salía un leve acento británico al hablar. Supuse que sería un vestigio de su educación preuniversitaria. Cuanto más bebía, más pronunciado era el acento.

—Para encontrar respuestas —dije.

—¿Y encontraste alguna?

—Sí.

—Pues cuenta.

—La primera —dije, levantando un dedo—, que nadie sabe quién es Natalie. La segunda —otro dedo—, que nadie sabe quién soy yo. La tercera —sí, tres dedos—, que no hay registro alguno de su boda en la capilla donde se casó. La cuarta, que el sacerdote a quien vi oficiando la boda jura que no se celebró. La quinta, que la dueña de la cafetería a la que solíamos ir, y que fue quien me habló de Natalie por primera vez, no tenía ni idea de quién era yo ni nos recordaba ni a ella ni a mí.

Bajé la mano.

—Oh. ¿Y el refugio para artistas de Natalie? —añadí—. ¿El Creative Recharge? Ya no existe, y la gente de allí jura y perjura que nunca existió y que siempre ha sido una granja autogestionada. En pocas palabras, que creo que me estoy volviendo loco.

Benedict se giró hacia otro lado y le dio unos sorbos a su cerveza.

—¿Qué? —le increpé.

—Nada.

—No, venga —le dije, dándole un pequeño empujón—. ¿Qué pasa?

Benedict no levantó la cabeza.

—Hace seis años, cuando te fuiste a aquel retiro, estabas en bastante mala forma.

—Quizá, un poco. ¿Y qué?

—Tu padre acababa de morir. Te sentías solo. Tu tesis no iba bien. Estabas desanimado y tenso. Te daba rabia que Trainor se saliera con la suya con apenas una palmadita en la espalda.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Olvídalo.

—No me vengas con esas. ¿Qué?

Ahora sí que me daba vueltas la cabeza. Debería haber parado varias copas antes.

Recordé una vez, en primero de carrera, en que había bebido demasiado. Empecé el regreso a mi residencia pero no llegué. Cuando me desperté, estaba tendido sobre un seto. Recuerdo que me había puesto a mirar las estrellas y que me preguntaba por qué pinchaba tanto el suelo. Ahora tenía aquella misma sensación, como si estuviera navegando en un mar agitado.

—Natalie —dijo Benedict.

—¿Qué le pasa?

Giró hacia mí aquella mirada magnificada por las gafas.

—¿Cómo es que nunca me la presentaste?

Empezaba a verlo algo borroso.

—¿Qué?

—¿Cómo es que nunca llegué a conocerla?

—Porque estuvimos en Vermont todo el tiempo.

—¿Nunca vinisteis al campus?

—Solo una vez. Fuimos a Judie's.

—¿Y cómo es que no la trajiste aquí para que la conociera?

Me encogí de hombros, quizá con demasiado énfasis.

—No lo sé. ¿No estarías fuera?

—Estuve aquí todo el verano.

Silencio. Intenté recordar. ¿Había intentado presentársela a Benedict?

—Soy tu mejor amigo, ¿no? —dijo.

—Claro.

—Y si te hubieras casado con ella, yo habría sido el padrino.

—Eso ya lo sabes.

—¿Y no te parece raro que no llegara a conocerla?

—Visto así... —Fruncí el ceño—. Un momento. ¿Estás intentando decirme algo?

—No —dijo, bajando la voz—. Solo que es raro.

—¿Cómo de raro?

No dijo nada.

—¿Raro como que me la he inventado? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Es un decir.

—¿Qué es lo que dices?

—Ese verano. Necesitabas algo a lo que agarrarte.

—Y lo encontré. Y lo perdí.

—Vale, está bien. Déjalo.

Pero no, aquello no podía quedar así. No en aquel momento. No con toda la rabia y el alcohol que llevaba dentro.

—Ya que estamos —ataqué—. ¿Cómo es que yo tampoco he conocido nunca al amor de tu vida?

—¿De qué estás hablando?

Estaba borracho. Vaya si lo estaba.

—La foto de tu cartera. ¿Cómo es que nunca la he conocido?

Era como si le hubiera dado un bofetón.

—Déjalo, Jake.

—Es un decir.

—Déjalo, Jake. Déjalo.

Abrí la boca, pero la volví a cerrar. Las chicas aparecieron de nuevo. Benedict sacudió la cabeza y de pronto volvió a lucir la misma sonrisa.

—¿Cuál quieres? —me preguntó. Me lo quedé mirando.

—¿Me lo dices en serio?

—Sí.

—Windy —respondí.

—¿Y esa cuál es?

—¿En serio?

—No se me dan bien los nombres —confesó.

—Windy es la que ha estado hablando conmigo toda la noche.

—En otras palabras —dijo Benedict—, quieres la más buenorra. Vale, toda tuya.

Fui con Windy a su casa. Nos lo tomamos con calma, hasta que nos entraron las prisas. No fue un viaje al paraíso, pero fue delicioso. Sería cosa de las tres de la mañana cuando Windy me acompañó hasta la puerta.

No estaba muy seguro de qué decir, así que opté por lo más tonto:

—Esto... Gracias.

—Esto... ¿De nada?

Nos besamos suavemente en los labios. No era algo que pudiera durar, los dos lo sabíamos, pero había sido un pequeño placer, y a veces, en este mundo, había que concederse pequeños placeres.

Volví al campus tambaleándome. Aún había estudiantes fuera. Intenté no hacerme ver demasiado, pero Barry, el estudiante que visita mi despacho cada semana, me vio y me saludó.

—¿Batiéndose en retirada, profe?

Pillado.

Le saludé con la mano y seguí serpenteando hasta mi humilde morada.

Nada más entrar sentí que la cabeza me daba vueltas. Me quedé inmóvil, esperando recuperar el control de las piernas. Cuando se me pasó el mareo, me metí en la cocina y me puse un vaso de agua helada. Me lo bebí en dos tragos y me puse otro. La resaca del día siguiente iba a ser de aúpa, de eso no había duda.

Todos los huesos me pesaban. Entré en el dormitorio y encendí la luz. Y allí, sentado al borde de mi cama, estaba el hombre de la gorra granate. Sobresaltado, di un salto atrás.

El hombre me saludó con un gesto de la mano.

—Vaya, Jake, qué aspecto que tienes. ¿Has estado de juerga?

Tardé un momento en reaccionar. El hombre me sonreía como si aquel fuera el encuentro más natural en la historia del mundo. Incluso se tocó la visera, como si fuera un golfista profesional que diera las gracias al público presente.

—¿Quién demonios eres? —le pregunté.

—Eso en realidad no es relevante, Jake.

—Y una mierda que no lo es. ¿Quién eres?

El hombre suspiró, decepcionado quizá por mi insistencia aparentemente irracional en conocer su identidad.

—Digamos que soy un amigo.

—Estabas en el café. En Vermont.

—Lo reconozco.

—Y me has seguido hasta aquí. Ibas en esa furgoneta.

—También eso lo reconozco. Joder, hueles a alcohol barato y a sexo más barato aún. No es que eso tenga nada de malo, pero...

Intenté evitar balancearme.

—¿Y qué quieres?

—Quiero que salgamos a dar un paseo.

—¿Adónde?

—¿Adónde? —Arqueó una ceja—. Dejémonos de juegos, Jake. Tú ya sabes adónde.

—No tengo la mínima idea de lo que estás hablando —repuse—. ¿Y cómo has entrado aquí?

El hombre casi puso los ojos en blanco al oír aquello.

—Venga ya, Jake. ¿Es eso lo que quieres, que perdamos el tiempo en discutir? ¿Cómo he conseguido abrir esa cerradura de pacotilla que tienes en la puerta de atrás? Para el caso, podrías cerrarla con cinta aislante.

Abrí la boca, la cerré de nuevo y volví a intentarlo.

—¿Quién demonios eres?

—Bob. ¿Vale, Jake? Como parece que no eres capaz de avanzar más allá de esto del nombre, me llamo Bob. Tú eres Jake, yo soy Bob. Y ahora, ¿podemos ponernos en marcha, por favor?

El hombre se puso en pie. Me preparé para revivir mis días como gorila. No iba a dejar que aquel tipo se fuera de allí sin darme una explicación. Pero, desde luego, si le había intimidado, sabía disimularlo muy bien.

—¿Estamos listos para irnos —preguntó— o quieres perder aún más tiempo?

—¿Irnos adónde?

Bob frunció el ceño como si le estuviera cargando.

—Venga, Jake. ¿Adónde crees tú? —Señaló hacia la puerta, a mis espaldas—. A ver a Natalie, por supuesto. Más vale que nos demos prisa.

La furgoneta estaba aparcada en el aparcamiento de los profesores, detrás de la residencia Moore.

El campus ya estaba en silencio. La música había cesado, y en su lugar se oía el canto de los grillos. A lo lejos vi las siluetas de unos cuantos estudiantes, pero en términos generales daba la impresión de que las tres de la madrugada marcaban el toque de queda.

Bob y yo caminamos uno al lado del otro, como dos colegas que dieran un paseo nocturno. El alcohol aún me estaba cortocircuitando algunas sinapsis, pero la combinación de aire nocturno y visitante sorpresa estaba haciendo que me despejara bastante rápidamente. A medida que nos acercábamos a la furgoneta Chevorlet que tan familiar me resultaba ya, se abrió la puerta corredera de atrás. Salió un hombre.

Aquello no me gustaba.

El hombre era alto y delgado, con unos pómulos en los que se podrían rallar tomates y un cabello perfectamente peinado. Era como un modelo; hasta tenía ese gesto huraño tan típico. Durante mis años como gorila, desarrollé una especie de sexto sentido para los problemas. Sucede, cuando llevas el tiempo suficiente en un trabajo. Un hombre te pasa cerca y sientes el peligro como si fueran ondas de calor, como esas líneas que dibujan en los cómics. Aquel tipo desprendía unas ondas de peligro propias de una supernova a punto de explotar.

Me paré.

—¿Quién es ese?

—¿Otra vez con los nombres? —dijo Bob. Luego, tras emitir un suspiro dramático, añadió—: Otto. Jake, te presento a mi amigo Otto.

—Otto y Bob —dije yo.

—Sí.

—Dos palíndromos.

—Los profesores universitarios siempre con sus palabras altisonantes.

Habíamos llegado a la furgoneta. Otto se hizo a un lado para hacerme pasar, pero yo no me moví.

—Entra —dijo Bob.

Sacudí la cabeza.

—Mi mamá me dijo que no me metiera en coches con extraños.

—¡Eh, profe!

Al oír aquella voz me giré y abrí los ojos como platos. Barry se acercaba a nosotros al trote. Estaba claro que había bebido, así que ese paso le hacía parecer una marioneta con las cuerdas enredadas.

—Oiga, profe, una pregunta rápida. ¿Qué le parece...?

Barry no acabó la frase. Sin pensárselo dos veces, Otto dio un paso adelante, cargó y le dio un puñetazo de frente a Barry en plena cara. Me quedé allí un

momento, impresionado ante la rapidez de los acontecimientos. Barry salió despedido en horizontal. Aterrizó en el asfalto con un golpe sordo, inconsciente. Tenía los ojos cerrados, y le salía sangre de la nariz.

Me agaché, apoyando una rodilla en el suelo.

—¿Barry?

No se movió.

Otto sacó una pistola.

Me moví ligeramente hacia la izquierda, interponiéndome entre Barry y la pistola de Otto.

—Otto no te disparará —dijo Bob, con la misma voz inalterable—. Pero puede ponerse a disparar a un estudiante tras otro hasta que subas a la furgoneta.

Cogí la cabeza de Barry contra mi cuerpo. Respiraba. Estaba a punto de tomarle el pulso cuando oí una voz que gritaba.

—¿Barry? —Era otro estudiante—. ¿Dónde estás, colega?

Otto levantó la pistola, y me entró el pánico. No sabía si debía moverme, pero Otto me leyó el pensamiento y se alejó un paso.

—Creo que está por ahí —dijo otro estudiante—, junto a esa furgoneta. ¿Barry?

Otto apuntó en dirección a la voz. Bob me miró y se encogió de hombros.

—¡Vale! —grité, en voz baja—. ¡Ya voy! No disparéis a nadie.

Me metí en la parte trasera de la furgoneta a toda prisa. Habían sacado los asientos. Lo único que había era un banco contra un lateral. Otto bajó la pistola y entró detrás de mí. Bob se puso al volante. Barry seguía allí, inconsciente. Los estudiantes iban acercándose mientras nos alejábamos. Oí que uno gritaba:

—¿Qué...? ¡Oh, Dios mío! ¿Barry?

Si a Bob y Otto les preocupaba mínimamente que alguien tomara nota de la matrícula, no lo demostraban. Bob conducía con una parsimonia exasperante. Yo no quería eso. Quería que Bob pisara el gas. Quería que acelerara. Quería que Otto y Bob se alejaran de los estudiantes lo antes posible.

Me giré hacia Otto:

—¿Por qué demonios le has pegado ese puñetazo?

Otto me echó una mirada que me atravesó el corazón como un puñal helado. Eran unos ojos sin vida, sin el mínimo rastro de luz en ellos. Era como mirar a los ojos de un objeto inanimado, los ojos de una mesita auxiliar o de una caja de cartón.

Desde el asiento del conductor, Bob dijo:

—Echa la cartera y el teléfono sobre el asiento del acompañante, por favor.

Hice lo que me pedía. Hice un rápido inventario de la parte trasera de la furgoneta y no me gustó lo que vi. La tapicería había sido arrancada, y dejaba a la vista el suelo de metal desnudo. Había una herrumbrosa caja de herramientas a los pies de Otto. No tenía ni idea de qué habría dentro. En la pared opuesta de la furgoneta había una barra soldada. Tragué saliva al ver las esposas. Un extremo estaba cogido a la barra. El otro extremo estaba abierto, quizás a la espera de una muñeca.

Otto me apuntaba con la pistola.

Cuando llegamos a la carretera, Bob se puso a conducir apoyando las palmas de las manos sobre el volante, tal como hacía mi padre cuando íbamos a la ferretería en busca de material para algún proyecto de bricolaje.

—¿Jake? —dijo Bob.

—Sí.

—¿Adónde?

—¿Eh?

—La pregunta es fácil, Jake —insistió Bob—. Vas a decirnos dónde está Natalie.

—¿Yo?

—Sí, señor.

—No tengo ni idea de dónde está. Pensaba que habías dicho...

Fue entonces cuando Otto me dio un puñetazo en el vientre que me dejó sin aliento. Los pulmones se me quedaron sin aire y me plegué en dos como un maletín. Caí de rodillas sobre el suelo metálico de la furgoneta. Si alguna vez os han dado un golpe así, sabréis cómo te paraliza por completo. Te sientes como si fueras a ahogarte. Lo único que puedes hacer es enroscarte en un ovillo y rezar porque vuelva el oxígeno.

—¿Dónde está? —oí que decía Bob.

No habría podido dar una respuesta, aunque la hubiera tenido. No podía respirar. Intenté calmarme, recordar que si no hacía esfuerzos volvería a tener aire, pero era como si alguien me hubiera metido la cabeza bajo el agua y yo tuviera que confiar que en algún momento me la soltaría. Volví a oír la voz de Bob:

—¿Jake?

Otto me golpeó con fuerza en un lado de la cabeza. Caí de espaldas y vi las estrellas. El pecho empezó por fin a hinchármese de manera espasmódica y pude respirar otra vez, a sorbos cortos y desesperados. Otto volvió a golpearme en la cabeza. Perdí la visión periférica. La cabeza me daba vueltas. El estómago me daba vueltas. Pensé que iba a vomitar y, como la mente hace conexiones extrañas, lo cierto es que pensé que no era mala cosa que hubieran quitado la moqueta, para que fuera más fácil limpiar el vómito.

—¿Dónde está? —insistió Bob.

Arrastrándome hasta el extremo más alejado de la furgoneta, conseguí articular:

—No lo sé. ¡Lo juro!

Me recosté contra la pared de la furgoneta. La barra con las esposas quedaba por encima de mi hombro izquierdo. Otto no dejaba de apuntarme. No me moví. Intentaba ganar tiempo, recuperar el aliento y aclarar las ideas. El alcohol seguía haciendo efecto, y nublándolo todo, pero el dolor era un modo muy eficaz de recuperar la lucidez y pensar con claridad.

Acerqué las rodillas al pecho. Al hacerlo, sentí algo pequeño y puntiagudo contra la pierna. Un trocito de cristal, supuse, o quizás un guijarro afilado. Miré al suelo y,

presa del pánico, vi que no era ni una cosa ni la otra.

Era un diente.

Me quedé sin aliento. Miré a Otto y en su rostro de modelo vi que asomaba una sonrisa. Abrió la caja, dejando a la vista una serie de herramientas oxidadas. Vi un par de alicates, una sierra de arco, un cúter... y luego dejé de mirar.

Bob dijo:

—¿Dónde está?

—Ya te lo he dicho. No lo sé.

—Esa respuesta... —dijo Bob, meneando la cabeza— es muy decepcionante.

Otto permanecía impasible. Seguía apuntándome con la pistola, pero de vez en cuando echaba una mirada cariñosa a sus herramientas. Aquella mirada yerta se iluminaba cuando se posaba en los alicates, la sierra de arco y el cúter.

Bob, otra vez:

—¿Jake?

—¿Qué?

—Ahora Otto te va a esposar. No harás ninguna tontería. Tiene una pistola, y siempre podemos volver al campus y usar a tus alumnos para que practique puntería. ¿Me entiendes?

Tragué saliva, con la mente perdida en un remolino.

—No sé nada.

Bob soltó un suspiro dramático muy exagerado.

—No te he preguntado si sabías algo, Jake. Bueno, sí, eso te lo he preguntado antes, pero ahora mismo te estaba preguntando si has entendido lo que te he dicho sobre las esposas y el usar a tus alumnos para practicar el tiro. ¿Has entendido todo eso, Jake?

—Sí.

—Muy bien, pues quédate quieto. —Bob puso el intermitente y pasó al carril izquierdo. Seguíamos en la autopista—. Adelante, Otto.

No tenía mucho tiempo. Eso lo sabía. Quizá segundos. Una vez que me hubieran puesto las esposas —una vez que estuviera inmovilizado contra la pared de la furgoneta—, estaría acabado. Bajé la mirada hacia el diente.

Un buen recordatorio de lo que se me venía encima.

Otto se me acercó desde la parte trasera. Aún tenía la pistola en la mano. Podía cargar contra él, pero se lo esperaba. Me planteé abrir la puerta corredera y correr el riesgo de lanzarme al vacío desde una furgoneta que iba en plena autopista a más de cien kilómetros por hora. Pero los seguros estaban bajados. No habría conseguido abrirla a tiempo.

Otto habló por fin:

—Agárrate a la barra junto a las esposas con la mano izquierda. Usa todos los dedos para rodear la barra.

Ya lo entendía. Así tendría una mano ocupada. Solo tenía que vigilar una. Aunque

aquello no importaba demasiado. No tardaría más que un momento en fijarme las esposas a la muñeca y entonces, bueno, se acabó. Agarré la barra... y entonces se me ocurrió una idea.

Era complicado, quizás imposible, pero una vez que cayera el cierre de las esposas y quedara inmovilizado, y en cuanto Otto se pusiera al trabajo con su cajita de herramientas...

No tenía elección.

Otto ya se esperaba que cargara contra él. Lo que no se esperaba era que me lanzara en la otra dirección.

Intenté calmarme. Había que calcular el momento exacto. Yo era alto. Sin eso, no habría tenido ninguna oportunidad. También contaba con que Otto no quisiera dispararme, que —tal como había dejado claro Bob al amenazarme con disparar a los alumnos en lugar de dispararme a mí— les interesara mantenerme vivo.

Tendría un segundo. O menos. Quizás unas décimas.

Otto echó mano de las esposas. Cuando las tuvo en la mano, inicié el movimiento.

Agarrándome a la barra y usándola como soporte, lancé las piernas adelante, pero no para darle una patada a Otto. Eso habría sido inútil y previsible. Lo que hice fue levantar el cuerpo, poniéndolo en horizontal. No es que consiguiera salir volando, como un experto en artes marciales, pero con mi altura y todos esos abdominales que hacía a diario, conseguí echar la pierna atrás en el último momento, como un látigo.

Apunté hacia la cabeza de Bob, para darle con el tacón.

Otto reaccionó enseguida. En el mismo momento en que el zapato impactaba contra el blanco, Otto me placó en pleno aire, tirándome al suelo. Me agarró por el cuello y se puso a apretar.

Pero era demasiado tarde.

Le había dado una buena patada en el cráneo a Bob, haciéndole ladear la cabeza. Soltó el volante de manera instintiva. El vehículo dio un giro cerrado, y Otto, la pistola y yo caímos rodando por el suelo.

Ahí tenía la ocasión.

Otto aún me rodeaba el cuello con el brazo; pero, sin la pistola, era una cuestión de hombre contra hombre. Él era un buen luchador, y experimentado. Yo era un buen luchador, y experimentado. Él debía de medir metro ochenta y cinco y pesar noventa kilos. Yo mido casi dos metros y peso ciento cinco kilos.

Ventaja: mía.

Le golpeé con fuerza contra la parte trasera de la furgoneta. El brazo que me rodeaba el cuello aflojó la presión. Volví a golpearle. Me soltó. Recorrí el suelo de la furgoneta con la mirada en busca de la pistola.

No la veía.

La furgoneta seguía dando bandazos, mientras Bob intentaba recuperar el control.

Me eché hacia delante y aterricé de rodillas. Oí un roce metálico, y ahí, en la esquina, delante de mí, vi la pistola. Repté hacia ella, pero Otto me agarró de la

pierna y tiró de mí hacia atrás. Forcejamos brevemente, yo procurando acercarme a la pistola y él tirando de mí. Intenté darle una patada en la cara, pero no acerté.

Entonces Otto bajó la cabeza y me mordió con fuerza en la pierna.

Solté un aullido de dolor.

Hundió los dientes en mi pantorrilla. Aterrorizado, pataleé con fuerza. No solté la presa. El dolor me estaba nublando la vista otra vez. Por suerte, la furgoneta volvió a dar un bandazo. Otto salió volando hacia la derecha. Yo, rodando hacia la izquierda. Aterrizó cerca de la caja de herramientas. Sus dedos desaparecieron en el interior.

¿Dónde demonios estaba esa pistola?

No la encontraba.

Desde la cabina, Bob dijo:

—Si te rindes ahora, no le haremos daño a ningún estudiante más.

Pero yo no me iba a tragar aquella bola. Miré a derecha e izquierda. Ni rastro de la pistola.

Otto sacó la mano de la caja. Tenía el cúter. Apretó el botón con el pulgar y asomó la hoja.

De pronto mi ventaja en tamaño resultaba irrelevante.

Se me acercó, blandiendo la afilada hoja. Estaba arrinconado y atrapado. No veía la pistola. No tenía posibilidades de saltarle encima sin que me rebanara en filetes. Aquello solo me dejaba una opción.

En caso de duda, recurre a lo que sabes que funciona.

Me giré y le solté un puñetazo a Bob en el cogote.

Una vez más la furgoneta dio un bandazo, enviándonos a Otto y a mí por los aires. Cuando aterricé, vi una nueva ocasión. Bajé la cabeza y cargué contra Otto. Aún tenía el cúter en la mano e intentó atacarme con él, pero le agarré por la muñeca. Una vez más, me las arreglé para usar la diferencia de peso en mi favor.

En la cabina, Bob tenía más dificultades que antes para controlar el coche.

Otto y yo salimos rodando de nuevo. Yo no le soltaba la muñeca. Le envolví el cuerpo con las piernas. Le coloqué el antebrazo que tenía libre contra el cuello, intentando presionarle la tráquea, pero él bajó la barbilla para bloquearlo. Aun así, yo seguía apretándole el cuello. Solo tenía que conseguir hundirlo un poco más...

Fue entonces cuando ocurrió.

Bob pisó el freno a fondo. La furgoneta se paró de golpe. La inercia nos envió por los aires a Otto y a mí, y nos hizo caer de nuevo con fuerza. Pero mientras ocurría todo aquello, yo seguía con el brazo pegado a su cuello. Con lo que ello supone: mi peso, más la velocidad del coche, y el frenazo brusco..., todo aquello convirtió mi antebrazo en un martillo pilón.

Oí aquel crujido horrible, como docenas de pajitas húmedas quebrándose. La tráquea de Otto cedió como una hoja de papel maché. Mi brazo dio contra algo duro; de hecho, sentí el suelo de la furgoneta a través de la piel y el cartílago de su cuello. Se quedó inerte. Me quedé mirando aquel rostro de niño mono. Tenía los ojos

abiertos, y no es que no tuvieran brillo ninguno: es que estaban muertos.

Casi esperaba que parpadeara. No lo hizo.

Otto estaba muerto.

Me quité de encima.

—¿Otto?

Era Bob. Seguía en el asiento del conductor, pero vi que buscaba algo en el bolsillo. Me pregunté si iba a sacar una pistola, pero no tenía ningunas ganas de quedarme a descubrirlo. Agarré el seguro de la puerta trasera de la furgoneta y tiré de él. Apreté la manilla y eché una última mirada atrás en el mismo momento en que se abría la puerta trasera.

Sí, Bob tenía una pistola, y me estaba apuntando.

Me agaché justo a tiempo y la bala fue a parar justo por encima de mi cabeza. ¡Y yo, tan convencido de que me quería vivo! Salí rodando de la furgoneta y aterricé sobre el hombro derecho. Vi unos faros que se acercaban. Abrí bien los ojos. Un coche se dirigía hacia mí.

Me agazapé y volví a rodar. Los neumáticos chirriaron con el frenazo. El coche me pasó tan cerca que sentí la salpicadura de polvo en la cara. Empezaron a sonar bocinas. Alguien soltó un improperio.

La furgoneta de Bob empezó a moverse. La sensación de alivio se extendió por mis venas. Me abrí paso hasta la seguridad relativa del arcén izquierdo. Con todos aquellos coches pasando por allí, imaginé que Bob seguiría conduciendo y se alejaría enseguida.

No lo hizo.

La furgoneta estaba ahora en el mismo arcén, quizás a unos veinte metros de donde me encontraba yo.

Con la pistola aún en la mano, Bob salió por la puerta del conductor. Yo estaba agotado. No pensaba que pudiera moverme, pero el caso es que cuando alguien lleva una pistola en la mano, cosas como el dolor y el agotamiento se vuelven, como poco, secundarias.

Una vez más, solo tenía una opción.

Salté hacia los matorrales del arcén. No miré. No comprobé la altura. Me limité a saltar. Con la oscuridad no había visto la pendiente. Caí rodando por entre la maleza, dejando que la fuerza de la gravedad me alejara de la carretera. Esperaba llegar al fondo muy pronto, pero aquello no se acababa nunca.

Fui dando tumbos mucho rato. Me golpeé la cabeza con una piedra. Las piernas, contra un árbol. Las costillas..., no sé con qué. Seguía rodando. Rodé por entre los matojos, rodé y rodé hasta que los ojos empezaron a cerrármese y el mundo se volvió negro y silencioso.

Cuando vi los faros, solté un gemido e intenté seguir rodando. Los faros me seguían.

—¿Señor?

Estaba tendido boca arriba, mirando hacia el cielo. Qué curioso. ¿Cómo podía acercárseme un coche de frente si estaba mirando hacia el cielo? Levanté el brazo para protegerme los ojos de la luz. Un dolor lacerante me atravesó la articulación del hombro.

—Señor, ¿está bien?

Me cubrí los ojos y parpadeé. Los dos faros se fundieron en una única linterna. La persona que la llevaba en la mano apartó la luz de mis ojos. Yo volví a parpadear y vi un policía de pie, a mi lado. Levanté la espalda lentamente, con la consiguiente protesta de todo mi cuerpo dolorido.

—¿Dónde estoy?

—¿No sabe dónde está?

Sacudí la cabeza, intentando aclarar la mente. Todo estaba oscuro. Estaba rodeado de maleza de algún tipo. Por un momento recordé mi primer año de universidad, aquella noche en que había acabado sobre un seto después de beber demasiado.

—¿Cómo se llama, señor? —me preguntó el poli.

—Jake Fisher.

—Señor Fisher, ¿ha estado bebiendo esta noche?

—Me han atacado —dije.

—¿Atacado?

—Dos hombres con pistolas.

—¿Señor Fisher?

—¿Sí?

—¿Ha estado bebiendo esta noche? —insistió el agente, con ese tono de poli condescendiente.

—Sí, pero eso ha sido mucho antes.

—Señor Fisher, soy John Ong, de la Policía del Estado. Parece que tiene diversas heridas. ¿Quiere que lo llevemos a un hospital?

Hacía esfuerzos por concentrarme. Era como si mis ondas cerebrales estuvieran distorsionadas.

—No estoy seguro.

—Pediremos una ambulancia —dijo.

—No creo que sea necesario —dije yo, mirando alrededor—. ¿Dónde estamos?

—Señor Fisher, ¿tiene algún documento de identificación, por favor?

—Claro. —Eché mano a mi bolsillo trasero, pero entonces recordé que había tirado la cartera y el teléfono sobre el asiento del acompañante de la furgoneta de Bob—. Me lo han robado.

—¿Quién?

—Los dos hombres que me han atacado.

—¿Los tipos de las pistolas?

—Sí.

—¿Así que ha sido un robo?

—No.

Las imágenes pasaron frente a mis ojos como un fogonazo: mi brazo contra el cuello de Otto, el cúter en su mano, la caja de herramientas, aquel miedo horroroso, paralizante, el frenazo repentino, el crujido al quebrarse su tráquea como una pajita. Cerré los ojos e intenté ahuyentarlas de mi mente.

Entonces, casi para mí, más que para el agente Ong, dije:

—A uno lo he matado.

—¿Cómo dice?

Tenía lágrimas en los ojos. No sabía qué hacer. Había matado a un hombre, pero había sido un accidente y, además, en defensa propia. Necesitaba explicarlo. No podía quedármelo dentro. Lo sabía. Muchos de los estudiantes que estudiaban ciencias políticas también estudiaban derecho. Y muchos de mis colegas profesores se habían licenciado en derecho e incluso se habían colegiado. Sabía mucho sobre la Constitución y sobre el funcionamiento de nuestro sistema legal, y sabía que hay que ir con cuidado con lo que se dice. Luego no se puede volver atrás. Quería hablar. Necesitaba hablar. Pero no podía ir haciendo confesiones de asesinato por ahí sin más.

Oí sirenas y vi que se acercaba la ambulancia.

El agente John Ong me volvió a dirigir la luz de la linterna a los ojos. Esta vez no podía ser un accidente.

—¿Señor Fisher?

—Me gustaría llamar a mi abogado —dije.

Yo no tengo abogado.

Soy un profesor universitario soltero, sin antecedentes delictivos y con muy pocos recursos. ¿Para qué iba a necesitar un abogado?

—Bueno —dijo Benedict—, tengo una noticia buena y otra mala.

Había llamado a Benedict. Este no estaba colegiado, pero se había licenciado en derecho en Stanford. Yo estaba sentado en una camilla cubierta con ese papel que recuerda al que usan los carniceros, en la sala de urgencias de un pequeño hospital. El médico de guardia —que parecía casi tan exhausto como me sentía yo— me había dicho que probablemente hubiera sufrido una conmoción cerebral. Por la manera en que me dolía la cabeza, podía ser. También tenía varias contusiones, cortes y quizás un esguince. No sabía qué decir de las marcas de mordeduras. Ahora que el nivel de adrenalina iba bajando, el dolor ganaba terreno y se asentaba. Me prometió que me prescribiría un analgésico de caballo.

—Escucho —dije yo.

—La buena noticia es que los polis creen que te has vuelto completamente loco y que no se creen ni una palabra de lo que dices.

—¿Y la mala?

—Que yo estoy bastante de acuerdo con ellos, aunque añadiría la posibilidad de una alucinación inducida por el alcohol.

—Me han atacado.

—Sí, eso ya lo he pillado —dijo Benedict—. Dos hombres, pistolas, una furgoneta, y algo sobre herramientas eléctricas.

—Herramientas. Nadie ha dicho nada de electricidad.

—Sí, vale. También bebiste mucho y luego se te fue un poco la cabeza.

Me levanté la pernera para mostrarle la mordedura.

—¿Y esto cómo lo explicas?

—Wendy debió de perder el control.

—Windy —le corregí. Aquello no tenía sentido—. ¿Y ahora, qué?

—No me gusta presumir —dijo Benedict—, pero tengo un consejo legal de primera que darte, si es que quieres oírlo.

—Di.

—No vuelvas a confesar que has matado a otro ser humano.

—Guau —ironicé—. Y eso que no querías presumir.

—Es algo que sale mucho en los libros de derecho —dijo Benedict—. ¿Sabes el número de matrícula que has dado? Pues no existe. No hay ningún cuerpo ni señales de violencia, ni de delito: solo una falta leve porque tú, en reconocido estado de ebriedad, te has colado en el patio de un tipo al caer por la ladera. Los polis están dispuestos a dejarte libre con solo una multa. Vámonos a casa y luego ya veremos, ¿te parece?

No podía oponerme a aquel planteamiento tan lógico. Lo mejor que podía hacer era salir de allí, volver al campus, descansar, recuperarme y pensar en todo lo que había ocurrido en el reconfortante entorno de mi ambiente natural. Además, un semestre había dado clases de introducción a la Constitución. La Quinta Enmienda impide la autoincriminación. Quizá debería acogerme a ella en ese mismo momento.

Me subí al coche de Benedict. La cabeza me daba vueltas. El médico me había puesto una inyección que me había dado un subidón tremendo. Intenté concentrarme, pero aparte del efecto del alcohol y de las drogas, no me podía quitar de la cabeza que vivía bajo amenaza de muerte. Tenía que luchar por sobrevivir, literalmente. ¿Qué estaba pasando? ¿Y qué tendría que ver Natalie con todo eso?

Mientras aparcábamos en la zona del profesorado, vi un coche de policía del campus cerca de mi puerta. Benedict me miró con un interrogante en el rostro. Me encogí de hombros y salí del coche. Al ponerme en pie, la cabeza me dio vueltas y a punto estuve de caerme. Conseguí erguirme y mantener el equilibrio. Evelyn Stemmer era la jefa de seguridad del campus. Era una mujer menuda de sonrisa fácil.

Pero esa sonrisa tan fácil ahora mismo no se veía por ningún sitio.

—Hemos estado buscándole, profesor Fisher —dijo.

—Me han robado el teléfono móvil.

—Ya veo. ¿Le importa acompañarme?

—¿Adónde?

—A la residencia del rector. El rector Tripp quiere hablar con usted.

Benedict se situó entre nosotros.

—¿De qué va esto, Evelyn?

Ella le miró como si fuera algo recién salido del recto de un rinoceronte.

—Prefiero que sea el rector el que hable. Yo no soy más que la chica de los recados.

Yo estaba demasiado descolocado como para protestar. En cualquier caso, ¿de qué serviría? Benedict quería venir con nosotros, pero yo no veía claro que me ayudara mucho llevarme a mi mejor amigo a mi cita con el jefe. Sobre el asiento delantero del coche de la policía del campus había una especie de ordenador, así que tuve que sentarme detrás, como un delincuente de verdad.

El rector vivía en una casa de piedra de veintidós habitaciones y novecientos metros cuadrados, construida en un estilo que los expertos denominaban «neogótico moderado». Yo no estaba muy seguro de qué significaba eso, pero era una estructura bastante impresionante. Tampoco veía la necesidad del coche patrulla: la casa se encontraba en lo alto de una colina, con vistas a los campos de deporte, quizás a unos trescientos cincuenta metros del aparcamiento del profesorado. La habían renovado hacía dos atrás, y ahora servía no solo de residencia para la joven familia del rector sino, sobre todo, como lugar de celebración de todo tipo de actos benéficos.

Me llevaron a una oficina que tenía exactamente el aspecto del despacho de un rector, solo que más elegante y pulida. Pensándolo bien, también lo era el nuevo rector. Jack Tripp era elegante y pulido, con una imagen impecable, pelo sedoso y dientes con fundas. Llevaba un traje de *tweed*, como para integrarse en el ambiente universitario, pero el traje era demasiado caro y hecho a medida, algo impensable en un profesor clásico. Hasta las coderas de la americana eran demasiado regulares. Los estudiantes se reían de su «pose» algo estudiada. Eso tampoco entendía muy bien qué querría decir, pero me parecía bien buscado.

He aprendido que los seres humanos funcionan siempre a base de incentivos, así que yo procuraba no ser demasiado crítico con el rector. Pese a encontrarse en un ambiente académico y de educación superior, su trabajo consistía sobre todo en reunir fondos. Punto. Esa era su principal preocupación, y quizá tuviera razón de ser. Estaba claro que los mejores rectores solían ser los que entendían aquello y evitaban llenarse la agenda de otras cosas. De acuerdo con aquella definición, el rector Tripp estaba haciendo un trabajo bastante bueno.

—Siéntate, Jacob —dijo Tripp, mirando a la agente Stemmer, que estaba a mis espaldas—. Evelyn, cierre la puerta al salir, ¿quiere?

Hice lo que me decía el rector. Evelyn Stemmer también.

Tripp se sentó al otro lado de la elegante mesa que tenía delante. Era un gran escritorio. Demasiado grande, demasiado presidencial y grandilocuente. Seré malpensado, pero siempre me ha parecido que el tamaño del escritorio de un hombre, al igual que su coche, suele responder a un principio de... compensación. Tripp cruzó las manos sobre una mesa del tamaño de un helipuerto y dijo:

—Tienes un aspecto horrible, Jacob.

Evité hacerme el gracioso con el típico «Deberías ver cómo ha quedado el otro» porque, en este caso, la broma era de especial mal gusto.

—Anoche me acosté tarde.

—Parece que te has hecho daño.

—Estoy bien.

—Deberías ir a que te lo miraran.

—Ya lo he hecho. —Cambié de posición en la silla. Las medicinas estaban haciendo efecto, y todo empezaba a volverse borroso, como si tuviera unas tiras de gasa sobre los ojos.

—¿Qué es lo que ha pasado, Jake? —Abrió las manos un momento y luego volvió a juntarlas sobre la mesa—. ¿Quieres contarme lo que pasó anoche?

—¿Qué pasó anoche?

—Dímelo tú.

Así que ese era el juego. De acuerdo, me tocaba empezar.

—Salí a tomar unas copas con un amigo. Bebí demasiado. Cuando volví a mi casa, dos tipos me asaltaron y..., bueno, me secuestraron.

El rector abrió bien los ojos.

—¿Dos hombres te secuestraron?

—Sí.

—¿Quiénes?

—Dijeron que se llamaban Bob y Otto.

—¿Bob y Otto?

—Eso es lo que dijeron.

—¿Y dónde están ahora?

—No lo sé.

—¿Los tiene la policía?

—No.

—Pero lo has denunciado, ¿no?

—Sí —afirmé—. ¿Te importa decirme de qué va todo esto?

Tripp levantó la mano, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que la mesa estaba pringosa. Juntó la parte baja de ambas manos e hizo rebotar la punta de los dedos, unos contra otros.

—¿Conoces a un estudiante llamado Barry Watkins?

El corazón me dio un salto en el pecho.

—¿Está bien?

—¿Lo conoces?

—Sí. Uno de los hombres que me secuestraron le dio un puñetazo en la cara.

—Ya veo —dijo, como si no lo viera en absoluto—. ¿Cuándo?

—Estábamos de pie, junto a la furgoneta. Barry me llamó y se acercó corriendo. Antes de que yo pudiera girarme, uno de los tipos le soltó un puñetazo. ¿Está bien?

El rector hizo rebotar un poco más la punta de los dedos.

—Está en el hospital, con fracturas en el rostro. El puñetazo le causó daños graves.

—Mierda —dije, recostándome en el respaldo de la silla.

—Sus padres están que trinan. Hablan de presentar una denuncia.

Denuncia: la palabra que desata el pánico en cualquier burócrata. Casi me esperaba que empezara a sonar una música de película de terror cutre.

—Barry Watkins tampoco recuerda a los otros dos hombres. Recuerda que te llamó, que corrió hacia ti, y eso es todo. Otros dos estudiantes recuerdan que te vieron escapar en una furgoneta.

—No escapé. Me metieron en la parte trasera.

—Ya veo —dijo, con el mismo tono—. Cuando llegaron estos otros dos estudiantes, Barry estaba en el suelo, sangrando. Tú te fuiste de allí en la furgoneta.

—Yo no me fui de allí. Se me llevaron. Iba atrás.

—Ya veo.

Otra vez ese «ya veo». Me acerqué a él por encima de la mesa, que estaba completamente vacía, salvo por un montón de papeles perfectamente apilados y, por supuesto, la consabida fotografía de familia con la esposa rubia, dos niños adorables y un perro de pelo vaporoso como el de Tripp. Nada más. Una mesa enorme. Nada que poner encima.

—Quería que se alejaran del campus lo antes posible —aduje—, especialmente después de esa demostración de violencia. Así que enseguida cooperé.

—¿Y por «ellos» quieres decir los dos hombres que... que te estaban secuestrando?

—Sí.

—¿Quiénes eran esos hombres?

—No lo sé.

—¿Te secuestraron así, al azar?

—Lo dudo —dije, consciente de lo disparatado que sonaba todo aquello—. Uno se había colado en mi casa. El otro se había quedado esperando en la furgoneta. Insistieron en que fuera con ellos.

—Tú eres un hombre muy corpulento. Fuerte. Tu presencia física intimida.

Esperé.

—¿Cómo te convencieron para que fueras con ellos?

Me salté lo de Natalie y solté la carga de profundidad:

—Iban armados.

Volvió a abrir los ojos.

—¿Con pistolas?

—Sí.

—¿De verdad?

—Eran pistolas de verdad, sí.

—¿Cómo lo sabes?

Decidí no mencionar que con una de ellas me habían estado disparando. Me pregunté si la policía podría encontrar balas cerca de la carretera. Tendría que comprobarlo.

—¿Se lo has contado a alguien? —preguntó Tripp, al ver que no respondía.

—Se lo he contado a la poli, pero no estoy seguro de que me hayan creído.

Se recostó y se puso a tocarse el labio. Sabía lo que estaba pensando: ¿Cómo reaccionarían los estudiantes, sus padres y los exalumnos importantes si supieran que se habían presentado en el campus dos tipos armados? Y no solo habían estado en el campus, sino que, además, si lo que yo contaba era cierto —o, al menos, creíble—, habían secuestrado a un profesor y agredido a un estudiante.

—En ese momento estabas bastante ebrio, ¿no es cierto?

Ahí estaba otra vez.

—Sí.

—Tenemos una cámara de seguridad del campus en el centro del recinto. Más que caminar, ibas dando bandazos.

—Eso es lo que pasa cuando bebes demasiado.

—También tenemos informes de que saliste del Library Bar a la una de la madrugada... y sin embargo no apareciste por el campus hasta las tres.

Volví a esperar.

—¿Dónde estuviste esas dos horas?

—¿Por qué?

—Porque estoy investigando una agresión a un alumno.

—Que, por lo que sabemos, tuvo lugar más tarde de las tres de la mañana. ¿Qué pasa? ¿Es que crees que lo estuve planeando durante dos horas?

—No veo la necesidad de ser sarcástico, Jacob. Este es un asunto grave.

Cerré los ojos y sentí que el despacho daba vueltas. Tenía razón.

—Me fui del bar con una joven. Es algo totalmente irrelevante. Nunca le daría un puñetazo a Barry. Viene a verme al despacho cada semana.

—Sí, él también te ha defendido. Dice que eres su profesor favorito. Pero yo tengo que analizar todos los hechos, Jacob. Eso lo entiendes, ¿no?

—Lo entiendo.

—Que estabas borracho es innegable.

—Soy profesor universitario. Beber es prácticamente un requisito laboral.

—Eso no tiene gracia.

—Pero es cierto. Caray, yo he estado en fiestas en esta misma casa. A ti tampoco te tiembla el pulso a la hora de tomarte una o dos copas.

—Eso no te ayuda nada, Jacob.

—No estoy intentando ayudarme. Estoy intentando establecer los hechos.

—Bueno, pues aquí va otro hecho: aunque no haya quedado perfectamente claro, da la impresión de que después de las copas tuviste un encuentro sexual.

—Sí que ha quedado perfectamente claro. Eso es exactamente lo que he dicho. La chica tenía más de treinta años y no trabaja para la universidad. ¿Cuál es el problema?

—Que después de estos episodios, agredieron a un alumno.

—Pero yo no lo hice.

—Aun así, la conexión existe —dijo, recostándose en la silla—. Creo que no tengo otra opción que la de pedirte que presentes una baja temporal.

—¿Por beber?

—Por todo ello.

—Estamos en pleno curso...

—Ya te cubriremos.

—Y tengo una responsabilidad para con mis alumnos. No puedo abandonarlos así como así.

—Quizá —dijo, subrayando la última sílaba— deberías haber pensado en ello antes de emborracharte.

—Emborracharse no es delito.

—No, pero tus acciones posteriores... —No acabó la frase, pero en sus labios apareció una sonrisa—. Tiene gracia —añadió.

—¿El qué?

—He oído hablar de tu encontronazo con el profesor Trainor años atrás. ¿Es posible que no veas el paralelismo?

No dije nada.

—Hay un viejo dicho griego —prosiguió—. El jorobado nunca ve su propia joroba.

—Muy profundo —asentí.

—Tú sigue bromeando, Jacob, pero ¿de verdad crees que no tienes culpa alguna?

No estaba seguro de qué pensar.

—Yo no he dicho que no tenga culpa alguna.

—¿Se trata de simple hipocresía, entonces? —Suspiró, quizá con un énfasis excesivo—. No me gusta tener que hacerte esto, Jacob.

—Hay un pero.

—Ya conoces el pero. ¿La policía está investigando tu denuncia?

No estaba seguro de qué responder, así que dije la verdad:

—No lo sé.

—Entonces, lo mejor es que te cojas un permiso hasta que esto se resuelva.

Estaba a punto de protestar, pero me lo pensé mejor. Llevaba razón. No tenía sentido pensar en todas las implicaciones políticas o legales. Lo cierto era que estaba poniendo en peligro a los estudiantes. Mis acciones *efectivamente* habían provocado que un estudiante saliera herido. Podía buscar todas las excusas que quisiera, pero, si hubiera mantenido la promesa que le había hecho a Natalie, Barry ahora no estaría en una cama de hospital con fracturas en el rostro.

¿Podía arriesgarme a que volviera a suceder?

Tampoco podía olvidar que Bob seguía ahí fuera. Tal vez buscara venganza por Otto o, como mínimo, quisiera acabar el trabajo o silenciar al testigo. Si me quedaba, ¿no estaría poniendo en peligro el bienestar de mis alumnos?

El rector Tripp se puso a ordenar los papeles de su mesa, clara señal de que habíamos acabado.

—Recoge tus cosas —dijo—. Me gustaría que abandonaras el campus en menos de una hora.

Al mediodía siguiente volvía a estar en Palmetto Bluff.

Llamé a la puerta de una casa situada en una tranquila calle sin salida. Delia Sanderson —la... viuda, supongo, de Todd Sanderson— abrió mostrándome una sonrisa triste. Era lo que algunos podrían llamar una mujer con una belleza rústica. Tenía unos rasgos faciales duros y unas manos grandes.

—Gracias por venir hasta aquí, profesor.

—Por favor —dije yo, sintiendo un leve pinchazo de culpa—. Llámeme Jake.

Se hizo a un lado y me invitó a entrar. La casa era bonita, decorada en un estilo falso victoriano que tan de moda estaba en las casas nuevas. La finca daba a un campo de golf. El ambiente era verde y relajado.

—Estoy agradecidísima de que haya venido hasta aquí.

Otro pinchazo.

—Por favor —dije—. Es un honor.

—Aun así. Que la universidad haya enviado a un profesor hasta aquí...

—No es para tanto, de verdad. —Intenté sonreír—. También es agradable escapar de la rutina de vez en cuando.

—Bueno, se lo agradezco —dijo Delia Sanderson—. Mis hijos ahora mismo no están en casa. Les he obligado a volver a clase. El duelo es inevitable, pero siempre hay que hacer algo. Sabe lo que quiero decir, ¿no?

—Sí, claro.

Al llamarla, el día anterior, no había sido muy específico. Tan solo le había dicho que era profesor en la universidad de Todd y que esperaba poder pasar por su casa para hablar de su difunto marido y darle el pésame. ¿Le hice pensar que iba en nombre de la universidad? Digamos que tampoco dejé claro que no fuera así.

—¿Quiere una taza de café? —preguntó.

He observado que la gente tiende a relajarse más cuando ejecuta tareas sencillas y cuando hace algo para que sus invitados se sientan más cómodos. Dije que sí.

Estábamos de pie en el vestíbulo. Los espacios formales de la casa, donde se suele llevar a los invitados, estaban a la derecha. Los espacios de uso personal —los dormitorios y la cocina— estaban a la izquierda. La seguí hasta la cocina, pensando que ese ambiente más informal quizá la ayudara a abrirse más.

No había señales de la reciente intrusión en la casa, pero ¿qué esperaba encontrarme? ¿Sangre en el suelo? ¿Muebles volcados? ¿Cajones abiertos? ¿Un cordón policial amarillo?

La cocina era elegante y amplia, y daba a un salón de televisión más grande aún. De la pared colgaba una pantalla enorme. El sofá estaba cubierto de mandos a distancia y controles de la Xbox. Sí, conozco la Xbox. Tengo una. Me encanta jugar al fútbol americano. Qué le voy a hacer.

Se dirigió a una de esas cafeteras de cápsulas. Me senté en un taburete junto a la

isla de granito de la cocina. Me enseñó una gama sorprendente de cápsulas diferentes.

—¿Cuál prefiere? —me preguntó.

—Dígame usted.

—¿Le gusta el café intenso? Apuesto a que sí.

—Esa apuesta la ganaría.

Abrió el pico de la máquina y metió una cápsula llamada Jet Fuel. Daba la impresión de que la máquina se zampaba la cápsula y orinaba el café. Una imagen de lo más sugerente, ya.

—¿Lo quiere amargo?

—Me gusta intenso, pero no tanto —contesté, y le pedí algo de leche y edulcorante. Ella me pasó la taza.

—No parece usted un profesor universitario.

Eso me lo dicen mucho.

—Tengo la chaqueta de *tweed* en la tintorería —ironicé, y al momento añadí—: Siento mucho su pérdida.

—Gracias.

Di un sorbo al café. ¿Por qué había ido allí exactamente? Tenía que descubrir si el Todd de Delia Sanderson era el Todd de Natalie. Si era el mismo hombre, bueno... ¿Cómo era posible? ¿Qué significaba su muerte? ¿Y qué secretos guardaría esa mujer ante la que me encontraba?

No tenía ni idea, por supuesto, pero estaba dispuesto a probar. Eso significaba que quizá tuviera que presionarla un poco. No es que estuviera deseando molestar a una mujer que era evidente que estaba sufriendo. Cualesquiera que fueran mis sospechas —y, en realidad, no tenía ninguna—, lo que estaba claro era que Delia Sanderson lo estaba pasando muy mal. Se le veía en la tensión en el rostro, los hombros caídos y la mirada abandonada.

—No sé cómo preguntarle esto con delicadeza... —dije.

Me detuve, esperando que picara el anzuelo. Lo hizo.

—¿Pero quiere saber cómo murió?

—Si me estoy entrometiendo...

—No pasa nada.

—Los periódicos dicen que les entraron a robar.

Su rostro palideció de pronto. Volvió a girarse hacia la cafetera. Cogió una cápsula, luego cogió otra, la dejó y por fin se decidió por otra.

—Lo siento —contesté—. No hace falta que hablemos de esto.

—No entraron a robar.

Me quedé en silencio.

—Quiero decir que no robaron nada. ¿No es raro? Si hubieran entrado a robar, ¿no se habrían llevado algo? Tan solo...

Cerró de golpe la abertura de la cafetera.

—¿Habrían?

—¿Qué?

—Que ha dicho «habrían». ¿Hubo más de un ladrón?

Ella seguía de espaldas.

—No lo sé. La policía no hace especulaciones. Pero es que no veo cómo una sola persona pudo... —Dejó caer la cabeza. Me pareció incluso ver que le temblaban las rodillas. Quise levantarme y acercarme a ella, pero enseguida pensé: «¿Quién demonios soy yo?». Me frené y me quedé sentado de nuevo en el taburete.

—Aquí se suponía que estaríamos seguros —dijo Delia Sanderson—. Una comunidad vigilada. Se suponía que su finalidad era que no entrase nada malo.

La urbanización era inmensa, varias hectáreas de preciosas casas apartadas de todo. Había una valla de entrada, con un puesto de guardia, una barrera de acero que había que levantar cada vez, y un vigilante de seguridad que asentía y apretaba un botón. Nada de eso podía mantener alejado lo malo, si lo malo estaba decidido a entrar. La valla quizá sirviera para evitar problemas leves. Quizá suponía una molestia que cualquier delincuente evitaría, optando por algún blanco más fácil. Pero ¿una protección de verdad? No. La valla era más bien una demostración, de cara a la galería.

—¿Por qué cree que había más de uno? —pregunté.

—Supongo..., supongo que no entiendo cómo un solo hombre pudo hacer tanto daño.

—¿Qué quiere decir?

Meneó la cabeza. Con un dedo se limpió un ojo, y luego el otro. Se giró y me miró.

—Hablemos de otra cosa.

Me habría gustado insistir, pero sabía que no tenía nada que hacer. Era un profesor de la universidad de su difunto marido y estaba de visita. Y, bueno, también era un ser humano. No tenía más remedio que echar marcha atrás y probar otra táctica.

Me puse en pie con la máxima delicadeza de la que fui capaz y me acerqué a la nevera. Había decenas de fotografías familiares en una especie de mosaico aguantado con imanes. Las fotografías eran magníficamente anodinas, previsibles: salida de pesca, visita a Disneylandia, recitales de danza, en la playa en Navidad, conciertos escolares, ceremonias de graduación... En la nevera no faltaba ninguno de los pequeños episodios cruciales de la vida. Me acerqué y estudié el rostro de Todd en todas las fotos que pude.

¿Era el mismo?

En todas las fotografías de la nevera iba perfectamente afeitado. El nombre a quien yo había conocido llevaba esa barba corta que tan de moda estaba entonces. Era cosa de pocos días, claro, pero me resultó raro. Así que una vez más me pregunté: «¿Es el mismo hombre con quien vi casarse a Natalie?».

Sentía los ojos de Delia sobre mi espalda.

—Una vez coincidí con su marido —dije.

—¿Ah, sí?

Me giré hacia ella.

—Hace seis años.

Cogió su café, que, evidentemente, tomaba sin azúcar, y se sentó en otro taburete.

—¿Dónde?

—Vermont —respondí, sin apartar la mirada de su rostro.

No dio ningún respingo, ni nada por el estilo, pero sí arrugó algo la nariz.

—¿Vermont?

—Sí. En un pueblo llamado Kraftboro.

—¿Está seguro de que era Todd?

—Era a finales de agosto —expliqué—. Yo estaba en un retiro de trabajo.

Ahora la confusión era patente en su rostro.

—No recuerdo que Todd fuera nunca a Vermont.

—Hace seis años —repetí—. En agosto.

—Sí, eso ya lo he oído la primera vez —dijo, esta vez con cierto tono de impaciencia en la voz.

—Aunque en aquella época no presentaba exactamente ese mismo aspecto —dije, señalando hacia la nevera.

—No le sigo.

—Tenía el pelo más largo —añadí—, y una barba corta.

—¿Todd?

—Sí.

Se quedó pensándolo y en sus labios asomó una leve sonrisa.

—Ahora lo entiendo.

—¿El qué?

—Por qué ha venido hasta aquí.

No veía el momento de oírlo.

—No acababa de entenderlo. Todd nunca había sido un miembro muy activo del grupo de exalumnos, ni nada de eso. No parecía que la universidad tuviera un gran interés en él. Y ahora que me habla de este hombre de Vermont... —Hizo una pausa y se encogió de hombros—. Ha confundido a mi marido con otro. Con ese Todd a quien conoció en Vermont.

—No, estoy bastante seguro de que era...

—Todd nunca estuvo en Vermont. Estoy segura de eso. Y cada mes de agosto de los últimos ocho años viajó a África para hacer operaciones a gente necesitada. También se afeitaba a diario. Incluso los domingos. Todd no pasaba ni un día sin afeitarse.

Eché otra mirada a las fotografías de la nevera. ¿Sería verdad? ¿Podía ser tan simple la cosa? Me había equivocado de hombre. Ya había considerado esa posibilidad, pero ahora por fin empezaba a creérmelo.

En cierto sentido, aquello no cambiaba mucho las cosas. Estaba el correo electrónico de Natalie. Lo de Otto y Bob, y todo lo sucedido. Pero ahora, quizá, podía abandonar aquella pista por fin.

Delia me miraba, estudiándome con atención.

—¿Qué está pasando? ¿Cuál es el motivo real de su visita?

Metí la mano en el bolsillo y saqué la fotografía de Natalie. Curiosamente, solo tengo una. No le gustaban las fotografías, pero yo le hice aquella mientras dormía. No sé por qué. O quizá sí. Se la di a Delia Sanderson y esperé a que reaccionara.

—Qué raro —dijo.

—¿El qué?

—Tiene los ojos cerrados. —Levantó la vista y me miró—. ¿Esta foto la sacó usted?

—Sí.

—¿Mientras dormía?

—Sí. ¿La conoce?

—No. —Volvió a mirar la fotografía—. Significa algo para usted, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y quién es?

Se abrió la puerta de delante.

—¿Mamá?

Delia dejó la foto se dirigió hacia la voz.

—¿Eric? ¿Pasa algo? Hoy llegas pronto.

La seguí por el pasillo. Reconocí a su hijo: era el que había pronunciado el panegírico en el funeral. Miró a su madre y luego a mí, detrás de ella.

—¿Quién es? —preguntó, con un tono sorprendentemente hostil, como si sospechara que había ido allí a pegar a su madre, o algo así.

—Es el profesor Fisher, de Lanford —respondió ella—. Ha venido a preguntar por tu padre.

—¿A preguntar qué?

—Solo a presentar mis respetos —dije, mientras le daba la mano al chico—. Siento mucho vuestra pérdida. Hablo en nombre de toda la universidad.

Me estrechó la mano y permaneció en silencio. Nos quedamos todos en el vestíbulo, como tres recién llegados a un cóctel que aún no han sido presentados. Eric rompió el silencio.

—No encontraba mis botas de fútbol.

—Te las dejaste en el coche.

—Ah, vale. Las cojo y me voy.

Volvió a salir a toda prisa. Los dos nos quedamos mirándolo, quizá con los mismos pensamientos sobre su futura vida sin un padre. Allí yo no tenía nada más que hacer. Era hora de dejar a aquella familia en paz.

—Más vale que me vaya —dije—. Y muchas gracias por su tiempo.

—De nada.

Cuando me giré hacia la puerta, vi de pasada el salón.

El corazón se me detuvo de golpe.

—¿Profesor Fisher?

Tenía la mano en el pomo. Pasaron los segundos. No sé cuántos. No giré el pomo, no me moví, ni siquiera respiré. Me quedé con la mirada fija en el salón, más allá de la alfombra oriental, en un punto sobre la chimenea.

—¿Profesor? —repitió Delia Sanderson.

Su voz quedaba muy, muy lejos.

Por fin solté el pomo y entré en el salón, pasé por encima de la alfombra oriental y me quedé mirando a ese punto sobre la chimenea. Delia Sanderson me siguió.

—¿Se encuentra bien?

No, no estaba bien. Y no estaba equivocado. Antes tenía dudas; ahora ya no. No era una casualidad, ni un error, no había duda: Todd Sanderson era el hombre a quien vi casarse con Natalie seis años atrás.

Más que ver a Delia Sanderson, la sentía a mi lado.

—Siempre me emociona. Puedo pasarme aquí horas y siempre encuentro algo nuevo.

Lo entendí. Aquella suave luz en un lado, el tono rosado que acompaña al nuevo día, las ventanas oscuras, como si la casita en otro tiempo hubiera sido un lugar cálido pero ahora estuviera abandonada.

Era la pintura de Natalie.

—¿Le gusta? —me preguntó Delia Sanderson.

—Sí —dije—. Me gusta mucho.

Me senté en el sofá. Esta vez Delia Sanderson no me ofreció café. Me sirvió dos dedos de Macallan. Era pronto y, como ya ha quedado demostrado, no soy un gran bebedor, pero acepté el *whisky* con una mano temblorosa.

—¿Quiere decirme de qué va todo esto? —preguntó Delia Sanderson.

No estaba seguro de cómo explicarlo sin dar la impresión de que estaba loco, así que empecé con una pregunta.

—¿De dónde ha sacado ese cuadro?

—Todd lo compró.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—Piense.

—¿Qué importa eso?

—Por favor —insistí, intentando controlar mi tono de voz—. ¿Puede decirme cuándo y dónde lo compró?

Ella levantó la vista, pensativa.

—Dónde, no lo recuerdo. Pero cuándo... Era nuestro aniversario. Hace cinco años, quizá seis.

—Eran seis —puntalicé.

—Otra vez seis. No entiendo de qué va nada de esto.

No veía motivo para mentir. Y, peor aún, no veía un modo de decir aquello que pudiera suavizar el golpe.

—Le he enseñado la fotografía de una mujer durmiendo, ¿recuerda?

—De eso solo hace dos minutos.

—Exacto. Pues ella pintó el cuadro.

Delia frunció el ceño.

—¿De qué está hablando?

—Se llama Natalie Avery. La de la fotografía era ella.

—Eso... —Meneó la cabeza—. No lo entiendo. Pensaba que usted enseñaba ciencias políticas.

—Así es.

—¿Pero es historiador, o algo así? ¿Esa mujer también es exalumna de Lanford?

—No, no es eso. —Volví a mirar la casita sobre la colina—. Estoy buscándola.

—¿A la artista?

—Sí.

Me miró, escrutándome el rostro.

—¿Está desaparecida?

—No lo sé.

Nos miramos a los ojos. No asintió, pero tampoco hacía falta.

—Significa mucho para usted.

No era una pregunta, pero respondí igualmente.

—Sí. Me doy cuenta de que nada de esto tiene sentido.

—No lo tiene —confirmó Delia Sanderson—. Pero usted cree que mi marido sabía algo de ella. Por eso está aquí.

—Sí.

—¿Por qué?

Una vez más, no vi motivo para mentir.

—Esto le va a parecer una locura.

Esperó.

—Hace seis años, vi a su marido casándose con Natalie Avery en una pequeña capilla de Vermont.

Delia Sanderson parpadeó dos veces. Se levantó del sofá y dio unos pasos, alejándose de mí.

—Creo que debería irse.

Cerró los ojos, pero uno no puede cerrar los oídos. Hablé rápido. Le expliqué que había asistido a la boda seis años atrás, que vi la necrológica de Todd, que había acudido al funeral, y que creía que quizá me habría confundido.

—Y se había confundido —dijo, cuando acabé—. Tiene que estar equivocado.

—Entonces, ¿ese cuadro... es una casualidad?

No dijo nada.

—¿Señora Sanderson?

—¿Qué es lo que busca? —dijo, con un hilo de voz.

—Quiero encontrarla.

—¿Por qué?

—Usted sabe por qué.

Asintió.

—Porque está enamorado de ella.

—Sí.

—Aunque vio cómo se casaba con otro hombre hace seis años.

No me molesté en responder. En la casa reinaba un silencio enloquecedor. Ambos nos giramos y miramos aquella casita en la colina. Habría deseado que cambiara, de algún modo. Habría querido que el sol se levantara un poco, o ver alguna luz en una de las ventanas.

Delia Sanderson se apartó unos metros más de mí y cogió el teléfono.

—¿Qué está haciendo?

—Ayer le busqué en Google. Después de que me llamara.

—¿Y?

—Quería asegurarme de que era quien decía que era.

—¿Quién iba a ser, si no?

Delia Sanderson no hizo caso de mi pregunta.

—Había una foto suya en la página web de Lanford. Antes de abrir la puerta, miré

por la mirilla para asegurarme.

—No la sigo.

—Pensé que más valía asegurarse. Me preocupaba que, quienquiera que mató a mi marido...

Ahora lo entendía.

—¿Podía volver a por usted?

Se encogió de hombros.

—Pero ha visto que era yo.

—Sí. Por eso le dejé entrar. Pero ahora tengo dudas. Ha venido con un pretexto falso. ¿Cómo sé que no es uno de ellos?

No estaba seguro de qué decir.

—Así que de momento mantendré las distancias, si le parece bien. Voy a ponerme muy cerca de la puerta. Si se levanta, apretaré el botón de llamada a emergencias y echaré a correr. ¿Lo entiende?

—Yo no...

—¿Lo entiende?

—Por supuesto —confirmé—. No me moveré de este sitio. ¿Pero puedo hacerle una pregunta?

Me indicó que sí con un gesto.

—¿Cómo sabe que no llevo una pistola?

—Le he estado observando desde que entró. Con esa ropa no tendría donde esconderla.

Asentí.

—En el fondo, no cree que haya venido a hacerle daño, ¿no es cierto?

—No lo creo. Pero como dice el refrán, más vale prevenir que lamentar.

—Sé que esa historia de la boda en Vermont suena a locura —dije.

—Así es —corroboró Delia Sanderson—. Y sin embargo, es demasiado extravagante como para ser mentira.

Permanecimos callados un momento más. Nuestras miradas se posaron de nuevo en aquella casita sobre la colina.

—Era un hombre tan bueno... —dijo Delia Sanderson—. Todd podía haber ganado una fortuna con una consulta privada, pero trabajaba casi exclusivamente para Fresh Start. ¿Sabe lo que es?

Aquel nombre no me resultaba del todo desconocido, pero no lo situaba.

—Me temo que no.

Aquello le hizo sonreír.

—Vaya, parece que no ha hecho los deberes antes de venir. Fresh Start es la organización de beneficencia que Todd fundó con otros licenciados de Lanford. Era su pasión.

Ahora lo recordaba. Había una mención en su necrológica, aunque no sabía que tuviera conexión con Lanford.

—¿Qué hacía Fresh Start?

—Operaban paladares hendidos en el Tercer Mundo. Curaban quemaduras, corregían cicatrices y hacían otras operaciones de cirugía estética necesarias. Sus intervenciones cambiaban la vida a la gente. Como dice el propio nombre, les daban un «nuevo inicio». Todd dedicó su vida a aquello. Cuando me ha dicho que lo vio en Vermont, sabía que no podía ser verdad. Estaba trabajando en Nigeria.

—Solo que no es cierto —respondí.

—Así que le está contando a una viuda que su marido le mentía.

—No. Le estoy contando que Todd Sanderson estaba en Vermont el veintiocho de agosto de hace seis años.

—¿Casándose con su exnovia, la artista?

No me molesté en responder. Una lágrima le recorrió el pómulo.

—Le hicieron daño. Antes de matarlo. Le hicieron mucho daño. ¿Por qué iba a hacer alguien algo así?

—No lo sé.

Ella meneó la cabeza.

—Cuando dice que le hicieron daño —dije, lentamente—, ¿quiere decir que hicieron algo más que matarle?

—Sí.

Una vez más, no sabía cómo plantear la pregunta con la mínima delicadeza, así que fui directo:

—¿Cómo le hicieron daño? —dije, pero antes incluso de que respondiera, pensé que quizá ya sabía la respuesta.

—Con herramientas —respondió Delia Sanderson, con un nudo en la garganta—. Le esposaron a una silla y le torturaron con herramientas.

Cuando mi avión aterrizó de nuevo en Boston, tenía un mensaje en el móvil de Shanta Newlin: «He oído que te han echado del campus. Tenemos que hablar».

La llamé en cuanto salí de la terminal del aeropuerto. Cuando Shanta cogió el teléfono, me preguntó dónde estaba.

—En el aeropuerto Logan.

—¿Ha ido bien el viaje?

—Estupendo. Decías que teníamos que hablar.

—En persona. Ven directamente a mi despacho desde el aeropuerto.

—No soy bienvenido en el campus.

—Oh, es cierto. Se me había olvidado. ¿En Judie's otra vez? Estaré allí en una hora.

Cuando llegué, Shanta estaba sentada a la mesa de la esquina. Tenía un cóctel delante. El cóctel era de un rosa intenso y tenía un trozo de piña encima.

—Lo único que le falta es la sombrillita —dije, señalando el cóctel.

—Tú habrías dicho que soy más de *whisky* con soda, ¿no?

—Pero sin la soda.

—Lo siento. A mí, para beber, cuanta más fruta, mejor.

Me senté frente a ella. Shanta cogió el vaso y le dio un sorbo a la pajita.

—He oído que has tenido algo que ver con una agresión a un estudiante —comenzó.

—¿Ahora trabajas para el rector Tripp?

Frunció el ceño y soltó el cóctel de frutas.

—¿Qué pasó?

Le conté toda la historia: le hablé de Bob y de Otto, de la furgoneta, del asesinato en defensa propia, de la huida de la furgoneta y de la caída por la ladera. Su expresión no cambió, pero era evidente que las ruedecitas de su cerebro iban moviéndose tras aquellos ojos.

—¿Y esto se lo has contado a la policía?

—Más o menos.

—¿Qué quiere decir «más o menos»?

—Estaba bastante borracho. Parece que han creído que me he inventado un poco de que me secuestraron y de que maté a un tío.

Me miró como si fuera el mayor imbécil sobre la faz de la Tierra.

—¿De verdad le has contado a la policía esa parte?

—Al principio. Luego Benedict me recordó que quizá no sería una gran idea admitir haber matado a un hombre, aunque fuera en defensa propia.

—¿Benedict es quien te asesora legalmente?

Me encogí de hombros. Una vez más, me planteé tener la boca cerrada. Me habían advertido, ¿no? Y luego estaba la promesa. Shanta se recostó en la silla y le

dio un trago a su copa. La camarera se acercó y me preguntó qué quería. Señalé el cóctel de frutas y le dije que también quería un cóctel sin alcohol de aquellos. No sé por qué. Odio las bebidas de frutas.

—¿Qué es lo que has descubierto de Natalie, realmente? —le pregunté.

—Ya te lo dije.

—Ya. Nada, *nothing, niente*. Entonces, ¿por qué querías verme?

Llegó su sándwich de setas con queso, y el de beicon y pavo y con pan con tomate para mí.

—Me he tomado la libertad de pedir por ti —dijo.

No toqué el bocadillo.

—¿Qué pasa, Shanta?

—Eso es lo que quiero saber. ¿Cómo conociste a Natalie?

—¿Eso qué importa?

—Tú, cuéntame.

Una vez más era ella la que hacía todas las preguntas, y yo el que daba todas las respuestas. Le dije que nos conocimos en los refugios de Vermont seis años atrás.

—¿Qué te contó de su padre?

—Solo que estaba muerto.

Shanta me miró fijamente a los ojos.

—¿Nada más?

—¿Como qué?

—Como... No sé. —Respiró hondo y se encogió de hombros con un gesto teatral—. Como que había sido profesor aquí.

Puse unos ojos como platos.

—¿Su padre?

—Sí.

—¿Su padre era profesor en Lanford?

—No, en el restaurante Julie's —dijo Shanta, poniendo los ojos en blanco—. Pues claro que en Lanford.

—¿Cuándo? —respondí, aún confuso.

—Empezó hace unos treinta años. Dio clase aquí siete años. En el departamento de Ciencias Políticas.

—¿Estás de broma?

—Por eso te he llamado. Porque soy una bromista de primera.

Hice cálculos. Natalie debía de ser muy joven cuando su padre empezó a dar clase en Lanford, y aún sería una cría cuando se fue. A lo mejor no lo recordaba. Por eso no me dijo nada. Pero ¿no lo sabría, al menos? ¿No habría dicho «Eh, mi padre también dio clase aquí. En el mismo departamento que tú»?

Pensé en cuando acudió al campus con aquellas gafas de sol y aquel sombrero, lo mucho que quería ver, lo pensativa que se había puesto al pasear por los jardines.

—¿Por qué no iba a decírmelo? —me pregunté, levantando demasiado la voz.

—No lo sé.

—¿Le despidieron? ¿Adónde fueron luego?

Shanta se encogió de hombros.

—Sería más indicado preguntarse por qué empezó a usar su madre el apellido de soltera.

—¿Qué?

—Su padre se llamaba Aaron Kleiner. El apellido de soltera de la madre de Natalie era Avery. Lo recuperó. Y también cambió el apellido de Natalie y Julie, y les dio el suyo.

—Espera, ¿cuándo murió su padre?

—¿Así que Natalie no te lo dijo?

—Tengo la impresión de que fue hace mucho tiempo. Quizá fuera eso. Quizá muriera y por eso se fue del campus.

Shanta sonrió.

—No lo creo, Jake.

—¿Por qué?

—Porque aquí es donde se pone interesante. Aquí es donde papá se parece terriblemente a su hijita.

No dije nada.

—No hay noticia de que muriera.

Tragué saliva.

—Entonces, ¿dónde está?

—De tal palo, tal astilla, Jake.

—¿Qué demonios significa eso? —pregunté. Pero quizá ya lo supiera.

—He buscado información sobre el paradero actual del profesor Aaron Kleiner —dijo Shanta—. Y adivina lo que he encontrado.

Esperé la respuesta.

—Exacto: nada, *nothing, niente*. Desde que dejó Lanford, hace un cuarto de siglo, no hay ni rastro del profesor Aaron Kleiner.

En la biblioteca de la facultad encontré los anuarios de años pasados.

Estaban en el sótano. Olían a mohó. Las páginas satinadas se pegaban unas a otras al intentar pasarlas. Pero ahí estaba. El profesor Aaron Kleiner. La fotografía no tenía nada de particular. Era un hombre de aspecto agradable con la típica sonrisa que quería comunicar felicidad, pero que resultaba más bien incómoda. Me lo quedé mirando para ver si detectaba algún parecido con Natalie. Quizá sí. No estaba muy claro. La mente a veces engaña, como todos sabemos.

Tenemos cierta tendencia a ver lo que queremos ver.

Me quedé mirándole a la cara como si así pudiera obtener algún tipo de respuesta. No la obtuve. Miré los libros de otros años. No había nada nuevo. Busqué por las páginas de ciencias políticas y encontré una imagen de grupo tomada frente a la Clark House. Allí estaban todos los profesores y personal de apoyo. El profesor Kleiner estaba de pie, junto al catedrático Malcolm Hume. En aquella fotografía las sonrisas eran más relajadas, más naturales. La señora Dinsmore ya parecía una anciana de cien años.

Un momento. La señora Dinsmore...

Me metí uno de los anuarios bajo el brazo y salí corriendo hacia la Clark House. Era tardísimo, pero la señora Dinsmore prácticamente vivía en su despacho. Sí, estaba suspendido y se suponía que no debía estar en el campus, pero dudaba de que la policía del campus abriera fuego contra mí. Así que crucé el patio por donde paseaban los estudiantes, con un anuario que había sacado de la biblioteca sin decir nada. Ya ves, me había convertido en todo un delincuente.

Recordaba el día que había atravesado aquel patio con Natalie, hacía seis años. ¿Por qué no me había dicho nada? ¿Me había perdido alguna señal? ¿Había callado de pronto, o se había frenado? No lo recordaba. Solo recordaba cómo paseaba eufórico por el campus, como si fuera un guía hasta arriba de Red Bull presentándole la facultad a los novatos.

La señora Dinsmore me miró por encima de sus gafas de cerca en forma de media luna:

—Pensaba que no estaba aquí.

—Quizá físicamente —dije—. ¿Pero alguna vez me he alejado de su corazón?

—¿Qué quiere? —respondió, y puso los ojos en blanco.

Le restregué el anuario delante de las narices. Estaba abierto por la página de la fotografía de grupo. Señalé al padre de Natalie.

—¿Recuerda a un profesor llamado Aaron Kleiner?

La señora Dinsmore se tomó su tiempo. Las gafas de cerca estaban atadas a una cadenita que le rodeaba el cuello. Se las quitó, las limpió con manos temblorosas y volvió a ponérselas. Su rostro seguía siendo pétreo.

—Le recuerdo —contestó, sin alterarse—. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Sabe por qué le despidieron?

Levantó la vista.

—¿Quién ha dicho que le despidieran?

—¿O por qué se fue? ¿Podría darme alguna pista sobre lo que le ocurrió?

—Hace veinticinco años que se fue. Usted tendría unos diez años.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué me lo pregunta?

Ni siquiera sabía cómo esquivar aquella pregunta.

—¿Recuerda si tenía hijos?

—Hijas. Natalie y Julie.

No lo dudó. Aquello me sorprendió.

—¿Recuerda sus nombres?

—¿Por qué? ¿Qué les pasa?

—Hace seis años conocí a Natalie en un refugio para escritores en Vermont. Nos enamoramos.

La señora Dinsmore se quedó esperando a que dijera algo más.

—Sé que le parecerá una locura, pero estoy intentando encontrarla. Creo que puede estar en peligro, y quizá tenga algo que ver con su padre, no sé.

La señora Dinsmore se me quedó mirando uno o dos segundos más. Dejó caer las gafas, que le quedaron colgando a la altura del pecho.

—Era un buen profesor. Le habría gustado. Sus clases eran muy animadas. Se le daba muy bien suscitar el interés en sus alumnos.

Volvió a posar la mirada en la fotografía del anuario.

—En aquellos tiempos, algunos de los profesores más jóvenes hacían también de monitores de residencia. Aaron Kleiner era uno de ellos. Vivía con su familia en la planta baja de la residencia Tingley. Los alumnos le adoraban. Recuerdo un día en que los alumnos hicieron un fondo común y compraron un columpio para las niñas. Se lo instalaron un sábado, en una mañana, en el patio de detrás del edificio Pratt —recordó, con la mirada perdida—. Natalie era una niña adorable. ¿Qué aspecto tiene ahora?

—Es la mujer más bella del mundo.

—Es usted un romántico —dijo, con una sonrisa cómplice.

—¿Qué les pasó?

—Unas cuantas cosas. Hubo rumores sobre su matrimonio.

—¿Qué tipo de rumores?

—¿Qué tipo de rumores hay siempre en un campus universitario? Niñas pequeñas, mujer distraída, hombre atractivo en un campus con alumnas impresionables. Yo le tomo el pelo sobre las jovencitas que pasan por su despacho, pero he visto muchas vidas arruinadas por esa tentación.

—¿Tuvo un lío con una estudiante?

—Quizá. No lo sé. Eso se decía. ¿Ha oído hablar del vicedecano Roy

Horduck?

—He visto su nombre en alguna placa.

—Aaron Kleiner acusó a Horduck de plagio. Nunca presentó cargos, pero una vicecátedra es una posición de bastante poder. Degradaron a Aaron Kleiner. Luego se vio implicado en un cruce de acusaciones.

—¿Contra un profesor?

—No, por supuesto que no. Acusó a uno o dos alumnos de falsear trabajos. No recuerdo los detalles. Quizás aquello fuera su perdición. No lo sé. Empezó a beber. Hacía cosas raras. Empezaron los rumores.

Se quedó mirando la fotografía de nuevo.

—¿Así que le pidieron que dimitiera?

—No.

—Pues entonces, ¿qué pasó?

—Un día su mujer entró por esa misma puerta —dijo, señalando hacia atrás. Yo conocía esa puerta. La había atravesado mil veces, pero aún parecía que la madre de Natalie estuviera a punto de pasar por ella de nuevo—. Estaba llorando. Histérica. Yo estaba sentada justo donde estoy ahora, en este mismo sitio, en esta mesa...

No acabó la frase.

—Quería ver al profesor Hume. No estaba aquí, así que le llamé por teléfono. Vino enseguida. Le dijo que el profesor Kleiner se había ido.

—¿Ido?

—Había hecho las maletas y se había fugado con otra mujer. Una exalumna.

—¿Quién?

—No lo sé. Como le he dicho, estaba histérica. En aquella época no había teléfonos móviles. No había manera de encontrarle. Esperamos. Recuerdo que tenía una clase por la tarde. No se presentó. El profesor Hume tuvo que cubrirle aquel día, y el resto del semestre los otros profesores hicieron turnos para cubrir el resto de las clases. Los estudiantes estaban muy enfadados. Llamaron algunos padres, pero el profesor Hume les calmó poniendo un sobresaliente general.

Se encogió de hombros, empujó el anuario, para devolvérmelo, y fingió que volvía al trabajo.

—Nunca volvimos a saber de él.

Tragué saliva.

—¿Y qué les pasó a su mujer y a sus hijas?

—Lo mismo, supongo.

—¿Qué significa eso?

—Al final del semestre se mudaron. Nunca volví a saber de ellas. Siempre tuve la esperanza de que acabaran en otra universidad, de que arreglaran las cosas. Pero supongo que eso no ha pasado, ¿no?

—No.

—¿Y qué ha sido de ellos? —preguntó la señora Dinsmore.

—No lo sé.

¿Quién lo sabría?

Respuesta: la hermana de Natalie, Julie. Me había colgado al teléfono. Me preguntaba si tendría mejor suerte en persona.

Estaba volviendo hacia el coche cuando sonó el teléfono móvil. Miré el número. El prefijo era 802.

Vermont.

Respondí.

—Hum... Hola. Me dejaste la tarjeta, en el café.

Reconocí la voz:

—¿Cookie?

—Tendríamos que hablar.

—Escucho —dije, aferrando el teléfono con más fuerza.

—No me fío de los teléfonos —replicó Cookie, con la voz algo temblorosa—.

¿Puedes volver aquí?

—Puedo ir en coche. Salgo ahora mismo, si quieres.

Cookie me dio instrucciones para llegar a su casa, no muy lejos del café. Cogí la 91 al norte e intenté infructuosamente no acelerar demasiado. El corazón me latía con fuerza contra el pecho, y daba la impresión de que lo hiciera al ritmo de la canción que sonaba en cada momento. Cuando llegué a la frontera del estado, era casi medianoche. Había empezado el día tomando un avión para ver a Delia Sanderson. El día había sido muy largo y, por un instante, noté el agotamiento. Se me fue la cabeza a la primera vez que había visto aquel cuadro de la casita en la colina, cuando Cookie se presentó por detrás y me preguntó si me gustaba.

Volví a preguntarme por qué, cuando pasé por el café, actuó Cookie como si no se acordara de mí.

Me vino otra cosa a la mente. Todos los demás me habían dicho que el refugio Creative Recharge nunca había existido, pero cuando Cookie se negó a darme información, me había dicho: «Nunca trabajamos en el refugio».

La primera vez no me había dado cuenta pero, si en aquella colina no había habido ningún refugio, ¿por qué motivo la respuesta no fue algo más parecido a: «No sé de qué refugio me estás hablando», o algo así?

Reduje la velocidad al pasar junto al café-librería de Cookie. Solo había dos farolas en la calle, y ambas proyectaban largas sombras amenazantes. No había nadie. El centro del pueblo estaba perfectamente inmóvil, demasiado inmóvil, como una escena en una película de zombis antes de que el héroe se encuentre rodeado de monstruos caníbales. Giré a la derecha al llegar a la esquina, seguí poco más de medio kilómetro y giré de nuevo a la derecha. Allí no había farolas. La única luz era la procedente de mis faros. Si había casas o edificios a los lados, tendrían las luces apagadas. Supuse que nadie dejaría las luces encendidas con un temporizador para

que los ladrones lo tuvieran aún más difícil. Muy listos. Dudaba de que un ladrón pudiera encontrar ninguna de las casas en aquella oscuridad.

Le eché un vistazo al GPS y vi que estaba a ochocientos metros de mi destino. Dos giros más. Una sensación parecida al miedo se me fue acumulando en el pecho. Todos hemos oído hablar de algunos animales que pueden percibir el miedo. Incluso pueden percibir amenazas, o incluso desastres naturales antes de que se produzcan, casi como si tuvieran un radar de supervivencia o unos tentáculos invisibles con los que lo palparan todo. En algún momento del pasado, por supuesto, el hombre primitivo quizá también había tenido esta habilidad. Esa especie de mecanismo de supervivencia se conserva. Puede que esté en estado latente. Puede que se apague por la falta de uso. Pero ese hombre de Neandertal instintivo sigue ahí, acechando bajo nuestros uniformes militares y nuestros trajes de negocios.

En aquel mismo instante, y por recurrir al vocabulario de mi infancia como devorador de cómics, mi sentido arácnido había lanzado una señal de alarma.

Apagué los faros y detuve el coche en el arcén, prácticamente a oscuras, de oídas. No había bordillos. La calzada básicamente acababa en la hierba. No sabía lo que iba a hacer; pero, cuanto más pensaba en ello, más seguro estaba de que debía adoptar alguna medida de precaución.

Podía caminar desde allí.

Salí del coche en silencio. Una vez cerrada la puerta, una vez apagadas todas las luces, vi lo oscuro que estaba todo. La noche parecía algo vivo, que me consumía, que me cubría los ojos. Esperé un minuto o dos, allí de pie, para que se me adaptara la vista. La adaptación de la vista a la oscuridad: he ahí otro de esos talentos que sin duda heredamos del hombre primitivo. Cuando pude ver al menos a un par de metros, me puse en marcha. También llevaba mi *smartphone*. Estaba cargado de aplicaciones que no usaba nunca, pero la que sí usaba, la que probablemente era más útil y menos técnica, era la simple linterna. Me planteé si debía encenderla, pero decidí no hacerlo.

Si había peligro —y no podía imaginarme qué tipo de peligro podía haber o qué forma podía tomar—, no quería darle pista libre con una indicación luminosa. De hecho, de eso iba todo aquello de acercarse a oscuras, ¿no?

La mente retrocedió a cuando estaba atrapado en la parte trasera de aquella furgoneta. No tenía remordimientos por lo que me había visto obligado a hacer para huir —volvería a hacerlo, por supuesto, y mil veces—, pero tampoco me cabía duda de que los últimos momentos de Otto me perseguirían en sueños hasta el día de mi muerte. Siempre oiría el leve crujido de aquel cuello al quebrarse, siempre recordaría la sensación del hueso y el cartílago al ceder, al poner fin a una vida. Había matado a alguien. Había acabado con un ser humano.

Entonces pensé en Bob.

Avancé más despacio. ¿Qué habría hecho Bob después de huir de la colina? Debió de volver a su furgoneta, se alejaría de allí, probablemente abandonaría el cuerpo de Otto en algún sitio y luego...

¿Intentaría quizá volver a encontrarme?

Pensé en la tensión que reflejaba la voz de Cookie. ¿Qué quería decirme? ¿Y por qué de pronto era tan urgente? ¿Por qué me había hecho ir hasta allí, tan tarde, sin darme ocasión de pensarlo?

Ya había llegado a la manzana de Cookie. En algunas de las ventanas había unas luces tenues que les daban un aire fantasmagórico, como de calabaza de Halloween. La casa al final del callejón sin salida tenía más luces que las demás.

Era la de Cookie.

Me eché a la izquierda, para no estar a la vista. Las luces de su porche estaban encendidas, así que no debía acercarme por allí, al menos si no quería que se me viera. La casa era amplia, de una sola planta, más larga de lo que sería normal y ligeramente irregular, como si le hubieran hecho unos cuantos añadidos improvisados. Agazapado, rodeé el lateral de la casa. Intenté mantenerme en la oscuridad. Los últimos diez metros repté, literalmente, en dirección a la ventana con más luz.

¿Y ahora?

Estaba bajo la ventana, a cuatro patas. Me quedé inmóvil e intenté escuchar. Nada. Existe el silencio, y luego existe el silencio rural, un silencio que se puede sentir y casi tocar, un silencio con textura y distancia. Eso era lo que me rodeaba en aquel momento. Un silencio real, auténtico y rural.

Cambié el apoyo ligeramente, y las rodillas me crujieron con un ruidito que atravesó aquel silencio como un chillido. Me situé en cuclillas, con las rodillas muy flexionadas y las manos en los muslos. Me preparé para levantar el cuerpo a modo de pistón humano, para poder echar un vistazo por la ventana.

Para no mostrar más que lo necesario, levanté la cabeza asomando solo un ojo y el cuadrante derecho de mi rostro por la esquina de la ventana. Parpadeé al percibir de pronto la luz y miré al interior de la habitación.

Ahí estaba Cookie.

Estaba sentada en el sofá. Tenía la espalda recta como un palo y la boca apretada. Denise, su pareja, estaba sentada a su lado. Se cogían de las manos, pero estaban pálidas y parecían demacradas. Irradiaban tensión.

No había que ser un experto en lenguaje corporal para ver que estaban nerviosas por algún motivo. Tardé unos momentos más en darme cuenta de cuál era el motivo.

Había un hombre sentado frente a ellas.

Me daba la espalda, así que al principio solo pude verle la parte superior de la cabeza.

Lo primero que se me ocurrió me heló la sangre. ¿Sería Bob?

Levanté la cabeza unos centímetros más, intentando ver mejor al hombre. Nada. El sillón era grande y mullido. El hombre estaba hundido en él; no se le veía. Me trasladé al otro lado de la ventana, cambiando de esquina y exponiendo mi cuadrante superior izquierdo. Ahora veía que tenía el cabello rizado, de color sal y pimienta.

No era Bob. Definitivamente.

El hombre hablaba. Las dos mujeres escuchaban muy atentas, asintiendo al unísono a lo que fuera que les estuviera diciendo. Me giré y presioné la oreja contra la ventana. El cristal estaba frío. Intenté descifrar lo que estaba diciendo, pero la voz me llegaba muy apagada. Volví a mirar al interior de la sala. El hombre del sillón se inclinó un poco hacia delante, como subrayando alguna frase. Entonces giró la barbilla lo suficiente como para poder verle de perfil.

Quizá se me escapara un grito ahogado.

El hombre tenía barba. Aquello fue la clave. Por eso pude reconocerlo: por la barba y el pelo rizado. Volví a la imagen de la primera vez que vi a Natalie, sentada en aquella silla, con las gafas de sol puestas. Y a su lado, sentado a su derecha, había un hombre con barba y el cabello rizado.

Aquel hombre.

¿Qué...?

El hombre de barba se puso en pie. Empezó a caminar arriba y abajo, haciendo gestos. Cookie y Denise se pusieron más tensas. Se cogían las manos con tanta fuerza que juraría que les veía los nudillos blancos: de pronto reconocí, asombrado, lo acertado de haber hecho aquella campaña de reconocimiento antes de lanzarme de cabeza a su encuentro.

El hombre de la barba llevaba una pistola.

Me quedé helado. Las piernas me empezaron a temblar del miedo o de agotamiento por la posición forzada. No estaba seguro. Bajé la cabeza. ¿Ahora qué?

Huye, idiota.

Sí, eso parecía lo mejor. Volver al coche. Llamar a la policía y dejar que ellos se ocuparan. Intenté pensar qué pasaría. En primer lugar, ¿cuánto tardarían en llegar los polis? Un momento, ¿me creerían siquiera? ¿Telefonearían primero a Cookie y Denise? ¿Vendría un equipo de asalto? Y, ahora que lo pensaba bien, ¿qué estaba pasando ahí dentro exactamente? ¿Había secuestrado el Barbas a Cookie y Denise y había hecho que me llamaran, o estaban todos compinchados? Y si estaban compinchados, ¿qué pasaría cuando llamara? Los polis aparecerían, Cookie y Denise lo negarían todo y el Barbas escondería la pistola y afirmararía no saber nada.

En cualquier caso, ¿qué alternativas tenía? Tenía que contactar con la poli, ¿no? El Barbas siguió caminando adelante y atrás. La tensión en la sala iba en aumento. El Barbas miró el reloj. Sacó el teléfono móvil y lo cogió como si fuera un *walkie-talkie*. Dijo algo con cara de pocos amigos.

¿Con quién estaría hablando?

Vaya. ¿Y si había más gente? Era hora de irse. Ya no se trataba de llamar a la poli o no. Aquel tipo estaba armado. Y yo no.

Ahí os quedáis, chicos.

Estaba echando una última mirada por la ventana cuando oí el ladrido de un perro detrás de mí. Me quedé inmóvil. El Barbas no. Giró la cabeza de golpe hacia el

origen del ladrido —y, por extensión, hacia mí— como si hubieran tirado de él con una cuerda.

Nuestras miradas se encontraron a través de la ventana. Vi que abría los ojos por la sorpresa. Por un brevísimo instante —una centésima de segundo, o quizá dos— ninguno de los dos se movió. Nos quedamos mirando, atónitos, sin saber muy bien qué pensar, hasta que el Barbas levantó la pistola, me apuntó y apretó el gatillo.

Me eché hacia atrás mientras la bala atravesaba la ventana.

Caí al suelo, bajo una lluvia de fragmentos de cristal. El perro seguía ladrando. Rodé, cortándome con el cristal, y me puse en pie.

—¡Alto!

Era otra voz de hombre, a mi izquierda. No reconocí la voz, pero el tipo estaba en el exterior. No había tiempo ni para pensar ni para dudar: tenía que salir de allí. Corrí a toda marcha en dirección contraria. Doblé la esquina, corriendo como loco, a punto de llegar a campo abierto.

O eso pensaba yo.

Antes había atribuido a mi fino sentido arácnido el don de prevenir el peligro. Si así era, ese mismo sentido me acababa de abandonar de la manera más miserable.

Había otro hombre de pie, a la vuelta de la esquina. Me estaba esperando, con el bate de béisbol preparado. Conseguí detener las piernas, pero no pude hacer nada más. El bate cayó sobre mí con fuerza. No pude reaccionar. No pude hacer nada más que quedarme allí de pie, como un tonto. Recibí el impacto en plena frente.

Caí al suelo.

Quizá me golpeará otra vez con el bate. No lo sé. Puse los ojos en blanco y perdí la conciencia.

Lo primero, cuando me desperté: dolor.

Era lo único en lo que podía pensar: en aquel dolor enorme, insoportable, y en cómo aliviarlo. Era como si me hubieran reventado el cráneo y como si tuviera pequeños fragmentos de hueso sueltos, con sus afilados bordes perforándome el tejido cerebral más sensible.

Ladeé la cabeza ligeramente, pero con eso no conseguí más que enfurecer aún más a esos bordes afilados. Paré, parpadeé, parpadeé de nuevo en un intento de abrirlos y me rendí.

—Está despierto.

La voz pertenecía a Cookie. Intenté de nuevo abrir los ojos. Estaba a punto de usar los dedos para subirme los párpados. Intenté no hacer caso al dolor, que lo inundaba todo. Tardé unos segundos, pero por fin lo conseguí. Me llevó unos segundos más enfocar la vista y empezar a asimilar lo que iba viendo.

Ya no estaba fuera. Aquello era seguro.

Vi las vigas expuestas de un tejado. Tampoco estaba en casa de Cookie. La suya era como un rancho a un nivel. Esto parecía más bien un granero o una vieja granja. Había un suelo de madera bajo mis pies, no de tierra, así que descarté el granero.

Cookie estaba allí. También Denise. El Barbas se acercó y me miró con un odio puro y sin matices. No tenía idea de por qué. Vi a un segundo hombre de pie, a mi izquierda, junto a una puerta. Había un tercero sentado frente a una pantalla de ordenador. No reconocí a ninguno de los dos.

El Barbas esperó, mirándome. Probablemente pensaría que diría algo obvio, como «¿Dónde estoy?». No lo hice. Aproveché aquel tiempo para calmarme e intentar ordenar mis pensamientos.

No tenía ni idea de qué estaba pasando.

No dejaba de mover los ojos, intentando hacerme una idea del espacio. Buscaba una vía de escape. Vi una puerta y tres ventanas, todas cerradas. La puerta también estaba vigilada. Recordé que al menos uno de ellos estaba armado.

Tenía que ser paciente.

—Habla —me dijo el Barbas.

No lo hice. Me dio una patada en las costillas. Solté un gruñido, pero no me moví.

—Jed —dijo Cookie—. ¡No!

Jed el Barbas se me quedó mirando con rabia.

—¿Cómo encontraste a Todd?

Aquello me sorprendió. No sabía qué me esperaba que me preguntara, pero no era aquello, desde luego.

—¿Qué?

—Ya me has oído —insistió Jed—. ¿Cómo encontraste a Todd?

La cabeza me daba vueltas. No veía de qué me iba a servir mentir, así que dije la

verdad.

—Su necrológica.

Jed miró a Cookie. Sus rostros reflejaban confusión.

—Vi su necrológica —proseguí—. Estaba en la página web de la universidad. Por eso fui a su funeral.

Jed hizo ademán de soltarme otra patada, pero Cookie lo paró con un gesto de la cabeza.

—No hablo de eso —espetó Jed—. Hablo de antes.

—¿Antes? ¿Cuándo?

—No te hagas el tonto. ¿Cómo encontraste a Todd?

—No sé de qué estás hablando —respondí.

La rabia reflejada en aquellos ojos explotó de pronto. Sacó la pistola y me apuntó.

—Estás mintiendo.

No dije nada. Cookie se le acercó.

—¿Jed?

—Atrás —le ordenó—. ¿Sabes lo que hizo? ¿Lo sabes?

Ella asintió e hizo lo que le había dicho. Yo me quedé perfectamente inmóvil.

—Habla —dijo él de nuevo.

—No sé qué quieres que te diga.

Me quedé mirando al tipo que había sentado junto al ordenador. Parecía asustado. También el tipo junto a la puerta. Pensé en Bob y en Otto. Ellos no se habían mostrado asustados en ningún momento, sino más bien entrenados y experimentados. Aquellos tipos, no. No estaba seguro de qué significaba aquello, salvo que, en cualquier caso, tenía un problema muy gordo.

—Una vez más —repitió Jed, con los dientes apretados—. ¿Cómo encontraste a Todd?

—Ya te lo he dicho.

—¡Le has matado! —gritó Jed.

—¿Qué? ¡No!

Jed se dejó caer de rodillas y me puso la boca de la pistola contra la sien. Cerré los ojos y esperé el disparo. Acercó los labios a mi oreja.

—Si vuelves a mentir —susurró—, te mataré aquí y ahora.

—¿Jed? —imploró Cookie.

—¡Calla!

Me apretó la boca de la pistola contra la sien, lo suficiente como para dejar una marca.

—Habla.

—Yo no lo hice... —me defendí, pero sus ojos me dijeron que una negación más supondría mi sentencia—. ¿Por qué iba a matarle?

—Dínoslo tú —respondió Jed—. Pero primero quiero saber cómo le encontraste.

La mano le temblaba, y la boca de la pistola también temblaba contra mi sien. La

saliva que escupía se le enredaba en la barba. De mi dolor no quedaba rastro; el miedo desesperado había ocupado su lugar. Jed quería apretar el gatillo. Quería matarme.

—Ya te lo he dicho —insistí—. Por favor. Escúchame.

—¡Estás mintiendo!

—No estoy...

—Le torturaste, pero él no habló. Total, tampoco podía ayudarte. Él no sabía nada. Él era valiente, pero estaba indefenso. Y tú, tú, cabrón...

Estaba a pocos segundos de la muerte. Oía su voz atormentada y sabía que no atendería a razones. Tenía que hacer algo, tenía que arriesgarme a quitarle la pistola, pero tenía la espalda contra el suelo. Y cualquier movimiento sería demasiado lento.

—Yo nunca le hice daño, lo juro.

—Y supongo que también nos dirás que no has ido a visitar hoy a su viuda.

—No, sí que he ido —dije, encantando de estar de acuerdo con él por una vez.

—Pero ella tampoco sabía nada, ¿verdad?

—¿Sabía? ¿Sobre qué?

De nuevo la boca de la pistola se hundió un poco más.

—¿Por qué has ido a hablar con la viuda?

Le miré a los ojos.

—Ya sabes por qué —dije.

—¿Qué andabas buscando?

—No es «qué». Es «a quién». Andaba buscando a Natalie.

Asintió. En su rostro asomó una sonrisa escalofriante. Aquella sonrisa me dijo que le había dado la respuesta correcta... y la incorrecta.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿Para quién trabajas?

—Yo no trabajo para nadie.

—¡Jed!

Esta vez no era Cookie. Era el tipo que había frente a la pantalla de ordenador.

Jed se giró, molesto por la interrupción.

—¿Qué?

—Más vale que eches un vistazo. Tenemos compañía.

Jed apartó la pistola de mi cabeza. Solté un largo suspiro de alivio. El tipo del ordenador giró el monitor para que Jed pudiera ver la pantalla. Era la imagen de una cámara de vigilancia en blanco y negro.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó Cookie—. Si lo encuentran aquí...

—Son amigos —dijo Jed—. No nos preocupemos hasta que...

No esperé más. Vi mi oportunidad y la aproveché. Sin previo aviso, me puse en pie y me lancé corriendo hacia el tipo que vigilaba la puerta. Era como si me moviera en cámara lenta, como si tardara demasiado en llegar a la puerta. Bajé el hombro,

listo para cargar contra él.

—¡Alto!

Estaría a dos pasos del tipo de la puerta. Él estaba agazapado, preparándose para el impacto. Mi cerebro no dejaba de trabajar, calculando y recalculando. En una fracción de segundo —o de nanosegundo— imaginé toda la escena. ¿Cuánto tardaría en abatir a aquel tipo? En el mejor de los casos, dos o tres segundos. Luego tenía que coger el pomo, girarlo, abrir la puerta y salir corriendo.

¿Cuánto me llevaría todo eso?

Conclusión: demasiado.

Para entonces, otros dos hombres (y quizás otras dos mujeres) caerían sobre mí. O quizá Jed dispararía, sin más. De hecho, si reaccionaba lo suficientemente rápido, quizá pudiera disparar una carga entera antes de que llegara siquiera hasta el tipo.

O sea que, calculando mis probabilidades, me di cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de salir por aquella puerta. Sin embargo, ahí estaba yo, corriendo hacia mi adversario con todas mis fuerzas. Ya me esperaba. Esperaba a que fuera a por él. Y Jed y los otros también, supuse.

No saldría bien, entonces. ¿No?

Tenía que sorprenderles. En el último momento, giré a la derecha y, sin mirar atrás y sin dudarle siquiera, me lancé directamente por la ventana.

Mientras aún estaba en el aire, sintiendo cómo se rompía en pedazos otra ventana a mi alrededor, oí gritar a Jed:

—¡Cogedle!

Encogí los brazos y la cabeza y caí rodando, con la esperanza de poder aprovechar la inercia para ponerme en pie directamente. Aquello era una fantasía. Conseguí ponerme en pie, pero la inercia no se detuvo de pronto. Seguí impulsándome hacia delante, haciendo que cayera otra vez, rodando otra vez. Cuando por fin me detuve, me costó ponerme de nuevo en pie.

¿Dónde demonios estaba?

No había tiempo para pensar. Supuse que estaría en el patio trasero. Vi un bosque. La vía de entrada y la fachada principal estaban detrás de mí. Me lancé en aquella dirección, pero entonces oí que se abría la puerta. Aparecieron tres hombres.

Oh, oh.

Me giré y corrí hacia el bosque. La oscuridad me engulló. No veía a más de un metro o dos de distancia, pero no podía parar. Unos hombres —y de ellos, al menos uno con una pistola— me pisaban los talones.

—¡Por ahí! —oí que gritaba alguien.

—No podemos, Jed. Ya has visto la pantalla.

Así que corrí. Corrí hacia el interior del bosque con todas mis fuerzas, y al final fui a dar de bruces contra un árbol. Fue como cuando el Coyote del Correcaminos pisaba un rastrillo: un golpe seco, seguido de una vibración prolongada. El cerebro me daba vueltas. El golpe me detuvo en seco, y caí al suelo. Mi ya maltrecha cabeza

aullaba de dolor.

Vi acercarse el rayo de luz de una linterna.

Intenté rodar en busca de algún escondrijo. Di con las costillas contra otro árbol, o quizá fuera el mismo. Mi cabeza protestó con rabia. Rodé en dirección contraria, intentando mantenerme lo más horizontal posible. El rayo de luz atravesaba el aire justo por encima de mí.

Oía pisadas cada vez más cerca.

Tenía que moverme.

En dirección a la casa oí el ruido de unos neumáticos sobre la grava. Un coche se acercaba por el camino de entrada.

—¿Jed?

Era como un suspiro apremiante. La linterna dejó de moverse. Oí que alguien volvía a llamar a Jed. La linterna se apagó. Volvía a estar en la más absoluta oscuridad. Oí que los pasos se alejaban.

¡Levántate y corre, bobo!

La cabeza no me dejaba. Me quedé tendido un momento más y luego volví la vista hacia la vieja granja, en la distancia. Ahora, por fin, era la primera vez que la veía desde el exterior. Me quedé inmóvil, mirando. Una vez más, el suelo parecía abrirse bajo mi peso.

Era la casa principal del refugio Creative Recharge.

Me habían encerrado en el lugar donde se alojaba antes Natalie.

¿Qué demonios estaba pasando?

El coche se detuvo. Levanté la cabeza lo justo como para ver. Cuando lo hice, cuando vi el coche, me sentí de pronto aliviado.

Era un coche patrulla.

Ahora entendía su pánico. Jed y su grupo tenían una cámara de vigilancia junto a la entrada. Habían visto el coche patrulla acudiendo a rescatarme y les había entrado el miedo. Ahora tenía sentido.

Me dirigí hacia mis salvadores. Ahora Jed y sus secuaces no me matarían frente a los policías que habían acudido a rescatarme. Ya estaba casi en la linde del bosque, quizás a treinta metros del coche de policía, cuando se me ocurrió otra cosa.

¿Cómo sabían los policías dónde estaba yo?

¿Y cómo podían saber los policías que yo estaba en apuros? ¿Y por qué, si habían acudido a rescatarme, había llegado el coche a un ritmo tan tranquilo? ¿Por qué había hecho aquel comentario Jed de que eran «sus amigos»? Aflojé el paso, sintiendo que mi sensación de alivio se esfumaba, y se me ocurrieron nuevas preguntas. ¿Por qué se acercaba Jed al coche patrulla con una gran sonrisa y saludando como si nada? ¿Por qué salían los dos policías del coche y le saludaban con la misma tranquilidad? ¿Por qué se daban todos la mano e intercambiaban palmaditas en la espalda como viejos colegas?

—Eh, Jed —dijo uno.

Oh, mierda. Era Fornido. El otro poli era Jerry el Flacucho. Decidí quedarme donde estaba.

—Eh, chicos —respondió Jed—. ¿Cómo estáis?

—Bien. ¿Cuándo has vuelto?

—Hace un par de días. ¿Qué pasa?

—¿Conoces a un tipo llamado Jake Fisher? —preguntó Fornido.

Vaya. ¿Así que quizá sí habían venido a rescatarme?

—No, no creo —contestó Jed. Ahora ya habían salido todos. Más apretones de manos y palmaditas en la espalda—. Chicos, ¿conocéis a un tal...? ¿Cómo se llama?

—Jacob Fisher.

Todos menearon la cabeza y murmuraron que no.

—Hay una orden de búsqueda contra él —dijo Fornido—. Un profesor universitario. Parece que mató a un hombre.

Me quedé helado.

—El muy idiota hasta lo confesó —añadió Jerry el Flacucho.

—Parece peligroso —dijo Jed—. Pero no sé qué tiene que ver con nosotros.

—Para empezar, le descubrimos intentando entrar en tu terreno hace un par de días.

—¿En mi terreno?

—Sí, pero no hemos venido por eso.

Me agazapé entre los matorrales, sin saber muy bien qué hacer.

—Es que lo estamos rastreando con GPS, siguiendo la señal de su teléfono móvil —dijo Fornido.

—Y las coordenadas nos han enviado justo aquí —añadió Flacucho.

—No entiendo.

—Muy sencillo, Jed. Podemos seguir el rastro a su iPhone. Hoy en día no es muy difícil. Yo también tengo un rastreador en el teléfono de mi hijo, por ejemplo. Y nos dice que ese sospechoso se encuentra en tu propiedad en este momento.

—¿Un asesino peligroso?

—Podría ser, sí. ¿Por qué no entráis todos un rato? —propuso, y se giró hacia su compañero—. ¿Jerry?

Jerry se fue a la parte trasera del coche y sacó una especie de aparato portátil. Se lo quedó mirando un momento, tocó la pantalla y luego anunció:

—Está a menos de cincuenta metros. En esa dirección.

Jerry el Flacucho estaba señalando justo hacia mi escondrijo.

Pensé a toda prisa en varias posibilidades. Una, la más obvia: rendirme. Levantar las manos, salir del bosque y gritar «me rindo» lo más alto que pudiera. Una vez bajo custodia policial, al menos estaría a salvo de Jed y su grupo.

Estaba planteándome seriamente aquella posibilidad —levantar las manos, gritar, rendirme— cuando vi que Jed sacaba la pistola.

Oh, oh.

—Jed, ¿qué estás haciendo? —preguntó Fornido.

—La pistola es mía. Tengo permiso. Y estamos en mi propiedad, ¿no?

—Sí. ¿Y?

—Pues que ese asesino que buscáis...

Ahora era un asesino.

—Puede que vaya armado y sea peligroso. No vamos a dejar que vayáis a por él sin refuerzos.

—No necesitamos refuerzos, Jed. Guarda el arma.

—Sigue siendo mi propiedad, ¿no?

—Lo es.

—Pues, si no os importa, yo me quedo aquí.

La posibilidad más obvia de pronto no parecía tan obvia. Jed tenía la intención de matarme, por dos motivos. El primero, que pensaba que tenía algo que ver con el asesinato de Todd. Ese era el motivo por el que me había retenido en un principio. Y en segundo lugar, porque además, los muertos no cuentan historias. Si me rendía, podía decirles a los polis lo que había pasado esa noche, que me habían secuestrado y me habían disparado. Sería mi palabra contra la suya, pero habría una bala en casa de Cookie que encajaría con las de su pistola. Contaría con el registro de llamadas de Cookie, que se había puesto en contacto conmigo. Podría ser difícil de demostrar, pero daba la impresión de que Jed prefería no correr riesgos.

Pero si Jed me disparaba ahora —aunque disparara mientras yo me entregaba—, podría interpretarse como un acto de defensa personal o, en el peor de los casos, un accidente de un tirador de gatillo fácil. Me mataría y diría que yo iba armado o algo así, y que ya había matado a un hombre, según lo que decían Fornido y Jerry el Delgaducho. Y todos aquellos colegas de Vermont respaldarían la declaración de Jed; el único que podría llevarles la contraria —un servidor— estaría tieso.

Había algo más en lo que pensar. Si me entregaba, ¿cuánto tiempo me tendrían en comisaría? Estaba acercándome a la verdad, lo presentía. Pensaban que yo había matado a alguien. Y lo cierto es que de algún modo lo había confesado. ¿Cuánto tiempo podrían retenerme? Seguro que bastante.

Si me pillaban ahora, probablemente no volvería a tener ocasión de preguntar a la hermana de Natalie, Julie.

—Por aquí —dijo Jerry el Flacucho.

Se pusieron a caminar hacia mí. Jed levantó la pistola, preparado para disparar en cualquier momento.

Empecé a recular. Sentía la cabeza como si me la hubieran metido en un bidón de melaza.

—Si hay alguien en ese bosque —gritó Fornido—, sal ahora mismo con las manos en alto.

Se acercaron. Retrocedí unos pasos más y me oculté tras un árbol. El bosque era espeso. Si conseguía penetrar lo suficiente, estaría seguro, al menos durante un

tiempo. Cogí una piedra y la tiré todo lo lejos que pude, hacia la izquierda. Todos se giraron. Las linternas enfocaron en aquella dirección.

—Por allí —gritó alguien.

Jed encabezaba el grupo, con la pistola en alto.

¿Rendirme? No, más bien no.

Fornido se situó junto a Jed. Jed aceleró el paso, casi corriendo, pero Fornido levantó un brazo y le hizo parar.

—Ve despacio —le advirtió—. Podría ir armado.

Jed, por supuesto, tenía más sentido común. ¿O no?

Jerry el Flacucho no se movió.

—Esta cosa dice que sigue por ahí —insistió, señalando hacia donde estaba yo.

Estaría a unos cuarenta metros. Agazapándome, enterré el teléfono (el segundo que perdía en tres días) bajo un montón de hojas y me alejé, intentando hacer el mínimo ruido posible. Caminé hacia el interior del bosque, de nuevo esforzándome al máximo para no hacer ruido. Aún tenía unas piedras en la mano. Las tiraría si necesitaba distraerles.

Los otros volvieron a donde estaba Jerry, avanzando lentamente hacia el teléfono.

Apreté el paso y me interné cada vez más entre la vegetación. Ya no los veía, solo la luz de las linternas.

—Está cerca —dijo Jerry el Flacucho.

—O eso —añadió Jed, supongo que porque veía la luz—, o lo está su teléfono.

Seguí avanzando con la cabeza gacha. En realidad no tenía ningún plan. No tenía ni idea de qué dirección podía tomar o hasta dónde se extendía el bosque. Quizá pudiera escapar, podía seguir adelante, pero al final, a menos que encontrara una solución, no tenía ni idea de cómo salir de allí.

Pensé que quizá podría regresar hacia la casa.

Oí voces murmurando. Estaban demasiado lejos como para verles. Eso era bueno. Vi que dejaban de avanzar. Bajaron la linterna.

—Aquí no está —dijo alguien.

—Eso ya lo veo —respondió Fornido, molesto.

—A lo mejor vuestro detector no funciona.

Estarían, supuse, justo donde había enterrado el teléfono a toda prisa. Me pregunté cuánto tiempo me daría aquello. No mucho, pero probablemente lo suficiente. Levanté el cuerpo para seguir corriendo, y entonces sucedió.

No soy médico ni científico, así que no puedo decir cómo funciona realmente la adrenalina. Solo sé que funciona. Me había ayudado a superar el dolor del golpe en la cabeza, del salto a través de la ventana y del duro aterrizaje contra el suelo. Me había ayudado a recuperarme del porrazo de bruceas contra aquel árbol, aunque sintiera cómo se me hinchaba el labio, aunque sintiera el sabor a sangre en la lengua.

Lo que sí sé —y lo que estaba descubriendo en aquel mismo momento— es que la adrenalina no es ilimitada. Es una hormona finita que se halla en nuestros cuerpos,

nada más. Puede que sea la fuente de energía más potente que conocemos, pero sus efectos, tal como estaba experimentando en aquel momento, no duran mucho.

El subidón acaba por desaparecer.

El dolor no volvió progresivamente, sino que cayó sobre mí como el golpe de la guadaña de un labrador. Una sacudida dolorosa me atravesó la cabeza, haciéndome caer de rodillas. De hecho, tuve que cubrirme la boca con las manos para no gritar.

Oí otro coche acercándose por la vía de acceso a la casa. ¿Había pedido refuerzos Fornido?

A lo lejos oí voces:

—¡Es su teléfono!

—¿Qué...? ¡Lo ha enterrado!

—¡Dispersaos!

Oí pasos sobre la hojarasca. Me pregunté cuánta ventaja tendría y si bastaría para evitar la luz de las linternas y las balas. Probablemente no mucha. Una vez más consideré la idea de entregarme y ver qué pasaba. Y una vez más no me gustó la idea.

—Tú échate atrás, Jed —oí que decía Fornido—. Nosotros nos ocupamos de esto.

—Es mi propiedad —respondió Jed—. Demasiado terreno para que lo cubráis vosotros dos solos.

—Aun así...

—Mi propiedad, Jerry —repitió Jed, marcando las sílabas—. Estáis en ella sin una orden.

—¿Una orden? —Era Fornido—. ¿Lo dices en serio? Solo nos preocupa tu seguridad.

—A mí también —respondió Jed—. No tenéis ni idea de dónde se oculta este asesino, ¿no?

—Bueno...

—A falta de más datos, bien podría estar en la casa. Escondiéndose. Esperándonos. No, colega, de ningún modo. Nosotros nos quedamos aquí, con vosotros.

Silencio.

«Levántate», me dije a mí mismo.

—Quiero que todo el mundo esté a la vista —ordenó Fornido—. No quiero héroes. Si veis algo, pedid ayuda.

Oí murmullos de asentimiento, y luego las linternas cortaron la oscuridad. Estaban dispersándose. Con la oscuridad no podía ver a la gente, solo el movimiento de los haces de luz. Con eso me bastaba para saber que estaba jodido.

¡Arriba, imbécil!

La cabeza me daba vueltas y el dolor era agónico, pero conseguí ponerme en pie. Tropecé como uno de esos monstruos patosos de las películas. Había dado tres pasos, quizá cuatro, cuando la luz de una linterna me pasó por encima.

Me escondí tras un árbol de un salto.

¿Me habían descubierto?

Esperé a que alguien diera la voz de aviso. Nadie lo hizo. Apreté la espalda contra la corteza del árbol. Ahora solo oía mi respiración. ¿Me había dado aquel rayo de luz? Estaba bastante convencido de que sí. Pero no estaba seguro cien por cien. Me quedé donde estaba y esperé.

Unos pasos se acercaron.

No estaba seguro de qué hacer. Si alguien me había descubierto, estaba acabado. No había modo de escapar. Esperé que alguien gritara pidiendo refuerzos.

Nada, salvo los pasos que se acercaban.

Un momento. Si me habían visto, ¿por qué nadie había levantado la voz para anunciarlo? Quizá no corriera peligro. A lo mejor me habían confundido con un árbol o algo.

¿O quizá nadie había dicho nada porque querían abatirme?

Intenté plantearme aquello fríamente por un momento. Pongamos, por ejemplo, que fuera Jed. ¿Llamaría a los demás? No. Si llamaba, yo podía salir corriendo, Fornido y Delgaducho saldrían a por mí y sería más difícil matarme. Pero suponiendo que fuera él quien me había visto con la linterna..., ¿qué iba a hacer? Si me había visto realmente, si sabía que me ocultaba detrás de aquel árbol, quizá podía acercarse hasta mí, con la pistola a punto, y...

Ca-buuuum.

Los pasos se oían cada vez más fuertes.

Mi cerebro intentó hacer aquel rápido razonamiento reptiliano de nuevo —antes me había salvado, ¿no?—; pero, tras uno o dos segundos de quemar neuronas, llegó a una conclusión sorprendente pero bastante obvia: Estaba acabado. No había salida.

Intenté hacer acopio de fuerzas para un *sprint* a vida o muerte, pero... ¿de qué serviría? Así me exponía definitivamente, y en aquel estado no llegaría lejos. O me disparaban o me detenían. Ahora que lo pensaba, aquellas eran mis dos únicas opciones en aquel momento: muerto o detenido. Sí, claro, prefería detenido, gracias por la idea. La cuestión era cómo podía aumentar las probabilidades de que me detuvieran en lugar de matarme.

No tenía ni idea.

Un rayo de luz ejecutó un baile delante de mí. Apreté la espalda contra el árbol y me estiré hasta ponerme de puntillas. Como si eso fuera a servir de algo. Los pasos se acercaban. A juzgar por el ruido y por la intensidad de la luz, quienquiera que fuera estaría a unos diez metros.

Me pasaron por la mente diferentes opciones. Podía quedarme ahí y saltarle encima. Si era Jed, por ejemplo, podría desarmarlo. Pero cualquier iniciativa por mi parte no solo revelaría mi posición a todos, sino que, si no era Jed —si era Fornido, por ejemplo—, le estaría dando un motivo ideal para descargar toda su fuerza mortífera sobre mí.

¿Qué hacer?

Esperar que no me hubieran descubierto.

Por supuesto, la esperanza no era un plan, ni siquiera una opción. Era un deseo. Era dejar volar la imaginación. Era dejar mi destino en manos de..., bueno, del destino.

Los pasos estaban a solo un par de metros. Me encogí, sin saber qué hacer, dejando la responsabilidad a la parte reptiliana de mi cerebro, cuando oí un susurro:

—No digas una palabra. Sé que estás detrás del árbol.

Era Cookie.

—Voy a pasar a tu lado —susurró—. Cuando lo haga, ponte detrás de mí y camina. Pégate a mi espalda todo lo que puedas.

—¿Qué?

—Tú hazlo. —Su tono no dejaba lugar a discusiones—. Bien pegado.

Cookie pasó junto a mi árbol, casi rozándolo, y siguió adelante. No dudé. Me puse justo detrás de ella y la seguí. Veía las linternas a lo lejos, a izquierda y derecha.

—Menudo numerito, ¿no? —dijo Cookie.

No sabía qué quería decir.

—Querías a Natalie, ¿verdad?

—Sí —susurré.

—Voy a llevarte todo lo lejos que pueda. Llegaremos a un camino. Tómallo hacia la derecha. Sigue agachado y procura que no te vean. El camino lleva al claro donde está la capilla blanca. Desde allí sabrás cómo escapar. Yo intentaré tenerlos entretenidos. Aléjate todo lo que puedas. No vayas a casa. Allí te encontrarán.

—¿Quién me encontrará?

Intenté avanzar sincronizando mis movimientos con ella, ajustando mis pasos a los suyos, como un niño imitando a otro.

—Tienes que parar, Jake.

—¿Quién me encontrará?

—Esto es más gordo de lo que te imaginas. No tienes ni idea de a quién te estás enfrentando. Ni idea.

—Dímelo tú.

—Si no paras, conseguirás que nos maten a todos. —Cookie giró hacia la izquierda. La seguí—. El camino está ahí delante. Yo giraré a la izquierda. Tú ve a la derecha. ¿Entendido?

—¿Dónde está Natalie? ¿Está viva?

—En diez segundos estaremos en el camino.

—Dímelo.

—No me estás escuchando. Tienes que dejar esto.

—Entonces dime dónde está Natalie.

A lo lejos oí que Fornido gritaba algo, pero no entendí lo que decía. Cookie aflojó el paso.

—Por favor —insistí.

—No sé dónde está Natalie —respondió, pero su voz sonaba distante, hueca—. No sé si está viva o muerta. Ni tampoco lo sabe Jed. Ni ninguno de nosotros. Dimos con un camino de piedras. Ella se dispuso a girar a la izquierda.

—Una última cosa, Jake.

—¿Qué?

—Si vuelves por aquí, no seré yo quien te salve la vida. —Cookie me enseñó la pistola que tenía en la mano—. Seré quien acabe contigo.

Reconocí el camino.

Había un pequeño estanque a la derecha. Natalie y yo habíamos ido a nadar allí una noche. Salimos del agua jadeando, desnudos, y nos echamos uno junto al otro, piel contra piel.

—Esto es nuevo para mí —dijo ella, lentamente—. Quiero decir que sí, lo he hecho antes, pero... nunca *así*.

Yo lo entendí. Sentía exactamente lo mismo.

Pasé junto al viejo banco en el que solíamos sentarnos Natalie y yo después de tomar café y *scones* en Cookie's. Más adelante distinguí la silueta de la capilla. Apenas la miré; no necesitaba que aquellos recuerdos me entretuvieran aún más. Cogí el camino que llevaba al pueblo. Mi coche estaba a poco más de medio kilómetro de allí. Me pregunté si los polis ya lo habrían localizado. No veía cómo. No podría conducir mucho rato —probablemente también habrían emitido una orden de búsqueda del coche—, pero no veía otro modo de salir de allí. Tenía que correr el riesgo.

La calle estaba tan oscura que solo conseguí encontrar el coche usando la memoria espacial. Prácticamente me di contra él. Cuando abrí la puerta, la luz del interior del coche iluminó de pronto la noche. Me metí dentro a toda prisa y cerré la puerta. ¿Ahora qué? Era un fugitivo, ¿no? Recordé un programa de la tele en el que un fugitivo cambiaba las matrículas de su coche con las de otro. A lo mejor eso serviría de ayuda. Quizá pudiera encontrar un coche aparcado y hacerlo. Sí, claro, solo que no tenía un destornillador. ¿Cómo iba a hacerlo sin un destornillador? Me metí la mano en el bolsillo y saqué una moneda de diez centavos. ¿Serviría como destornillador?

Tardaría demasiado.

Tenía un destino en mente. Conduje hacia el sur, con cuidado de no correr demasiado ni ir demasiado lento, pisando constantemente el acelerador y el freno, como si mantener la velocidad correcta de algún modo pudiera hacerme invisible. Las carreteras estaban oscuras. Eso probablemente me ayudaría. Tenía que tener en cuenta que una orden de búsqueda no tenía un efecto inmediato. Era probable que tuviera algo de tiempo si me mantenía apartado de las carreteras principales.

Por supuesto, me había quedado sin teléfono. Sin él me sentía desnudo e impotente. Es curioso cómo nos apegamos a esos aparatos. Seguí hacia el sur.

¿Y ahora qué?

Solo llevaba sesenta dólares encima. Eso no me llevaría muy lejos. Si usaba una tarjeta de crédito, los polis lo sabrían y vendrían enseguida en mi busca. Bueno, no enseguida. Tendrían que detectar el cargo y luego enviar un coche patrulla o lo que fuera. No sabía cuánto tiempo sería eso, pero dudaba de que fuera instantáneo. Los polis son buenos. Pero no son omnipotentes.

La verdad es que no había opción. Tenía que correr un riesgo calculado. La Interestatal 91, la autopista principal de la zona, estaba allí cerca. La cogí hasta la primera área de descanso y aparqué atrás, en el lugar menos iluminado que encontré. Incluso me subí el cuello del abrigo, como si eso me sirviera para ocultarme, y entré. Cuando pasé junto a la pequeña tienda, algo me llamó la atención.

Vendían bolígrafos y rotuladores. No muchos, pero quizá...

Me quedé pensando un segundo, quizá dos, y luego entré en la tienda. Cuando vi la pequeña gama de objetos de escritorio, la decepción fue mayor de lo que me pensaba.

—¿Puedo ayudarle?

La chica que había tras el mostrador no podía tener más de veinte años. Tenía el cabello rubio, con mechones rosa. Sí, rosa.

—Me gusta tu pelo —dije, tan caballero como siempre.

—¿El rosa? —Señaló los mechones—. Es para concienciar sobre el cáncer de mama. Oiga, ¿está bien?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Tiene un chichón enorme en la cabeza. Creo que está sangrando.

—Oh, eso. Sí, estoy bien.

—Vendemos un botiquín de urgencia, si cree que le puede servir.

—Sí, puede ser. —Me giré hacia los bolígrafos y rotuladores—. Estoy buscando un rotulador rojo, pero no veo ninguno.

—No tenemos ninguno. Solo negro.

—Oh.

Se me quedó mirando.

—Yo tengo uno. —Metió la mano en el cajón y sacó un rotulador fino rojo—. Lo usamos para el inventario, para tachar.

Intenté no mostrar mi emoción.

—¿Existe alguna posibilidad de comprártelo?

—No creo que eso nos esté permitido.

—Por favor —insistí—. Es muy importante.

—Muy bien. Usted compra el botiquín y me promete cuidarse ese chichón, y yo le regalo el rotulador.

Hice el trato y me metí corriendo en el baño de caballeros. El tiempo jugaba en mi contra. Antes o después, un coche patrulla se pasaría por las áreas de descanso a comprobar los coches... o no. No tenía ni idea. Intenté controlar la respiración y no agitarme. Me miré al espejo. Uf. Tenía la frente hinchada y una herida abierta sobre el ojo. La limpié todo lo que pude, pero si me ponía un gran vendaje cantarían como una almeja.

Junto a las máquinas expendedoras había un cajero automático, pero eso tendría que esperar unos minutos más.

Corrí hacia el coche. Mi matrícula era «704 LI6». Las letras, en Massachusetts,

son rojas. Con el rotulador transformé el 0 en un 8, la L en una E, la I en una T y el 6 en un 8. No superaría un examen de cerca, pero a cierta distancia lo que se veía en la matrícula era «784 ET8».

Habría sonreído ante mi ocurrencia, pero no tenía tiempo. Volví al cajero automático y pensé en cómo acercarme a la máquina. Sabía que en todos los cajeros automáticos había cámaras —¿y dónde no?—, pero aunque evitara que me vieran, las autoridades sabrían que era mi tarjeta de crédito.

En este caso daba la impresión de que lo más importante era la velocidad. Si me sacaban una foto, pues me sacaban una foto.

Tenía dos tarjetas de crédito. Saqué el importe máximo de ambas y volví a toda prisa al coche. Dejé la autopista a la salida siguiente y me metí por carreteras secundarias. Al llegar a Greenfield, aparqué el coche en una calle secundaria del centro. Me planteé tomar el autobús más cercano, pero eso sería demasiado obvio. Encontré un taxi y pedí que me llevara a Springfield. Por supuesto, pagué en efectivo. De allí tomé el autobús Peter Pan a Nueva York. Durante todos estos viajes, no hacía más que observarlo todo, esperando..., no sé, quizá que apareciera un poli o un gángster y se me llevaran.

¿Paranoico, quizá?

Una vez en Manhattan, cogí otro taxi para que me llevara a Ramsey, en Nueva Jersey, donde sabía que vivía Julie Pottham, la hermana de Natalie.

Cuando llegamos a Ramsey, el taxista dijo:

—Vale, colega, pero ¿adónde?

Eran las cuatro de la mañana, evidentemente demasiado tarde (o demasiado pronto, según el punto de vista) para visitar a la hermana de Natalie. Además necesitaba descansar. Me dolía la cabeza. Tenía los nervios de punta. Sentía que el cuerpo me temblaba del agotamiento.

—Búsqueme un motel.

—Aquí mismo hay un Sheraton.

Me pedirían el carné y probablemente una tarjeta de crédito.

—No. Algo... más barato.

Encontramos uno de esos moteles anodinos pensados para camioneros, adúlteros y fugitivos como yo. Se llamaba Fair Motel. *Fair*, «regular». Me gustó su sinceridad: no somos estupendos, ni siquiera somos buenos; somos «regulares». Un cartel sobre el toldo anunciaba «Tarifas por horas» (como en el Ritz-Carlton), «TV color» (una gran ventaja sobre esos tristes competidores que aún tendrían teles en blanco y negro) y, lo mejor: «¡Ahora con toallas!».

En aquel lugar no pedirían el carné, ni una tarjeta de crédito, ni siquiera una prueba de vida.

La mujer que había tras el mostrador tendría más de setenta años. Me miró con expresión de haberlo visto todo en el mundo. El broche que llevaba en el pecho decía «Mabel». Su cabello tenía la consistencia del heno. Pedí una habitación que diera

atrás.

—¿Tiene reserva? —me preguntó.

—Está de broma, ¿no?

—Sí, claro —dijo Mabel—. Pero las habitaciones de atrás están llenas. Todo el mundo quiere una habitación que dé atrás. Serán las vistas del contenedor. Tengo una habitación que no está mal, con vistas a la tienda Staples, si quiere.

Mabel me dio la llave de la habitación número 12, que al final no fue tan terrible como me esperaba. Estaba en un estado *regular* de limpieza. Intenté no pensar en la gente que habría pasado por aquella habitación, pero, para ser justos, tampoco habría querido pensarlo en un Ritz-Carlton.

Caí redondo en la cama con la ropa puesta, y me sumergí en uno de esos sueños en los que no recuerdas cuándo te has dormido y no tienes ni idea de qué hora es cuando te despiertas. Por la mañana alargué la mano para coger mi iPhone de la mesilla, pero entonces recordé —¡mierda!— que ya no lo tenía. Lo tenía la policía. ¿Estarían examinándolo? ¿Estarían analizando todas las páginas web que había visitado, todos los mensajes y correos electrónicos que había enviado? ¿Estarían haciendo lo mismo en mi casa del campus? Si habían conseguido una orden para localizarme a través de mi iPhone, ¿no sería lógico pensar que tendrían motivo también para registrar mi casa? Y bueno..., ¿y si lo habían hecho? No encontrarían nada que me incriminara. Algo embarazoso, quizá sí, pero ¿quién no ha hecho alguna búsqueda en internet que pueda resultar embarazosa?

La cabeza aún me dolía. Mucho. Olía como una cabra. Una ducha ayudaría, pero no si me volvía a poner la misma ropa. Salí a la calle, bajo la intensa luz del sol, cubriéndome los ojos como un vampiro o como uno de esos tipos que pasan demasiado tiempo en el casino. Mabel seguía detrás del mostrador.

—Vaya, ¿es que no deja nunca el trabajo? —le pregunté.

—¿Está intentando ligar conmigo?

—Eh..., no.

—Porque para eso primero tendría que adecentarse un poco. No soy tan fácil.

—¿Tiene una aspirina o un paracetamol?

Mabel frunció el ceño, echó mano a su bolso y sacó un pequeño arsenal de analgésicos. Paracetamol, ibuprofeno, naproxeno, aspirina... Escogí el paracetamol, me tragué dos y le di las gracias.

—En esta calle hay una tienda Target con sección de tallas grandes —dijo Mabel—. A lo mejor quiere comprar ropa nueva.

Excelente sugerencia. Fui hasta allí y me compré un par de vaqueros y una camisa de franela y, por supuesto, ropa interior. También me compré un cepillo de dientes de viaje, pasta de dientes y desodorante. No tenía pensado estar huyendo mucho tiempo, pero aún me quedaba una cosa que hacer antes de entregarme a las autoridades.

Hablar con la hermana de Natalie en persona.

Última compra: un teléfono móvil de prepago desechable. Llamé a Benedict a su

móvil, a casa y al despacho. No me respondió en ninguno de los tres sitios. Probablemente era demasiado pronto para él. Me pregunté a quién más podía llamar y decidí telefonar a Shanta. Me respondió al primer tono.

—¿Diga?

—Soy Jake.

—¿De qué número me llamas?

—Es un teléfono de prepago desechable.

Hubo una pausa.

—¿Me quieres decir qué está pasando?

—Dos polis de Vermont me estaban buscando.

—¿Por qué?

Se lo expliqué lo más rápidamente posible.

—Un momento —dijo Shanta—. ¿Has huido de la policía?

—No las tenía todas conmigo. Me dio la impresión de que esa gente quería matarme.

—Pues entrégate ahora.

—Aún no.

—Jake, escúchame. Si eres un fugitivo, si los cuerpos de seguridad te buscan...

—Tengo que hacer algo antes.

—Lo que tienes que hacer es entregarte.

—Lo haré, pero...

—Pero ¿qué? ¿Has perdido la cabeza?

Quizá sí.

—Eh..., no.

—¿Dónde demonios estás?

No dije nada.

—¿Jake? Esto no es un juego. ¿Dónde estás?

—Volveré a llamarte.

Colgué enseguida, furioso conmigo mismo. Llamar a Shanta había sido un error. Era una amiga, pero también tenía otras responsabilidades y compromisos.

Muy bien. A respirar hondo. ¿Y luego?

Llamé a la hermana de Natalie.

—¿Diga?

Era Julie. Colgué. Estaba en su casa. Eso era todo lo que necesitaba saber. En mi habitación había un gran cartel con el número de un servicio de taxis. Supuse que a la gente no le gustaba llegar o marcharse del Fair Motel con su propio coche. Llamé a ese número y pedí que un taxi me recogiera en el Target. Me metí en el baño de caballeros, me lavé todo lo que permitía el lavabo y me puse mi ropa nueva.

Quince minutos más tarde, llamé a la puerta de Julie Pottham.

Tenía una de aquellas puertas con cristal delante de la de madera, así que podía abrir una, ver quién era, y seguir protegida tras el cristal. Cuando Julie vio quién

estaba allí, frente a su puerta, puso los ojos como platos y se llevó una mano temblorosa a la boca.

—¿Quieres seguir fingiendo que no sabes quién soy? —le pregunté.

—Si no te vas ahora mismo, llamaré a la policía.

—¿Por qué me mentiste, Julie?

—Sal de mi propiedad.

—No. Puedes llamar a la poli, y pueden llevarse me de aquí, pero volveré. O te seguiré al trabajo. O volveré de noche. No voy a desaparecer hasta que respondas a mis preguntas.

Julie miró nerviosamente a izquierda y derecha. Aún tenía el cabello castaño claro. No había cambiado mucho en los últimos seis años.

—Deja en paz a mi hermana. Está felizmente casada.

—¿Con quién?

—¿Qué?

—Todd está muerto.

Aquello la pilló a contrapié.

—¿De qué estás hablando?

—Lo han asesinado.

—¿Qué? —Abrió bien los ojos—. Oh, Dios mío. ¿Qué has hecho?

—¿Cómo? ¿Yo? No. ¿Tú crees...? —Aquella conversación se me estaba yendo de las manos a gran velocidad—. Yo no tuve nada que ver. Encontraron a Todd en la casa que compartía con su mujer y sus dos hijos.

—¿Hijos? No tienen hijos.

La miré.

—Quiero decir, que me lo habría dicho... —La voz de Julie se fue apagando. Parecía atónita. Aquello no me lo esperaba. Suponía que ella sabría lo que pasaba, fuera lo que fuera.

—Julie —dije lentamente, intentando que se centrara de nuevo—. ¿Por qué fingiste no conocerme cuando te llamé?

—¿Dónde? —preguntó ella, con una voz aún muy lejana.

—¿Qué?

—¿Dónde mataron a Todd?

—Vivía en Palmetto Bluff, en Carolina del Sur.

Ella meneó la cabeza.

—Eso no tiene sentido. Te has equivocado. O estás mintiendo.

—No.

—Si Todd hubiera muerto (asesinado, por lo que dices), Natalie me lo habría dicho.

Apreté los labios, intentando que no se me notara la desesperación en la voz.

—¿Así que estás en contacto con ella?

No respondió.

—¿Julie?

—A Natalie le preocupaba que ocurriera esto.

—¿Que ocurriera qué?

Por fin centró la mirada. Sus ojos me enfocaron como un láser.

—Natalie pensaba que algún día te pondrías en contacto conmigo. Incluso me dijo qué debía decirte si lo hacías.

Tragué saliva.

—¿Qué es lo que te dijo?

—«Recuérdale su promesa».

Silencio.

—Mantuve esa promesa —dije, dando un paso adelante—. La mantuve seis años. Déjame pasar, Julie.

—No.

—Todd está muerto. Si había una promesa que mantener, la he mantenido. Ahora ha acabado.

—No te creo.

—Comprueba la página web de Lanford. Verás una necrológica.

—¿Qué?

—En el ordenador. Todd Sanderson. Lee su necrológica. Esperaré.

Sin más palabras, dio un paso atrás y cerró la puerta. No sabía qué significaba aquello. No sabía si iba a mirar la página web o si se había hartado. No tenía ningún sitio más adonde ir. Me quedé allí, de cara a la puerta, esperando. Diez minutos más tarde, Julie volvió. Abrió el cerrojo y me indicó con un gesto que pasara.

Me senté en el sofá. Julie estaba frente a mí, atónita. Sus ojos parecían canicas rotas.

—No lo entiendo —dijo—. Dice que estaba casado y tenía hijos. Pensaba...

—¿Qué pensabas?

Sacudió la cabeza con fuerza.

—¿Y a ti por qué te interesa tanto esto? Natalie te dejó. Te vi en la boda. Pensé que no aparecerías, pero Natalie sabía que sí lo harías. ¿Por qué? ¿Eres un masoquista, o algo así?

—¿Natalie sabía que iría?

—Sí.

Asentí.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Sabía que tenía que verlo por mí mismo.

—¿Por qué?

—Porque no me lo creía.

—¿Que pudiera enamorarse de otro hombre?

—Sí.

—Pues lo hizo —dijo Julie—. Y te hizo prometer que mantendrías las distancias.

—Sabía que no tenía que hacer aquella promesa. Ni siquiera en el mismo momento en que la hacía, ni al verla intercambiar votos con otro hombre, me creí que Natalie hubiera dejado de quererme. Sé que te parecerá que me quería engañar, que voy por ahí con unas gafas de color de rosa, que soy el iluso más grande de toda la humanidad, o un ególatra que no puede aceptar la verdad. Pero lo sé. Sé lo que sentía cuando estaba con ella... y sé lo que sentía ella. Todas esas cosas que nos decíamos sobre dos corazones que latían al unísono, sobre el sol que brillaba para nosotros incluso en un día gris, sobre una conexión que iba más allá de lo físico, de lo espiritual... Ahora lo entiendo de pronto. Natalie y yo lo teníamos todo. Sobre eso no se puede mentir. Cuando en un amor así algo chirría de pronto, te das cuenta. Hubo demasiados momentos de arrebató. Vivía para oír la reír. Cuando la miraba a los ojos, veía la eternidad. Cuando la tenía en mis brazos, sabía que era algo que pasa una vez en la vida... con suerte. Habíamos creado un lugar único y especial, un lugar con su propio color y textura, y cuando se tiene tanta suerte, lamentas todos los momentos de la vida que no pasas en ese lugar, porque te parecen un desperdicio. Te dan pena los demás porque ellos no conocerán esa explosión continua de pasión. Natalie me hacía sentir vivo. Hacía que todo a nuestro alrededor fuera alegría y sorpresas. Así me sentía... y *sabía* que Natalie sentía lo mismo. No estábamos cegados por el amor. Al contrario. Nos hacía ver claramente a los dos, y por eso es algo que nunca podré dejar atrás. Nunca debí haber hecho aquella promesa. Mis pensamientos eran confusos, pero mis sentimientos no. Debí escuchar a mi corazón una vez más.

Cuando acabé, Julie tenía el rostro cubierto de lágrimas.

—Estás convencido, ¿no?

Asentí.

—Digas lo que digas.

—Y aun así...

Acabé la frase por ella:

—Y aun así, Natalie cortó conmigo y se casó con un exnovio.

—¿Un exnovio? —preguntó Julie, extrañada.

—Sí.

—Todd no era un exnovio.

—¿Cómo?

—Se acababan de conocer. Todo fue rapidísimo.

No lo entendía.

—Pero ella me dijo que ya habían salido antes, que incluso habían vivido juntos, y que estaban enamorados, que luego habían roto, y más tarde se habían dado cuenta de que no podían estar separados...

Julie meneaba la cabeza. El suelo se hundía bajo mis pies.

—Fue una historia de amor fulminante —me explicó—. Eso es lo que me contó Natalie. Yo no entendía aquellas prisas por casarse. Pero Natalie..., bueno, era una artista. Impredecible. Pasional, como tú decías.

No tenía sentido. Nada de todo aquello tenía sentido. O quizá, por primera vez, todo aquel lío empezaba a aclararse.

—¿Dónde está Natalie?

Julie se colocó un mechón de cabello tras la oreja y apartó la mirada.

—Por favor, dímelo.

—No entiendo nada de esto —dijo.

—Lo sé. Quiero ayudarla.

—Me advirtió. Me advirtió de que no te dijera nada.

A eso no sabía qué responder.

—Creo que lo mejor será que te vayas —sugirió.

No había modo, pero quizás era el momento de atacar por otra parte, pillarla por sorpresa.

—¿Dónde está tu padre? —le pregunté.

La primera vez que me había visto en la puerta, había adoptado un gesto de sorpresa progresivo. Ahora era como si le hubiera soltado una bofetada.

—¿Qué?

—Dio clases en Lanford, en el mismo departamento que yo. ¿Ahora dónde está?

—¿Y qué tiene eso que ver?

«Buena pregunta —pensé—. Buenísima».

—Natalie no me habló nunca de él.

—¿No lo hizo? —Julie se encogió de hombros con indiferencia—. A lo mejor no estabais tan unidos como tú pensabas.

—Fue conmigo al campus y no dijo ni una palabra de él. ¿Por qué?

Julie se quedó pensando un momento.

—Nos dejó hace veinticinco años. Yo tenía cinco. Y Natalie, nueve. Apenas me acuerdo de él.

—¿Adónde fue?

—¿Y eso qué importa?

—Por favor. ¿Adónde fue?

—Se escapó con una alumna, pero la cosa no duró. Mi madre... nunca le perdonó. Él se volvió a casar y creó una nueva familia.

—¿Y dónde están?

—Ni lo sé ni me importa. Mi madre dijo que se había ido a vivir a la Costa Oeste. Eso es todo lo que sé. No me interesaba.

—¿Y Natalie?

—¿Qué?

—¿Tenía algún interés por su padre?

—¿Interés? No era cosa suya. Él huyó.

—¿Sabía ella dónde estaba?

—No. Pero... Supongo que ese es el motivo por el que se le daban tan mal los hombres. Cuando éramos pequeñas, estaba convencida de que un día papá volvería y

seríamos una familia otra vez. Incluso después de que él volviera a casarse. Incluso después de que tuviera más hijos. Mamá siempre decía que no era un buen hombre. Para ella estaba muerto... y para mí también.

—Pero no para Natalie.

Julie no respondió. Parecía sumida en sus pensamientos.

—¿Qué?

—Ahora mi madre está en una residencia. Tiene problemas de salud debidos a la diabetes. Intenté cuidarla, pero... —No acabó la frase—. Mira, mamá no volvió a casarse. Nunca tuvo vida propia. Mi padre le arrebató todo eso. Y aun así Natalie esperaba algún tipo de reconciliación. Seguía pensando..., no sé, que no era demasiado tarde. Natalie era una soñadora. Era como si encontrar a papá sirviera para demostrar algo... Que ella podría encontrar un hombre que no la dejara nunca, y que papá tampoco quería dejarnos.

—¿Julie?

—¿Qué?

Me aseguré de que me miraba fijamente a los ojos:

—Ya lo había encontrado.

Julie se giró hacia la ventana de atrás, parpadeando con fuerza. Una lágrima le surcó el pómulos.

—¿Dónde está Natalie?

Julie meneó la cabeza.

—No me iré hasta que me lo digas. Por favor. Si sigue sin tener interés en verme...

—Claro que no tiene interés —espetó Julie, de pronto enfadada—. Si tuviera algún interés, ¿no se habría puesto en contacto ella contigo? Tenías razón antes.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de que te engañas. Sobre lo de esas gafas de color rosa.

—Entonces ayúdame a quitármelas —le pedí, sin inmutarme—. De una vez por todas. Ayúdame a ver la verdad.

No sé si mis palabras le llegaron. No me daría por vencido. La miré, y quizá se diera cuenta. Quizá fuera por eso por lo que cedió por fin.

—Tras la boda, Natalie y Todd se fueron a vivir a Dinamarca. Allí tenían su casa, pero viajaban mucho. Todd trabajaba como médico para una organización benéfica. No me acuerdo del nombre. Algo sobre empezar de nuevo, o algo así.

—Fresh Start.

—Sí, eso es. Así que viajaban a países más pobres. Todd practicaba operaciones a gente sin recursos. Natalie pintaba y daba clases. Le encantaba. Eran felices. O eso pensaba.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—El día de la boda.

—Un momento. ¿Llevas seis años sin ver a tu hermana?

—Así es. Después de la boda, Natalie me explicó que su vida con Todd iba a ser un viaje espléndido. Me advirtió de que quizá tardaría en volver a verla.

No podía creerme lo que estaba oyendo.

—¿Y nunca fuiste a visitarla? ¿Ella no ha vuelto por aquí?

—No. Ya te he dicho que me advirtió. Recibí postales desde Dinamarca. Eso es todo.

—¿Y correos electrónicos, o llamadas telefónicas?

—No tiene ni una cosa ni la otra. Ella pensaba que la tecnología moderna podía nublarle las ideas y afectar a su trabajo.

—¿Eso te dijo? —respondí, con una mueca.

—Sí.

—¿Y tú te lo creíste? ¿Y si había una emergencia?

Julie se encogió de hombros.

—Era su vida. Quería vivir así.

—¿No te pareció raro?

—Sí, de hecho yo le puse muchas de las objeciones que estás planteando ahora. Pero ¿qué podía hacer yo? Lo dejó claro: era la vida que quería. Era el inicio de un nuevo viaje. ¿Quién era yo para impedirselo?

No me lo podía creer. Meneé la cabeza para ver si me aclaraba.

—¿Cuándo fue la última vez que recibiste una postal?

—Hace tiempo. Meses, quizás un año.

Me recosté en el sofá.

—Así que en realidad no sabes dónde está, ¿no?

—Yo diría que en Dinamarca, pero lo cierto es que no, supongo que no lo sé. Tampoco entiendo cómo podía vivir su marido con otra mujer en Carolina del Sur, ni nada de todo lo demás. Quiero decir, que ahora nada tiene sentido. No sé dónde está.

Un golpe seco en la puerta nos sobresaltó a los dos. Julie incluso me agarró la mano, asustada. Llamaron por segunda vez y luego se oyó una voz.

—¿Jacob Fisher? Policía. La casa está rodeada. Salga con las manos en alto.

Me negué a decir una palabra hasta que estuviera presente mi abogado, Benedict.

Llevó un tiempo. El agente al cargo del caso se identificó como Jim Mulholland, del Departamento de Policía de Nueva York. No entendía aquella jurisdicción. La Universidad de Lanford está en Massachusetts. Yo había matado a Otto en la carretera 91, dentro del estado. Había ido a Vermont y cuando me habían detenido estaba en Nueva Jersey. Aparte del hecho de que había usado el transporte público en Manhattan, no entendía qué relación podía tener la policía de Nueva York con aquel lío.

Mulholland era un hombre robusto con un bigote poblado que me recordaba un poco al detective privado de la serie *Magnum*. Insistió en que no estaba detenido y podía irme en cualquier momento, pero que agradecerían mucho, *mucho*, mi colaboración. Charló de manera educada, casi informal, mientras me llevaba en coche a una comisaría del Midtown de Manhattan. Me ofreció refrescos, café y bocadillos, lo que quisiera. De pronto me sentí hambriento y acepté. Estaba a punto de hincarle el diente a la comida cuando recordé que los culpables son los que comen durante la custodia policial. Lo había leído en algún sitio. El culpable sabe lo que le espera, así que puede dormir y comer. Es el inocente el que está demasiado confundido y nervioso para hacer una u otra cosa.

Pero claro... ¿Yo qué era?

Me comí el bocadillo que me dieron y disfruté cada bocado. De vez en cuando, Mulholland o su compañera, Susan Telesco, una rubia alta con vaqueros y un jersey de cuello alto, intentaban darme conversación. Yo me los quitaba de encima y les recordaba que me había acogido al derecho de contar con asesoramiento legal. Tres horas más tarde apareció Benedict. Los cuatro —Mulholland, Telesco, Benedict y un servidor— nos sentamos alrededor de una mesa en una sala de interrogatorios retocada para que no resultara demasiado intimidatoria. Por supuesto, no es que yo tuviera mucha experiencia en salas de interrogatorios, pero siempre había pensado que serían más espartanas. Aquella era de un color beis claro.

—¿Sabe por qué está aquí? —preguntó Mulholland.

Benedict frunció el ceño.

—¿En serio?

—¿Cómo dice?

—¿Cómo espera que respondamos a eso exactamente? ¿Quizá con una confesión? ¿«Oh, sí, inspector Mulholland, supongo que me habrá arrestado porque he entrado dando tiros en dos licorerías»? ¿Podemos saltarnos los preliminares para aficionados e ir al meollo?

—Oiga —dijo Mulholland, sentándose mejor—, estamos de su lado.

—Vaya por Dios.

—No, lo digo en serio. Necesitamos dilucidar unos detalles, y luego todos

podremos irnos a casa sintiéndonos mejor con nosotros mismos.

—¿De qué está hablando? —preguntó Benedict.

Mulholland hizo un gesto con la cabeza a Telesco, que abrió una carpeta y le pasó una hoja por la mesa. Cuando vi las fotos policiales —de frente, de costado—, sentí que la sangre me vibraba en las venas.

Era Otto.

—¿Conoce a este hombre? —me preguntó Telesco.

—No respondas. —No iba a hacerlo, pero Benedict me puso una mano sobre el brazo, por si acaso—. ¿Quién es?

—Se llama Otto Devereaux.

El nombre me provocó escalofríos. Se habían mostrado a cara descubierta. Habían usado sus nombres reales, al menos Otto. Eso solo podía significar una cosa: no tenían intención de dejarme salir vivo de aquella furgoneta.

—Recientemente, su cliente declaró que había tenido un enfrentamiento con un hombre que encaja con la descripción de Otto Devereaux en una autopista de Massachusetts. En aquella declaración, su cliente admitió claramente que se había visto obligado a matar al señor Devereaux en defensa propia.

—Mi cliente se retractó de aquella declaración. Estaba desorientado y bajo la influencia del alcohol.

—No lo entiende —dijo Mulholland—. No estamos aquí para aporrearle las costillas. Si pudiéramos, le daríamos una medalla. —Abrió los brazos—. Estamos en el mismo bando.

—¿Ah, sí?

—Otto Devereaux era un delincuente profesional, una escoria de proporciones bíblicas. Podría explicarle toda su obra y milagros, pero tardaríamos demasiado. Le haré un breve resumen: asesinato, asalto a mano armada, extorsión... Le llamaban el Ferretero porque le gustaba usar herramientas con sus víctimas. Formó parte de los legendarios Ache Brothers hasta que alguien decidió que era demasiado violento para el grupo. Luego trabajó solo para cualquier mafioso desesperado que necesitara un verdadero psicópata. —Me miró y me sonrió—. Mire, Jake, no sé cómo consiguió cargarse a este tío, pero lo que hizo fue una bendición para la sociedad.

—Bueno —dijo Benedict—. Así que, en teoría, ¿está aquí para darnos las gracias?

—Y en la práctica. Es usted un héroe. Se merece un buen apretón de manos.

Nadie me dio la mano.

—Dígame —prosiguió Benedict—, ¿dónde encontraron su cuerpo?

—Eso no es importante.

—¿Cuál fue la causa de la muerte?

—Eso tampoco es importante.

—¿Así es como tratan a su héroe? —dijo Benedict, con una sonrisa de oreja a oreja. Luego me miró y asintió—. Si no hay nada más, creo que ya podemos irnos.

Mulholland echó una mirada a Telesco. Me pareció distinguir una leve sonrisa en su rostro. No me gustó.

—Muy bien —dijo—, si así es como quieren jugar sus cartas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No quiere decir nada. Pueden irse cuando quieran.

—Sentimos no haber sido de más ayuda —dijo Benedict.

—No se preocupe. Tal como le decía, solo quería darle las gracias al hombre que se cargó a ese tipo.

—Ya —respondió. Ambos estábamos ya en pie—. No hace falta que nos acompañen.

Ya casi habíamos atravesado la puerta cuando Susan Telesco dijo:

—¡Ah, profesor Fisher!

Me giré.

—¿Le importa si le enseñamos otra foto?

Ambos me miraron como si nada, como si tuvieran todo el tiempo del mundo y mi respuesta careciera de la menor importancia. Podía ver la foto o salir por la puerta. Sin más. Me quedé inmóvil. Ellos también.

—¿Profesor Fisher? —insistió Telesco.

Sacó la fotografía de la carpeta boca abajo, como si estuviéramos jugando al *blackjack* en el casino. Ahora sí que se le veía un brillo en los ojos. La temperatura de la habitación bajó diez grados de golpe.

—Enséñemela.

Dio la vuelta a la foto. Me quedé helado.

—¿Conoce a esta mujer?

No respondí. Me la quedé mirando. Sí, claro que conocía a la mujer.

Era Natalie.

—¿Profesor Fisher?

—La conozco.

La fotografía era en blanco y negro. Parecía un fotograma extraído de alguna grabación de seguridad. Natalie recorría un pasillo a toda prisa.

—¿Qué me puede decir de ella?

Benedict me apoyó una mano en el hombro.

—¿Por qué le preguntan eso a mi cliente?

—Estaba visitando a su hermana cuando le encontramos —dijo Telesco, mirándome fijamente a los ojos—. ¿Le importaría decirnos qué hacía allí?

—Insisto —repitió Benedict—: ¿por qué le preguntan eso a mi cliente?

—Esta mujer se llama Natalie Avery. Ya hemos hablado largo y tendido con su hermana, Julie Pottham, que afirma que su hermana vive en Dinamarca.

Esta vez fui yo quien habló:

—¿Qué quieren de ella?

—No puedo hablar de eso.

—Bueno, entonces yo tampoco —respondí.

Telesco miró a Mulholland, que se encogió de hombros.

—Muy bien, pues. Puede marcharse.

Nos quedamos todos allí, de pie, a ver quién aguantaba más. Yo era el que tenía peores cartas en aquella partida, así que fui el primero en ceder:

—Fuimos novios —expliqué.

Esperaron. Querían más.

—Jake... —me rogó Benedict, pero le hice un gesto con la mano para que callara.

—La estoy buscando.

—¿Por qué?

Eché una mirada a Benedict, que parecía tan intrigado como los polis.

—La quería —dije—. Nunca superé la separación. Así que esperaba..., no sé, esperaba algún tipo de reconciliación.

Telesco apuntó algo.

—¿Por qué ahora?

Recordé aquel correo electrónico anónimo:

«Hiciste una promesa».

Me recosté en la silla y acerqué la foto. Tragué saliva. Natalie tenía los hombros echados hacia delante. Su bello rostro... Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas... Parecía aterrada. El dedo se me fue a la imagen de su rostro, como si así de algún modo pudiera hacerle sentir mi contacto y reconfortarla. No soportaba aquello. No soportaba verla tan asustada.

—¿Dónde tomaron esta foto? —pregunté.

—Eso no es importante.

—¡Y una mierda! Están buscándola, ¿no? ¿Por qué?

Los dos volvieron a mirarse. Telesco asintió.

—Digamos —dijo Mulholland, lentamente— que Natalie ha despertado nuestro interés.

—¿Está en apuros?

—No por lo que a nosotros respecta.

—¿Qué se supone que significa eso?

—¿Qué cree usted que significa? —Por primera vez, Mulholland se quitó la máscara y vi un atisbo de rabia en su cara—. Hace tiempo que la buscamos —dijo, cogiendo la fotografía de Otto—, pero también este y sus amigos. ¿Quién preferiría usted que la encontrara antes?

Me quedé mirando la fotografía, enfocando y desenfocando la vista, cuando observé algo más. Intenté no hacer ningún gesto, no alterar la expresión de mi rostro. En la esquina inferior derecha había un indicador de fecha y hora: 23.47, 24 de mayo... de seis años atrás.

Habían tomado aquella fotografía unas semanas antes de que Natalie y yo nos conociéramos.

—¿Profesor Fisher?

—No sé dónde está.

—Pero la está buscando.

—¿Por qué ahora?

Me encogí de hombros.

—La echaba de menos.

—¿Pero por qué ahora?

—Podía haber sido el año pasado. Podía haber sido el año que viene. Sucedió.

No me creían. Qué pena.

—¿Ha conseguido algo?

—No.

—Nosotros podemos ayudarla —dijo Mulholland.

No dije nada.

—Si los amigos de Otto la encuentran antes...

—¿Por qué la buscan ellos? ¿Y por qué la buscan ustedes?

Cambiaron de tema:

—Estuvo en Vermont. Dos agentes de policía le identificaron y encontramos su iPhone allí. ¿Por qué?

—Allí fue donde nos conocimos.

—¿Ella se alojaba en aquella granja?

Estaba hablando demasiado.

—Nos conocimos en Vermont. Ella se casó en la capilla de ese lugar.

—¿Y cómo acabó allí su teléfono?

—Debió de caérsele —terció Benedict—. Por cierto, ¿pueden devolvérselo?

—Claro. Nos encargaremos de ello. No hay problema.

Silencio. Miré a Telesco.

—¿La han estado buscando los seis años pasados?

—Al principio. Pero en los últimos años no, no tanto.

—¿Por qué no? —pregunté—. Quiero decir... Bueno, lo mismo que me han preguntado ustedes: ¿Por qué ahora?

Una vez más, cruzaron la mirada.

—Díselo —le ordenó Mulholland a Telesco. Telesco me miró.

—Dejamos de buscarla porque estábamos seguros de que estaba muerta.

Por algún motivo, me esperaba aquella respuesta.

—¿Qué les hace pensar eso?

—No es asunto suyo. Tiene que ayudarnos con esto.

—No sé nada.

—Si nos cuenta lo que sabe —dijo Telesco, endureciendo de pronto el tono—, nos olvidamos de lo de Otto.

—¿Qué se supone que significa eso? —protestó Benedict.

—¿Qué cree que significa? Su cliente alega que fue en defensa propia.

—¿Y bien?

—Ha preguntado por la causa de la muerte. Pues bien, ahí va: le partió el cuello a un hombre. Y tengo algo que contarle. En defensa propia es muy difícil romperle el cuello a nadie.

—En primer lugar, negamos que tuviera nada que ver con la muerte de ese desgraciado...

—Ahórrese eso —le interrumpió ella, levantando la mano.

—No importa —les corté—. Pueden amenazarme todo lo que quieran. Yo no sé nada.

—Eso Otto no se lo creyó, ¿verdad?

La voz de Bob: «¿Dónde está?».

Mulholland acercó la boca a mi oído:

—¿Tan tonto es como para creerse que esto acaba aquí? ¿Cree que se olvidarán de usted? La primera vez lo infravaloraron. No volverán a hacerlo.

—¿Quiénes son?

—Unos tipos muy muy peligrosos —respondió—. Es todo lo que necesita saber.

—Eso no tiene sentido —dijo Benedict.

—Escúcheme bien: a Natalie la pueden encontrar ellos primero, o nosotros. Usted decide.

—De verdad que no sé nada —insistí.

Y era cierto. Pero había algo más: Mulholland había dejado abierta una última opción, que podía parecer una posibilidad remota.

Podía encontrarla yo.

—¿Quieres ponerme al día? —dijo Benedict, mientras conducía.

—Es largo de contar.

—El camino también es largo. Por cierto, ¿dónde quieres que te deje?

Buena pregunta. No podía volver al campus, no solo porque no era bienvenido, sino porque, tal como me habían recordado los agentes Mulholland y Telesco, había gente muy muy peligrosa interesada en encontrarme. Me pregunté si Jed y Cookie formaban parte del mismo grupo de gente peligrosa que Bob y Otto o si tenía a dos grupos diferentes de gente peligrosa siguiendo mi rastro. No lo tenía muy claro. Jed y Cooke parecían aficionados: inseguros, enfadados y asustados. No estaba seguro de qué significaba eso, pero sospechaba que era importante.

—No estoy seguro.

—Yo voy hacia el campus, ¿vale? Tú me vas contando.

Y lo hice. Benedict no apartó la mirada de la carretera; asentía de vez en cuando. No alteró el gesto; las manos no se movieron del volante. Cuando acabé, guardó silencio durante unos instantes. Luego:

—¿Jake?

—¿Sí?

—Tienes que parar esto.

—No estoy seguro de que pueda.

—Hay mucha gente que intenta matarte.

—Nunca he sido muy popular.

—Es verdad, pero nunca te has metido en un marrón como este.

—Desde luego, los profesores de humanidades tenéis un vocabulario refinadísimo.

—No estoy de broma.

Lo sabía.

—Esos tipos de Vermont... ¿Quiénes eran?

—Viejos amigos, en cierto sentido. O sea, que eso es lo más raro. Jed y Cookie estaban allí cuando conocí a Natalie.

—¿Y ahora quieren matarte?

—Jed cree que tengo algo que ver con el asesinato de Todd Sanderson. Pero no veo qué más le puede dar a él, o de qué conocía a Todd. Debe de haber alguna conexión entre ellos.

—¿Alguna conexión entre este tal Jed y Todd Sanderson?

—Sí.

—La respuesta es obvia, ¿no?

Asentí.

—Natalie.

—Claro —comprendió.

Pensé en ello.

—La primera vez que vi a Natalie, estaba sentada al lado de Jed. Incluso pensé por un momento que tal vez salieran juntos.

—Bueno, pues ahora parece que los tres tenéis cierta conexión en común.

—¿Y cuál sería?

—El conocimiento carnal de Natalie.

Aquello no me gustaba.

—Eso no puedes saberlo —protesté, no muy convencido.

—¿Puedo señalar una evidencia?

—Si no hay más remedio...

—Yo he conocido a unas cuantas mujeres —dijo Benedict—. Y, aun a riesgo de resultar pedante, podría decir que hay quien me considera incluso un experto en la materia.

—¿Riesgo?

—Algunas mujeres no traen más que problemas. ¿Entiendes lo que te digo?

—Problemas.

—Exacto.

—Y supongo que me vas a decir que Natalie es una de esas mujeres.

—Tú, Jed, Todd... No te lo tomes a mal, pero solo hay una explicación para todo esto.

—¿A saber?

—Tu Natalie tiene más peligro que un elefante en un arsenal.

Fruncí el ceño. Seguimos adelante.

—¿Conoces la casa de invitados que uso como despacho? —me preguntó Benedict—. Puedes quedarte ahí hasta que la cosa se tranquilice.

—Gracias.

Los kilómetros fueron pasando.

—¿Jake?

—¿Sí?

—Siempre nos enamoramos más de las más complicadas —sentenció Benedict—. Ese es el problema de todos los hombres. Decimos que odiamos complicarnos la vida, pero no es así.

—Eso es muy profundo, Benedict.

—¿Puedo preguntarte una cosa más?

—Claro.

Me pareció sentir que cogía el volante con más fuerza.

—¿Cómo es que viste la necrológica de Todd?

—¿Qué? —dije, girándome hacia él.

—Su necrológica. ¿Cómo es que la viste?

Me pregunté si se me vería la sorpresa en el rostro.

—Estaba en la portada de la web de la universidad. ¿Qué es lo que me estás

intentando preguntar, exactamente?

—Nada. Me ha entrado la duda, solo eso.

—Te lo conté en mi despacho, y tú me animaste a que fuera al funeral, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo —dijo Benedict—. Y ahora te animo a que te olvides de esto. No respondí. Seguimos un rato más en silencio. Benedict lo interrumpió.

—Hay otra cosa que me inquieta.

—¿Cuál?

—¿Cómo crees que te encontró la policía en casa de la hermana de Natalie?

Yo me había hecho la misma pregunta, pero entonces me di cuenta de que la respuesta era obvia.

—Shanta.

—¿Sabía que estabas allí?

Le conté lo de mi llamada y lo estúpido que había sido al quedarme el teléfono desechable. Si la policía puede localizarte por el teléfono, tenía lógica pensar que, sabiendo el número (que habría aparecido en la pantalla de Shanta), podían localizarte también con un teléfono desechable. Aún lo llevaba en el bolsillo, y me planteé si no sería mejor tirarlo por la ventana. No hacía falta. La policía no era ya mi gran preocupación.

Después de que el rector Tripp me pidiera que me fuera, había empaquetado unas cosas, entre ellas mi portátil, y las había dejado en una maleta en mi despacho, en la Clark House. Me pregunté si..., bueno, si alguien podría estar interesado en registrar mi casa del campus o el despacho. Me parecía poco probable, pero qué demonios. A Benedict se le ocurrió que podíamos aparcar lejos. Miramos para ver si había algo sospechoso. No vimos nada.

—Podemos enviar a un estudiante a que recoja tus cosas —propuso.

Negué con la cabeza.

—Ya ha resultado herido uno por mi culpa.

—Aquí no hay riesgo.

—Aun así.

La Clark House estaba cerrada. Entré sigilosamente por la entrada de atrás. Cogí mis cosas y volví corriendo al coche de Benedict sin que nadie me disparara. Un punto para los buenos. Benedict me llevó en coche hasta su casa y me dejó en la casita de invitados.

—Gracias —dije.

—Tengo un montón de exámenes que calificar. ¿Estarás bien?

—Claro.

—Deberías ir al médico para que te vea la cabeza.

Aún me duraba el dolor de cabeza. Sería de los golpes, de agotamiento, del estrés o quizás una combinación de todo ello, no tenía ni idea. En cualquier caso, no creía que sirviera de nada ir al médico. Le di las gracias de nuevo y me instalé en la

habitación. Saqué mi portátil y lo apoyé en el escritorio.

Era hora de hacer un poco el cibernabueso.

Os preguntaráis qué cualificaciones tengo como detective privado o qué práctica tengo como cibernabueso. No tengo ni una cosa ni la otra. Pero sé introducir búsquedas en Google. Y eso es lo que me puse a hacer.

En primer lugar, busqué una fecha: el 24 de mayo de hacía seis años.

Esa era la fecha del fotograma de la grabación de circuito cerrado que me habían enseñado los policías de Nueva York. Era de suponer que, fuera lo que fuera lo que había ocurrido aquel día..., bueno, probablemente sería un delito. Habría salido en las noticias. ¿Disparatado? Quizá. Pero era un inicio.

Cuando apreté la tecla de envío me aparecieron, en primer lugar, un montón de noticias sobre un tornado en Kansas. Tenía que estrechar la búsqueda. Añadí «Nueva York» al campo de búsqueda y volví a apretar el botón de envío. Lo primero que me salió era que los New York Rangers habían perdido contra los Buffalo Sabres por 2 a 1. Segundo enlace: los Mets habían ganado a los Diamondbacks de Arizona por 5 a 3. Desde luego, vivimos en una sociedad obsesionada por el deporte.

Por fin localicé una página que recogía los periódicos de Nueva York y su archivo de noticias. En las últimas dos semanas, las portadas de muchos periódicos trataban de una serie de robos en bancos de Nueva York. Entraban de noche y no dejaban pistas, por lo que la banda se había ganado el apodo de «los Invisibles». Curioso. Luego hice clic en el enlace a los archivos del 24 de mayo de seis años antes y me puse a hojear la sección del área metropolitana.

Las noticias más importantes del día: un hombre armado había atacado el consulado francés. La policía había desarticulado una banda ucraniana de tráfico de heroína. Se celebraba el juicio de Jordan Smith, agente de policía acusado de violación. Un incendio doméstico que había tenido lugar en Staten Island presentaba indicios de haber sido provocado. Un directivo de un fondo de inversión de Solem Hamilton había sido acusado de una especie de estafa piramidal. Y un auditor del Estado había sido acusado de violación del código ético.

Aquello no me ayudaba nada. O quizá sí. Quizá Natalie formara parte de la banda de traficantes ucranianos. Quizá conociera al directivo del fondo de inversión —la imagen del vídeo de circuito cerrado parecía pertenecer al vestíbulo de un edificio de oficinas— o al auditor del Estado. ¿Dónde estaba yo aquel día de hacía seis años? El 24 de mayo. Estaría a punto de acabarse el curso. De hecho, para entonces las clases ya se habrían acabado.

Hacía seis años.

Mi vida estaba en plena convulsión, tal como Benedict me había recordado pocos días antes, en el Library Bar. Mi padre había muerto de infarto un mes antes. Mi tesis no iba bien. El 24 de mayo. Debía de ser, más o menos, cuando el profesor Trainor había dado aquella fiesta de graduación en que habían pillado a menores bebiendo. Cuando yo había defendido que se le impusiera un severo castigo, generando algo de

tensión con el profesor Hume.

Pero no se trataba de mí, sino de Natalie.

La grabación de seguridad correspondía al 24 de mayo. Pensé en aquello durante un momento. Supongamos que se hubiera producido algún delito o incidente el 24 de mayo. Sí, vale, eso era lo que estaba contemplando antes, pero quería ir paso a paso. Si el incidente había tenido lugar el 24 de mayo, ¿cuándo lo recogerían los periódicos?

El 25 de mayo, no el 24.

No era una gran revelación, pero tenía sentido. Encontré los periódicos del 25 de mayo y busqué una vez más las secciones correspondientes al área metropolitana. Las noticias principales: el asesinato a tiros del filántropo Archer Minor; un incendio en Chelsea con dos muertos; un adolescente desarmado abatido por la policía; un hombre que había matado a su exesposa; un director de instituto detenido por desviar fondos del colegio.

Aquello era una pérdida de tiempo.

Cerré los ojos y me los froté. En aquel preciso momento, no me parecía mala idea darme por vencido. Podía tumbarme y cerrar los ojos. Podía mantener mi promesa y honrar los deseos de la que yo consideraba el amor de mi vida. Por supuesto, tal como había señalado Benedict, quizá Todd y Jed también la consideraban el amor de su vida. Me invadió una sensación primitiva e incontrolable; llamémosla celos.

Lo siento, no me lo creía.

El ataque de Jed no era un arranque de celos. Todd... No tenía ni idea de cómo interpretar aquello, pero no importaba. No podía echarme atrás. No iba conmigo. ¿Acaso alguien podría? ¿Cómo podría vivir alguien con sentido común con tantas preguntas sin resolver?

Una vocecita en el interior de mi cabeza respondió: «Bueno, al menos *vivirías*».

No importaba. Era imposible. Me habían atacado, amenazado, agredido, detenido e incluso había matado a un hombre...

Guau, un momento: había matado a un hombre... y ahora sabía cómo se llamaba.

Me acerqué al ordenador y busqué en Google: «Otto Devereaux».

Esperaba encontrar una necrológica en primer lugar. No fue así. El primer resultado era de un foro de «fans de los gánsters». Sí, tal cual. Hice clic en los chats abiertos, pero había que crearse un perfil. Lo hice al momento.

Había una conversación con el título «RIP, OTTO». Seleccioné el enlace:

¡Joder, a Otto Devereaux, uno de los matones y chantajistas más duros que existían, le han partido el cuello! Dejaron el cuerpo tirado en el arcén de la autopista Saw Mill Parkway, como si fuese una bolsa de basura. Mis respetos, Otto. Matabas como nadie, colega.

Sacudí la cabeza. ¿Qué me faltaba por ver? ¿Una página de fans de pedófilos

confesos?

Había una docena de comentarios de gente que recordaba algunas de las hazañas más depravadas de Otto y, sí, alababan su trabajo. Dicen que en internet se puede encontrar cualquier tipo de depravación. Yo había dado con una página dedicada a los admiradores de los matones violentos. Ahí es nada.

Al decimocuarto comentario, encontré algo:

El cuerpo de Otto estará este sábado en la Franklin Funeral Home, de Queens. El funeral es privado, así que no se puede asistir, pero sus admiradores pueden enviar flores. Esta es la dirección...

El comentario incluía una dirección de Flushing, en Queens.

En el escritorio había un cuaderno. Cogí un lápiz y me recosté en el asiento. Escribí el nombre de Natalie a la izquierda, y el nombre de Todd debajo. Añadí otros nombres: el mío, el de Jed, el de Cookie, el de Bob y el de Otto, todos los nombres que se me ocurrieron... Delia Sanderson; Eban Trainor; el padre de Natalie, Aaron Kleiner, y su madre, Sylvia Avery; Julie Pottham; incluso Malcolm Hume. Todos. Luego, a la derecha de la página, dibujé una línea cronológica, de arriba abajo.

Había que retroceder en el tiempo. ¿Dónde empezaba aquello?

No lo sabía.

Así que había que volver al principio.

Veinticinco años antes, el padre de Natalie, que daba clases en Lanford, había huido con una alumna. Según Julie Pottham, su querido papá se había mudado y se había vuelto a casar. El único problema era que no había ni rastro de él por ninguna parte. ¿Cómo lo decía Shanta? De tal palo, tal astilla. Tanto Natalie como su padre habían desaparecido sin dejar rastro. Era como si ambos se hubieran volatilizado.

Tracé una línea que conectaba a Natalie con su padre.

¿Cómo podía saber más sobre aquella conexión? Pensé en lo que me había dicho Julie. La información que tenía sobre el segundo matrimonio de su padre procedía de su madre. Quizá mamá supiera más de lo que le había dicho. Quizá tuviera la dirección de su exmarido. En cualquier caso, tenía que hablar con ella. Pero ¿cómo? Estaba en una residencia. Eso era lo que había dicho Julie. Aun así, no podría ser muy difícil seguirle la pista a la señora Avery.

Señalé con un círculo el nombre de Sylvia Avery, la madre de Natalie.

Volví a la línea cronológica y retrocedí a veinte años antes, cuando Todd Sanderson era estudiante. Tras el suicidio de su padre estuvieron a punto de expulsarlo. Volví a pensar en su ficha de estudiante y su necrológica. En ambas se mencionaba que Todd había vuelto a encauzar su vida creando una organización benéfica.

Escribí «Fresh Start» en mi cuaderno.

Uno: Fresh Start había nacido en aquel mismo campus, tras los altibajos sufridos

por Todd. Dos: hacía seis años, Natalie le había dicho a su hermana que Todd y ella iban a viajar por el mundo trabajando para Fresh Start. Tres: Delia Sanderson, la auténtica esposa de Todd, me había dicho que Fresh Start era la pasión de su marido. Cuatro: el profesor Hume, mi admirado mentor, había supervisado la creación de Fresh Start.

Me puse a dar golpecitos en el bloc con el lápiz. Fresh Start estaba por todas partes. Fuera lo que fuera.

Tenía que investigar aquella organización. Si Natalie había viajado realmente en calidad de trabajadora de Fresh Start, alguien de la organización podría darme al menos alguna pista sobre su paradero. Una vez más, me puse a buscar en internet. Fresh Start ayudaba a la gente a empezar de nuevo, aunque su campo de acción no quedaba muy claro. Trabajaban con niños que necesitaban operarse de una fisura palatina, por ejemplo. Ayudaban a disidentes políticos que necesitaban asilo. Ayudaban a gente que había sufrido una bancarrota financiera. Te ayudaban a encontrar un nuevo trabajo, con independencia de lo que te hubiera pasado.

En resumen, tal como decía el mantra al pie de la página de inicio: «Ayudamos a cualquiera que necesite de verdad, desesperadamente, empezar de nuevo».

Fruncí el ceño. ¿Podía ser más vaga la cosa?

Había un enlace a un formulario para donaciones. Fresh Start era una organización de beneficencia registrada, así que todas las contribuciones eran desgravables. No se daba el nombre de ningún responsable: no había ninguna mención a Todd Sanderson, a Malcolm Hume ni a ninguna otra persona. No había una dirección de las oficinas. El número de teléfono tenía un prefijo 843: Carolina del Sur. Marqué el número. Me salió un contestador. No dejé mensaje.

Encontré una empresa en línea que investigaba a las organizaciones de beneficencia «para que puedas dar con confianza». Por una pequeña comisión, te enviaban un informe completo sobre cualquier organización, incluido un formulario 990 de la Agencia Tributaria (fuera lo que fuera ese formulario) y un «estudio en profundidad con datos económicos completos, su campo de acción, la biografía de sus responsables, los activos de la organización, el dinero invertido en beneficencia y todas sus actividades». Pagué la comisión. Me llegó un correo electrónico diciendo que tendría el informe al día siguiente.

Podía esperar ese tiempo. La cabeza me dolía a cada latido como un dedo machacado con un martillo. Tenía unas enormes ganas de acostarme, como si el sueño me viniera de la médula de los huesos. Al día siguiente acudiría al funeral de Otto Devereaux, pero de momento el cuerpo necesitaba descanso y alimento. Me di una ducha, cogí algo de comer y dormí como un muerto, imagen que, teniendo en cuenta todo lo que me estaba pasando últimamente, me parecía de lo más apropiada.

—Esto no me gusta —dijo Benedict, apoyándose en la ventanilla de su coche.

No me molesté en responder. Ya habíamos hablado de ello una docena de veces.

—Gracias por dejarme el coche.

Yo había dejado mi automóvil, con su matrícula retocada, en la calle, en Greenfield. En algún momento tendría que pensar en cómo recuperarlo, pero eso podía esperar.

—Puedo acompañarte —se ofreció.

—Tienes clase.

Benedict no discutió. A clase no faltábamos nunca. Ya les había hecho daño a suficientes alumnos, con efectos de todo tipo, al emprender esta enrevesada aventura. No podía permitir que ninguno más sufriera el menor daño.

—¿Así que tu plan consiste en presentarte en el funeral de este gángster?

—Más o menos.

—A mí me suena a menos.

No podía discutirlo. Pensaba colarme en el funeral de Otto Devereaux. Esperaba poder enterarme de algún modo de por qué me había atacado, para quién trabajaba, por qué buscaban a Natalie. No había pensado mucho los detalles —cómo iba a hacerlo, por ejemplo—, pero no es que tuviera nada mejor que hacer, y quedarme ahí esperando a que me encontraran Bob o Jed no me parecía una alternativa espléndida.

Mejor ser proactivo. Eso es lo que yo les habría dicho a mis alumnos.

La carretera 95 entre Connecticut y Nueva York básicamente es una serie de solares convertidos en autopista interestatal. Aun así llegué a una hora decente. La Franklin Funeral Home se encontraba en el Northern Boulevard, en el barrio de Flushing, en Queens. Por algún extraño motivo, la fotografía que tenían en su página web era la del Bow Bridge, un romántico puente de Central Park que visitan las parejas de novios en prácticamente todas las comedias románticas que se desarrollan en Manhattan. Hasta que llegué, fui incapaz de entender por qué habían escogido aquella imagen en lugar de una fotografía auténtica de sus instalaciones.

Menudo lugar para el descanso final.

La Franklin Funeral Home parecía uno de aquellos complejos contruidos hacia 1978 para albergar dos consultas de dentistas y, si sobraba espacio, quizá también la de un proctólogo. La fachada tenía un rebozado amarillo del color de los dientes de un fumador. Las bodas, las fiestas y las celebraciones suelen ser un reflejo de lo que son los que las celebran. Los funerales raramente lo son. La muerte, sin duda, nos iguala a todos, y también los servicios funerarios, salvo los de las películas, ya que el fin es siempre el mismo. Más que consoladores y reconfortantes, suelen ser impersonales y repetitivos.

¿Y ahora qué? No podía entrar sin más. ¿Y si Bob estaba allí? Podía intentar

situarme en las últimas filas, pero los tipos de mi talla no pasan desapercibidos. Había un hombre con un traje negro organizando el aparcamiento. Paré e intenté poner una sonrisa de funeral, si es que eso existe. El hombre del traje negro preguntó:

—¿Viene por el funeral del señor Devereaux o por el del señor Johnson?

—Johnson —respondí, en un acto reflejo.

—Puede aparcar a la izquierda.

Entré en el amplio aparcamiento. Por lo que parecía, al funeral del tal Johnson se accedía por la entrada principal. Para el de Devereaux había una carpa en la parte trasera. Encontré una plaza en la esquina de la derecha. Entré marcha atrás, con lo que tenía una vista perfecta de la carpa de Devereaux. Si por casualidad alguien del grupo del tal Johnson o del personal de la funeraria me veía, podía fingirme compungido y con necesidad de estar solo un momento.

Pensé en la última vez que había estado en un funeral, solo seis días antes, en aquella pequeña capilla blanca en Palmetto Bluff. Aún llevaba encima mi esquema con la línea cronológica, en la que se veía el espacio de seis años entre la boda en una capilla blanca y un funeral en otra. Seis años. Me preguntaba cuántos de aquellos días habían pasado sin que pensara en Natalie, y caí en la cuenta de que la respuesta era que ninguno.

Pero en ese instante la gran pregunta era otra: ¿Qué habían significado estos seis años para ella?

Una limusina aparcó frente a la carpa. Otro extraño ritual funerario: el momento en que todos buscamos coches que podrían asociarse con lujos y excesos es cuando tenemos que llorar la pérdida de un ser querido. Qué mejor ocasión, ¿no? Dos hombres vestidos con traje oscuro abrieron las puertas de la limusina, como si tuviera que bajar una personalidad. La que bajó fue una mujer delgada de entre treinta y cuarenta años. Llevaba de la mano a un niño con el cabello largo de unos seis o siete años. El niño llevaba traje negro, algo que me pareció casi obsceno. Los niños nunca deberían llevar trajes negros.

Hasta aquel momento no se me ocurrió algo obvio: quizás Otto tuviera familia. Podía ser que tuviera una mujer delgada con la que compartía su cama y sus sueños. Podía ser que tuviera un hijo de cabello largo que le quisiera y que jugara a béisbol con él en el jardín. Del coche salieron otras personas. Una anciana lloraba desconsoladamente con un pañuelo arrugado que sostenía con el puño. Prácticamente llegó a la carpa apoyándose en una pareja de unos treinta y pico años. La madre de Otto y quizá sus hermanos, supuse. La familia formó una fila a la entrada de la carpa, donde saludaban a los que acudían a dar el pésame, con la desolación reflejada en su postura y en sus rostros. El niño parecía perdido, confundido y asustado, como si alguien se le hubiera plantado delante y le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

Y ese alguien era yo.

Me quedé inmóvil. Hasta aquel momento había pensado en Otto como una entidad independiente. Pensé que matarle no era más que una tragedia personal, el

final de una vida humana aislada. Pero nadie es independiente. La muerte tiene eco, hace ondas.

A fin de cuentas, por duro que pudiera ser ver el resultado de mis acciones, eso no cambiaba el hecho de que mis acciones estaban justificadas. Me enderecé un poco y me quedé mirando atentamente a los asistentes. Me esperaba una fila que recordara el elenco de extras de *Los Soprano*. Había alguno de esos, desde luego, pero el conjunto era bastante variado. Les estrecharon la mano a los familiares, los abrazaron y les dieron besos. Algunos abrazos fueron prolongados. Algunos se limitaron a dar la típica palmadita en el hombro. En un momento dado, la mujer a quien había identificado como la madre de Otto estuvo a punto de desmayarse, pero dos hombres la agarraron.

Había matado a su hijo. Era algo obvio, y al mismo tiempo surrealista.

Otra limusina enorme paró justo delante de la fila de familiares. Todos se quedaron como paralizados un momento. Dos hombres que parecían la línea de ataque de los New York Jets abrieron la puerta trasera. Salió un hombre alto y flaco con el cabello engominado. Vi que los presentes cuchicheaban. El hombre debía de rondar los setenta años, y tenía un aspecto que me resultaba vagamente familiar, pero no lo ubicaba. No se puso al final de la fila: esta se abrió para dejarle pasar como el mar Rojo para Moisés. Lucía uno de esos bigotes finos que parecían dibujados a lápiz. Asintió al acercarse a la familia, aceptando los saludos y los apretones de manos que le ofrecían.

Quienquiera que fuera aquel tipo, era importante.

El hombre delgado con bigote fino se paró a saludar a todos los familiares. Uno de ellos —un tipo que yo habría dicho que era el cuñado de Otto— hizo ademán de poner una rodilla en el suelo. El hombre delgado meneó la cabeza, y el otro se puso en pie de nuevo, pidiendo excusas. Uno de los gorilas iba un paso por delante del hombre delgado. El otro iba un paso por detrás. Nadie les siguió en su paso por delante de los familiares.

Cuando el hombre le hubo dado la mano a la madre de Otto, la última persona de la fila se giró y se volvió hacia la limusina. Uno de los gorilas abrió la puerta de atrás. El hombre entró. La puerta se cerró. El otro gorila se puso al volante. El primero se sentó a su lado. La enorme limusina hizo marcha atrás. Todo el mundo se quedó inmóvil mientras el hombre delgado se iba de allí.

Tras su marcha, nadie se movió en un minuto. Una mujer se persignó, y volvió a formarse la fila. La familia siguió recibiendo condolencias. Esperé, preguntándome quién sería el hombre delgado y si sería importante saberlo. La madre de Otto volvió a echarse a llorar.

Mientras la miraba, le fallaron las rodillas. Cayó en los brazos de un hombre, y se echó a llorar sobre su pecho. Me quedé de piedra. El hombre la ayudó a levantarse de nuevo y le dejó llorar. Vi cómo le frotaba la espalda y le decía alguna palabra de ánimo. La mujer siguió llorando un buen rato. El hombre se quedó allí y esperó con

una paciencia infinita.

Era Bob.

Me hundí en el asiento, aunque probablemente estaba a casi cien metros de distancia. El corazón me latía con fuerza. Respiré hondo y me arriesgué a echar otro vistazo. Bob estaba separándose de la madre de Otto con delicadeza. Le sonrió y se dirigió hacia un grupo de hombres que estaban de pie a unos diez metros.

Eran cinco. Uno sacó un paquete de cigarrillos. Todos los hombres cogieron un pitillo, salvo Bob. Qué bien saber que mi gángster era un tipo sano. Saqué el teléfono, seleccioné la *app* de la cámara e hice *zoom* sobre la cara de Bob. Le saqué cuatro fotos.

¿Y ahora, qué?

Supuse que lo mejor sería esperar. Esperar a que acabara el funeral, y luego seguir a Bob a su casa.

¿Y luego?

La verdad es que no lo sabía. La clave estaba en encontrar su nombre y su identidad real y esperar que aquello me diera pistas sobre cuáles eran sus motivos para buscar a Natalie. Estaba claro que era el jefe. Tenía que conocer los motivos, ¿no? También podía verle subir al coche y limitarme a tomar nota de la matrícula. Quizá con eso Shanta pudiera encontrar su nombre real, solo que ya no terminaba de confiar en ella, y podía ser que a Bob le hubieran llevado al funeral sus amigos fumadores.

Cuatro de los hombres abandonaron el grupo y se dirigieron al interior, dejando a Bob solo con otro tipo. El otro tipo era más joven y llevaba un traje tan brillante, que parecía una bola de espejo. Bob parecía estar dando instrucciones a Traje Brillante. Traje Brillante asentía mucho. Cuando acabó, Bob se metió en el edificio. Traje Brillante, no. Se fue en dirección contraria, dando unas zancadas exageradamente largas, como de dibujos animados, hacia un Cadillac Escalade de un blanco radiante.

Me mordí el labio inferior, intentando decidir qué hacer. El funeral tardaría lo suyo, media hora, una hora, algo así. No había motivo para quedarse allí sentado. Bien podía seguir a Traje Brillante y ver adónde me llevaba.

Puse en marcha el coche y le seguí por Northern Boulevard. Me resultaba raro perseguir a un gángster, pero si había un día para hacer cosas raras, era aquel. No sabía qué distancia dejar entre el Escalade y mi coche. ¿Me descubriría? Lo dudaba, aunque llevara una matrícula de Massachusetts en pleno estado de Nueva York. Giró por Francis Lewis Boulevard. Yo me situé dos coches por detrás de él. Muy astuto. Me sentía como Starsky y Hutch. O como uno de ellos, al menos.

Cuando estoy nervioso, pienso un montón de bromas tontas.

Traje Brillante paró frente a un megacentro de jardinería llamado Global Garden. «Genial —pensé—, está recogiendo los arreglos florales para el funeral de Otto». Otra cosa rara de los funerales: vístete de negro, pero llénalo todo de flores de colores para decorar. No obstante, la tienda estaba cerrada. Yo no sabía qué pensar, así que no

saqué ninguna conclusión. Traje Brillante giró hacia la parte trasera. Seguí su ejemplo, aunque me quedé en un lateral, a cierta distancia. Traje Brillante bajó del Escalade y se acercó con su paso vacilón a la puerta trasera de la tienda. Era evidente que el contoneo le gustaba. No quería precipitarme en mis juicios, pero teniendo en cuenta las compañías que frecuentaba, el brillo de su traje y la postura vacilona, sospechaba que Traje Brillante sería lo que los estudiantes de hoy en día definen con el término técnico de «capullo». Llamó a la puerta trasera haciendo repiquetear el anillo que llevaba en el meñique y esperó, dando saltitos como un boxeador que aguarda a que acaben las presentaciones para entrar en combate. Pensé que los botecitos serían parte del espectáculo. Pero no lo eran.

Un chaval —que muy bien podría haber sido uno de mis alumnos— abrió la puerta. Llevaba un delantal verde de faena y una gorra de béisbol de los Brooklyn Nets girada del revés. En el momento en que asomó, Traje Brillante le dio un puñetazo en la cara.

Joder. ¿De qué iba aquello?

La gorra cayó al suelo, y luego el chaval, que se tapaba la nariz con las manos. Traje Brillante lo agarró por el cabello. Bajó el rostro, lo que me hizo temer que pudiera morderle la nariz ya rota al chico, y se puso a gritarle. Luego se echó atrás y le soltó una patada en las costillas. El chico se retorció de dolor en el suelo.

Vale, ya tenía bastante.

Impulsado por una embriagadora a la vez que peligrosa combinación de miedo e instinto, abrí la puerta del coche. El miedo podía controlarse. Había aprendido a hacerlo durante mis años de portero de discoteca. Cualquiera que tenga un mínimo de humanidad experimenta miedo durante un enfrentamiento físico. Así estamos hechos. La clave es dominarlo, no dejar que te paralice o te debilite. La experiencia ayuda.

—¡Alto! —grité, y luego, siguiendo un arranque instintivo, añadí—: ¡Policía!

Traje Brillante se giró en mi dirección.

Metí la mano en el bolsillo y saqué la cartera. La abrí. No, no tengo ninguna placa, pero él estaba demasiado lejos como para verlo. Le vendería la moto con mi decisión. Me mantuve firme y tranquilo.

El chico volvió arrastrándose hasta la puerta. Se paró a recoger su gorra de los Brooklyn Nets, se la encasquetó con la visera hacia atrás y desapareció en el interior del edificio. No me importaba. Cerré la cartera y me acerqué a Traje Brillante. Él también debía de tener cierta experiencia. No parecía sentirse culpable. No intentó explicarse. Tan solo esperó con paciencia a que me acercara.

—Tengo que hacerte una pregunta —dije—. Si me la respondes, nos olvidamos de todo esto.

—¿Nos olvidamos de qué? —respondió Traje Brillante, sonriendo. Sus dientecitos minúsculos parecían caramelos Tic Tac—. Yo no veo nada que haya que olvidar. ¿Usted sí?

Llevaba el iPhone en la mano, con la foto más clara que tenía de Bob.

—¿Quién es este hombre?

Traje Brillante se la quedó mirando, y me volvió a sonreír.

—Déjeme ver su placa.

Oh, oh. O sea, que no había colado.

—Tú dime...

—Tú no eres poli —dijo Traje Brillante, divertido—. ¿Sabes por qué lo sé?

No respondí. La puerta de la tienda se entreabrió de manera casi imperceptible. Vi que el chico miraba hacia fuera. Cruzamos nuestras miradas y me hizo un gesto de agradecimiento.

—Porque si fueras poli, sabrías quién es ese.

—Pues dime su nombre y...

Traje Brillante se echó la mano al bolsillo. Podía ser que fuera a buscar una pistola. O quizá fuera un cuchillo. O un pañuelo. No podía saberlo. No pregunté. Probablemente no me importara.

Ya tenía bastante.

Sin mediar palabra y sin advertencia previa, le solté un puñetazo en la nariz. Oí el crujido, como si hubiera pisado un escarabajo enorme. El rostro se le cubrió de sangre. A través de la rendija de la puerta, vi que el chico sonreía.

—¿Qué cojo...?

Le di otro puñetazo, apuntando a la nariz, ya definitivamente rota.

—¿Quién es? —pregunté—. ¿Cómo se llama?

Traje Brillante se cubrió la nariz ahuecando las manos como si tuviera en ellas un pajarillo moribundo que quisiera salvar. Le barrí con la pierna, y cayó casi en el mismo punto donde estaba el otro chico un minuto antes. Tras él, la rendija de la puerta desapareció. Supuse que el chico no querría responsabilidades. No se lo podía reprochar. La sangre empezaba a manchar el reluciente traje de mi colega. Seguro que podría limpiársela pasando simplemente un paño, como si fuera plástico. Me agaché, con el puño apretado.

—¿Quién es?

—Desde luego, tío... —La voz de Traje Brillante, ahora más nasal que antes, tenía un tono casi de admiración—. Estás más que muerto.

Eso casi consiguió frenarme un poco.

—¿Quién es? —insistí, y le enseñé el puño otra vez. Alzó la mano en un lastimoso movimiento defensivo, aunque si le hubiera atizado eso no habría detenido mi puñetazo.

—Vale, vale —claudicó—. Danny Zuker. Así se llama el tío con quien te la estás jugando, colega. Danny Zuker.

A diferencia de Otto, Bob no había usado su nombre auténtico.

—Eres hombre muerto, tío.

—Ya te he oído la primera vez —le espeté, pero yo mismo oía el rastro del miedo en mi voz.

—Danny no es de los que perdonan. Ya te digo, estás más que muerto. ¿Me has oído? ¿Te has enterado?

—Sí, que estoy muerto. Ya lo pillo. Túmbate boca abajo. Pon la mejilla contra el suelo.

—¿Por qué?

Volví a mostrarle el puño. Se tendió boca abajo y apoyó en el suelo la mejilla contraria a la que le había dicho. Se lo hice ver, y giró la cabeza hacia el otro lado. Le saqué la cartera del bolsillo de atrás.

—¿Y ahora me robas?

—Cállate.

Comprobé su carné de identidad y leí su nombre en voz alta:

—Edward Locke, de Flushing, aquí mismo, en Nueva York.

—Sí, ¿y qué?

—Pues que ya sé tu nombre. Y dónde vives. ¿Lo ves? A este juego pueden jugar dos.

Chasqueó la lengua.

—¿Qué dices?

—Nadie juega a este juego como Danny Zuker.

Dejé caer la cartera al suelo.

—¿Así que piensas contarle lo de nuestro pequeño altercado? —le pregunté.

—¿Nuestro pequeño alter... qué?

—¿Vas a contarle esto?

Le vi sonriendo a través de la sangre.

—En el momento en que te vayas, colega. ¿Por qué? ¿Quieres amenazarme un poco más?

—No, en absoluto. Creo que deberías contárselo —dije, poniendo mi voz más tranquila—. Pero, bueno..., ¿cómo quedarás?

Con la cara aún contra el suelo, frunció el ceño.

—¿Cómo quedaré yo?

—Sí, tú, Edward Locke, atacado por un tío a quien ni siquiera conoces. Te ha roto la nariz, te ha estropeado este traje tan bonito y... ¿Cómo te has salvado de una paliza mayor? Bueno, cantando como un pajarillo.

—¿Cómo?

—Has vendido a Danny Zuker con solo un par de puñetazos.

—¡Yo no...! ¡En la vida...!

—Me has dado su nombre con solo darte dos puñetazos. ¿Crees que eso impresionará a Danny? Parece que lo conoces bastante bien. ¿Cómo crees que reaccionará cuando le cuentes que le has vendido así?

—¡Yo no le he vendido!

—¿Crees que él lo verá así?

Silencio.

—Tú mismo —proseguí—, pero yo te sugiero esto: si no dices nada, Danny no sabrá lo que ha pasado. No sabrá que la has cagado. No sabrá que alguien te ha sonsacado. No sabrá que le has vendido al segundo puñetazo.

Más silencio.

—¿Nos hemos entendido, Edward?

No respondió, y yo no me molesté en seguir apretándole. Era hora de irse. Dudaba de que Edward pudiera ver la matrícula desde allí —la matrícula del coche de Benedict—, pero no quería arriesgarme.

—Ahora voy a irme. Mantén la cabeza contra el suelo hasta que me vaya y no quedará ni rastro de nuestro encuentro.

—Salvo por mi nariz rota —protestó.

—Eso también se curará. Tú quédate ahí.

Sin quitarle la vista de encima, caminé hacia atrás en dirección al coche. Edward Locke no se movió ni un pelo. Me subí al coche y me alejé de allí. Me sentí bastante satisfecho de mi actuación, aunque paradójicamente no era algo que me enorgulleciera. Volví a Northern Boulevard y pasé de largo frente a la funeraria. No tenía motivo para parar. Ya había revuelto bastante las aguas por el momento. Cuando paré en el siguiente semáforo, eché un vistazo a mi correo electrónico. Bingo. Había un mensaje de la página web que investigaba a las organizaciones de beneficencia. El asunto decía: «Aquí tiene su análisis completo de Fresh Start».

Podía esperar hasta volver a casa, ¿no? O quizá... Abrí bien los ojos. No tardé mucho en encontrar lo que buscaba: dos travesías más allá encontré un lugar llamado Cybercraft Internet Café. Estaba lo suficientemente lejos de la funeraria, aunque no creía que se dedicaran a buscarme por los aparcamientos cercanos.

Aquel local parecía un departamento técnico abarrotado. Había decenas de ordenadores alineados en estrechos cubículos por toda la pared. Todos estaban ocupados. Ninguno de los clientes, aparte de un servidor, debía de tener más de veinte años.

—Vas a tener que esperar un buen rato —me dijo un tipo con aspecto de zángano y con más *piercings* que dientes.

—No pasa nada.

Podía esperar, pero quería volver a casa. Estaba a punto de marcharme cuando un grupo de chavales que debían de estar jugando en línea soltaron un grito, se felicitaron con una serie de complicados juegos de manos, se dieron unas palmadas en la espalda y se levantaron de sus terminales.

—¿Quién ha ganado? —preguntó el zángano cubierto de *piercings*.

—Randy Corwick, tío.

Al zángano eso le gustó.

—Pues a rascarse el bolsillo. —Luego se dirigió a mí—. ¿Cuánto tiempo necesitas el terminal, jefe?

—Diez minutos —contesté.

—Tienes cinco. Ponte en el seis. Está que arde, colega. No lo enfríes con algo SOSO.

Genial. En un momento me conecté y abrí mi correo electrónico. Descargué el informe económico de Fresh Start. Tenía dieciocho páginas. Había un informe de ingresos, gráficas de gastos, de ganancias, de rendimiento, de liquidez, una gráfica de utilidad en relación con la vida útil de activos y equipamientos, algo sobre composición de pasivos, una hoja de balance, algo llamado análisis de comparables...

Yo doy clase de políticas. No entiendo de finanzas ni de contabilidad.

Hacia el final encontré una historia de la organización. En efecto, hacía veinte años la habían fundado tres personas. El profesor Malcolm Hume aparecía como asesor académico, y dos estudiantes aparecían como copresidentes. Uno era Todd Sanderson. El otro era Jedediah Drachman.

Se me heló la sangre. ¿Cuál es el apócope de alguien que se llama Jedediah?

Jed.

Aún no tenía ni idea de qué estaba pasando, pero la clave estaba en Fresh Start.

—Se ha acabado el tiempo, jefe. —Era el zángano—. Me quedará otro terminal libre en quince minutos.

Meneé la cabeza. Pagué el tiempo de conexión y me volví al coche, sin dejar de darle vueltas a todo aquello. ¿Estaba mi mentor implicado de algún modo en aquello? ¿Qué tipo de obras benéficas hacía Fresh Start y por qué implicaban matarme? No lo entendía. Era hora de volver a casa y quizá discutirlo con Benedict. A lo mejor él me daba alguna pista.

Arranqué el coche de Benedict, aún confuso, y me dirigí hacia el oeste por el Northern Boulevard. Antes había introducido la dirección de la Franklin Funeral Home en el GPS, pero para la vuelta supuse que podría seleccionar «Destinos anteriores» y que ahí estaría la casa de Benedict. Así que al llegar al siguiente semáforo en rojo giré el mando y apreté «Destinos anteriores». Quería encontrar la dirección de Benedict en Lanford, en Massachusetts, pero la vista se me quedó clavada en la primera dirección, el último lugar que había visitado Benedict. La dirección no decía: «Lanford, en Massachusetts».

Decía: «Kraftboro, en Vermont».

El mundo se tambaleó bajo mis pies, tembló, se puso a dar vueltas y luego se puso cabeza abajo.

No podía apartar la mirada del GPS. La dirección completa que aparecía era «260 VT-14, Kraftboro, en Vermont». Ya la conocía. La había introducido en mi propio GPS hacía no mucho tiempo.

Era la dirección del refugio Creative Recharge.

Mi mejor amigo había visitado el refugio donde, hacía seis años, se había alojado Natalie. Había visitado el lugar donde se había casado con Todd. Había visitado el lugar donde, más recientemente, Jed y su banda habían intentado matarme.

Pasaron unos segundos, quizá más, sin que pudiera moverme. Me quedé sentado en el coche. La radio estaba puesta, pero no podría decir qué era lo que sonaba. Me sentía como si el mundo hubiera sufrido un apagón global. Tardé un poco en salir de mi estado de estupor, pero, cuando lo hice, caí de golpe en la cuenta de algo que me dejó impactado.

Estaba solo.

Hasta mi mejor amigo me había mentido.

No; peor aún: *seguía* mintiéndome.

Un momento: tenía que haber una respuesta razonable.

Pero ¿cuál? ¿Qué explicación podía haber para que Benedict hubiera introducido esa dirección en su GPS? ¿Qué demonios estaba pasando? ¿En quién podía confiar?

Solo tenía respuesta para aquella última pregunta: en nadie.

Soy un grandullón. Me considero bastante independiente. Pero en aquel momento, en aquel instante, me sentí más pequeño que nunca, sumido en una soledad que me oprimía el estómago.

Sacudí la cabeza. Muy bien, Jake, quítate eso de encima. Ya basta de autocompasión. Es el momento de actuar.

Primero comprobé el resto de las direcciones en el GPS de Benedict. No había nada de interés. Encontré la dirección de su casa, así que la seleccioné para que me diera las indicaciones necesarias. Me puse en marcha. Fui cambiando de emisora de radio, en busca de esa canción perfecta que nunca aparece. No la encontré. Me puse a silbar todas las cancioncillas que iban sonando. No me ayudó. Y si necesitaba algo para acabar de desquiciarme, ahí estaba el ruido infernal de las obras de la carretera 95.

Me pasé la mayor parte del trayecto imaginando la conversación que tendría con Benedict. En realidad ensayé cómo le entraría, qué le diría, qué podía responderme, cómo replicaría yo.

Cuando entré en la calle de Benedict, noté que agarraba el volante con más fuerza. Miré la hora. Le quedaba una hora de seminario, así que no estaría en casa. Bien. Aparqué junto a la casita de invitados y me dirigí hacia su casa. Una vez más

me debatí pensando en qué hacer. Lo cierto era que necesitaba más información. No estaba listo aún para interrogarle. No sabía lo suficiente. El simple axioma de Francis Bacon, que siempre recordábamos a nuestros estudiantes, mantenía toda su vigencia en este caso: «El conocimiento es poder».

Otra voz en mi interior. ¿Sería todo falso? ¿Nuestra amistad sería una mentira?

Pensé en lo que me había susurrado Cookie en aquel bosque a oscuras: «Si no paras, conseguirás que nos maten a todos».

Aquello no quería ser una hipérbole, y sin embargo ahí seguía yo, sin parar, arriesgando «todas» esas vidas sin saber muy bien ni cómo ni por qué. ¿Quiénes eran «todos»? ¿Estaba realmente poniéndolos en peligro? ¿Se suponía que Benedict tenía que vigilarme, o algo así?

Basta. No podía volverme paranoico.

De acuerdo, paso a paso: aún cabía la posibilidad de que hubiera una explicación inocente que justificara el que la dirección de Vermont estuviera en su GPS. No soy el tipo más creativo del mundo. Tengo la costumbre de ver las cosas de forma lineal. Quizá le hubiera dejado el coche a alguna otra persona, por ejemplo. Quizás incluso se lo hubieran robado. Quizás estaba engañándome una vez más.

Metí la llave en la cerradura. ¿Realmente iba a cruzar esa línea? ¿De verdad iba a husmear en la casa de mi mejor amigo?

Ya lo creo.

Entré por la puerta de atrás. Mi apartamento, en el mejor de los casos, podía describirse como funcional. La casa de Benedict parecía el harén de un príncipe del Tercer Mundo. En el salón había decenas de pufs de vivos colores, llamativos tapices colgados de las paredes y finas esculturas africanas en las cuatro esquinas. La decoración era exagerada en muchísimos aspectos, pero yo siempre me había sentido cómodo en aquel lugar. El gran puf amarillo era mi favorito. Había visto muchos partidos de fútbol americano tirado ahí encima. Y había jugado mucho a la Xbox.

Los mandos de la Xbox estaban allí encima. Me los quedé mirando, aunque no creía realmente que la consola pudiera darme mucha información. Me preguntaba qué era lo que estaba buscando. Una pista, suponía. Algo que me dijera por qué podía haber ido Benedict a esa granja, retiro, guarida de secuestradores o lo que fuese que había en Kraftboro, en Vermont. ¿Qué tipo de pista? No tenía ni la menor idea.

Empecé a abrir cajones. Busqué primero en los de la cocina. Nada. Luego pasé al dormitorio de invitados. Nada. Busqué en el vestidor y en la mesa de trabajo del salón. Tampoco. Fui a la habitación y probé allí. Nada. Benedict tenía un escritorio con un ordenador encima. Miré en los cajones de debajo. Nada.

Encontré un archivador. Había facturas. Había ejercicios de sus alumnos. Había horarios de clase. En cuanto a documentos personales... —por favor, un redoble de tambor—, nada.

Nada en absoluto.

Pensé en ello. ¿Quién no tiene nada personal en su casa? Por otra parte, ¿qué

encontrarían en mi casa si me la registraran? Algo más que todo aquello, desde luego. Habría fotos viejas, cartas personales, algo que hablara de mi pasado.

Benedict no tenía nada de eso. ¿Qué quería decir?

Seguí mirando. Esperaba encontrar algo que vinculara a Benedict con el refugio Creative Recharge, con Vermont o con lo que fuera. Me senté en la silla de su escritorio. Benedict es mucho más pequeño que yo, así que las rodillas no me cabían bajo la mesa. Me acerqué y apreté una tecla del ordenador. La pantalla se iluminó. Al igual que la mayoría de la gente, Benedict no había apagado el ordenador. De pronto me di cuenta de lo anticuada que había sido mi búsqueda. Ya nadie guarda secretos en los cajones.

Se guardan en el ordenador.

Abrí el Microsoft Office y busqué los documentos más recientes. El primero de la lista era un documento de Word llamado VBMWXY.doc. Vaya un nombre más extraño. Hice clic encima.

El archivo no se abría. Estaba protegido por una contraseña.

Vaya.

No tenía sentido intentar adivinar la contraseña. No tenía ninguna pista. Intenté pensar en alguna solución alternativa. No se me ocurrió nada. El resto de los archivos del menú «Reciente» eran cartas de recomendación para alumnos. Dos eran para facultades de medicina, dos para facultades de derecho, y una para una facultad de empresariales.

Así pues, ¿qué habría en el documento protegido?

Ni idea. Apreté el icono del correo, en la parte baja de la pantalla. También requería la introducción de una contraseña. Fisgué por el escritorio, en busca de algún papel suelto con la contraseña escrita —mucha gente la deja así—, pero no encontré nada. Otro callejón sin salida.

¿Y ahora, qué?

Abrí su navegador de internet. Apareció la página de noticias de Yahoo! Ahí no había gran cosa. Abrí el historial y por fin encontré algo más o menos satisfactorio. Benedict había estado en Facebook no hacía mucho. Apreté el enlace. Apareció el perfil de un hombre llamado John Smith, nada menos. John Smith no tenía fotografía. No tenía amigos. No tenía mensajes de estado. Su dirección decía simplemente Nueva York.

Desde su ordenador había iniciado sesión en un perfil de Facebook a nombre de John Smith.

Humm. Pensé en ello. Era una cuenta falsa. Conozco a mucha gente que las tiene. Un amigo mío usa un servicio de música a través de Facebook, pero todos sus amigos podían ver cada canción que escuchaba, así que se creó una cuenta falsa. Ahora nadie ve cuáles son las canciones que le gustan.

El hecho de que Benedict tuviera una cuenta falsa no significaba nada. Lo más interesante, en cambio, era que, al introducir su nombre en el motor de búsqueda, no

resultaba que Benedict Edwards tuviera ninguna cuenta de Facebook. Había otros dos Benedict Edwards en el directorio de Facebook, pero uno era un músico de Oklahoma City y el otro un bailarín de Tampa, en Florida. Ninguno de ellos era mi Benedict Edwards.

Una vez más: ¿y qué? Mucha gente no tiene cuenta de Facebook. Yo tenía una, pero no la usaba casi nunca. Mi foto de perfil era la de la memoria del curso de la universidad. Aceptaba amigos quizás una vez por semana. Tendría unos cincuenta. En principio, me había apuntado porque la gente me enviaba enlaces a fotografías y cosas así que solo podía ver abriéndome una cuenta de Facebook. Aparte de para eso, las redes sociales en general me resultaban muy poco atractivas.

Así que quizá fuera eso lo que había hecho Benedict. Estábamos en muchas listas de correo comunes. Probablemente se hubiera abierto la cuenta falsa para poder acceder a enlaces de Facebook.

Pero cuando seguí repasando su historial, aquella teoría implosionó de manera espontánea. El siguiente enlace era a la página de Facebook de un tipo llamado Kevin Backus. Hice clic en el enlace. Durante un segundo pensé que debía tratarse de otra cuenta falsa de Benedict, y que Kevin Backus no sería más que un seudónimo. Pero no era el caso. Kevin Backus era un tipo normal y corriente. En su foto de perfil llevaba gafas de sol y posaba con el pulgar levantado. Al verla fruncí el ceño.

Me estrujé el cerebro. Kevin Backus. No me sonaban ni su nombre ni su cara.

Seleccioné la página de datos personales. Estaba en blanco. No daba su dirección personal, estudios, ocupación... Nada de eso. Lo único que había rellenado era que tenía «una relación». Por lo que decía allí, con una mujer llamada Marie-Anne Cantin.

Me froté la barbilla. Marie-Anne Cantin. Aquel nombre tampoco me decía nada. ¿Por qué habría visitado Benedict la página de ese tal Kevin Backus? No lo sabía, pero sospechaba que sería algo muy importante. Podía buscarlo en Google. Volví a mirar el nombre de Marie-Anne Cantin. Estaba en azul, lo que significaba que ella también tenía un perfil. Solo tenía que hacer clic sobre su nombre.

Y eso hice.

Cuando apareció su página —cuando vi la fotografía de perfil de Marie-Anne Cantin—, reconocí su rostro casi de inmediato.

Benedict llevaba su foto en la cartera.

¡Vaya! Tragué saliva y tardé un momento en recuperar el aliento. Ahora lo entendía. Casi podía sentir el dolor de Benedict. Yo había perdido al gran amor de mi vida. Y parecía que Benedict también. Desde luego, Marie-Anne Cantin era una mujer imponente. Yo la describiría como una afroamericana de pómulos prominentes, solo que, al mirar su perfil de manera más detallada, vi que eso era impreciso.

No era afroamericana. Era, simplemente, africana. Marie-Anne Cantin, según su página de Facebook, vivía en Ghana.

Aquel dato no dejaba de ser interesante, aunque no era cosa mía. En algún

momento de su vida, Benedict había conocido a esa mujer. Se había enamorado de ella. Y aún pensaba en ella. ¿Qué tendría que ver aquello con su visita a Kraftboro, en Vermont?

Un momento.

¿No me había enamorado yo también de una mujer? ¿No seguía yo también pensando en ella? Y yo también había estado en Kraftboro, en Vermont.

¿Sería ese Kevin Backus el Todd Sanderson de Benedict?

Fruncí el ceño una vez más. Tenía la impresión de estar saliéndome del guion. Aquello no estaba bien. Pero, por mal que estuviera, tenía que investigarlo. Marie-Anne Cantin era la única pista de que disponía. Seleccioné el enlace a sus datos personales. Impresionante. Había estudiado económicas en Oxford y se había licenciado en derecho en Harvard. Era asesora legal para las Naciones Unidas. Era de Accra, la capital de Ghana, y vivía allí. Como ya sabía, tenía «una relación» con Kevin Backus.

¿Y ahora, qué?

Hice clic en sus fotos, pero eran privadas. No había modo de verlas. Se me ocurrió una idea. Marqué la flecha de retroceso hasta volver a la página de Kevin Backus. Sus fotografías no eran privadas. Podía verlas todas. Muy bien. Me puse a ojearlas. No sé por qué. No sé qué esperaba encontrar.

Kevin Backus tenía sus fotos en diversos álbumes. Empecé por uno titulado, sencillamente, «Momentos felices». Había veinte o veinticinco fotos de mi amigo Kevin y de su media naranja, Marie-Anne, o de Marie-Anne sola, sin duda fotografiada por Kevin. Parecían felices. Sí, como suena: Marie-Anne parecía feliz. Parecía tremendamente feliz. Me imaginé a Benedict ahí sentado, repasando aquellas fotografías de la mujer que amaba con aquel tal Kevin. Me imaginaba el vaso de *whisky* en su mano. La habitación cada vez más oscura. La luz azul de la pantalla reflejada en las enormes gafas de Hombre Hormiga de Benedict. Una lágrima solitaria que le caía por la mejilla.

¿Exagero?

Facebook es ideal para que los exámenes se torturen al tenerlos bien informados. Ya no puedes escapar de tus antiguas parejas. Así que eso era lo que hacía Benedict por la noche: atormentarse. Por supuesto, no podía tener la certeza absoluta, pero estaba bastante seguro de que así era. Recordaba aquella noche de borrachera en el bar, cómo sacó aquella fotografía arrugada de Marie-Anne. Aún recordaba la agonía de sus palabras bañadas en alcohol:

—La única mujer a la que querré nunca.

Pobre Benedict.

Sí, pobre, quizá, pero yo seguía sin tener ni idea de qué significaba todo aquello o de si tenía que ver con la reciente visita de Benedict a Vermont. Seleccioné unos cuantos álbumes más. Había uno titulado «Familia». Kevin tenía dos hermanos y una hermana. Su madre aparecía en varias fotografías. Ni rastro de su padre. Había un

álbum llamado «Cataratas Kintampo», y otro que decía «Parque nacional de Mole». La mayoría de las fotografías eran imágenes de un entorno natural, con una fauna y flora estupendas.

El último álbum llevaba por título «Graduación en Oxford». Curioso. Ahí es donde había estudiado económicas Marie-Anne Cantin. ¿Habrían estudiado juntos Kevin y Marie-Anne? ¿Se habrían enrollado en la universidad? Lo dudaba. Me parecía demasiado tiempo para «una relación». Pero todo podía ser.

Las fotografías de este álbum eran considerablemente más antiguas. A juzgar por los peinados, la ropa y el rostro de Kevin, yo diría que tenían al menos quince o veinte años. Habría apostado a que aquellas fotos eran anteriores a las cámaras digitales. Tal vez Kevin las hubiera escaneado. Fui pasando las fotos en miniatura, sin muchas esperanzas de encontrar algo interesante, cuando una fotografía de la segunda fila me hizo reaccionar.

Me temblaba la mano. Agarré el ratón, conseguí colocar el cursor sobre la imagen y apreté el botón. La fotografía se hizo más grande. Era una foto de grupo. Ocho personas, todas con las togas de graduación, sonreían a la cámara. Reconocí a Kevin Backus. Estaba en el extremo derecho, junto a una mujer a quien no reconocí. Su lenguaje corporal sugería que eran pareja. De hecho, tras un examen más detenido, resultaba bastante evidente que era la foto de cuatro parejas el día de su graduación. No podía estar seguro de ello, claro. También podía ser que se hubieran colocado intercalados, chico-chica, por casualidad, pero no me daba esa impresión.

La vista se me fue de inmediato a la mujer de la izquierda. Era Marie-Anne Cantin. Lucía una sonrisa arrebatadora, absolutamente irresistible. Era una sonrisa capaz de volver a un hombre del revés. Cualquiera querría ver aquella sonrisa a diario y ser la causa de su existencia. Cualquiera la querría para sí, en exclusividad.

Lo entiendo, Benedict. De verdad, lo entiendo.

Marie-Anne miraba con devoción a un hombre a quien no reconocí.

Al menos, al principio.

También era africano, o afroamericano. Llevaba la cabeza rapada. No tenía bigote ni barba. No llevaba gafas. Por eso no lo reconocí en un principio. Por eso, por mucho que mirara, no podía tener la certeza absoluta. Solo que era lo único que tenía sentido.

Benedict.

Solo había dos problemas. El primero, que Benedict no se había licenciado en la Universidad de Oxford. Y el segundo, que el nombre que aparecía al pie de la foto no era Benedict Edwards, sino Jamal W. Langston.

¿Y eso?

A lo mejor no era Benedict. A lo mejor Jamal W. Langston simplemente se parecía a Benedict.

Fruncí el ceño. Sí, claro, seguro. Y quizá Benedict siguiera enamorado de una mujer que mucho tiempo antes había salido con un hombre clavado a él.

Menuda bobada.

Pero si no, ¿cuál era la alternativa? Lo evidente: que Benedict Edwards era, en realidad, Jamal W. Langston.

No lo entendía. O quizá sí. A lo mejor las piezas empezaban a acercarse al fin, por no decir que a encajar. Busqué a Jamal W. Langston en Google. El primer resultado me dirigía a un periódico llamado *Statesman*. Según el enlace, era «el periódico generalista más antiguo de Ghana, fundado en 1949».

Abrí el artículo. Cuando vi lo que era —al leer el titular—, casi se me escapó un grito y, sin embargo, al mismo tiempo, algunas de las piezas del rompecabezas empezaron a encajar.

Era la necrológica de Jamal W. Langston.

¿Cómo podía ser...? Comencé a leer, con los ojos cada vez más abiertos mientras el rompecabezas empezaba a resolverse muy lentamente.

A mis espaldas, una voz fatigada me hizo estremecer:

—Desde luego, colega... Ojalá no hubieras visto eso.

Me giré lentamente y me encontré a Benedict con una pistola en la mano.

Si hubiera podido hacer una lista con los muchos momentos surrealistas que estaba experimentando en aquellos últimos días, seguro que encontrarme con mi mejor amigo apuntándome con una pistola habría ascendido de golpe al primer puesto. Sacudí la cabeza. ¿Cómo podía ser que no hubiera visto ni notado nada? Sus gafas, con aquella montura, eran más que ridículas. Y aquel peinado casi hacía cuestionarse su estado de cordura, o su continuo espaciotiempo personal.

Benedict estaba ahí de pie, vestido con un cuello cisne verde, pantalones de pana beis y una chaqueta de *tweed*..., y con una pistola en la mano. Casi me daban ganas de reír. Tenía un millón de preguntas para él, pero empecé por la que me había estado haciendo desde el principio.

—¿Dónde está Natalie?

Si le sorprendió la pregunta, su rostro no lo delató.

—No lo sé.

—¿Vas a pegarme un tiro? —pregunté, mientras señalaba la pistola que llevaba en la mano.

—Hice una promesa —respondió—. Lo juré.

—¿Matarme?

—Matar a cualquiera que desvelara mi secreto.

—¿Incluso a tu presunto mejor amigo?

—Incluso.

Asentí.

—Ya lo pilló, ¿sabes?

—¿Qué es lo que pillas?

—Jamal W. Langston —dije, y señalé hacia la pantalla—. Era un fiscal embarcado en una cruzada personal. Se enfrentó a los mortíferos cárteles de la droga de Ghana sin preocuparse por su propia seguridad. Los derrotó en un tiempo en que nadie se atrevía a hacerlo. Ese hombre murió convertido en un héroe.

Esperaba que dijera algo. No lo hizo.

—Un tipo valiente —añadí.

—Un inconsciente —me corrigió Benedict.

—Los cárteles juraron venganza y, según el artículo, la consiguieron. Jamal W. Langston murió. Quemado vivo. Pero no fue así, ¿verdad?

—Depende.

—¿De qué depende?

—No. A Jamal no lo quemaron vivo. Pero los cárteles se cobraron su venganza.

Era, literalmente, como si me cayera el velo que tenía frente a los ojos. Bueno, no, más bien era como si mirara por un objetivo y la cámara fuera enfocando. La masa confusa a lo lejos iba perfilándose. Poco a poco, momento a momento, la trama iba adquiriendo forma. Natalie, el refugio, nuestra ruptura repentina, la boda, la

policía de Nueva York, aquel fotograma de circuito cerrado, el misterioso correo electrónico que me había mandado, la promesa que me había obligado a hacer seis años atrás... Todo iba encajando.

—Fingiste tu propia muerte para salvar a esta mujer, ¿no?

—A ella —dijo— y a mí también, supongo.

—Pero sobre todo a ella.

Benedict —¿o debería llamarle Jamal?— no respondió. En lugar de eso se acercó a la pantalla del ordenador. Con los ojos húmedos, extendió un dedo y tocó suavemente el rostro de Marie-Anne.

—¿Quién es? —le pregunté.

—Mi esposa.

—¿Sabe lo que has hecho?

—No.

—Un momento —dije, atónito—. ¿Ella también cree que estás muerto?

Asintió.

—Esas son las normas. Es parte del juramento que hacemos. Es el único modo de asegurar la seguridad de todos.

Pensé otra vez en él, ahí sentado, mirando aquella página de Facebook, todas aquellas fotografías, el estatus de ella, sus actualizaciones..., como la de que tenía «una relación» con otro hombre.

—¿Quién es Kevin Backus? —le pregunté.

Benedict esbozó algo parecido a una sonrisa.

—Kevin es un viejo amigo. Esperó mucho su oportunidad. No pasa nada. No quiero que esté sola. Es un buen hombre.

Incluso el silencio se me clavaba en el corazón.

—¿Vas a contarme qué es lo que está pasando? —le pregunté.

—No hay nada que contar.

—Yo creo que sí.

—Ya te lo he dicho —dijo, meneando la cabeza—. No sé dónde está Natalie. No la he visto en la vida. Nunca he oído su nombre, más que a través de ti.

—Eso me cuesta creerlo.

—Pues lo siento. —Aún tenía la pistola en la mano—. ¿Qué es lo que te ha hecho sospechar de mí?

—El GPS de tu coche. Indicaba que habías ido al refugio de Kraftboro, en Vermont.

—Qué tonto —dijo él, con una mueca.

—¿Para qué fuiste hasta allí?

—¿Tú qué crees?

—No lo sé.

—Estaba intentando salvarte la vida. Llegué a la granja de Jed justo después de los polis. Pero, según parece, no necesitabas mi ayuda.

Ahora lo recordaba: aquel coche que llegó a la casa justo después de que los polis encontraran mi teléfono enterrado.

—¿Vas a pegarme un tiro?

—Deberías haber escuchado a Cookie.

—No podía. Tú, precisamente, deberías entenderme mejor que nadie.

—¿Yo? —respondió, con un tono casi furioso en la voz—. ¿Has perdido el juicio? Tú mismo lo has dicho: hice todo esto para proteger a la mujer a quien amaba. Pero... ¿tú? Tú estás intentando que la maten.

—¿Vas a pegarme un tiro o no?

—Quiero que lo entiendas.

—Creo que lo entiendo. Ya he visto que trabajabas como fiscal. Metiste a mucha mala gente entre rejas. Y ellos intentaron vengarse de ti.

—No solo lo intentaron —susurró mientras miraba la foto de Marie-Anne—. Se la llevaron. Incluso..., incluso le hicieron daño.

—Oh, no —dije yo. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Era una advertencia. Conseguí recuperarla. Pero entonces supe que los dos teníamos que desaparecer.

—¿Y por qué no lo hicisteis?

—Nos habrían encontrado. El cártel de Ghana trafica para los latinoamericanos. Sus tentáculos llegan a todas partes. Allá donde fuéramos, nos encontrarían. Pensé en fingir la muerte de ambos, pero...

—¿Pero qué?

—Pero Malcolm dijo que no se lo tragarían.

Tragué saliva.

—¿Malcolm Hume?

Asintió.

—Fresh Start tenía gente en la región. Oyeron hablar de mí. El profesor Hume se puso al frente de mi caso. Pero se saltó el protocolo. Me envió aquí porque pensó que podía ser útil como profesor y, en caso necesario, para ayudar a otros.

—¿Quieres decir a alguien como Natalie?

—Yo de eso no sé nada.

—Sí, sí que sabes.

—Todo está muy compartimentado. Hay diferentes personas encargadas de diferentes aspectos y diferentes miembros de la organización. Yo solo trabajaba con Malcolm. Estuve un tiempo en aquel centro de formación de Vermont, pero hasta hace unos días no supe de Todd Sanderson, por ejemplo.

—Así que nuestra amistad..., ¿era parte de tu trabajo? ¿Se suponía que tenías que tenerme vigilado?

—No. ¿Por qué íbamos a tenerte vigilado?

—Por Natalie.

—Ya te lo he dicho. No la conozco. No sé nada de su caso.

—Pero ella tiene su propio caso, ¿no?

—No lo entiendes. No lo sé. —Meneó la cabeza—. Nadie me ha hablado nunca de tu Natalie.

—Pero tiene sentido, ¿no? Eso me lo concederás...

No respondió.

—Tú no lo has llamado refugio —proseguí—. Lo has llamado centro de formación. La verdad es que es brillante: disfrazarlo de una especie de refugio de artistas, en una zona tan remota. ¿Quién iba a sospechar?

—Ya he hablado demasiado. Eso no es importante.

—Y una mierda, claro que lo es. Fresh Start. Un nuevo inicio. Por el nombre ya tenía que haberlo sospechado. Eso es lo que hacen. Le dan un nuevo inicio a la gente que lo necesita. Un cártel de la droga quería verte muerto. Así que te salvaron la vida. Te dieron un nuevo inicio. No sé qué supone eso: documentos de identidad falsos, supongo. Un motivo plausible para justificar la desaparición de alguien. En tu caso, un cadáver. O quizá sobornasteis a algún forense o a algún poli, no sé. Quizá cierta formación sobre cómo comportarse, aprender un idioma o un nuevo acento, quizás un disfraz como el tuyo. Por cierto, ¿no puedes quitarte ya esas gafas tan ridículas?

—No puedo —respondió, casi sonriendo—. Antes llevaba lentillas.

Sacudí la cabeza.

—Así que, hace seis años, Natalie está en este centro de formación. Aún no sé por qué. Supongo que tendría algo que ver con aquella grabación de circuito cerrado de la que sacaron la foto que me enseñó la policía. A lo mejor cometió un crimen, pero yo sospecho más bien que fue testigo de algo. De algo gordo.

Paré. Algo fallaba, pero seguí adelante.

—Nos conocimos. Nos enamoramos. Eso seguramente haría arrugar la nariz a más de uno, no sé. Cuando iniciamos nuestra relación ella estaba allí por otro motivo. No sé muy bien qué sucedió exactamente, pero de pronto Natalie tenía que desaparecer. Enseguida. Si hubiera querido que fuera con ella, ¿cómo habría reaccionado tu organización?

—No muy bien.

—Exacto. Como tú y Marie-Anne. —Ya casi no tenía que pensar mis palabras; las piezas iban encajando solas—. Pero Natalie también me conocía. Sabía lo que sentía por ella. Sabía que, si rompía conmigo sin más, no me lo tragaría. Sabía que si desaparecía de pronto, si se desvanecía en la nada, la seguiría hasta el fin del mundo. Que no me rendiría.

Benedict se limitó a mirarme fijamente, sin decir una palabra.

—¿Y qué pasa después? —proseguí—. Supongo que tu organización podría haber fingido su muerte, pero en su caso no se lo creería nadie. Sin pruebas firmes, gente como Danny Zuker o la policía de Nueva York no se tragarían que estaba muerta. Tendrían que ver el cadáver y analizar su ADN... Bueno, no sé. El caso es que no colaría. Así que fingió aquella boda falsa. En muchos sentidos era perfecto. Eso me

convencería y, al mismo tiempo, convencería a su hermana y a sus amigos íntimos. Muchos pájaros de un tiro. Me dijo que Todd era un exnovio que había reaparecido y que de pronto había decidido que era el amor de su vida. Eso era mucho más creíble que si hubiera sido un tipo a quien acababa de conocer. Pero cuando le pregunté a Julie por él, me dijo que nunca habían coincidido. Ella pensaba que había sido un flechazo. En cualquier caso, aunque a todos nos pareciera raro, ¿qué podíamos hacer? Natalie estaba casada y había desaparecido.

Le miré a la cara.

—¿Me equivoco, Benedict? ¿O Jamal? ¿O comoquiera que te llames? ¿Al menos me acerco?

—No lo sé. No te miento. No sé nada de Natalie.

—¿Vas a pegarme un tiro?

Aún tenía la pistola en la mano.

—No, Jake. Creo que no.

—¿Por qué no? ¿Qué hay de tu precioso juramento?

—El juramento es de verdad. No tienes ni idea de hasta qué punto. —Metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita, como el pastillero que solía usar mi abuela para guardar las pastillas.

—¿Qué llevas ahí?

La abrió. Dentro solo había una cápsula negra y amarilla.

—Cianuro —dijo, sin más, y un frío glacial inundó la habitación—. Quienquiera que matara a Todd Sanderson, bueno, debió de pillarle desprevenido, antes de que tuviera tiempo de metérsela en la boca. —Dio un paso y se acercó a mí—. Ahora lo ves, ¿no? ¿Ves por qué te pidió Natalie que se lo prometieras?

Me quedé allí de pie, incapaz de moverme.

—Si la encuentras, la matas. Así de sencillo. Si la organización se ve comprometida, morirá mucha gente. Buena gente. Gente como tu Natalie o mi Marie-Anne. Gente como tú y yo. ¿Lo entiendes ahora? ¿Entiendes por qué tienes que olvidarte de todo esto?

Lo entendía. Aun así, aquella situación me sacaba de mis casillas.

—Tiene que haber otra salida.

—No la hay.

—Ni siquiera lo has pensado.

—Sí que lo he pensado —dijo, con la voz más suave que he oído nunca—. Más veces de lo que te imaginas. Durante años y años. No tienes ni idea.

Volvió a meter el pastillero en el bolsillo.

—Sabes que lo que digo es cierto, Jake. Eres mi mejor amigo. A excepción de la mujer a quien nunca volveré a ver ni a tocar, eres la persona más importante de mi vida. Por favor, Jake. Por favor, no me obligues a matarte.

Casi me convenció.

El caso es que me había tenido convencido durante mucho tiempo. A primera vista, Benedict —insistió en que le llamara siempre así, que no me pillaran nunca en un renuncio— parecía tener toda la razón. Más valía que me retirara.

No conozco todos los detalles, por supuesto. No tenía toda la información del trato firmado con Fresh Start. No tenía la seguridad de que Natalie se hubiera esfumado, ni de adónde se había ido. Lo cierto es que ni siquiera sabía si estaba viva. El Departamento de Policía de Nueva York sospechaba que estaba muerta. Yo no sabía por qué, pero probablemente suponían que si unos tipos como Danny Zuker y Otto Devereaux te quieren muerto, alguien como Natalie no sobrevive y se mantiene apartada de todo seis años.

Había más cosas que yo no sabía. No sabía cómo funcionaba Fresh Start, ni el centro de formación disfrazado de refugio para artistas, ni sabía nada de Jed, o Cookie, o del papel que jugaba cada uno en aquella organización. No sabía a cuánta gente habían ayudado a desaparecer ni cuándo habían empezado, aunque, según aquel informe relativo a oenegés, todo había empezado hacía veinte años, cuando Todd Sanderson era estudiante. Tal vez pudiera construirme una casa perfectamente equipada con todo lo que no sabía. Lo que importaba, claro, era que nuestras vidas corrieran peligro. Comprendía lo del juramento. Comprendía que los que hacían un sacrificio tan grande y corrían un riesgo tan grande fueran capaces de matar para protegerse a sí mismos y a sus seres queridos.

También me reconfortaba muchísimo saber que mi relación con Natalie no había sido mentira, que al parecer había sacrificado el amor más profundo que yo había conocido nunca para salvarnos la vida a los dos. Pero saber aquello, y a la vez sentir que no podía hacer nada al respecto, era como tener un agujero que me atravesara el corazón. El dolor volvía a estar ahí, diferente quizás, pero aún más intenso.

¿Cómo podía combatirlo? Sí, lo habéis adivinado. Benedict y yo nos fuimos al Library Bar. Esta vez no fingimos que los brazos de una extraña podían ayudarnos. Sabíamos que solo unos amigos como Jack Daniel's o Ketel One podían combatir o al menos emborronar aquella sensación desgarradora.

Nuestra amistad con Jack y Ketel estaba más que consolidada cuando le hice una sencilla pregunta:

—¿Por qué no puedo estar con ella?

Benedict no respondió. De pronto parecía fascinado por algo que había en el fondo de su vaso. Esperaba que lo dejara pasar. No lo hice.

—¿Por qué no puedo desaparecer yo también y vivir con ella, solos los dos?

—Porque no.

—¿Por qué no? ¿Cuántos años tenemos? ¿Cinco?

—¿Estarías dispuesto a hacerlo, Jake? ¿Dejar la enseñanza, tu vida aquí, todo?

—Sí —respondí, sin vacilar—. Claro que estaría dispuesto.

Benedict volvió a fijar la vista en su copa.

—Sí, ya lo pillo —dijo, con una infinita tristeza en la voz.

—¿Y bien?

Benedict cerró los ojos.

—Lo siento, no puedes.

—¿Por qué no?

—Por dos motivos —dijo—. El primero, porque no se hace así. No forma parte de nuestro protocolo, de cómo compartimentamos los procesos. Es demasiado peligroso.

—Pero podría hacerlo —insistí, percibiendo el tono lastimero de mi voz pastosa—. Han pasado seis años. Puedo decir que me mudo a otro país, o...

—Estás levantando demasiado la voz.

—Lo siento.

—¿Jake?

—¿Qué?

—Es la última vez que hablamos de esto —dijo, mirándome muy fijamente a los ojos—. De cualquier cosa relacionada con esto. Sé lo duro que es, pero tienes que prometerme que no volverás a sacar el tema. ¿Lo entiendes?

No respondí directamente.

—Has dicho que había dos motivos por los que no podía estar con ella.

—Sí.

—¿Cuál es el segundo?

Bajó la vista y se liquidó la copa de un trago enorme. Contuvo el licor en la boca y le hizo un gesto al camarero para que le pusiera otra. El camarero frunció el ceño. Le habíamos tenido muy entretenido toda la noche.

—¿Benedict?

Levantó el vaso e intentó apurar las últimas gotas. Luego dijo:

—Nadie sabe dónde está Natalie.

Hice una mueca, extrañado.

—Entiendo el secretismo, pero...

—No es secretismo —dijo, mirando con impaciencia al camarero—. Nadie sabe dónde está.

—Venga, hombre. Alguien tiene que saberlo.

Sacudió la cabeza.

—Es parte del juego. Lo que nos salva. Eso es lo que está manteniendo viva a la gente, ahora mismo. O eso espero. A Todd lo torturaron. Eso lo sabes, ¿no? Quizá soltara algo (lo del refugio de Vermont, la identidad de alguno de los miembros) pero ni siquiera él sabía adónde van a parar cuando se les da su —hizo el gesto de las comillas en el aire— «nuevo inicio».

—Pero ellos saben quién eres tú.

—Solo lo sabe Malcolm. Yo era la excepción porque venía de otro país. Al resto, Fresh Start les buscaba un sitio. Se les dan las herramientas. Luego, por el bien y la seguridad de todos, se ponen en marcha por su cuenta y no le dicen a nadie dónde acaban. A eso me refería con lo de la compartimentación. Todos sabemos lo justo, nada más.

Nadie sabía dónde estaba Natalie. Intenté asimilarlo. No podía. Natalie corría peligro, y yo no podía hacer nada para evitarlo. Natalie estaba por ahí sola, y yo no podía estar con ella.

Benedict cerró la boca. Me había explicado todo lo que estaba dispuesto a contar. Eso lo tenía claro. Cuando salimos del bar y volví a paso incierto a la casita, me prometí que haría lo que debía. Me retiraría. Lo dejaría. Podía gestionar aquel dolor —lo había aguantado, en otras formas, durante seis años— a cambio de la seguridad de la mujer que amaba.

Podía vivir sin Natalie, pero me moriría si hiciera algo que la pusiera en peligro. Me lo habían advertido en repetidas ocasiones. Era hora de hacerles caso.

Estaba fuera.

Eso era lo que me decía mientras entraba haciendo eses en la casa de invitados. Eso era lo que tenía pensado hacer al hundir la cabeza en la almohada y cerrar los ojos. Eso era lo que creía firmemente al darme la vuelta y ver cómo giraba el techo por efecto del alcohol. Eso era lo cierto, y estaba convencido, hasta las 6.18 de la mañana —según el despertador digital de la mesilla—, cuando recordé algo que casi se me había olvidado:

El padre de Natalie.

Levanté el cuerpo y me quedé sentado en la cama, de pronto rígido.

Seguía sin saber qué había sido del profesor Aaron Kleiner.

Quedaba la posibilidad de que Julie Pottham tuviera razón, claro, que su padre hubiera huido con una alumna y que se hubiera vuelto a casar, pero si ese era el caso, Shanta le habría encontrado sin más. No, había desaparecido.

Igual que su hija Natalie, veintitantos años más tarde.

Quizás había una explicación sencilla. Quizá Fresh Start también le hubiera ayudado a él. Pero no, Fresh Start no tenía más que veinte años de vida. ¿Podría ser que la desaparición del profesor Kleiner hubiera sido una acción precursora de la organización? Malcolm Hume conocía al padre de Natalie. De hecho, la madre de Natalie había ido a hablar con él cuando Aaron Kleiner abandonó a la familia. Así que quizá mi mentor le ayudara a desaparecer y luego, años más tarde, formara un grupo disfrazado de organización de benéfica para ayudar a otros como él.

Quizá.

Solo que... ¿Veinte años más tarde, su hija también tiene que desaparecer de pronto? ¿Qué sentido tenía?

No tenía sentido.

¿Y por qué me iba a enseñar la policía de Nueva York un fotograma de una

cámara de vigilancia de hacía seis años? ¿Qué relación guardaba aquello con el padre de Natalie? ¿Y Danny Zuker y Otto Devereaux? ¿Qué relación podía guardar todo lo que estaba sucediendo últimamente alrededor de Natalie con su padre, que había desaparecido veinticinco años antes?

Buenas preguntas.

Me levanté de la cama y me planteé cuál sería mi próximo movimiento. Pero ¿qué próximo movimiento? Le había prometido a Benedict que me mantendría apartado de todo aquello. Es más, había entendido claramente el peligro que suponía seguir con aquella investigación no solo para mí, sino también para la mujer a quien amaba. Natalie había decidido desaparecer. Tanto si era para protegerse a ella como si intentaba protegerme a mí, o a los dos, no solo tenía que respetar sus deseos, sino también su sensatez. Había analizado la situación con más conocimiento de causa que yo, había sopesado los pros y los contras y había decidido que tenía que desaparecer.

¿Quién era yo para enredarlo todo?

Así que una vez más, cuando estaba a punto de dejarlo estar, de resignarme a vivir con esta frustración horrible pero necesaria, llegó aquella nueva idea, golpeándome con fuerza, haciéndome trastabillar. Me quedé absolutamente inmóvil, dándole vueltas, analizándola desde todos los ángulos posibles. Sí, ahí estaba, algo que todos habíamos pasado por alto. Algo que cambiaba la propia naturaleza de lo que Benedict me había convencido para que hiciera.

Benedict estaba a punto de irse a la facultad cuando yo salí corriendo. Al ver la expresión en mi rostro, se quedó de piedra.

—¿Qué pasa?

—No puedo dejarlo.

Suspiró.

—Ya hemos hablado de eso.

—Lo sé. Pero hemos pasado algo por alto.

Miró a un lado y al otro, como si tuviera miedo de que alguien pudiera estar escuchando.

—Jake, me prometiste...

—Esto no ha empezado conmigo.

—¿El qué?

—Este nuevo peligro. El que la policía se ponga a hacer preguntas. Otto Devereaux y Danny Zuker. El acoso a Fresh Start. No ha empezado conmigo. No lo he empezado yo al intentar buscar a Natalie. No es así como ha empezado.

—No entiendo de qué estás hablando.

—El asesinato de Todd —dije—. Eso es lo que hizo que yo me implicara. Vosotros pensáis que soy yo quien ha metido las narices en vuestro grupo. No es así. Antes ya había alguien que lo sabía. Alguien descubrió a Todd, lo torturó y lo mató. Eso fue lo que hizo que yo entrara en el juego cuando vi la necrológica de Todd.

—Eso no cambia nada.

—Claro que sí. Si Natalie estuviera escondida en algún lugar seguro, sí, vale, lo entiendo: debería dejarla en paz. ¿Pero no lo ves? Está en peligro. Alguien sabe que no es cierto que se casara y empezara una nueva vida en otro país. Alguien que llegó hasta el punto de matar a Todd. Alguien la está buscando... y Natalie ni siquiera lo sabe.

Benedict se frotó la barbilla.

—Están buscándola —añadí—. No puedo echarme atrás sin más. ¿No lo ves?

—No, no lo veo —respondió, meneando la cabeza. Su voz era la de un hombre fatigado, quebrantado y extenuado—. No sé qué es lo que puedes hacer tú, más que conseguir que la maten. Escúchame, Jake, entiendo lo que dices, pero ya hemos cerrado todas las compuertas. Hemos protegido el grupo. Todo el mundo se mantiene oculto mientras la cosa no estalle.

—Pero Natalie está...

—Está segura, mientras la dejes en paz. Si no lo haces (si nos descubren a todos), eso podría significar la muerte no solo para ella, sino también para Marie-Anne, para mí y para muchos, muchos otros. Te entiendo, pero no piensas con claridad. No quieres aceptar la verdad. La deseas tanto que estás dándole la vuelta a los hechos para poder meter baza. ¿Es que no lo ves?

Negué con la cabeza.

—No. La verdad es que no.

—Mira, tengo que ir a clase —dijo, echando un vistazo al reloj—. Hablemos de esto más tarde. No hagas nada hasta entonces, ¿vale?

No dije nada.

—Prométemelo, Jake.

Se lo prometí. Esta vez, no obstante, no mantendría mi promesa seis años, sino más bien seis minutos.

Me fui al banco y saqué cuatro mil dólares en efectivo. La cajera tuvo que pedirle permiso al jefe de cajeros, quien a su vez tuvo que buscar al director del banco. Intenté recordar la última vez que había entrado en el banco en lugar de usar el cajero automático, pero mi memoria no llegaba tan lejos.

Paré en una tienda CVS, donde compré dos teléfonos desechables. Ahora que sabía que los polis podían seguirme el rastro mientras tuviera el teléfono encendido, apagué mi iPhone y me lo metí en el bolsillo. Si tenía que hacer alguna llamada, usaría los teléfonos desechables, y los mantendría apagados en la medida de lo posible. Y si la policía podía rastrear estos teléfonos, supuse que también podría hacerlo un tipo como Danny Zuker. De eso no podía estar seguro, pero mi nivel de paranoia estaba al máximo, como no podía ser de otro modo.

Quizá no pudiera mantenerme fuera del radar mucho tiempo, pero si conseguía pasar desapercibido unos días, me bastaría.

Primero, lo primero: Benedict había dicho que nadie de Fresh Start sabía dónde estaba Natalie. Yo no estaba tan seguro. La organización había nacido en Lanford por decisión, al menos en parte, del emérito profesor Malcolm Hume.

Era hora de llamar a mi antiguo mentor.

La última vez que había visto al hombre cuyo cargo ocupaba yo ahora era dos años atrás, en un seminario de ciencias políticas sobre abusos de derecho en procesos constitucionales. Había acudido desde Florida, bronceado y con buen aspecto. Tenía los dientes de un banco reluciente. Al igual que muchos otros jubilados en Florida, parecía descansado, feliz y muy viejo. Los dos disfrutamos del reencuentro, pero nos habíamos distanciado. Malcolm Hume podía ser así. Yo le tenía mucho cariño. Aparte de mi propio padre, era lo más parecido a un referente masculino que había tenido. Pero me había dejado claro que la jubilación suponía un punto y final. Siempre había detestado a los académicos que no acaban de colgar la toga, a aquellos profesores y catedráticos ancianos que seguían ejerciendo pasada su fecha de caducidad, como los futbolistas de cierta edad que no afrontan lo inevitable. Una vez lejos de nuestras queridas aulas, el profesor Hume no mostró ningunas ganas de volver. No se dejó llevar por la nostalgia, ni quiso vivir de los laureles del pasado. Incluso a sus ochenta años, Malcolm Hume era un tipo que miraba adelante. Para él, el pasado no era más que eso: pasado.

Así que, a pesar de nuestra historia en común, muy entrañable para mí, no hablábamos a menudo. Aquella parte de su vida había terminado. Ahora Malcolm Hume disfrutaba con el golf, con su club de novelas de misterio y con su grupo de bridge de Florida. Fresh Start también podría ser algo que hubiera dejado atrás. No sabía cómo respondería a mi llamada, si le pondría nervioso o no, pero tampoco me preocupaba mucho.

Necesitaba respuestas.

Marqué su número de teléfono de Vero Beach. A los cinco tonos saltó el contestador. La grabación de la potente voz de Malcolm, algo ensombrecida por la edad, me invitaba a dejar un mensaje. Estaba a punto de hacerlo, pero entonces caí en la cuenta de que, en realidad, no podía dejarle un número al que me pudiera llamar si iba a tener el teléfono apagado la mayor parte del tiempo. Lo volvería a intentar más tarde.

¿Y ahora, qué?

El cerebro se me puso a dar vueltas otra vez, pensando por millonésima vez en el padre de Natalie. Él era la clave. ¿Quién podía arrojar algo de luz sobre lo que le había sucedido? La respuesta era bastante evidente: la madre de Natalie.

Me planteé la posibilidad de llamar a Julie Pottham y preguntarle si podía hablar con su madre, pero pensé que sería una pérdida de tiempo absoluta. Me dirigí a la biblioteca del barrio y busqué un ordenador con conexión a internet. Busqué a Sylvia Avery. La dirección indicada era la de Julie Pottham, en Ramsey, en Nueva Jersey. Me retrepé en la silla un momento y me quedé pensando en ello. Abrí la página web de las Páginas Amarillas y busqué residencias de ancianos en la zona de Ramsey. Aparecieron tres. Llamé y pregunté por Sylvia Avery. En las tres me dijeron que no tenían ningún «residente» (todas usaron ese término) con ese nombre. Volví a buscar en internet, ampliando la búsqueda a todo el condado de Bergen. Aparecieron demasiadas. Abrí el mapa y empecé a llamar a las más próximas a Ramsey. A la sexta llamada, la operadora de la Hyde Park Assisted Living dijo:

—¿Sylvia? Creo que está haciendo manualidades con Louise. ¿Quiere que le deje un mensaje?

Manualidades con Louise. Como si fuera una niña en un campamento de verano.

—No, volveré a llamar, gracias. ¿Tienen horario de visitas?

—Preferimos que los visitantes vengan entre las ocho de la mañana y las ocho de la tarde.

—Gracias.

Consulté la página web de la Hyde Park Assisted Living. Tenían una agenda diaria en línea. La clase de manualidades de Louise aparecía en la agenda. Según el programa, a continuación venía el Club de Scrabble, y luego Viajes de Sillón —no tenía ni idea qué significaba eso— y Pastelería Casera. Al día siguiente había una salida al centro comercial de Paramus Park, pero no, todo lo que había ese día era en la residencia. Bien.

Me fui a una agencia de alquiler de coches y pedí uno de tamaño medio. Me dieron un Ford Fusion. Tuve que usar una tarjeta de crédito, pero eso era inevitable. Tocaba hacer otro viaje por carretera, esta vez para visitar a la madre de Natalie. No me preocupaba demasiado que no estuviera allí a mi llegada. Los internos de las residencias rara vez salen de manera inesperada. Si hubiera salido por algún motivo, seguro que no tardaría en volver. Podía esperar. En cualquier caso, no tenía ningún otro sitio adonde ir. A menos que me entraran ganas de pasar otra velada inolvidable

con Mabel en el Fair Motel, claro.

En el momento en que emboqué la carretera 95, se me fue la cabeza al viaje que había hecho por aquella misma carretera apenas... Vaya, había sido el día anterior. Me quedé pensando en eso. Me detuve a un lado y saqué mi iPhone. Lo encendí. Había mensajes de correo electrónico y llamadas perdidas. Vi tres de Shanta. No hice caso. Abrí internet e hice una búsqueda rápida sobre Danny Zuker. El que más salía era uno famoso que trabajaba en Hollywood. Intenté introducir el nombre y la palabra «gángster». Nada. Abrí el foro de fans de los matones. No había nada sobre Danny Zuker.

¿Y ahora, qué?

Quizás estuviera escribiendo mal el apellido. Probé con Zucker, Zooker y Zoocker. Nada significativo. La salida que llevaba a Flushing no estaba lejos. Sería un desvío, pero nada dramático. Decidí probar suerte. La tomé y encontré Francis Lewis Boulevard. El megacentro de jardinería Global Garden, donde había apaleado a Edward, estaba abierto. Pensé en aquellos puñetazos. Siempre me había jactado de ser un tipo que sigue las reglas, y me había convencido de que el despliegue de violencia del día anterior era justificado porque quería rescatar a aquel chico, pero lo cierto era que no había habido ninguna necesidad de dar de puñetazos en la nariz a Edward. Necesitaba información. Había roto las reglas para conseguirla. No era difícil racionalizar mi comportamiento. Por un lado, tenía que obtener esa información. Por otro, le había dado su merecido al tal Edward. Trabajo completo.

Pero lo más importante —y eso era algo que tendría que estudiar cuando tuviera tiempo— era si en el fondo había disfrutado con ello. ¿Realmente necesitaba dar puñetazos a Edward para sacarle esa información? En realidad, no. Había otros métodos. Por horrible que fuera dejar siquiera que la idea entrara en mi mente, ¿no se había alegrado una mínima parte de mí mismo de la muerte de Otto? En mis clases, a menudo hablo de la importancia de los instintos primitivos en la filosofía y en la teoría política. ¿Acaso me consideraba yo inmune? Quizá las reglas que tanto defendiendo no existen tanto para proteger a los demás como para protegernos a nosotros de nosotros mismos.

En su clase de pensamiento político primitivo, Malcolm Hume disfrutaba explorando la fina línea que separa una cosa de otra. Yo solía decirle que eran paparruchas. Existe el bien y existe el mal.

Entonces, ¿en qué lado de la línea estaba yo ahora?

Aparqué cerca de la entrada, pasé junto a un mostrador de ofertas en «perennes y plantas de maceta» y entré. La tienda era enorme. El penetrante olor a tierra fresca impregnaba el aire. Fui hacia la izquierda, pasé por entre las flores frescas, los arbustos, los accesorios para el hogar, los muebles de exterior, la tierra y la turba (que no sabía muy bien qué sería). Miré bien a todo el que encontraba que llevara un delantal verde. Tardé unos cinco minutos en encontrar al chico que, curiosamente, estaba trabajando en la sección de abonos.

Lucía un vendaje sobre la nariz, y tenía los ojos negros. Aún llevaba la gorra de béisbol de los Brooklyn Nets con la visera hacia atrás. Estaba atendiendo a un cliente, a quien ayudaba a cargar bolsas de abono en un carrito. El cliente le estaba diciendo algo. El chico asentía con entusiasmo. Llevaba un pendiente. El cabello que le asomaba bajo la gorra parecía de color rubio, a mechones, probablemente de bote. El chico trabajaba con ganas, sonriendo todo el rato, asegurándose de que todos los clientes quedaban satisfechos. Me quedé impresionado.

Me acerqué hasta situarme tras él y esperé. Intenté pensar por dónde podría entrarle para que no saliera por patas. Cuando acabó con el cliente a quien estaba atendiendo, se puso a mirar para ver a quién más podía ayudar. Me acerqué más y le di una palmadita en el hombro.

Se giró, con la sonrisa siempre a punto.

—¿Qué puedo...?

Se quedó de piedra al verme. Yo me esperaba que saliera corriendo, y no estaba muy seguro de qué haría en ese caso. Estaba lo suficientemente cerca como para agarrarle si lo intentaba, pero eso atraería una atención indeseada. Esperé a ver cómo reaccionaba, preparado para cualquier cosa.

—¡Colega! —Abrió los brazos y me dio un fuerte abrazo. Eso no me lo esperaba, pero no me quejé—. Gracias, tío. Muchísimas gracias.

—Vaya, de nada.

—Joder, tío, eres mi héroe, ¿sabes? Edward es un capullo. Se mete conmigo porque sabe que no soy un tío duro. Gracias, colega. Muchas gracias.

Volví a decirle que de nada.

—Bueno, ¿y cómo es la cosa? —preguntó—. No eres poli. Eso lo sé. ¿Así que eres, no sé..., un superhéroe, o algo así?

—¿Superhéroe?

—O sea, que te dedicas a rescatar a la gente, y cosas así... ¿Y luego les preguntas por su contacto en la organización de MM, por ejemplo? —De pronto se puso serio—. Tío, espero que tengas todo un grupo de vengadores, si vas a ir a por él.

—Pues justo de eso quería yo hablarte.

—¿Ah, sí?

—Edward trabaja para un tipo llamado Danny Zuker, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Y quién es Danny Zuker?

—Ese tío está enfermo, colega. Sería capaz de matar a un cachorrillo si se le cruzara en el camino. No puedes imaginarte lo psicótico que es. Edward se me encima cuando lo ve. De verdad.

Genial.

—¿Y para quién trabaja Danny?

El chico se echó ligeramente atrás.

—¿No lo sabes?

—No. Por eso estoy aquí.

—¿De verdad?

—Sí.

—Estaba de broma, tío..., con eso de lo del superhéroe. Me imaginé que habías visto la paliza que me estaban dando y que, no sé, eres un tiarrón y odias a los abusones, y esas cosas. ¿No era eso?

—No. Necesito algo de información.

—Pues espero que uno de tus superpoderes sea que eres antibalas. Si te metes con esos tíos...

—Iré con cuidado.

—No quiero que salgas malparado solo porque me has hecho un favor, ¿sabes?

—Lo sé —concedí, intentando poner mi tono de voz más profesional y competente—. Tú dime lo que sabes.

El chico se encogió de hombros.

—Eddie es mi corredor de apuestas. Eso es todo. Le debo pasta, y él disfruta haciéndole daño a la gente. Pero es un pobre diablo. Ya te he dicho que trabaja para Danny Z. Danny ocupa un puesto mucho más próximo a MM.

—¿Quién es MM?

—Me tocaría la nariz para hacerte ver lo que significa, pero me duele de cojones. Asentí.

—¿Así que Danny Z está en la mafia? ¿Es eso lo que me intentas decir?

—Ni siquiera sé si la llaman así. O sea, esa palabra solo la he oído en las pelis antiguas, y cosas así. Lo único que te puedo decir es que Danny Z trabaja directamente para MM. Ese tipo es una leyenda.

—¿Y cómo se llama el jefe?

—¿Lo dices en serio? ¿No lo sabes? ¿Cómo puedes vivir aquí y no saberlo?

—No vivo aquí.

—¡Ah!

—¿Vas a decírmelo?

—Claro. Estoy en deuda contigo. Como te he dicho, Danny Z es la mano derecha de MM.

—¿Y ese MM es...?

Una anciana se situó entre nosotros.

—Hola, Harold.

—Hola, señora H. —respondió él, con una gran sonrisa—. ¿Qué tal le fueron esas petunias?

—Tenías mucha razón en lo de ponerlas en aquella urna. Eres un genio con las disposiciones florales.

—Gracias.

—Cuando tengas un momento...

—Déjeme acabar con este caballero y estoy con usted.

La señora H. se fue a otra cosa. Harold se la quedó mirando, sin dejar de sonreír.

—Harold —dije, intentando reconducir la conversación—. ¿Quién es MM?

—Venga, tío. ¿No lees los periódicos? MM. Danny Z responde directamente ante el tío más malo, el pez más gordo de todos: Maxwell Minor.

Aquello activó un interruptor. Se me debió de ver en la cara, porque Harold dijo:

—Caray, tío, ¿estás bien?

El pulso se me aceleró. La sangre me fluía por las sienes con un palpito que me retumbaba en los oídos. Podía buscarlo en mi iPhone, pero necesitaba una pantalla grande.

—Necesito usar un ordenador.

—El dueño no nos deja usar internet aquí dentro. Está bloqueada.

Le di las gracias y salí a toda prisa. Minor. Había oído ese nombre antes, en relación con todo aquello. Conduje como un loco hasta el Northern Boulevard. Encontré el mismo Cybercraft Internet Café. Tras el mostrador estaba el mismo zángano. Si me reconoció, no lo demostró. Había cuatro terminales libres. Me situé en uno e introduje la dirección de los periódicos locales de Nueva York. Revisando sus archivos, volví a buscar el 25 de mayo, el día después de que se grabara aquella imagen de Natalie en vídeo. El ordenador tardó una eternidad en darme los resultados de la búsqueda.

Venga, venga...

Y entonces apareció el titular:

FILÁNTROPO ABATIDO A TIROS Archer Minor asesinado en su despacho

Quería gritar «¡Eureka!», pero me contuve. Minor. No podía ser una casualidad. Hice clic en el artículo y lo leí:

Archer Minor, hijo del famoso jefe mafioso Maxwell Minor y defensor de los derechos de las víctimas, fue ejecutado anoche en su despacho de abogados, sito en un rascacielos de Park Avenue, aparentemente en una acción autorizada por su propio padre. El «hijo bueno» del mafioso, como se le conocía, trabajaba en casos de víctimas de la delincuencia, y había llegado a denunciar públicamente a su padre en las últimas semanas y a prometer a la fiscalía del distrito que aportaría pruebas de sus acciones delictivas.

El artículo no daba muchos más detalles. Volví al motor de búsqueda y busqué «Archer Minor». Había al menos un artículo cada día durante toda la semana siguiente. Los ojeé todos, buscando alguna pista, alguna conexión entre Archer Minor y Natalie. Un artículo publicado dos días después del asesinato me llamó la atención:

LA POLICÍA BUSCA TESTIGO DE ASESINATO

Una fuente del Departamento de Policía de Nueva York ha revelado que se busca a una mujer que podría haber sido testigo del asesinato de Archer Minor, hijo del conocido mafioso, ahora convertido en héroe. El departamento de policía no ha querido hacer declaraciones oficiales: «Estamos siguiendo activamente muchas pistas —ha afirmado la portavoz, Anda Olsen—. Esperamos detener a un sospechoso muy pronto».

Encajaba. Más o menos.

Explicaba esa foto de Natalie sacada de una grabación, en lo que parecía el vestíbulo de un edificio de oficinas. Muy bien, ¿y ahora, qué? Resumiendo: Natalie había estado allí aquella noche, en el bufete de Minor. Había presenciado el asesinato. Eso explicaría el miedo en su rostro. Salió corriendo, esperando desaparecer, pero la policía debió de repasar las grabaciones de seguridad y la habían visto atravesando el vestíbulo.

No obstante, ahí aún había algo gordo, algo que se me escapaba. Seguí leyendo:

En referencia al móvil del delito, Olsen declaró: «Creemos que a Archer Minor lo asesinaron porque quería hacer lo correcto». Hoy, el alcalde Bloomberg ha llamado héroe a Archer Minor: «Pasó por encima del apellido y la historia de su familia para convertirse en uno de los más grandes neoyorquinos. Nunca olvidaremos su infatigable trabajo en defensa de las víctimas y para llevar a los autores de crímenes violentos ante la justicia».

Muchos se preguntan por qué Archer Minor, que recientemente denunció a su padre, Maxwell Minor, y su organización criminal conocida como MM, no estaba bajo protección policial. «Fue a petición propia», ha dicho Olsen. Una fuente próxima a la viuda de Minor ha declarado que su marido había trabajado toda la vida para compensar los crímenes de su padre: «Archer solo quería recibir una buena educación y tener una conducta recta —declaró la fuente—, pero por mucho que corriera, no conseguía librarse de esa horrible sombra».

Y no es que no lo intentara. Archer Minor era un defensor de los derechos de las víctimas. Después de licenciarse en derecho en la Universidad de Columbia, trabajó estrechamente con las fuerzas del orden. Representó a víctimas de crímenes violentos, intentando conseguir largas sentencias para los acusados e indemnizaciones que aliviaran el sufrimiento de sus clientes.

El Departamento de Policía de Nueva York se niega a especular, pero una teoría tan sorprendente como extendida es que el propio Maxwell Minor pudo haber sido el que apretara el gatillo personalmente. Maxwell Minor no ha

negado directamente la acusación, pero sí ha hecho pública esta breve declaración: «Mi familia y yo estamos destrozados por el fallecimiento de mi hijo Archer. Les pido a los medios que nos dejen llorar su muerte en privado».

Me humedecí los labios y apreté el enlace a la «página siguiente». Cuando vi la foto de Maxwell Minor, no me sorprendí lo más mínimo. Era el hombre de bigote fino a quien había visto en el funeral de Otto Devereaux.

Todo iba encajando.

Me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Me recosté e intenté relajarme un momento. Coloqué las manos tras la nuca y cerré los ojos. Mi hoja mental cronológica y de conexiones tenía un montón de nuevas líneas. Natalie había estado allí la noche del asesinato de Archer Minor. Supuestamente habría presenciado el delito. En un momento dado, la policía de Nueva York se habría dado cuenta de que Natalie era la que aparecía en aquel vídeo de seguridad. Natalie, temiendo por su vida, había decidido ocultarse.

Podía seguir buscando, pero estaba bastante convencido de que no habrían condenado a nadie por el asesinato de Archer Minor. Por eso la policía seguía buscando a Natalie, después de tantos años.

¿Y qué había pasado después?

Natalie había contactado con Fresh Start. ¿Cómo? No tenía ni idea. Bueno, ¿cómo se contactaba con Fresh Start? Supuse que sería la organización la que mantenía la guardia, en busca de quien pudiera necesitarla. Como Benedict, antes Jamal. Se ponían en contacto con los que pensaban que necesitaban y merecían su ayuda.

En cualquier caso, a Natalie la enviaron al refugio Creative Recharge, que, al menos en parte, era una tapadera de la organización. Una tapadera brillante, diría yo. Quizás algunos de los asistentes estuvieran allí realmente por un interés artístico. Desde luego, Natalie daba la talla en ambos aspectos. Eso sí que era esconderse a plena vista. Probablemente le dirían que se escondiera allí hasta que el caso Archer Minor se enfriara. Quizá la policía podría efectuar alguna detención sin su ayuda, y luego podría retomar su vida normal. Cabía la posibilidad de que el Departamento de Policía de Nueva York no reconociera a la mujer de la grabación, o que no lo hubiera hecho aún. Lo que fuera. Todo eran conjeturas, pero probablemente no me equivocaba mucho.

En algún momento, la realidad del caso se hizo evidente, cayendo como una plancha y aniquilando cualquier esperanza de seguir con su nuevo novio. Las opciones estaban claras: esfumarse o morir.

Así que se había esfumado.

Leí unos cuantos artículos más sobre el caso, pero no había grandes novedades. Todos presentaban a Archer Minor como un héroe enigmático. Había sido educado para ser el más malo de todos los malos. Su hermano mayor había sido ejecutado al «estilo de las guerras de bandas», según los periódicos, mientras Archer estaba aún en

la universidad. Se suponía que él tendría que hacerse cargo del negocio familiar. Casi me recordaba la película de *El Padrino*, solo que este hijo bueno no se había venido abajo. Archer Minor no solo se había negado de plano a unirse a MM, sino que trabajaba incansablemente para acabar con la organización.

Una vez más, me pregunté qué habría llevado a mi dulce Natalie a presentarse en aquel despacho de abogados a aquellas horas. Puede que fuera cliente del bufete, pero eso no explicaría por qué había ido tan tarde. Puede que conociera a Archer Minor, pero no tenía ni idea de por qué. Estaba a punto de abandonar esa pista, de achacar su visita a la casualidad, cuando leí una pequeña necrológica en blanco y negro.

¿Qué...?

En realidad tuve que cerrar los ojos, frotármelos, y luego volver a leer la necrológica de arriba abajo. Porque no podía ser. Justo cuando las cosas empezaban a tener sentido —cuando pensaba que empezaba a hacer progresos— volvía a recibir otro bofetón inesperado:

Archer Minor, de cuarenta y un años, vecino de Manhattan, originario de Flushing (Queens, en Nueva York). El señor Minor era socio del bufete de abogados Pashaian, Dressner y Rosenburgh, sito en el edificio Lock-Horne, en el 245 de Park Avenue (Nueva York). Archer había recibido numerosos premios y nombramientos por su labor benéfica. Asistió al instituto Saint Francis y se licenció con los máximos honores en el Lanford College...

Al otro lado del teléfono oí suspirar a la señora Dinsmore:

—¿No se supone que está suspendido?

—Me echa de menos. Confiéselo.

Incluso en plena vorágine de miedo y confusión, la señora Dinsmore me daba seguridad. Había pocas constantes en mi vida. Meterme con la señora Dinsmore era una de ellas. Era reconfortante recuperar aquel ritual tan mío mientras el resto del mundo seguía girando enloquecido.

—Probablemente la suspensión también incluya las llamadas al personal de la facultad —dijo la señora Dinsmore.

—¿Aunque sea para hacer sexo telefónico?

Podía sentir su mirada de desaprobación a doscientos sesenta kilómetros de distancia.

—¿Qué es lo que quiere, señor rarito?

—Necesito un favor inmenso.

—¿Y yo qué saco a cambio?

—¿No ha oído lo que le he dicho del sexo telefónico?

—¿Jake?

No creo que me hubiera llamado nunca por mi nombre de pila hasta entonces.

—¿Sí?

—¿Qué está pasando? —dijo, poniendo de pronto voz de preocupación—. A un profesor como usted no lo suspenden. Aquí es un ejemplo de conducta.

—Es una historia muy muy larga.

—Me preguntaba por la hija del profesor Kleiner. La chica de la que está enamorado.

—Sí.

—¿Aún la sigue buscando?

—Sí.

—¿Y la suspensión tiene algo que ver con eso?

—Sí.

Silencio. Entonces la señora Dinsmore se aclaró la garganta.

—¿Qué necesita, profesor Fisher?

—La ficha de un alumno.

—¿Otra vez?

—Sí.

—Necesita el permiso del alumno —le informó la señora Dinsmore—. Se lo dije la última vez.

—Y, como la última vez, el alumno está muerto.

—Vaya. ¿Cómo se llama?

—Archer Minor.

Hubo una pausa.

—¿Lo conocía? —le pregunté.

—No como alumno.

—¿Pero?

—Pero recuerdo haber leído en el *Lanford News* que lo asesinaron hace unos años.

—Hace seis años.

Arranqué el coche, sin apartar el teléfono de la oreja.

—A ver si lo entiendo —dijo la señora Dinsmore—. Está buscando a Natalie Avery, ¿correcto?

—Correcto.

—Y durante la búsqueda ha necesitado leer las fichas personales no de uno, sino de dos estudiantes asesinados.

Curiosamente, no me lo había planteado.

—Supongo que así es —reconocí.

—No es asunto mío, pero... esto no tiene ninguna pinta de historia de amor.

Guardé silencio. Pasaron unos segundos.

—Le llamaré —añadió la señora Dinsmore, y colgó.

La residencia Hyde Park Assisted Living recordaba un *resort* turístico.

Uno espectacular, elegante, con una de esas glorietas victorianas delante, pero todo parecía hecho en serie, impersonal y prefabricado. El edificio principal tenía tres plantas de altura, con falsas torretas en las esquinas. Un cartel enorme decía «ENTRADA A LA RESIDENCIA». Seguí el camino, subí por una rampa para sillas de ruedas y abrí la puerta.

La mujer que había tras el mostrador llevaba un peinado tipo casco como el que probablemente llevaría la esposa de algún senador hacia el año 1964. Me recibió con una sonrisa de cartón piedra.

—¿Puedo ayudarle?

Sonreí y abrí los brazos. Había leído en algún sitio que abrir los brazos te da aspecto de confianza, mientras que cruzarte de brazos crea el efecto contrario. No sabía si era cierto. Al hacerlo me sentí como si pudiera llevarme a alguien por delante.

—Vengo a ver a Sylvia Avery —dije.

—¿Le espera? —preguntó ella con su expresión acartonada.

—No, no creo. Es que pasaba por el barrio.

Parecía recelosa. No la culpé. Dudaba de que mucha gente pasara sin aviso previo a hacer visitas a un geriátrico.

—¿Le importa registrarse?

—En absoluto.

Le dio la vuelta a un libro de visitas descomunal, de esos que uno ve en bodas, funerales y en los hoteles de las películas antiguas, y me dio una pluma. Firmé. La mujer volvió a girar el libro hacia su lado.

—Señor Fisher —dijo, leyendo el nombre muy despacio. Levantó la vista y parpadeó—. ¿Puedo saber de qué conoce a la señora Avery?

—Por su hija Natalie. Pensé que estaría bien hacerle una visita.

—Estoy segura de que Sylvia se alegrará. —Acartonada señaló hacia la izquierda—. Nuestro salón está libre, y es muy acogedor. ¿Le parece que se vean allí?

¿Acogedor?

—Claro —aseguré.

Acartonada se puso en pie.

—Volveré enseguida. Póngase cómodo.

Pasé al salón disponible y acogedor. Entendí qué era lo que pasaba. Acartonada quería que la reunión fuera en un espacio público, por si yo no era de fiar. Tenía sentido. Más vale prevenir, y todo eso. Los sofás no tenían mal aspecto, con su estampado floral; aun así, no parecían de lo más cómodos. Nada de lo que había allí lo parecía. La decoración parecía la propia de un piso piloto, perfectamente dispuesta para mostrar las ventajas del lugar, pero el olor a detergente industrial, a antiséptico y —sí, me atrevo a decirlo— a viejo era inconfundible. Me quedé de pie. Había una anciana con un caminador y una bata ajada de pie en la esquina contraria. Estaba hablando con la pared, haciendo gestos ostentosos.

Mi nuevo teléfono desechable se puso a vibrar. Miré el número en la pantalla, pero solo le había dado ese número a una persona: la señora Dinsmore. Había un cartel que prohibía el uso de móviles pero, como había quedado demostrado con los acontecimientos recientes, yo a veces vivía al límite. Me fui a un rincón, de cara a la pared, al estilo de la anciana de la otra esquina, y respondí con un susurro:

—¿Sí?

—Tengo la ficha de Archer Minor —anunció la señora Dinsmore—. ¿Quiere que se la mande por correo electrónico?

—Eso sería genial. ¿La tiene ahí mismo?

—Sí.

—¿Tiene algo raro?

—Aún no la he mirado. ¿Como qué?

—¿Le importaría echar un vistazo rápido?

—¿Qué tengo que buscar?

Me quedé pensando un momento.

—¿Qué tal alguna conexión entre las dos víctimas de asesinato? ¿Estaban en la misma residencia? ¿Iban a las mismas clases?

—Eso es fácil. No. Archer Minor se licenció antes de que Todd Sanderson llegara siquiera a la facultad. ¿Algo más?

Mientras hacía mis cálculos mentales, sentí como si una mano fría me penetrara

en el pecho.

—¿Sigue ahí? —preguntó la señora Dinsmore. Tragué saliva.

—¿Estaba Archer Minor en el campus cuando el profesor Kleiner huyó?

Hubo una breve pausa. Entonces la señora Dinsmore dijo, con una voz como lejana:

—Creo que estaría en primero o en segundo.

—¿Puede mirar si...?

—Le llevo la delantera.

Oí cómo pasaba las páginas del dossier. Miré hacia atrás. Al otro lado de la sala, la anciana con el caminador y la bata vieja me guiñó un ojo con picardía. Yo le guiñé el ojo a ella con la misma picardía. ¿Por qué no?

—¿Jake? —dijo la señora Dinsmore.

Había vuelto a usar mi nombre de pila.

—¿Sí?

—Archer Minor estaba en la clase de ciudadanía y pluralismo del profesor Kleiner. Según el informe, sacó un sobresaliente.

Acartonada volvió, llevando a la madre de Natalie en una silla de ruedas. Reconocí a Sylvia Avery de la boda, seis años antes. Los años no la habían tratado muy bien antes de la boda y, a juzgar por lo que veía ahora, las cosas no habían mejorado desde entonces.

Con el teléfono aún en la oreja, le pregunté a la señora Dinsmore:

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo cursó esa asignatura Archer Minor?

—Déjeme ver. —Oí la expresión de sorpresa contenida de la señora Dinsmore, pero ya sabía la respuesta—: Fue el semestre en que el profesor Kleiner renunció a su puesto.

Asentí. De ahí el sobresaliente. Todo el mundo sacó sobresaliente aquel semestre.

Mi mente procesaba los datos a una velocidad de vértigo. Sin dejar de pensar en ello, le di las gracias a la señora Dinsmore y colgué, mientras Acartonada acercaba a Sylvia Avery y la dejaba a mi lado. Esperaba poder estar a solas con ella, pero Acartonada se quedó esperando. Tosí para aclararme la garganta.

—Señora Avery, quizá no se acuerde de mí...

—En la boda de Natalie —respondió sin dudarle ni un instante—. Eras el tipo abatido a quien dejó tirado.

Miré a Acartonada. Acartonada le puso una mano sobre el hombro a Sylvia Avery.

—¿Está bien, Sylvia?

—Claro que estoy bien —le espetó—. Váyase y déjenos solos.

La sonrisa de cartón piedra no varió lo más mínimo, pero es que el cartón piedra no se presta a mucho movimiento. Acartonada se volvió a la recepción, desde donde

nos miró otra vez, como diciendo: «No estaré ahí al lado, pero os estaré controlando».

—Eres demasiado alto —me dijo Sylvia Avery.

—Lo siento.

—No lo sientas. Pero hazme el favor de sentarte para que no tenga que estirar el cuello.

—Oh... Lo siento.

—Y dale. Que te sientes de una vez.

Me sentí en el sofá. Se me quedó mirando un momento.

—¿Qué es lo que quieres?

Sylvia Avery parecía pequeña y marchita en aquella silla de ruedas, pero también es verdad que nadie que las use tiene un aspecto muy robusto. Respondí a su pregunta con otra pregunta:

—¿Ha sabido algo de Natalie?

Ella me miró con escepticismo:

—¿Quién quiere saberlo?

—Bueno... Yo.

—Recibo postales de vez en cuando. ¿Por qué?

—¿Pero no la ha visto?

—No. Pero tampoco pasa nada. Es un espíritu libre, ya sabes. Cuando dejas libre a un espíritu libre, sale volando. Es lo que se supone que tiene que hacer, ¿no?

—¿Y sabe adónde ha ido a parar ese espíritu libre?

—No es que sea asunto tuyo, pero vive en el extranjero. La mar de feliz, con Todd. No veo la hora de que esos dos me hagan abuela. —Frunció un poco los ojos—. ¿Cómo dices que te llamas?

—Jake Fisher.

—¿Estás casado, Jake?

—No.

—¿Has estado casado?

—No.

—¿Tienes una novia formal?

No me molesté en responder.

—Lástima. —Sylvia Avery meneó la cabeza—. Un hombre grande y fuerte como tú. Deberías estar casado. Deberías hacer que una chica se sintiera segura. No deberías estar solo.

No me gustaba adónde nos estaba llevando aquella conversación. Había que cambiar de tema.

—¿Señora Avery?

—¿Sí?

—¿Sabe de qué trabajo?

Ella me miró de arriba abajo.

—Pareces un jugador de fútbol americano.

—Soy profesor de universidad.

—Oh.

Me giré para poder ver mejor su reacción ante lo que iba a decir.

—Enseño política en el Lanford College.

El poco color que tenía en las mejillas se esfumó.

—¿Señora Kleiner?

—Yo no me llamo así.

—Fue duro, ¿no? Se cambió el apellido después de que su marido se fuera de Lanford.

Cerró los ojos.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Es largo de contar.

—¿Te dijo algo Natalie?

—No. Nunca. Ni siquiera cuando la llevé al campus.

—Bien. —Se llevó una mano temblorosa a la boca—. Dios mío, ¿cómo puedes saber tú de eso?

—Necesito hablar con su exmarido.

—¿Cómo? —Abrió los ojos como platos, asustada—. Oh no, eso no puede ser...

Se quedó allí sentada, con la mano en la boca, sin decir nada.

—Por favor, señora Avery. Es muy importante que hable con él.

Sylvia Avery cerró los ojos apretándolos como una niña que quisiera ahuyentar la imagen de un monstruo. Miré por detrás de ella. Acartonada nos miraba muy intrigada. Le mostré una sonrisa forzada, tan falsa como la suya, para darle a entender que todo iba bien.

—¿Por qué sacas esto ahora? —La voz de Sylvia Avery era un suspiro.

—Necesito hablar con él.

—Fue hace mucho, mucho tiempo. ¿Sabes lo que tuve que hacer para superarlo? ¿Sabes lo doloroso que es esto?

—No quiero hacerle daño a nadie.

—¿No? Pues déjalo. ¿Qué motivo podrías tener para encontrar a ese hombre? ¿Sabes lo que supuso para Natalie lo que nos hizo?

Esperé, esperando que dijera algo más. Lo hizo.

—Tienes que entenderlo. Julie... Bueno, era pequeña. Apenas se acuerda de su padre. Pero ¿Natalie? Nunca lo superó. Nunca lo superó.

Volvió a acercar una mano insegura a la cara. Apartó la mirada. Esperé un poco más, pero estaba claro que Sylvia Avery no iba a decir nada más de momento.

—¿Dónde está ahora el profesor Kleiner? —dije, intentando mantenerme firme.

—En California.

—¿En qué parte de California?

—No lo sé.

—¿La zona de Los Ángeles? ¿San Francisco? ¿San Diego? Es un estado muy

grande.

—He dicho que no lo sé. No nos hablamos.

—¿Y cómo sabe que está en California?

Aquello le hizo parar en seco. Vi un atisbo de duda en su rostro.

—No lo sé —respondió—. Quizá ya no esté allí.

Mentira.

—Les dijo a sus hijas que se había vuelto a casar.

—Es verdad.

—¿Cómo lo supo?

—Aaron me llamó para decírmelo.

—Pensaba que no se hablaban.

—Desde hace mucho.

—¿Cómo se llama su esposa?

—No lo sé —dijo, meneando la cabeza—. Y si lo supiera, no te lo diría.

—¿Por qué no? A sus hijas, vale, lo entiendo. Las estaba protegiendo. ¿Pero por qué no iba a decírmelo a mí?

Paseó la mirada de derecha a izquierda. Decidí soltarme un farol.

—He comprobado el registro civil —dije—. Ustedes no llegaron a divorciarse.

Sylvia Avery soltó un pequeño gruñido. Era imposible que Acartonada hubiera podido oírlo; aun así, estiraba las orejas como un perro al oír un sonido inaudible para los humanos. La miré con la misma sonrisa de «todo va bien» de antes.

—¿Cómo pudo volver a casarse su marido si nunca se divorciaron?

—Tendrás que preguntárselo a él.

—¿Qué pasó, señora Avery?

Hizo que no con la cabeza.

—Déjalo.

—No huyó con una alumna, ¿verdad?

—Sí que lo hizo —respondió. Ahora le tocaba a ella ponerse firme. Pero no lo consiguió. Estaba demasiado a la defensiva. Sonó a excusa ensayada—. Sí, Aaron huyó y me abandonó.

—Lanford es un campus muy pequeño. Lo sabe, ¿no?

—Claro que lo sé. Viví allí siete años. ¿Y qué?

—Una alumna que dejara los estudios para huir con un profesor habría sido una gran noticia. Sus padres habrían llamado. Habría habido reuniones de profesores. Algo. Comprobé los registros. Nadie abandonó el curso cuando su marido se esfumó. Ninguna alumna dejó las clases. No faltaba ninguna estudiante.

Aquello también era un farol, pero era bueno. En las universidades pequeñas, como Lanford, no es fácil guardar secretos. Si una alumna hubiera huido con un profesor, todo el mundo —y, muy en especial, la señora Dinsmore— sabría su nombre.

—A lo mejor estudiaba en Strickland. La universidad pública que había en el

barrio. Creo que fue allí.

—No fue eso lo que ocurrió —la corté.

—Por favor —suplicó la señora Avery—. ¿Qué es lo que intentas conseguir?

—Su marido desapareció. Y ahora, veinticinco años más tarde, también su hija ha desaparecido.

Eso la hizo reaccionar:

—¿Qué? —dijo, sacudiendo la cabeza con fuerza, como una niña testaruda—. Ya te lo he dicho. Natalie vive en el extranjero.

—No, señora Avery. No es así. Nunca se casó con Todd. Aquello era una tapadera. Todd ya estaba casado. Alguien lo asesinó hace algo más de una semana.

Aquello le cayó como un bombazo. La cabeza de Sylvia Avery osciló primero hacia el lado y luego hacia abajo, como si el cuello se le hubiera vuelto de goma. Tras ella, vi que Acartonada cogía el teléfono y se ponía a hablar con alguien sin apartar la mirada de mí. La sonrisa falsa había desaparecido de su rostro.

—Natalie era una niña tan feliz... —dijo Sylvia, sin levantar la cabeza, con la barbilla contra el pecho—. No te lo puedes ni imaginar. O quizá sí puedas. Tú la querías. Tú la conociste de verdad, pero eso fue mucho más tarde. Después de que todo cambiara tanto.

—¿Cambiará? ¿Cómo?

—Cuando Natalie era pequeña, Dios mío, esa niña vivía para su padre. Cuando él aparecía por la puerta, después de clase, ella corría a su encuentro chillando de alegría. —Sylvia Avery levantó la cabeza por fin. Había una sonrisa distante en su rostro, y tenía los ojos perdidos en aquel lejano recuerdo—. Aaron la recogía y la hacía girar, y ella se reía tanto...

Sacudió la cabeza.

—Éramos todos felicísimos.

—¿Qué pasó, señora Avery?

—Huyó.

—¿Por qué?

Meneó la cabeza de nuevo.

—No importa.

—Claro que importa.

—Pobre Natalie. No podía superarlo, y ahora...

—¿Ahora qué?

—No lo entiendes. No podrás entenderlo nunca.

—Pues explíquemelo para que lo entienda.

—¿Por qué? ¿Quién demonios eres tú?

—Soy el hombre que la quiere —respondió—. Soy el hombre al que ella quiere.

No supo cómo reaccionar a aquel comentario. Aún tenía la mirada en el suelo, casi como si no tuviera fuerzas para levantar siquiera la vista.

—Cuando su padre huyó, Natalie cambió. Se volvió taciturna. Perdí a mi niña.

Era como si Aaron se hubiera llevado su felicidad al marcharse. Natalie no podía aceptarlo. ¿Por qué iba a abandonarla su padre? ¿Qué era lo que había hecho mal? ¿Por qué no la quería ya?

Me imaginé la escena, Natalie de niña, sintiéndose perdida, abandonada por su propio padre, y sentí el dolor en lo hondo del pecho.

—Tuvo problemas de confianza durante mucho tiempo. No tienes ni idea. No dejaba que se le acercara nadie, y aun así nunca perdió la esperanza. —Levantó la mirada—. ¿Sabes algo de esperanza, Jake?

—Yo diría que sí.

—Es la cosa más cruel del mundo. Es mejor la muerte. Cuando estás muerto, acaba el dolor. Pero la esperanza te mantiene en alto, y lo único que consigues es después caer con más fuerza. La esperanza te agarra el corazón con una mano suave y luego te lo aplasta con un puño demoledor. Una y otra vez. No para. Eso es lo que hace la esperanza.

Apoyó las manos en el regazo y me miró con dureza.

—Así que ya ves, yo intenté quitarle esa esperanza.

Asentí.

—Intentó que Natalie se olvidara de su padre.

—Sí.

—¿Diciéndole que huyó y las abandonó a las tres?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Pensé que eso sería lo mejor. ¿No lo ves? Pensé que así Natalie lo olvidaría.

—Le dijo a Natalie que su padre se había vuelto a casar. Le dijo que había tenido más hijos. Pero todo eso era mentira. ¿No?

Sylvia Avery no respondió. El gesto de su rostro se endureció.

—¿Señora Avery?

—Déjame sola —dijo, levantando la mirada.

—Necesito saber...

—No me importa lo que necesites saber. Quiero que te vayas —me urgió, y empezó a echar la silla atrás. La agarré, y la silla se detuvo de pronto. La manta que le cubría las piernas cayó al suelo. Cuando bajé la mirada, solté la silla sin que tuviera que pedírmelo. Le habían amputado la mitad de la pierna derecha. Recogió la manta, más despacio de lo necesario. Quería que lo viera.

—Diabetes —me explicó—. La perdí hace tres años.

—Lo siento.

—Créeme, no fue nada. —Volví a alargar la mano, pero ella me la apartó de un empujón—. Adiós, Jake. Deja en paz a mi familia.

Empezó a retroceder. Ya no tenía opción. Tenía que ir a por todas.

—¿Se acuerda de un alumno llamado Archer Minor?

La silla se paró, y Sylvia abrió la boca.

—Archer Minor era alumno de su marido en Lanford —proseguí—. ¿Se acuerda

de él?

—¿Cómo...? —Sus labios se movieron, pero tardó un momento en ser capaz de articular palabra—. Por favor. —Si antes parecía asustada, ahora estaba decididamente aterrada—. Por favor, deja todo esto.

—Archer Minor está muerto, ¿sabe? Lo asesinaron.

—Me alegro —dijo, y luego cerró la boca con fuerza, como si se arrepintiera de lo que acababa de decir.

—Por favor, cuénteme lo que ocurrió.

—Déjalo.

—No puedo.

—No entiendo qué tiene que ver esto contigo. No es asunto tuyo. —Meneó la cabeza—. Tiene sentido.

—¿El qué?

—Que Natalie se enamorara de ti.

—¿Y eso por qué?

—Porque eres un soñador, como su padre. Él tampoco podía dejar las cosas a medias. Hay gente que no puede. Yo soy vieja. Escúchame. El mundo es un caos, Jake. Hay quien lo quiere blanco y negro. Esas personas siempre pagan un precio. Mi marido, por ejemplo. No podía dejarlo. Y tú, Jake, vas por el mismo camino.

Aquello era como ecos distantes de su pasado, del de Malcolm Hume y Eban Trainor, y también del de Benedict. Pensé en mis últimas reflexiones, en cómo me había sentido al pegar e incluso matar a un hombre.

—¿Qué le pasó a Archer Minor? —insistí.

—No lo dejarás. Seguirás escarbando hasta que muera todo el mundo.

—Se quedará entre usted y yo —prometí—. No saldrá de estas cuatro paredes. Dígamelo.

—¿Y si me niego?

—Seguiré escarbando. ¿Qué le pasó a Archer Minor?

Apartó la mirada de nuevo, pellizcándose el labio como si estuviera sumida en pensamientos muy profundos. Yo erguí un poco la espalda, intentando que me mirara a los ojos.

—¿Sabes eso que se dice de que la manzana no cae lejos del árbol?

—Sí.

—Ese chico lo intentó. Archer Minor quería ser la manzana que caía y salía rodando. Quería ser bueno. Quería huir de su propia naturaleza. Aaron lo entendió. Intentó ayudarlo.

Tardó un rato en ajustarse la manta sobre las piernas.

—¿Y qué pasó?

—En Lanford, Archer no daba abasto. En el instituto su padre podía presionar a los profesores. Le dieron sobresalientes. No sé si se había ganado el expediente académico que presentó en el ingreso. No sé cómo había superado las pruebas, pero

en términos académicos aquel chico no estaba a la altura.

Volvió a parar.

—Por favor, siga.

—No hay motivo —dijo ella.

Entonces recordé algo que había dicho la señora Dinsmore la primera vez que le había preguntado por el profesor Aaron Kleiner.

—Hubo un escándalo por falsear notas, ¿no?

Su lenguaje corporal me dijo que había dado en la diana.

—¿Tenía que ver con Archer Minor?

No respondió. No hacía falta.

—¿Señora Avery?

—Compró un trabajo de final de semestre a un alumno que se había licenciado el año anterior. El otro alumno había sacado un sobresaliente. Archer lo transcribió y lo presentó como suyo. No cambió ni una palabra. Supuso que Aaron no lo recordaría. Pero Aaron se acordaba de todo.

»Conocía las normas de la facultad. Aquel tipo de trampa suponía la expulsión automática de Lanford.

—¿Y su marido le delató?

—Le dije que no lo hiciera. Le dije que le diera una segunda oportunidad. A mí no me importaba nada que tuviera una segunda oportunidad, por supuesto. Pero sabía lo que podía pasar.

—Sabía que a su familia no le gustaría.

—Aaron informó de todos modos.

—¿A quién?

—Al jefe del departamento.

El corazón se me hundió en el pecho.

—¿Malcolm Hume?

—Sí.

—¿Y qué dijo Malcolm?

—Quería que Aaron lo dejara estar. Dijo que fuera a casa y se lo pensara.

Pensé otra vez en mi caso con Eban Trainor. Él me había dicho algo parecido, ¿no? Malcolm Hume. No se llega a ser secretario de estado sin hacer concesiones, sin hacer tratos, negociar condiciones y comprender que el mundo está lleno de tonos de gris.

—Estoy muy cansada, Jake.

—Hay algo que no entiendo.

—Suéltalo.

—Nadie denunció a Archer Minor. Se graduó *summa cum laude*.

—Empezamos a recibir llamadas telefónicas amenazantes. Un hombre se presentó en casa. Entró cuando yo estaba en la ducha. Cuando salí, me lo encontré sentado en mi cama, con fotografías de Natalie y Julie en la mano. No dijo nada. Se

quedo ahí, sentado en mi cama, con las fotos en la mano. Luego se puso en pie y se marchó. ¿Puedes imaginarte lo que fue?

Pensé en cuando Danny Zuker había entrado en mi casa y se había sentado en mi cama.

—¿Se lo dijo a su marido?

—Por supuesto.

—¿Y?

Esta vez tardó en responder.

—Creo que por fin entendió el peligro que corríamos. Pero era demasiado tarde.

—¿Qué hizo?

—Aaron se fue. Por nuestro bien.

Asentí. Por fin lo entendía.

—Pero eso no podía contárselo a Natalie. No podía contárselo a nadie. Los pondría en peligro. Así que les dije que se había ido con otra. Entonces se mudó y cambió de nombre.

—Sí.

Pero había algo que se me escapaba. Sospechaba que bastantes cosas. Había algo que no me cuadraba, algo que me daba vueltas en algún rincón de la cabeza, pero que aún no conseguía ver. Por ejemplo, ¿cómo dio Natalie con Archer Minor veinte años más tarde?

—Natalie pensaba que su padre la había abandonado —dije.

Sylvia cerró los ojos.

—Pero usted dice que no se resignaba.

—Dejó de preguntarme. Estaba muy triste. No tendría que haberle dicho aquello. ¿Pero qué alternativa tenía? Todo lo que hice, lo hice para proteger a mis niñas. No lo entiendes. No entiendes lo que tiene que hacer a veces una madre. Tenía que proteger a mis hijas, ¿lo entiendes?

—Sí que lo entiendo.

—Y mira lo que ha pasado. Mira lo que hice. —Se llevó las manos a la cara y se puso a llorar. La mujer del andador y la bata vieja dejó de hablar con la pared. Acartonada parecía lista para intervenir—. Debí haberme inventado otra historia. Natalie no dejaba de presionarme, y de interrogarme para saber qué había sido de su padre. No paraba.

Por fin lo entendía.

—Así que al final le dijo la verdad.

—Le arruiné la vida, ¿no lo ves? Creció pensando que su padre le hizo algo así. Ella necesitaba algo que pusiera fin a la historia. Yo nunca se lo di. Así que, sí, al final le conté la verdad. Le dije que su padre la quería. Le dije que no había hecho nada malo. Le dije que él nunca, jamás la habría abandonado.

Asentí mientras ella pronunciaba aquellas palabras.

—Así que le habló de Archer Minor. Por eso estaba allí aquel día.

No dijo nada. Sollozaba en silencio. Acartonada no aguantaba más. Se estaba acercando.

—¿Dónde está ahora su marido, señora Avery?

—No lo sé.

—¿Y Natalie? ¿Dónde está?

—Eso tampoco lo sé. Pero... Jake...

Acartonada ya estaba a su lado:

—Creo que ya está bien.

—¿Qué, señora Avery? —dije yo, haciendo caso omiso.

—Déjalo. Por todos nosotros. No seas como mi marido.

Cuando llegué a la autopista, encendí el iPhone. No pensaba que nadie me estuviera siguiendo, pero si lo hacían me encontrarían en la carretera 287 cerca del centro comercial Palisades. No pensaba que aquello les pudiera ayudar mucho. Paré a la derecha. Había dos correos más y tres llamadas de Shanta, cada vez más apremiantes. Eso sumaba cinco. En los primeros dos correos me había pedido con suma educación que me pusiera en contacto con ella. En los dos siguientes, se mostraba más insistente. En el último había lanzado por fin la red:

Para: Jacob Fisher

De: Shanta Newlin

Jake:

Deja de evitarme. He encontrado una conexión importante entre Natalie Avery y Todd Sanderson.

Shanta

Vaya. Cogí el puente Tappan Zee y me detuve en la primera salida. Apagué el iPhone y cogí uno de los teléfonos desechables. Marqué el número de Shanta y esperé. Respondió al segundo tono.

—Ya lo sé —dijo—. Estás enfadado conmigo.

—Le diste a la policía de Nueva York mi número provisional. Les ayudaste a seguirme la pista.

—Es verdad, pero lo hice por tu bien. Podrían haberte matado o detenido por resistencia a la autoridad.

—Solo que no me estaba resistiendo a la autoridad. Huía de unos pirados que intentaban matarme.

—Conozco a Mulholland. Es un buen tipo. No quería que ningún capullo exaltado te pegara un tiro.

—¿Por qué? No era ni sospechoso de nada.

—Eso no importa, Jake. No tienes que confiar en mí. Está bien. Pero tenemos que hablar.

Metí el coche en el aparcamiento y apagué el motor.

—Decías que habías encontrado una conexión entre Natalie Avery y Todd Sanderson.

—Sí.

—¿Y cuál es?

—Te lo diré cuando hablemos. En persona.

Me quedé pensando en aquello.

—Mira, Jake, el FBI quería buscarte para interrogarte. Les he dicho que era mejor

que me encargara yo.

—¿El FBI?

—Sí.

—¿Y qué quieren de mí?

—Tú deja de huir, Jake. No pasa nada, confía en mí.

—Vale.

—Puedes hablar conmigo o con el FBI —dijo Shanta, y soltó un suspiro—. Mira, si te digo de qué va la cosa, ¿prometes venir a hablar conmigo?

Me lo quedé pensando.

—Sí.

—¿Prometido?

—Solemnemente. ¿De qué va esto?

—De robos a bancos, Jake.

El nuevo yo, ajeno a las reglas y dispuesto a vivir al límite, rebasó diversos límites de velocidad en el camino de vuelta a Lanford, en Massachusetts. Intenté sacar conclusiones de lo que había descubierto, ponerlo en orden, comprobar diversas teorías y suposiciones, rechazándolas y volviendo a probar. En cierto modo, todo iba encajando, aunque había piezas que no acababan de encontrar su lugar.

Aún quedaban muchas incógnitas por resolver, entre ellas la principal: ¿dónde estaba Natalie?

Veinticinco años antes, el profesor Aaron Kleiner había ido a ver al jefe de su departamento, el profesor Malcolm Hume, porque había pillado a un estudiante plagiando (en realidad, comprando directamente) una tesis de final de semestre. Mi antiguo mentor le había aconsejado que lo dejara estar, igual que había hecho conmigo en el asunto del profesor Eban Trainor.

Me pregunté si habría sido el propio Archer Minor el que había amenazado a la familia de Aaron Kleiner o si habrían sido los sicarios de MM. No importaba. Habían intimidado a Kleiner hasta el punto de dejarle claro que tenía que desaparecer. Intenté ponerme en su lugar. Kleiner tal vez se sentiría asustado, arrinconado y atrapado.

¿A quién iría en busca de ayuda?

Una vez más, la respuesta más inmediata era Malcolm Hume.

Y unos años más tarde, cuando la hija de Kleiner se encontró en la misma situación, asustada, arrinconada, atrapada...

Las huellas de mi antiguo mentor estaban por todas partes. Tenía que hablar con él. Marqué el teléfono de Malcolm en Florida y, una vez más, no obtuve respuesta.

Shanta Newlin vivía en una casa de ladrillo que mi madre habría descrito como «mona». Había jardineras de flores que asomaban por las ventanas, y ventanas en arco. Todo era perfectamente simétrico. Recorrí el camino de piedra hasta la puerta y llamé al timbre. Me sorprendió ver que una niña me abría la puerta.

—¿Tú quién eres? —me preguntó.

—Yo soy Jake. ¿Y tú?

La niña tendría cinco años, tal vez seis. Estaba a punto de responder cuando apareció Shanta a toda prisa, con un gesto agobiado. Shanta tenía el cabello recogido hacia atrás, pero el flequillo le caía sobre los ojos. Tenía la frente cubierta de gotas de sudor.

—Ya me ocupo yo, Mackenzie —le dijo a la niña—. ¿Qué te he dicho de abrir la puerta sin un adulto cerca?

—Nada.

—Sí, bueno, supongo que tienes razón. —Se aclaró la garganta—. No tienes que abrir la puerta a menos que haya un adulto cerca.

La niña me señaló.

—Él está cerca. Es un adulto.

Shanta puso cara de exasperación. Yo me encogí de hombros. La niña tenía razón. Shanta me invitó a entrar y le dijo a Mackenzie que se fuera a jugar al cuarto de estar.

—¿No puedo salir al patio? —preguntó Mackenzie—. Quiero ir al columpio.

Shanta me miró. Volví a encogerme de hombros. Eso de encogerme de hombros se me estaba dando bien.

—Sí, claro, podemos salir todos —dijo Shanta con una sonrisa tan forzada que casi parecía que necesitara grapas para mantenerla.

Aún no tenía ni idea de quién era Mackenzie, o de qué estaba haciendo allí, pero tenía otras cosas en que pensar. Salimos al patio. Había un columpio nuevo de madera de cedro, un caballito balancín, un tobogán, un fuerte cubierto y un arenal. Por lo que yo sabía, Shanta vivía sola, así que todo aquello me intrigó. Mackenzie subió de un salto al caballito balancín.

—La hija de mi novio —dijo Shanta, a modo de explicación.

—Oh.

—Nos vamos a casar en otoño. Se viene a vivir aquí.

—Suená bien.

Nos quedamos mirando a Mackenzie, que se columpiaba tan contenta. Miró a Shanta y le puso cara de asco.

—Esa niña me odia —dijo Shanta.

—¿Es que no leías cuentos de hadas cuando eras niña? Eres la madrastra malvada.

—Gracias, me ayuda mucho. —Shanta se giró, levantó la vista y me miró—. Desde luego, tienes un aspecto horrible.

—Aquí es cuando yo digo: «Deberías haber visto al otro tipo», ¿no?

—¿Qué es lo que te estás haciendo, Jake?

—Estoy buscando a la mujer a la que quiero.

—¿Y ella quiere que la encuentres?

—El corazón no hace preguntas.

—El pene no hace preguntas —me corrigió—. El corazón suele ser un poco más inteligente.

«Tendrá razón», pensé.

—¿Qué es eso del robo de un banco?

—No tenemos mucha paciencia, ¿no? —dijo ella, protegiéndose del sol con la mano.

—No estoy de humor para juegos, eso desde luego.

—Me parece bien. ¿Te acuerdas de la primera vez que me pediste que investigara a Natalie Avery?

—Sí.

—Cuando introduje su nombre en los sistemas obtuve dos coincidencias. Una tenía que ver con la policía de Nueva York. Esa era la importante. La buscaban. Pero yo estaba obligada a mantener el secreto. Eres mi amigo. Quiero que confíes en mí. Pero también soy agente de las fuerzas del orden. No se me permite hablarles a mis amigos de las investigaciones en curso. Eso lo entiendes, ¿verdad?

Asentí mínimamente, más para que siguiera adelante que para manifestar mi acuerdo.

—En aquel momento, casi ni me fijé en la otra coincidencia —prosiguió—. No les interesaba encontrarla, ni siquiera hablar con ella. Era una simple mención.

—¿Qué era?

—Llegaremos a eso enseguida. Déjame que te lo explique, ¿vale?

Asentí levemente de nuevo. Primero me encogía de hombros. Ahora asentía.

—Voy a hacerte una demostración de buena fe —dijo—. No tengo por qué hacerlo, pero he hablado con la policía de Nueva York y me han dado permiso. Tienes que entenderlo. No estoy revelando ningún secreto legal.

—No, solo revelas los secretos de los amigos.

—Eso es un golpe bajo.

—Sí, lo sé.

—Y es injusto. Estaba intentando ayudarte.

—Vale, lo siento. Pero qué es eso de la policía de Nueva York?

Me dio un segundo o dos para situarme.

—La policía de Nueva York cree que Natalie Avery fue testigo de un asesinato, que vio al asesino y puede identificarlo positivamente. Además creen que el asesino es un personaje destacado del crimen organizado. En pocas palabras, tu Natalie tiene la posibilidad de meter en la cárcel a uno de los peces gordos de la mafia de Nueva York.

Esperé a que dijera algo más. No lo hizo.

—¿Qué más? —pregunté.

—Eso es todo lo que te puedo contar.

—Debes de pensar que soy idiota —dije, meneando la cabeza.

—¿Qué?

—La policía de Nueva York me interrogó. Me mostraron un vídeo de seguridad y me dijeron que tenían que hablar con ella. Eso ya lo sabía. Es más, *tú* sabías que yo ya lo sabía. Una demostración de buena fe. Venga ya. Esperas ganarte mi confianza contándome lo que ya sé.

—Eso no es cierto.

—¿Quién es la víctima del asesinato?

—No estoy autorizada...

—Archer Minor, hijo de Maxwell Minor. La policía cree que fue Maxwell quien acabó con su propio hijo.

Parecía asombrada.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—No fue difícil deducirlo. Dime una cosa.

Shanta sacudió la cabeza.

—No puedo.

—Aún me debes una demostración de buena fe, ¿no? ¿Sabe la policía de Nueva York por qué estaba allí Natalie esa noche? Dime solo eso.

Shanta volvió a dirigir la mirada a los columpios. Mackenzie ya había bajado del caballito-balancín y se dirigía al tobogán.

—No lo saben.

—¿Ni idea?

—Repasaron las grabaciones de seguridad del edificio Lock-Horne. Tiene un equipo bastante moderno. El primer vídeo que encontraron fue el de tu novia corriendo por el pasillo del piso 22. También había imágenes de ella en el ascensor, pero la imagen más clara (la que te enseñaron) era la de su salida del vestíbulo principal.

—¿Alguna imagen del asesino?

—No te puedo decir más.

—Yo habría dicho «No te voy a contar nada más», pero es un cliché típico de las películas.

Ella frunció el ceño. Pensé que era por lo que acababa de decirle, pero vi que no era así. Mackenzie estaba de pie en lo alto del tobogán.

—Mackenzie, eso es peligroso.

—Pero si lo hago siempre —replicó la niña.

—No me importa que lo hagas siempre. Venga, siéntate y tírate por el tobogán.

Se sentó, pero no se tiró.

—¿Y el robo del banco? —pregunté.

Shanta meneó la cabeza. Una vez más, no se debía a lo que le había dicho yo, sino a la niña tozuda sentada en lo alto del tobogán.

—¿Has oído algo sobre la racha de robos de bancos en la zona de Nueva York?

Recordé unos cuantos artículos que había leído.

—Roban los bancos de noche, cuando están cerrados. Los periódicos llaman a la

banda los Invisibles, o algo así.

—Exacto.

—¿Qué tiene que ver Natalie con ellos?

—Su nombre apareció en relación con uno de los robos, más exactamente el de Canal Street, en el Downtown de Manhattan, hace dos semanas. Estaba considerado un lugar más seguro que Fort Knox. Los ladrones se llevaron doce mil en efectivo y reventaron cuatrocientas cajas de seguridad.

—Doce mil no me parece una fortuna.

—No lo es. A pesar de lo que se ve en las películas, los bancos no guardan millones de dólares en sus cámaras. Pero esas cajas de seguridad podrían contener una fortuna. Eso era lo que querían llevarse los ladrones. Cuando mi abuela murió, mi madre puso su anillo con un diamante de cuatro quilates en una caja de seguridad para regalármelo un día. Probablemente ese anillo valga cuarenta mil dólares. Quién sabe qué habrá allí. La cantidad reclamada a las compañías de seguros por uno de los robos anteriores fue de tres millones setecientos mil dólares. Claro que la gente miente. Siempre resulta que de pronto hay un legado familiar carísimo en la caja. Pero ya me entiendes.

La entendía. Pero aquello no me preocupaba demasiado.

—Y hay algún tipo de conexión entre Natalie y este robo en Canal Street.

—Sí.

—¿Qué tipo de conexión?

—Bastante pequeña. —Shanta juntó el índice y el pulgar, separándolos apenas un par de centímetros, para indicar lo pequeña que era—. Casi irrisoria, realmente. Por sí sola no tendría mucha importancia.

—Pero tú se la das.

—Ahora sí.

—¿Por qué?

—Porque gran parte de lo que sabemos del amor de tu vida ya no tiene sentido.

Eso no podía discutírselo.

—Bueno, ¿a ti qué te parece? —me preguntó.

—¿Qué me parece el qué? No sé qué decir. Ni siquiera sé dónde está Natalie, así que mucho menos sé qué conexión, por mínima que sea, pueda tener con un robo a un banco.

—Eso es lo que quiero decir. Yo también pensaba que no importaba, hasta que empecé a investigar el otro nombre que mencionaste, Todd Sanderson.

—No te pedí que lo investigaras.

—Ya, pero lo hice igualmente. También encontré dos coincidencias. Naturalmente, la más importante era que había sido asesinado una semana antes.

—Espera. ¿Todd también está relacionado con el robo a ese mismo banco?

—Sí. ¿Has leído algo de Oscar Wilde?

Hice una mueca.

—Sí.

—Tiene una frase magnífica: «Perder al padre o a la madre puede considerarse una desgracia, pero perder a los dos a un tiempo puede parecer una negligencia».

—De *La importancia de llamarse Ernesto* —añadí. Soy un académico y no puedo evitar esas cosas.

—Exacto. ¿Una de las personas por las que me preguntas aparece en el robo de un banco? No es para tirar cohetes. Pero ¿dos? Eso no es ninguna casualidad.

«Y una semana después del robo al banco —pensé—, matan a Todd Sanderson».

—¿Y la conexión de Todd con el robo del banco también era muy muy pequeña? —pregunté.

—No. Solo pequeña, diría.

—¿Cuál era?

—¡Mackenzie!

Me giré y vi a una mujer que se parecía demasiado a Shanta Newlin, para mi gusto. Misma altura, misma complexión, mismo peinado. La mujer tenía los ojos abiertos como platos, como si de pronto hubiera visto un avión estrellándose en el patio. Seguí su mirada. Mackenzie estaba otra vez de pie sobre el tobogán.

Shanta estaba mortificada.

—Lo siento muchísimo, Candace. Le he dicho que se sentara.

—¿Se lo has *dicho*? —repitió Candace, incrédula.

—Lo siento. Estaba vigilándola. Pero ahora mismo hablaba con un amigo.

—¿Y eso es una excusa?

Mackenzie, con una sonrisa que decía «Aquí ya he cumplido», se sentó, se tiró por el tobogán y corrió en dirección a Candace.

—¡Hola, mami!

Mami. Estaba claro.

—Os acompaño a la puerta —se ofreció Shanta.

—Ya nos vamos —dijo Candace—. Podemos dar la vuelta por fuera.

—Espera, Mackenzie ha hecho un dibujo precioso. Está dentro. Seguro que querrá llevárselo a casa.

Candace y Mackenzie ya estaban de camino a la parte de delante de la casa.

—Tengo cientos de dibujos de mi hija —respondió Candace—. Quédatelo.

Shanta las vio desaparecer por el patio delantero. No quedaba ni rastro de su habitual pose marcial.

—¿Qué demonios estoy haciendo, Jake?

—Intentarlo —dije yo—. Vivir.

—Esto no funcionará —respondió, meneando la cabeza.

—¿Le quieres?

—Sí.

—Pues funcionará. Solo que será un poco lioso.

—¿Desde cuándo eres tú tan sabio?

—Estudié en el Lanford College —le expliqué—, y veo muchas tertulias de sobremesa en la tele.

Shanta se giró y volvió a mirar hacia los columpios.

—Todd Sanderson tenía una caja de seguridad en el banco de Canal Street. Era una de las víctimas del robo. Eso es todo. Visto así, tampoco tiene demasiada importancia.

—Pero una semana más tarde lo asesinan —añadí yo.

—Sí.

—Un momento: ¿el FBI cree que tiene algo que ver con los robos?

—No conozco todos los detalles de la investigación.

—¿Pero...?

—No veía qué relación podía tener el robo de Manhattan con el asesinato en Palmetto Bluff.

—¿Y ahora?

—Bueno, el nombre de Natalie también apareció relacionado.

—Con un grado de conexión muy muy pequeño.

—Sí.

—¿Cómo de pequeño?

—Tras un robo así, el FBI hace un inventario de todo. Y todo significa todo. Cuando revientan las cajas de seguridad, la mayoría contiene papeles importantes. Acciones y bonos, poderes notariales, hipotecas, todo eso. Un montón de papeles acabaron por el suelo, claro. ¿Para qué iba a querer un ladrón los papeles? Así que el FBI analiza todo eso y lo cataloga. Por ejemplo, ¿que un tipo conserva el documento de propiedad del coche de su hermano? Pues el nombre del hermano se incluye en la lista.

Intentaba seguir su explicación.

—A ver si lo he entendido: ¿el nombre de Natalie aparecía en uno de esos documentos de las cajas de seguridad?

—Sí.

—Pero ella no tenía caja propia, ¿no?

—No. Apareció en una caja propiedad de Todd Sanderson.

—¿Y qué era? ¿Qué tipo de documento?

Shanta se giró y me miró de frente:

—Sus últimas voluntades y su testamento.

Según Shanta, el FBI quería averiguar qué sabía yo de todo aquello. Le dije la verdad: yo no sabía absolutamente nada. Le pregunté qué decían las últimas voluntades y el testamento. Era bastante simple: todas sus propiedades debían repartirse a partes iguales entre su madre y su hermana. También solicitaba que la incineraran y, curiosamente, quería que esparcieran sus cenizas en el bosque que había frente al patio del Lanford College.

Pensé en las últimas voluntades y el testamento. Pensé en dónde habían aparecido. La respuesta aún se me escapaba, pero sentía que iba acercándose.

En el momento en que me disponía a marcharme, Shanta preguntó:

—¿Estás seguro de que no tienes ninguna idea sobre todo esto?

—Estoy seguro.

Pero quizá sí que la tuviera. Simplemente no quería compartirla con Shanta ni con el FBI. Confiaba en ella todo lo que podía confiar en alguien que me hubiera dicho que en primer lugar se debía a las fuerzas de la ley. Hablarle de Fresh Start, por ejemplo, sería catastrófico. Pero además —y aquello era fundamental— Natalie no había confiado en las fuerzas de la ley.

¿Por qué?

Era algo que no me había planteado hasta entonces. Natalie podía haber confiado en la policía, testificar y entrar en el programa de protección de testigos, o algo así. Pero no lo había hecho. ¿Por qué? ¿Qué sabía que le había hecho recelar? Y si no confiaba en la policía, ¿por qué demonios iba a hacerlo yo?

Una vez más saqué el móvil y volví a marcar el número de Malcolm Hume en Florida. Una vez más no obtuve respuesta. Ya tenía bastante. Me fui corriendo a la Clark House. La señora Dinsmore acababa de llegar. Me miró por encima de sus gafas de cerca de media luna.

—Se supone que usted no tiene que estar aquí.

No me molesté en defenderme o en soltar alguna gracia. Le dije que estaba intentando localizar a Malcolm Hume.

—No está en Vero Beach —dijo.

—¿Sabe dónde está?

—Sí.

—¿Y me lo puede decir?

Se tomó un tiempo para ordenar unos papeles y colocar un clip en su sitio.

—Está en su casita del lago Canet.

Una vez me había invitado a pescar, hacía muchos años, pero yo no había ido. Odio pescar. No le veía la gracia; yo nunca he sido de los que se relajan con actividades de tipo zen. Me cuesta desconectar. Prefiero leer y distraerme, mantener la mente ocupada. Recordaba que la casita había sido de la familia Hume desde hacía generaciones. Él bromeaba diciendo que le gustaba sentirse como un intruso, que eso

lo convertía más en un lugar de vacaciones.

O en un lugar perfecto para ocultarse.

—No sabía que aún tuviera esa casa —dije.

—Va unas cuantas veces al año. Le gusta estar lejos de todo.

—No lo sabía.

—No se lo cuenta a nadie.

—A usted sí.

—Bueno —dijo la señora Dinsmore, como si fuera la cosa más obvia del mundo—. Allí no le gusta tener compañía. Necesita estar solo para poder escribir y pescar en paz.

—Sí, claro, huye del bullicio y de la vida frenética de su urbanización de Vero Beach.

—Muy gracioso.

—Gracias.

—Está de excedencia remunerada —dijo—. Así que quizá debería..., uh..., marcharse.

—¿Señora Dinsmore?

Levantó la vista y me miró.

—¿Sabe todas esas cosas que le he estado preguntando últimamente?

—¿Quiere decir sobre estudiantes asesinados y profesores desaparecidos?

—Sí.

—¿Qué?

—Necesito que me dé la dirección de la casa del lago. Tengo que hablar con el profesor Hume en privado.

La vida de un profesor universitario, sobre todo si vive en un campus pequeño, queda bastante restringida. Vives en el surrealista mundo de la educación superior, donde te sientes cómodo, y tienes muy pocos motivos para abandonarlo. Yo tenía coche, pero tal vez no lo usara más de una vez por semana. Iba a pie a todas mis clases. Iba a pie al centro de Lanford para visitar mis tiendas y bares favoritos, ir al cine, a cenar fuera, lo que fuera. Hacía ejercicio en el moderno gimnasio de la universidad. Era un mundo aislado no solo para los estudiantes, sino también para quienes habían convertido ese lugar en su hogar.

Acabas viviendo en una urna de academicismo liberal.

Altera tu concepción de las cosas, claro, pero a un nivel puramente físico probablemente yo había viajado más en la semana larga desde que había visto la necrológica de Todd Sanderson que en los seis años anteriores. Bueno, quizá no tanto, pero más o menos. Los enfrentamientos violentos, combinados con la rigidez que me provocaba pasar tantas horas en aquellos viajes en coche y en avión, me estaban dejando sin energías. El subidón de adrenalina era lo que me había mantenido activo, por supuesto, pero tal como había podido experimentar en mis propias carnes, ese recurso no es ilimitado.

Cuando tomé el desvío a la carretera 202 y empecé a adentrarme en los campos de la frontera entre Massachusetts y New Hampshire, empezó a dolerme la espalda. Paré en el Lee's Hot Dog Stand para estirar un poco las piernas. Un cartel en la entrada anunciaba su bocadillo de abadejo frito. Entré y, en lugar del pescado, pedí un perrito caliente, patatas fritas con queso y una Coca-Cola. Todo me supo fantástico y, por un segundo, aquel viaje a una casa perdida me hizo pensar en el concepto de la última cena. Estaba claro que estaba empezando a desquiciarme. Comí con ganas; me compré otro perrito y me lo zampé también, y volví al coche. Me sentí sorprendentemente recuperado.

Dejé atrás la reserva estatal de Otter River. Estaba ya a solo diez minutos de la casa de Malcolm Hume. No tenía su número de móvil —ni siquiera sé si tenía móvil—, pero tampoco habría llamado. Quería presentarme por sorpresa y ver qué pasaba. No quería darle tiempo para que se preparara. Quería respuestas, y sospechaba que mi viejo mentor las tenía.

En realidad, no necesitaba saberlo todo. Ya sabía lo suficiente. Solo necesitaba cerciorarme de que Natalie estaba segura, que era consciente de que había gente muy peligrosa siguiéndole la pista y, a poder ser, huir con ella. Sí, había oído todo eso de las reglas y los juramentos de Fresh Start, pero el corazón no hace caso de reglas y juramentos.

Tenía que haber una forma.

A punto estuvo de pasármeme la señal que indicaba la desviación a Attal Drive. Giré a la izquierda por un camino de tierra e inicié la ascensión a la montaña. Cuando

llegué a lo alto, tenía el lago Canet a mis pies, inmóvil como un espejo. La gente abusa de la palabra «cristalino», pero aquel adjetivo adquirió un nuevo nivel de pureza cuando vi aquellas aguas. Detuve el coche y salí. El aire tenía aquel frescor que te deja claro que con solo una bocanada los pulmones ya se alimentan. El silencio y la quietud eran casi insoportables. Sabía que si gritaba algo, el eco me devolvería mis palabras, que seguirían resonando sin llegar a disiparse nunca. El grito viviría en aquellos bosques, cada vez más tenue pero sin morir jamás, uniéndose a otros sonidos del pasado que de algún modo aún resuenan en ese murmullo de fondo que impregna la naturaleza.

Busqué una casa en el lago. No había ninguna. Vi dos embarcaderos. Había canoas atadas a ambos. Nada más. Volví al coche y seguí a la izquierda. La carretera de piedra se volvió más irregular. El coche iba dando botes por el terreno, poniendo a prueba los amortiguadores, que sufrían como nunca. Me alegré de haber contratado el seguro que me proponían con el alquiler del coche, y me sorprendió el pensar en algo tan curioso en aquel momento, pero la mente va donde va. Recordé que el profesor Hume antes tenía una pickup todoterreno, vehículo nada corriente entre los académicos. Ahora entendía el motivo.

Más adelante vi dos pickups aparcadas una junto a la otra. Dejé el coche tras ellas y salí. No pude evitar observar que había varias rodadas en la tierra. O Malcolm había salido y vuelto a casa varias veces o tenía compañía.

No estaba seguro de qué pensar al respecto.

Cuando levanté la vista y vi la casita en la colina con las ventanas oscuras, sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas.

Esta vez no había una suave luz del amanecer. No se veía ese tono rosa del alba. El sol se estaba poniendo tras la casa, lanzando unas sombras largas, convirtiendo lo que en otro momento había parecido vacío y abandonado en una imagen más oscura y amenazante.

Era la casita de la pintura de Natalie.

Subí por la ladera hacia la puerta principal. Aquella excursión tenía algo de fantástico, como de *Alicia en el País de las Maravillas*. Era como si estuviera dejando el mundo real y entrando en la pintura de Natalie. Llegué a la puerta. No había ningún timbre. Cuando llamé con los nudillos, el sonido atravesó el silencio como un disparo.

Esperé, pero no oí ninguna reacción.

Volví a llamar. Nada. Me quedé pensando el movimiento siguiente. Podía bajar al lago y ver si Malcolm estaba allí, pero la quietud que había visto antes parecía indicar que ahí abajo no había nadie. Por otra parte, estaba el asunto de todas aquellas rodadas en la tierra.

Puse la mano en el pomo. Lo giré. No solo no estaba cerrado con llave, sino que en realidad no había cerradura, ningún orificio ni en el pomo ni en la puerta donde meter una llave. Empujé la puerta y entré. Estaba oscuro. Encendí la luz.

Nadie.

—¿Profesor Hume?

Después de licenciarme, él insistía en que le llamara Malcolm. Nunca lo conseguí.

Eché un vistazo a la cocina. Estaba vacía. Solo había un dormitorio. Fui hacia allí de puntillas sin saber muy bien por qué.

Cuando entré en el dormitorio, sentí que el corazón se me caía al suelo como una piedra.

Oh, no...

Malcolm Hume estaba sobre la cama, tendido boca arriba, con restos de espuma seca sobre la cara. Tenía la boca medio abierta y el rostro retorcido, paralizado en un último grito de agonía.

Me temblaron las rodillas. Me apoyé en la pared. Los recuerdos me invadieron el cerebro, arrollándome: la primera clase suya a la que asistí en primero (Hobbes, Locke y Rousseau), la primera vez que fui a verle a ese despacho que ahora era el mío (en que discutimos sobre las representaciones de la ley y la violencia en literatura), las horas que pasamos trabajando en mi tesis (sobre el imperio de la ley), el modo en que me abrazó el día en que me gradué, con lágrimas en los ojos.

—No podías dejarlo estar —dijo una voz a mis espaldas.

Me giré y me encontré con Jed apuntándome con una pistola.

—Esto no lo he hecho yo.

—Lo sé. Se lo hizo él mismo —respondió Jed, mirándome fijamente—. Cianuro.

Recordé el pastillero de Benedict. Todos los miembros de Fresh Start tenían uno, según dijo.

—Te dijimos que lo dejaras estar.

Meneé la cabeza, intentando no venirme abajo, intentando decirle a la parte de mí que quería dejarse llevar y llorar la pérdida que ya habría tiempo para eso.

—Toda esta historia empezó antes de que yo me metiera. Yo no sabía nada de todo esto hasta que vi la necrológica de Todd Sanderson.

Jed pareció agotado de pronto.

—No importa. Te pedimos que pararas de un millón de formas diferentes. No has hecho caso. No cambia nada que seas culpable o inocente. Sabes de nosotros. Hicimos un juramento.

—El de matarme.

—En este caso, sí. —Jed volvió a mirar hacia la cama—. Si Malcolm estaba tan comprometido como para hacerse eso a sí mismo, ¿no debería estarlo yo para matarte?

Pero no disparó. Jed ya no tenía las mismas ansias por matarme. Estaba claro. Las tenía cuando pensaba que yo era quien había matado a Todd, pero la idea de matarme solo para acallarme le resultaba dura. Volvió a mirar el cadáver.

—Malcolm te quería —dijo Jed—. Te quería como a un hijo. No querría... —No

acabó la frase, y bajó la pistola.

Di un paso hacia él, muy despacio.

—¿Jed?

Me miró.

—Creo que sé cómo encontraron a Todd los hombres de Maxwell Minor.

—¿Cómo?

—Antes necesito preguntarte algo. ¿Fresh Start empezó con Todd Sanderson, con Malcolm Hume y... bueno, contigo?

—¿Qué tiene que ver eso con nada?

—Tú... confía en mí un segundo, ¿vale?

—Fresh Start empezó con Todd —dijo Jed—. Acusaron a su padre de un crimen atroz.

—Pedofilia.

—Sí.

—Su padre acabó suicidándose por aquello —dije yo.

—No puedes imaginarte lo que supuso para Todd. Yo era su compañero de habitación en la universidad y su mejor amigo. Vi cómo se caía en pedazos. Despotricaba contra aquella injusticia. Ojalá su padre hubiera podido apartarse de todo aquello. Pero claro, aunque lo hubiera hecho, una acusación así acaba siguiéndote. Nunca puedes huir de algo así.

—Salvo... con un nuevo inicio.

—Exactamente. Nos dimos cuenta de que había gente que necesitaba que la rescataran..., y el único modo de rescatarla era darle una nueva vida. El profesor Hume también lo entendía. Tenía un allegado al que también le habría ido bien un nuevo inicio.

Pensé en ello. Aquel «allegado» podría ser perfectamente el profesor Aaron Kleiner.

—Así que unimos esfuerzos —prosiguió Jed—. Formamos este grupo, disfrazado de organización benéfica legítima. Mi padre formaba parte del Cuerpo de Alguaciles Federales. Se encargaba de ocultar a testigos protegidos. Yo conocía las reglas. Había heredado una granja de la familia de mi abuelo. La convertimos en refugio. Enseñábamos a la gente cómo debía actuar cuando cambiaba de identidad. Si te gusta jugar, por ejemplo, no te vas a las Vegas o al hipódromo. Les dábamos tratamiento psicológico para que se dieran cuenta de que desaparecer era una forma de suicidio y renovación: matas a un ser para crear otro. Creábamos identidades nuevas impecables. Difundíamos informaciones falsas para despistar a quienes los perseguían. Les proporcionábamos tatuajes y disfraces. En algunos casos, Todd incluso hizo operaciones de cirugía estética para cambiar la apariencia física de algún sujeto.

—Y luego, ¿qué? —pregunté—. ¿Dónde recolocabais a las personas que rescatabais?

—Eso es lo bueno —respondió Jed, con una sonrisa—. No lo hacíamos.

—No entiendo.

—Tú sigues buscando a Natalie, pero no escuchas. Ninguno de nosotros sabe dónde está. Así es como funciona. No podríamos decírtelo aunque quisiéramos.

»Les damos las herramientas y, en un momento dado, los dejamos en una estación de tren y no tenemos ni idea de donde acaban. Eso contribuye a que sea seguro.

Intenté aceptar lo que estaba diciendo, la noción de que no había ningún modo de encontrarla, ningún modo de que pudiéramos estar juntos. Resultaba demoledor pensar que todo aquello había sido inútil.

—En un momento dado, Natalie acudió a vosotros en busca de ayuda.

Jed volvió a mirar hacia la cama.

—Acudió a Malcolm.

—¿De qué lo conocía? —pregunté.

—No lo sé.

Pero yo sí lo sabía. La madre de Natalie le había hablado a su hija del escándalo académico de Archer Minor, que había hecho que su padre se viera obligado a desaparecer. Ella habría intentado seguir el rastro de su padre, y lógicamente Malcolm Hume habría sido una de las primeras personas a las que visitó. Malcolm se habría enterado al encontrarse delante a la hija de su querido colega, que se había visto obligado a desaparecer. ¿Había ayudado Malcolm a su padre a huir de la familia de Archer Minor? No lo sé. Sospechaba que sí. En cualquier caso, Aaron Kleiner fue lo que impulsó a Malcolm a unirse a Fresh Start. Eso justificaría que acogiera de inmediato a su hija bajo su ala y la protegiera.

—Natalie acudió a vosotros porque presencié un asesinato.

—Pero no un asesinato cualquiera. El asesinato de Archer Minor.

Asentí.

—Así que presencia el asesinato. Va a Malcolm. Y Malcolm la lleva a tu refugio.

—Primero la traje aquí.

«Claro —pensé—. El cuadro. Este lugar se lo inspiró».

Jed sonreía.

—¿Qué pasa?

—No lo pillas, ¿verdad?

—¿El qué?

—Malcolm te tenía en gran estima. Ya te lo he dicho. Te quería como a un hijo.

—No te sigo.

—Hace seis años, cuando necesitabas ayuda para escribir tu disertación, fue Malcolm Hume quien te sugirió el retiro de Vermont, ¿no?

Sentí un frío que me calaba hasta los huesos.

—Sí. ¿Y qué?

—Fresh Start no somos solo nosotros tres, claro. Tenemos un personal de confianza. Conociste a Cookie y a algunos de los otros. No hay muchos, por motivos

obvios. Tenemos que confiar unos en otros por completo. En un momento dado, Malcolm pensó que tú podrías ser un activo para la organización.

—¿Yo?

—Por eso te sugirió que fueras al refugio. Tenía la intención de mostrarte lo que estaba haciendo Fresh Start para que te unieras a nosotros.

No sabía qué decir, así que respondí lo más obvio:

—¿Y por qué no lo hizo?

—Se dio cuenta de que no encajarías bien.

—No lo entiendo.

—Trabajamos en un mundo turbio, Jake. Algunas de las cosas que hacemos son ilegales. Seguimos nuestras propias reglas. Decidimos quién es digno y quién no lo es. Para nosotros, la línea entre la inocencia y la culpabilidad no está tan clara.

Asentí. Ahora ya lo entendía. El blanco, el negro... y los grises.

—El profesor Eban Trainor.

—Quebrantó una regla. Querías que lo castigasen por ello. No veías las circunstancias atenuantes.

Pensé en cómo había defendido Malcolm a Eban Trainor después de la fiesta en que dos alumnos habían acabado en el hospital por intoxicación etílica. Ahora veía la verdad. La defensa de Trainor que había hecho el profesor Hume era, en parte, una prueba; una prueba que, para Malcolm, yo no había superado. Pero tenía razón. Yo creo en el imperio de la ley. Si te adentras en un terreno turbio, te acabas hundiendo en el fango con todo lo que te hace civilizado.

Por lo menos, así pensaba hasta hacía una semana.

—¿Jake?

—¿Sí?

—¿De verdad sabes cómo encontraron los Minor a Todd Sanderson?

—Creo que sí —dije—. Guardáis algún documento de Fresh Start, ¿no?

—Solo en una nube de la red. Y era necesario que accediéramos dos de los tres: Todd, Malcolm y yo —explicó. Parpadeó, apartó la mirada y parpadeó otra vez—. Acabo de caer en la cuenta: soy el único que queda. La documentación ha desaparecido para siempre.

—Pero debes de conservar algo físico, ¿no?

—¿Como qué?

—Como su testamento y sus últimas voluntades.

—Bueno sí, eso. Pero están en un lugar donde nadie puede encontrarlos.

—¿Quieres decir algo como una caja fuerte en un banco de Canal Street?

Jed se quedó boquiabierto.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Lo han robado. Alguien reventó las cajas fuertes. No estoy seguro de qué sucedió, pero Natalie seguía siendo la prioridad absoluta de la familia Minor. Encontrarla suponía mucha pasta. Así que supongo que alguien (los ladrones, un poli

corrupto o quien fuera) reconoció su nombre. Informaron a los Minor. Los Minor vieron que la caja estaba a nombre de un tipo llamado Todd Sanderson que vivía en Palmeto Bluff, en Carolina del Sur.

—Dios mío —se lamentó Jed—. Así que le hicieron una visita.

—Sí.

—Torturaron a Todd —dijo Jed.

—Lo sé.

—Le hicieron hablar. Todos tenemos un límite en cuanto al dolor que podemos soportar. Pero Todd no sabía dónde estaba Natalie, ni nadie más. ¿Lo ves? Solo pudo hablarles de lo que sabía.

—De ti, por ejemplo, y del refugio de Vermont.

Jed asintió.

—Por eso tuvimos que cerrarlo. Por eso tuvimos que salir de allí y fingir que no había nada más que una granja. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

Volvió a mirar el cuerpo de Malcolm.

—Tenemos que enterrarlo, Jake. Tú y yo. Aquí fuera, en este lugar que tanto le gustaba.

Y entonces caí. Sentí un profundo escalofrío que me heló los huesos, y Jed me lo vio en el rostro.

—¿Qué?

—Todd no tuvo ocasión de tomarse la cápsula de cianuro.

—Lo más probable es que le sorprendieran.

—Exacto. Y si le torturaron y él les dio tu nombre, es lógico pensar que también les diera el de Malcolm. Probablemente enviaron a alguien a Vero Beach. Pero Malcolm ya se había ido. Había venido aquí. La casa estaría vacía, pero estos tipos no se rinden con facilidad. Acaban de dar con su primera pista en seis años; no van a dejarla pasar así como así. Habrán preguntado por ahí y habrán analizado registros personales. Aunque esta parcela esté a nombre de su difunta esposa, puede que hayan encontrado el lugar.

Pensé en aquellas rodadas en el exterior.

—Está muerto —dije, mirando en dirección a la cama—. Decidió quitarse la vida y, a juzgar por el estado del cadáver, no hace mucho tiempo. ¿Por qué?

—Oh, Dios. —Ahora Jed también lo veía claro—. Porque los hombres de Minor le habían encontrado.

En el momento en que decía aquellas palabras, oí el ruido de unos coches que se acercaban. Estaba clarísimo. Los hombres de Minor ya habían estado allí. Malcolm Hume les había visto llegar y había tomado cartas en el asunto.

¿Y qué iban a hacer ellos?

Les habían tendido una trampa. Habían dejado a uno de ellos para que tuviera vigilada la casa por si se presentaba alguien.

Jed y yo corrimos a la ventana a tiempo para ver dos coches negros que se detenían. Las puertas se abrieron y salieron cinco tipos con pistolas.

Uno de ellos era Danny Zuker.

Los hombres se agacharon y se dispersaron.

Jed se metió la mano en el bolsillo y sacó un pastillero. Lo abrió y me tiró la cápsula.

—Yo esto no lo quiero —dije.

—Yo tengo la pistola. Intentaré detenerles. Tú intenta buscar una salida. Pero si no puedes...

Oímos la voz de Danny en el exterior:

—¡Solo hay una salida! —gritó—. Salid con las manos en alto.

Ambos nos habíamos tirado al suelo.

—¿Tú le crees? —me preguntó Jed.

—No.

—Yo tampoco. Estos no tienen ninguna intención de dejarnos con vida. Así que ahora lo único que estamos consiguiendo es darles tiempo para prepararse —dijo, levantándose—. Busca una vía de escape por atrás, Jake. Yo les tendré entretenidos.

—¿Qué?

—¡Tú vete!

Sin previo aviso, Jed rompió el cristal de una ventana y se puso a apretar el gatillo. A los pocos segundos, las balas cubrieron la pared de la casa y se llevaron el resto de la ventana, cubriéndome de cristales rotos.

—¡Vete! —me gritó Jed.

No iba a esperar a que me lo dijera una tercera vez. Me arrastré, cuerpo a tierra, hacia la puerta trasera. Sabía que era mi única oportunidad. Jed se puso a disparar a ciegas, con la espalda pegada a la pared. Yo entré en la cocina, arrastrándome por el suelo de acrílico, y llegué a la puerta de atrás.

Jed soltó un grito de celebración:

—¡Le he dado a uno!

Genial. Quedaban cuatro. Más disparos. Más intensos. Las paredes estaban empezando a ceder: las balas iban penetrando en la madera, debilitándola. Desde mi posición, vi que Jed recibía un balazo, y luego un segundo. Retrocedí hacia él.

—¡No! —me gritó.

—Jed...

—¡No te atrevas! ¡Sal de aquí!

Quería ayudarle, pero también veía lo estúpido que sería. No podía hacer nada por él. Sería un suicidio. Jed consiguió ponerse en pie y se dirigió a la puerta principal.

—¡Vale! —gritó—. Me rindo.

Jed tenía la pistola en la mano. Se giró a mirarme, me guiñó un ojo y me indicó que siguiera adelante.

Eché un vistazo por la ventana de atrás, preparándome para saltar a través. La casa daba directamente a una zona boscosa. Podía salir corriendo por el bosque y

esperar que no me pillaran. No tenía otro plan. Al menos ninguno que resolviera nada a corto plazo. Saqué mi iPhone y lo encendí. Había cobertura. Marqué el 911 y miré por la ventana.

Uno de los hombres estaba allí atrás, a la izquierda, cubriendo la puerta. Mierda.

—Emergencias, ¿dígame?

Le expliqué rápidamente a la operadora que había un tiroteo y al menos dos hombres heridos. Le di la dirección y dejé el teléfono en el suelo, sin colgar. Oí que por detrás de mí Danny Zuker gritaba:

—Vale, primero tira la pistola.

Me pareció ver una sonrisa en el rostro de Jed. Estaba sangrando. No sabía lo graves que serían sus heridas, si serían mortales o no, pero Jed sí lo sabía. Jed sabía que su vida acababa allí, hiciera lo que hiciera, y aquello parecía darle una extraña sensación de paz.

Jed abrió la puerta y se puso a disparar. Oí el grito de dolor de otro hombre —una de las balas de Jed probablemente había hecho diana— y luego oí el repiqueteo hueco de una ráfaga de balas atravesándole la carne. Desde mi posición, vi el cuerpo de Jed volando hacia atrás, con los brazos agitándose sobre la cabeza, como en una danza macabra. Cayó dentro de la casa. Siguió recibiendo balazos que sacudían su cuerpo inerte.

Ahí acababa todo. Para él, y probablemente para mí.

Aunque Jed hubiera conseguido matar a dos de ellos, aún habría tres vivos y armados. ¿Qué podía hacer? Calculé mis posibilidades en nanosegundos. Prácticamente inexistentes. En realidad tenía solo una. Esconderme. Esconderme hasta que llegara la policía. Pensé en lo lejos que estábamos, en la ascensión por la carretera de tierra, en la ausencia total de edificios en kilómetros a la redonda.

La caballería no llegaría a tiempo.

Aunque podía ser que los Minor me quisieran vivo.

Era su última oportunidad de conseguir información sobre Natalie. Quizá podía aprovecharlo para ganar tiempo.

Estaban acercándose a la casa. Busqué dónde esconderme.

Ganar tiempo. Tenía que ganar tiempo.

Pero no había dónde meterse. Me puse en pie y miré por la ventana de la puerta de atrás. El hombre estaba ahí, esperándome. Crucé la cocina a la carrera y volví al dormitorio. Malcolm seguía allí, claro.

Oí que alguien entraba en la casa.

Abrí la ventana del dormitorio. Contaba con que el hombre de atrás estaría atento a la puerta; en realidad, era mi única posibilidad. La ventana del dormitorio daba al lateral derecho de la casa. Desde el punto donde estaba el tipo de atrás cuando le había visto yo al mirar desde la cocina no podría ver aquella ventana.

Oí la voz de Danny Zuker desde el salón:

—¿Profesor Fisher? Sabemos que estás aquí. Si nos haces esperar, será peor para

ti.

La ventana crujió al abrirla. Zuker y uno de sus secuaces corrieron hacia el lugar de donde procedía el ruido. Los vi mientras me escabullía por la ventana y echaba a correr hacia el bosque.

A mis espaldas se desencadenó una tormenta de tiros.

Era el fin. No sé si fue mi imaginación o la realidad, pero habría jurado que sentí el roce de las balas en el costado. Seguí corriendo. No me giré. No podía parar...

Hasta que alguien me placó desde un lado.

Debía de ser el tipo que estaba en la parte de atrás. Se me tiró encima desde la izquierda, y caímos los dos. Cargué el puño y lo solté con fuerza sobre su rostro. Rodó hacia atrás. Le solté otro puñetazo, que le dio de lleno. Se quedó tieso.

Pero ya era demasiado tarde.

Danny Zuker y el otro matón estaban a mi lado, de pie. Ambos me apuntaban con sus pistolas.

—Puedes vivir —dijo Zuker, sin más—. Si me dices dónde está la chica.

—No lo sé.

—Entonces, para mí no vales nada.

No había salida. Estaba claro. El hombre que me había placado sacudió la cabeza. Se puso en pie y cogió su pistola. Ahí estaba yo, tendido en el suelo, rodeado por tres hombres, los tres con pistolas. No podía hacer nada. No se oían sirenas a lo lejos, acudiendo a mi rescate. Tenía un tipo a la izquierda y otro —el que había apaleado— a mi derecha.

Levanté la vista y miré a Danny Zuker, que estaba un paso atrás. Lancé mi último órdago:

—Tú mataste a Archer Minor, ¿no?

Aquello le pilló desprevenido. Vi el asombro en su rostro.

—¿Qué?

—Alguien tenía que hacerle callar —aventuré—, y Maxwell Minor nunca mataría a su propio hijo.

—Estás loco.

Los otros dos hombres intercambiaron una mirada.

—Dime, si no, por qué te estás esforzando tanto por encontrarla. Han pasado seis años. Sabes que nunca testificaría.

Danny Zuker meneó la cabeza. En su rostro había un gesto como de tristeza.

—No tienes ni idea, ¿no?

Levantó la pistola, casi sin convencimiento. Yo había jugado mi última carta. No quería morir así, en el suelo, entre ellos. Me puse en pie, sin saber muy bien cuál sería mi último movimiento, ni cuándo se acabaría todo.

Se oyó un único disparo. La cabeza del hombre que había a mi izquierda explotó como un tomate aplastado bajo una bota.

Los demás nos giramos hacia el lugar de donde procedía el disparo. Yo fui el más

rápido en reaccionar. Dejé que mi cerebro reptiliano tomara las riendas una vez más y me lancé contra el hombre a quien había apaleado antes. Era el que estaba más cerca, y seguramente estaría debilitado tras los puñetazos.

Podía quitarle el arma.

Pero él reaccionó más rápido de lo que me esperaba. Supongo que su cerebro reptiliano también se activó. Dio un paso atrás y apuntó. Estaba demasiado lejos como para que pudiera saltarle encima.

Y entonces la cabeza le explotó con otro estallido púrpura.

Las salpicaduras de sangre me llegaron a la cara. Danny Zuker no dudó ni un momento. Se colocó detrás de mí, me rodeó el cuello con un brazo y apoyó la pistola en mi cabeza.

—No te muevas —susurró.

No me moví. Se hizo el silencio. Se pegó a mí y fue retrocediendo hacia la casa en busca de protección.

—Sal, que te vea —gritó Zuker—. ¡Sal, o le volaré los sesos!

Se oyeron unos pasos sobre la vegetación. Zuker tiró de mi cabeza hacia la derecha, asegurándose de quedar cubierto tras mi cuerpo. Me hizo girar un poco más a la derecha, hacia el lugar de donde procedía el ruido. Miré en dirección al claro.

El corazón se me detuvo de golpe.

Por la ladera, con la pistola aún en la mano, apuntándonos, bajaba Natalie.

Danny Zuker fue el primero en hablar.

—Bueno, bueno... Mira quién está aquí.

Aquella visión me dejó aturdido. Nuestros ojos se encontraron —los de Natalie y los míos— y el mundo explotó en mil formas diferentes. Era una de las experiencias más intensas de mi vida, el simple acto de escrutar los ojos azules de la mujer a quien amaba. Incluso en aquel momento, con una pistola apuntándome a la cabeza, me sentí extrañamente agradecido. Si Zuker apretaba el gatillo... Bueno, pues que lo hiciera. En aquel breve instante me había sentido más vivo que en los seis años anteriores. Si tuviera que morir en aquel momento —y no, no quería morir; de hecho, más que nada en el mundo, deseaba vivir y estar con aquella mujer—, moriría siendo una persona más completa, tras haber vivido una vida más completa, que si hubiera muerto unos momentos antes.

—Deja que se marche —dijo Natalie, sin dejar de apuntarnos.

No me quitó la vista de encima en ningún momento.

—No creo, preciosa —respondió Zuker.

—Deja que se vaya y me tendrás a mí.

—¡No! —grité yo.

Zuker apoyó la boca de su pistola en mi cuello.

—Calla —ordenó. Y luego, dirigiéndose a Natalie—: ¿Por qué iba a confiar en ti?

—Si me preocupara más de mí misma que de él —dijo ella—, no me habría descubierto.

Natalie no me quitaba ojo de encima. Yo quería protestar. No podía permitir aquel intercambio, pero algo en su mirada me gritaba que me estuviera quieto, al menos de momento. Lo pensé. Estaba casi ordenándome que obedeciera, que le dejara jugar a aquello como quería ella.

Quizá no estuviera sola, pensé. Quizás hubiera otras personas. Quizá tuviera un plan.

—Muy bien —cedió Zuker, parapetado aún tras mi cuerpo—. Deja la pistola en el suelo y lo soltaré.

—No creo —respondió ella.

—¿Ah, no?

—Lo llevamos hasta su coche. Lo dejas en el asiento del conductor. Y en el momento en que se aleje, yo dejo la pistola.

Zuker parecía estar pensárselo.

—Yo lo dejo en el coche. Tú dejas la pistola en el suelo en cuanto arranque.

Natalie asintió de nuevo, mirándome fijamente otra vez para asegurarse de que le hacía caso.

—De acuerdo —dijo.

Nos dirigimos hacia la parte de delante de la casa. Natalie se mantenía unos

treinta metros por detrás. Me pregunté si Cookie, Benedict o algún otro miembro de Fresh Start estaría allí cerca. A lo mejor estaban esperando junto al coche, armados, preparados para cargarse a Zuker de un tiro.

Cuando llegamos al coche, Zuker se giró de modo que siguiera protegido tras mi cuerpo y el vehículo.

—Abre la puerta —me ordenó.

Yo vacilé. Me presionó la pistola contra el cuello.

—Abre la puerta.

Volví a mirar a Natalie. Ella me mostró una sonrisa confiada que me llegó al pecho y lo aplastó como una cáscara de huevo. En el momento en que me metí en el coche, me di cuenta, cada vez más horrorizado, de lo que estaba haciendo.

No había ningún plan para salvarnos a los dos.

No había ningún otro miembro de Fresh Start que pudiera intervenir. No había nadie escondido, esperando la ocasión para atacar. Natalie se había asegurado de que le hacía caso, me había dado esperanzas con su mirada para que no me rebelara, para que no hiciera el sacrificio que ella estaba a punto de hacer por mí.

A la mierda con todo.

Arranqué el coche. Natalie empezó a bajar el arma. Disponía de un segundo, no más, para hacer mi movimiento. Era un suicidio. Lo sabía. Sabía que no había modo de que los dos pudiéramos sobrevivir. Eso es lo que estaba pensando ella todo el rato. Uno de los dos tenía que morir. Al final, Jed, Benedict y Cookie tenían razón. Lo había liado todo. Había seguido tozudamente mi mantra de que «el amor lo puede todo», y ahí estábamos, exactamente donde me habían advertido que acabaríamos, con Natalie a punto de morir.

No podía permitirlo.

Una vez que me vio dentro del coche, Natalie se detuvo y se giró hacia Danny Zuker. Este, consciente de que era su turno, apartó la pistola de mi cuello y se la cambió de mano, de modo que la tuviera lejos por si se me ocurría hacer alguna tontería desde mi posición.

—Te toca a ti —dijo Zuker.

Natalie dejó el arma en el suelo.

Se acababa el tiempo. Había pasado aquellos segundos planeando mi movimiento, calculándolo, teniendo en cuenta el elemento sorpresa, todo. No lo dudé más. Zuker tendría tiempo de dispararme, estaba seguro. Pero no importaba. Iba a tener que defenderse. Si lo hacía disparándome, eso le daría tiempo a Natalie para correr o, lo más probable, para recoger su pistola del suelo y disparar.

No tenía otra opción. No iba a salir de allí en el coche, eso estaba claro.

Sin advertencia previa, lancé la mano izquierda hacia arriba. Supongo que eso no se lo esperaba. Zuker habría pensado que, de hacer algo, iría a por la pistola. Le agarré del cabello con fuerza y tiré de él hacia mí. Tal como había previsto, Danny acercó la pistola hacia mí.

Con la mano izquierda, acerqué su cara a la mía. Esperaría que con la izquierda fuera a por su pistola.

Pero no lo hice.

En lugar de eso, con la mano derecha le metí en la boca la cápsula de cianuro que Jed me había dado. Los ojos se le abrieron como platos, aterrorizado al caer en la cuenta de lo que había hecho. Aquello le hizo dudar, ya que reparó en que lo que tenía en la boca era cianuro y que, si no lo escupía, era hombre muerto. Intentó hacerlo, pero yo tenía la mano delante. Me mordió con fuerza, haciéndome soltar un alarido, pero no aparté la mano. Al mismo tiempo, me disparó a la cabeza.

Me agaché.

La bala me dio en el hombro. Más dolor agónico.

Danny empezó a agitarse entre convulsiones, intentando apuntar de nuevo. Pero no llegó a abrir fuego. La primera bala de Natalie le dio en la nuca. Disparó dos veces más, pero ya no hacía falta.

Me eché atrás, cubriéndome el hombro dolorido con la mano, intentando detener la hemorragia. Esperaba que ella viniera corriendo hacia mí.

Pero no lo hizo. Se quedó donde estaba.

Nunca había visto nada más bonito y demoledor que la expresión de su rostro. Una lágrima le surcó la mejilla. Agitó lentamente la cabeza.

—¿Natalie?

—Tengo que irme —dijo.

—No —protesté, abriendo bien los ojos, desesperado. Por fin oí las sirenas. Estaba perdiendo sangre y me sentía débil. Nada de aquello importaba—. Déjame ir contigo. Por favor.

Natalie se estremeció. Sus lágrimas caían ahora con más fuerza.

—No puedo soportar la idea de que te pueda pasar algo. ¿No lo entiendes? Por eso huí la primera vez. Puedo soportar romperte el corazón, pero no que te maten.

—Tampoco estoy vivo sin ti.

Las sirenas se acercaban.

—Tengo que irme —dijo, entre lágrimas.

—No...

—Te querré siempre, Jake. Siempre.

—Entonces quédate conmigo —le supliqué.

—No puedo. Lo sabes. No me sigas. No me busques. Esta vez mantén tu promesa.

Sacudí la cabeza.

—Ni hablar —dije.

Ella se giró y se marchó colina arriba.

—¡Natalie!

Pero la mujer a quien amaba volvió a marcharse de mi vida. Otra vez.

UN AÑO MÁS TARDE

Una alumna levanta la mano en la parte trasera del aula.

—¿Profesor Weiss?

—¿Sí, Kennedy? —respondo.

Así me llamo ahora. Paul Weiss. Doy clase en una gran universidad de Nuevo México. No puedo decir el nombre del centro por motivos de seguridad. Tras todas aquellas muertes en el lago, las autoridades pensaron que más valía ponerme en el programa de protección de testigos. Así que aquí estoy, en el oeste. La altitud aún me da problemas alguna vez, pero en general esto me gusta, lo cual me sorprende: siempre pensé que era un tipo de la Costa Este, pero supongo que la vida consiste en adaptarse.

Echo de menos Lanford, por supuesto. Echo de menos mi antigua vida. Sigo en contacto con Benedict, aunque no deberíamos. Usamos la misma cuenta de correo y nunca apretamos el botón de enviar. Tenemos una cuenta con AOL (somos de la vieja escuela). Nos escribimos mensajes y los dejamos en la carpeta de borradores. De vez en cuando entramos y los leemos.

La gran noticia en la vida de Benedict es que el cártel de la droga que le perseguía ha desaparecido. Fueron aniquilados en alguna guerra entre bandas. Ahora sería libre de volver con Marie-Anne, pero la última vez que comprobó su estado en Facebook, había cambiado de «en una relación» a «casada». En el perfil de ambos había fotografías de su boda con Kevin por todas partes.

Yo le insisto en que le cuente la verdad de todos modos. Dice que no lo hará. Que no quiere complicarle la vida.

Pero la vida es complicada, le he dicho yo.

Muy profundo, ¿no?

Por fin he conseguido encajar el resto de las piezas del rompecabezas. Tardé un tiempo. Uno de los secuaces de Minor abatido por Jed sobrevivió. Su testimonio confirmó lo que yo sospechaba. La banda conocida como los Invisibles fue la que entró a robar al banco de Canal Street. En la caja de Todd Sanderson había documentos de últimas voluntades, testamentos y pasaportes. Los Invisibles se habían llevado los pasaportes, pensando que podrían venderlos en el mercado negro. Uno de ellos reconoció el nombre de Natalie —los Minor aún la buscaban activamente, pese a que hubieran pasado seis años— y les informó. La caja estaba a nombre de Todd Sanderson, así que Danny Zuker y Otto Devereaux le hicieron una visita.

Ya sabéis lo que pasó después. O casi todo lo que pasó.

Pero muchas cosas no encajaban. Yo le había planteado una a Danny Zuker poco antes de que muriera: ¿Por qué tenían tanto interés los Minor en encontrar a Natalie? Ella había dejado bastante claro que no iba a testificar. ¿Por qué removerlo todo, sacarla de su escondite, cuando con ello podían conseguir que fuera a declarar a la policía? En un momento dado pensé que en realidad era Danny Zuker el que estaba detrás de todo, que él había sido quien había matado a Archer Minor y quería asegurarse de que la única persona que podía decírselo a Maxwell Minor estuviera muerta. Pero eso tampoco encajaba, especialmente después de ver su cara de asombro al acusarle del crimen.

«No tienes ni idea, ¿no?».

Eso era lo que había dicho Danny Zuker. Y tenía razón. Pero poco a poco empecé a encajar piezas, sobre todo cuando empecé a preguntarme sobre la principal cuestión que me quedaba por responder, el incidente que lo había iniciado todo:

—¿Dónde estaba el padre de Natalie?

Deduje la respuesta hace casi un año. Dos días antes de que me enviaran a Nuevo México, volví a visitar a la madre de Natalie en la residencia. Llevaba un disfraz muy hortera. (Ahora mi disfraz es más simple: me he afeitado la cabeza. Atrás quedan mis rebeldes rizos juveniles. Tengo una calva reluciente. Si me pusiera un pendiente dorado, me confundiríais con el Don Limpio del anuncio).

—Esta vez necesito que me cuente la verdad —le pedí a Sylvia Avery.

—Ya lo hice.

Entendía que alguien necesitara una nueva identidad y que desapareciera porque le hubieran acusado de pedofilia o por haber cabreado a los miembros de un cártel de la droga, porque un marido salvaje le hubiera dado una paliza o por haber presenciado un asesinato. Pero no entendía que un hombre implicado en un escándalo académico por un ejercicio falseado tuviera que desaparecer de por vida, incluso ahora, después de que Archer Minor hubiera muerto.

—El padre de Natalie no huyó, ¿verdad?

No respondió.

—Lo asesinaron —continué.

Sylvia Avery parecía demasiado débil como para protestar. Se quedó allí sentada, petrificada.

—Le dijo a Natalie que su padre nunca la habría abandonado.

—No lo habría hecho —dijo ella—. La quería muchísimo. Y también a Julie. Y a mí. Aaron era un buen hombre.

—Demasiado bueno —asentí—. De los que solo ven el blanco y el negro.

—Sí.

—Cuando le conté que Archer Minor estaba muerto, usted dijo: «Me alegro». ¿Fue él quien mató a su marido?

Bajó la cabeza.

—Ya nadie puede hacerles daño a ninguna de ustedes —dije, aunque aquello solo

era cierto en parte—. ¿Mató Archer Minor a su marido, o fue alguien enviado por su padre?

Entonces lo dijo:

—Fue el propio Archer.

Asentí. Me lo había imaginado.

—Se presentó en casa con una pistola. Le exigió a Aaron que le diera los papeles que demostraban que había hecho trampa. No quería que pareciera que seguía los pasos de su padre, y si corría la voz de que había hecho trampas...

—Sería exactamente igual a su padre.

—Sí. Le supliqué a Aaron que le hiciera caso. No lo hizo. Pensaba que Archer se estaba tirando un farol. Así que Archer apoyó la pistola contra la cabeza de Aaron y... —Cerró los ojos—. Cuando lo hizo estaba sonriendo. Eso es lo que más recuerdo. Archer Minor estaba sonriendo. Me dijo que le diera los papeles o yo sería la siguiente. Se los di, por supuesto. Entonces entraron dos hombres. Hombres que trabajaban para su padre. Se llevaron el cadáver de Aaron. Entonces uno se me sentó delante. Me dijo que si se lo contaba a alguien, les harían cosas horribles a mis niñas. No se limitarían a matarlas, dijo. Primero les harían cosas horribles. Subrayó aquello una y otra vez. Me dijo que contara que Aaron se había fugado. Así que eso hice. Mantuve la mentira todos aquellos años para proteger a mis hijas. Lo entiendes, ¿no?

—Lo entiendo —respondí, con tristeza.

—Tenía que hacer ver que mi pobre Aaron era el malo para que mis hijas no preguntaran por él constantemente.

—Pero Natalie no se lo tragó.

—No dejaba de insistir.

—Y, como usted dijo, la mentira la había vuelto taciturna. La idea de que su padre la hubiera abandonado.

—Eso es algo terrible para una niña. Debería haberme inventado otra cosa. Pero ¿qué?

—Así que insistió e insistió.

—No dejé el tema. Volvió a Lanford y habló con el profesor Hume.

—Pero Hume tampoco lo sabía.

—No. Pero no dejaba de hacer preguntas.

—Y eso podía haberla metido en problemas.

—Sí.

—Así que decidió contarle la verdad. Su padre no se había escapado con una alumna. No había huido porque tuviera miedo de los Minor. Por fin le contó toda la historia: que Archer Minor había matado a su padre a sangre fría, con una sonrisa en los labios.

Sylvia Avery no asintió. No tuvo que hacerlo. Me despedí y me fui.

Así que ahora ya sabía por qué estaba Natalie en aquel rascacielos aquella noche. Ahora sabía por qué había ido a ver a Archer Minor a una hora en que estaría solo.

Ahora sabía por qué Maxwell Minor no había dejado de buscar a Natalie. No le preocupaba que testificara.

Era un padre que quería vengar la muerte de su hijo.

Hay una cosa que no sé con seguridad. No sé si Natalie disparó a Archer Minor con una sonrisa en los labios o si la pistola se disparó accidentalmente, o si Archer Minor la amenazó al encontrársela delante, o si fue en defensa propia. Ni siquiera me lo pregunto.

Esas cosas le importarían a mi viejo yo. A mi nuevo yo, no.

Se acaba la clase. Cruzo el patio. El cielo de Santa Fe es de un azul único. Me protejo los ojos y sigo caminando.

Aquel día, hace un año, con una bala en el hombro, vi cómo Natalie se marchaba. Grité: «Ni hablar» cuando me pidió que le prometiera que no la seguiría. No me escuchó, ni se detuvo. Así que salí del coche. El dolor del hombro no era nada comparado con el dolor de que me dejara de nuevo. Corrí hacia ella. La rodeé con mis brazos, incluso con el que me dolía por el balazo, y la apreté contra mi pecho. Los dos cerramos los ojos con fuerza. Me agarré a ella, preguntándome si alguna vez había sentido tanta alegría. Ella se puso a llorar. Yo la apreté aún más. Ella bajó la cabeza, y la hundió en mi pecho. Por un momento intentó separarse. Pero solo un momento. Sabía que esta vez no la dejaría marchar.

Con independencia de lo que hubiera hecho.

Y aún no la he dejado marchar.

Enfrente tengo a una bella mujer llamada Diana Weiss que lleva una alianza igual que la mía. Ha decidido dar su clase de arte al aire libre para aprovechar el precioso día. Va pasando de un alumno al otro, comentando sus trabajos, ofreciéndoles consejo.

Sabe que lo sé, aunque nunca hemos hablado sobre ello. Me pregunto si eso influyó en que se marchara la primera vez, si tenía la sensación de que yo no podría vivir con la verdad de lo que había hecho. Quizás en aquel momento no pudiera.

Ahora sí puedo.

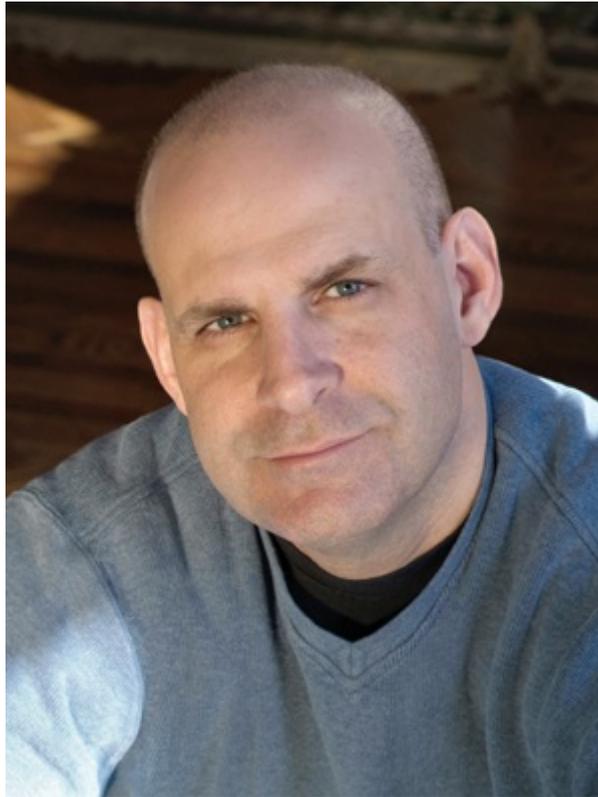
Diana Weiss levanta la vista y me mira al acercarme. Su sonrisa deja en nada la luz del sol. Hoy mi preciosa mujer brilla más aún de lo normal. Puede que a mí me lo parezca porque no puedo ser subjetivo. O puede que lo piense porque está embarazada de siete meses, porque lleva dentro un hijo mío.

Su clase termina. Los alumnos van recogiendo y se marchan sin prisas. Ella me coge la mano cuando por fin nos quedamos solos, me mira a los ojos y dice:

—Te quiero.

—Yo también te quiero —respondo.

Me sonrío. La tristeza no tiene cabida en este mundo cuando ella sonrío. Se desvanece en un maravilloso halo de luz y color.



HARLAN COBEN. (4 de enero de 1962 en Newark, New Jersey). Nació en el seno de una familia judía en Newark, Nueva Jersey, pero fue criado y educado en Livingston, New Jersey con su amigo de infancia y futuro político Chris Christie. Mientras estudiaba ciencias políticas en Amherst College, fue miembro de la fraternidad Psi Upsilon con el autor Dan Brown. Tras Amherst, Coben trabajó en una empresa familiar del sector de los viajes. Ahora vive en Ridgewood, Nueva Jersey con su esposa, Anne Armstrong-Coben, pediatra, y sus cuatro hijos.

Coben estaba en su último año en la universidad cuando se dio cuenta de que quería escribir. Su primer libro fue aceptado cuando tenía veintiséis años, pero después de la publicación de dos novelas independientes a los veinte años (*Play Dead* en 1990 y *Cura milagrosa* en 1991) se decidió por un cambio de rumbo y comenzó una serie de novelas con su personaje Myron Bolitar, un exjugador de baloncesto profesional que se ha convertido en agente deportivo que acaba investigando muertes relacionadas con sus clientes. El mundo de Myron Bolitar, a diferencia de otros investigadores de novela negra, se centra en la clase medio-alta, en ambientes idílicos donde se destapan terribles misterios y crímenes atroces.

Coben ha ganado un Premio Edgar, un premio Shamus y un premio Anthony, y es el primer escritor que ha recibido los tres. También es el primer escritor en más de una década que ha sido invitado a escribir ficción para la página de opinión del New York Times. Escribió un cuento titulado *La llave de mi Padre*, que apareció 15 de junio, 2003.

En 2001 lanzó su primera novela de suspense desde la creación de la serie Myron Bolitar en 1995, *No se lo digas a nadie*, que pasó a ser su novela más vendida hasta la fecha y de la cual ya existe una adaptación al cine realizada por el director francés Guillaume Canet.

En septiembre de 2010 ganó el IV Premio Internacional de Novela Negra de RBA considerado el mejor dotado en su categoría (125.000 euros) por su novela *Alta tensión*, la décima protagonizada por Bolitar.